LYONNARD

El Apostolado del Sufrimiento

IDAD A
CCIÓN G

BX809
.A6
L9
c.1

011631

1080022811

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO

Ó

LAS VÍCTIMAS VOLUNTARIAS

PARA LAS

NECESIDADES ACTUALES DE LA IGLESIA Y DE LAS NACIONES, SOBRE TODO, DE LAS NACIONES CATÓLICAS DE EUROPA

POR EL

R. P. JUAN LYONNARD, S. J.

REVISADA Y AUMENTADA POR EL AUTOR

Y TRADUCIDA DE LA 3.ª EDICIÓN POR

D. L. H.

IN CRUCE SALUS.

En la Cruz está la salud.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria y Tellez

Con licencia y aprobación eclesiásticas

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MADRID—1887

IMPRENTA DE LOS SRES. VIUDA É HIJO DE AGUADO

8, Pontejos, 8

47727

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

B X809
.P6
L9

Es propiedad.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

APROBACIÓN DE MONSEÑOR LE BRETÓN, OBISPO DE PUY.

Al R. P. Lyonnard.

Mi Reverendo Padre:

Vuestro **Apostolado del Sufrimiento** era ya un buen libro. Las correcciones y adiciones que habéis preparado para una nueva edición y que acabo de recorrer rápidamente le hacen todavía más útil é interesante.

Apruebo la reimpresión de todo corazón, con el deseo y la esperanza de que hará su camino para el bien de las almas.

Recibid, mi Reverendo Padre, la expresión de mi respetuoso afecto en Jesucristo

✠ Pedro, Obispo de Puy.

9 de Agosto de 1885.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRA DEL MISMO AUTOR.

Los Sufrimientos continuos del Corazón Agonizante de Jesús y del **Corazón Compasivo de María:** un vol. en 12.°, librería de Vie, rue de Cassette, París.

011631

CARTA DEL R. P. VICARIO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Fiesole 18 de Febrero de 1886.

Reverendo y muy querido P. Lyonnard: Os doy las gracias por haberme enviado vuestro libro: El Apostolado del Sufrimiento. *Aunque mis ocupaciones no me han permitido todavía leerlo, no temo elogiarle en confianza. La idea que evoca el simple título es eminentemente práctica. Todos los hombres sufren; por consiguiente, todos los hombres pueden ser apóstoles. El sufrimiento es el agente más eficaz del apostolado; y por el sufrimiento del Hijo de Dios se salvó el mundo. Por otra parte, al ver que tantos dolores resultan estériles, habéis hecho muy bien en recordar á las almas la parte que pueden y deben sacar de ellos.*

De buena voluntad invoco sobre V. R. y sobre todas sus obras las bendiciones de N. S. y me encomiendo en vuestros sacrificios.

De V. R. siervo en Cristo,

A. M. Anderledy.

S. J.

AL LECTOR.

¿Conoces un libro, lleno de doctrina y de piedad, que se ha publicado bajo este título: El Apostolado de la Oración? (1). Si la divina Providencia no le ha puesto en tus manos, procura buscarle, porque no encontrarás lectura más útil para tu alma. Entre este libro y el que, á mi vez, te ofrezco, existe un lazo íntimo y una suerte de parentesco. Atrévome á decir que no se podrá sacar provecho completo del uno, sin haber comprendido bien la doctrina del otro. Algunas explicaciones bastarán para dar claridad á este pensamiento.

En el Templo ó Tabernáculo elevado por Moisés á la gloria del Altísimo, había dos altares. El primero, se encontraba en el mismo vestíbulo del Templo: era *el Altar de los Holocaustos*. En él se sacrificaban las víctimas, los cabritos y los becerros: en él se derramaba la sangre de los toros. El segundo, elevábase majestuosamente en el interior del templo, ocupando un lugar enfrente del *Sancta sanctorum:* era *el Altar de los perfumes*.

Todos los días, á ciertas horas, los sacerdotes del Señor iban allí á quemar incienso suave, cuyo dulce perfume se elevaba en oloroso humo hacia el trono del Eterno. Pero como si este homenaje hubiera sido incompleto ó impotente, el gran

(1) *El Apostolado de la Oración*, por el P. Ramiere, de la Compañía de Jesús.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sacerdote Aarón, desplegando toda la pompa sacerdotal, se acercaba á este altar una vez al año con paso solemne, y, llevando en la mano un vaso de sangre, tomado del de los Holocaustos, le derramaba en el de los perfumes, enrojeciendo con esta unción sagrada cada uno de sus ángulos. Así quería el soberano árbitro del mundo, el Dios de toda majestad que, para honrarle dignamente el hombre, su criatura racional, le ofreciera en un mismo sacrificio los dones más opuestos en apariencia; la sangre y los perfumes, símbolo admirable de la más alta enseñanza.

Oigase el bello comentario de San Gregorio sobre esta ceremonia simbólica de la antigua ley: «Sabed, dice este gran Papa, que en el templo de vuestra alma hay dos altares, *el de los holocaustos y el de los perfumes:* y que no seréis admitidos á ofrecer sobre este último el incienso de vuestras oraciones, sino después de haber derramado sobre el primero la sangre de una víctima, es decir, sacrificado vuestras pasiones. No: no se os permitirá penetrar en el santuario, si no habéis hallado gracia delante del Señor, por medio de convenientes expiaciones. El incienso de vuestras plegarias no subirá hacia El como un perfume agradable, sino cuando por medio de un sacrificio generoso hayáis sometido á Dios vuestra voluntad y vuestros pensamientos». *Sufrir y orar*, con un sentimiento de humildad, de confianza y de amor, en unión con Jesucristo, he aquí el sacrificio por excelencia agradable al Señor, y he aquí también el medio eficaz de asegurar la propia salvación y de contribuir á la de los demás.

Y ahora, piadoso lector, considera la conexión íntima que existe entre *el Apostolado de la Oración y el Apostolado del Sufrimiento*. Orar y sufrir son dos condiciones de la vida sobrenatural. Separar la una de la otra, sobre todo, en el

ejercicio del celo apostólico, es exponerse á comprometer el resultado. El viajero necesita dos pies para caminar; y el fiel que quiere contribuir por su parte en larga medida á la salvación de las almas, necesita orar y sufrir.

Cristianos fervorosos, que amáis las almas á quienes Jesucristo amó tanto, he aquí un nuevo reto hecho á vuestro celo. Una de las plumas consagradas á una de las obras más santas del tiempo presente os lo ha dicho: *Orad por las almas: vuestra oración unida á la del Sagrado Corazón de Jesús, las salvará.*—Por nuestra parte, haciendo resonar nuestra débil voz en este vasto campo donde tantos pobres hijos de Adán combaten con el enemigo de todo bien, venimos á deciros: *Sufrid por las almas: unid vuestros sufrimientos á los del Sagrado Corazón de Jesús, y las salvaréis.*

El humilde Hijo de María, Jesús crucificado, es hoy, como siempre, el único mediador entre Dios y los hombres. Si nuestro siglo debe salvarse (y se salvará si se humilla) lo deberá únicamente á Jesucristo crucificado y á las víctimas voluntarias que se digne asociar á su sacrificio.—«Si este no es el fin de la tragedia humana—ha dicho un publicista católico de nuestros días—si después de este triunfo hay todavía un porvenir para el mundo, el mundo se salvará como se salvó la primera vez, porque Cristo habrá encontrado mártires. Por segunda vez la libertad descenderá del Calvario, sangrienta é inmortal, y volverá de nuevo á implantar en el corazón de los hombres las únicas verdades que tienen el privilegio de sustraerlos á la esclavitud del hombre; porque sólo ellas le hacen hijo y servidor de Dios». Dios no sigue, en efecto, en la obra de la regeneración humana, dos planes providenciales. Desde la eternidad ha resuelto salvar al mundo por la cruz, y hasta el

último día del mundo seguirá con invariable constancia este programa divino. La oración y la sangre de Jesús, vertida en el huerto de las Olivas y en el Calvario, sacarán al mundo antiguo del abismo del error y de la corrupción en que estaba sepultado. La oración y la sangre de los mártires de los tres primeros siglos, unidas á las oraciones y á la sangre del Hombre-Dios, han concluído esta grande obra. Nadie se engañe: la oración y la sangre de Jesús, derramada en el huerto de las Olivas y en la Cruz, detendrá todavía al mundo en el borde del abismo, donde hombres perversos quisieran de nuevo sepultarlo, haciéndole retroceder á los días del paganismo.

Las oraciones y los sufrimientos de los cristianos, miembros vivientes de Jesucristo, contribuirán de la manera más eficaz á esta grande obra de preservación y rescate. El mundo está sostenido por los méritos de los santos, ha dicho un personaje piadoso: *Precibus sanctorum stat mundus.* Y en nuestros días, más que en otros, halla aplicación esta sentencia. Sí: después de Jesús, la principal esperanza de la salvación de la generación presente, reside en la oración y en los sufrimientos de los santos, es decir, de los católicos fervientes. Sea cualquiera el desprecio con que el siglo ingrato los mortifique; sea cualquiera el odio con que los persiga, no debe ignorar este siglo que su suerte está en sus manos. Sin la intervención caritativa de estos fieles discípulos de Cristo, que oran y sufren por apaciguar la cólera divina, hace mucho tiempo que esta generación culpable habría sufrido los últimos rigores de la venganza celeste, que habría desatado sin piedad todos los azotes para castigar sus prevaricaciones.

Mas la oración y el sacrificio de los santos contienen el brazo de Dios, siempre dispuesto á

la misericordia: y he aquí cómo se explica que, á pesar de tantos crímenes y abominaciones, de que somos testigos todos los días, la infinita caridad de nuestro Padre celestial nos sostiene y nos colma de beneficios. ¡Sea para siempre bendito!

Pero tu, piadoso lector, que ves como nosotros las grandes llagas de este siglo, no querrás permanecer ocioso é inactivo en presencia de tantos males que necesitan curación, y de tantos bienes como se pueden realizar. Abrigamos la confianza de que, después de leer este librito, no dudarás en asociarte á la cruzada pacífica que te proponemos. Con la *oración*, es el *sufrimiento*, generosamente soportado en unión con Jesucristo, el arma principal para obtener de la misericordia de Dios la cesación de las calamidades que afligen á la santa Madre Iglesia y la destrucción de las causas de ruina y de escándalo que precipitan todos los días un gran número de almas en el infierno. Sí, amadísimo lector; no faltarán apóstoles de la *oración* y del *sufrimiento* que consentirán en orar y en sufrir por este siglo culpable: no faltará para él garantía que le haga volver al bien, y por consecuencia, que sea esperanza de su salvación.

Sírvate esta conclusión de guía y de estímulo, á la vez, en la lectura de este libro, con que rendimos humildísimo homenaje al Corazón agonizante de Jesús, al Corazón compasivo de María y al Corazón sufridísimo de San José. Dígnense estos tres amables Corazones, víctimas del dolor y del amor, acoger y bendecir este débil trabajo, haciendo que produzca frutos copiosos de salvación para el tiempo y para la eternidad.

ESTÍMULO Y BENDICIÓN DE PÍO IX.

Al publicar esta tercera edición de nuestro libro, no podemos menos de regocijarnos, haciéndola preceder del precioso estímulo y de la paternal bendición que el Soberano Pontífice Pío IX, de venerable memoria, se dignó conceder, algunos años antes de su muerte, al *Apostolado del Sufrimiento* y á su humilde autor. En esta aprobación implícita del gran Pontífice de la obra expiatoria y regeneradora que este libro recomienda, los lectores de buena voluntad hallarán un nuevo y apremiante motivo para entregarse con redoblado fervor á este apostolado del sacrificio, que los ataques perseverantes del satanismo moderno hacen cada vez más oportuno y necesario.

Por su parte, León XIII, Papa gloriosamente reinante, reconociendo la oportunidad y la eficacia de este apostolado reparador en los malos días por que atravesamos, recomienda su práctica, de tiempo en tiempo, á los fieles admitidos en sus audiencias. Para no citar más que uno ó dos hechos recientes, diremos que, habiendo sido recibido en el Vaticano el general de una orden religiosa, Su Santidad le expresó el deseo de que entre los religiosos de su orden se ofrecieran algunos á Dios *como víctimas voluntarias* por las necesidades actuales de la Iglesia y del Pontificado.

Después hemos sabido que el Padre Santo hizo una recomendación idéntica á una diputación

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de religiosas del Sagrado Corazón, que fué á ofrecerle su homenaje filial y á pedirle su bendición.

¿Quién de vosotros, lectores piadosos, no acogerá con santo respeto este deseo expresado por el Vicario de Jesucristo? ¿Quién de vosotros no responderá con generosa diligencia al llamamiento que el mismo Jesucristo se digna dirigirnos por boca de su primer representante en la tierra?

Corramos todos unidos y coloquémonos bajo el estandarte del *Apostolado del Sufrimiento*. Sigamos orando; pero *empecemos á sufrir algo más*. El ejército de Satanás es tan numeroso, la guerra contra Dios y contra su Cristo es tan universal y tan encarnizada, que para luchar victoriosamente en este combate supremo, no parece que son suficientes las armas solas de la oración; siendo necesario, de toda necesidad, unir en más larga medida el arma invencible de la Cruz, es decir, la de la expiación voluntaria, la de los sufrimientos voluntarios, y si fuera preciso, la de muerte espontáneamente aceptada, si á Dios place exigir esta ofrenda de nuestra vida, para la reparación de su gloria, para el triunfo de su Iglesia, y para la salvación de las almas, rescatadas á precio de su sangre.

Tomemos, pues, cada uno nuestra cruz. Coloquémosla sobre nuestros hombros y marchemos valerosamente por el camino de Jesús, nuestro divino Salvador, que llevó la suya hasta la cima del Calvario, desde donde parece querer ser crucificado una vez más, en la persona de su Iglesia y de sus miembros atormentados.

Sí, víctimas voluntarias para la Santa causa de Dios y de la Iglesia y de las almas; sigamos fielmente, con intrépido paso, desde Gethsemaní hasta el Gólgotha, á la víctima voluntaria por excelencia, á Jesús, nuestro amadísimo Redentor. Unamos nuestro sacrificio al suyo y al de su santísima Madre: y tomemos en lo sucesivo por divisa estas palabras del Apóstol Santo Tomás:—«Vayamos nosotros también y muramos con El». *Eamus et nos ut moriamur cum eo.* (Joan, XI, 16.)

He aquí ahora el texto de nuestra humilde súplica al Padre Santo Pío IX, seguida de su firma y de algunas palabras de estímulo, escritas de su propia mano. A la caritativa mediación del nunca bastante llorado P. Enrique Ramiere, al celoso promovedor de la obra eminentemente católica del *Apostolado de la Oración*, somos deudores de este favor insigne. Que él se digne recibir desde lo alto del cielo nuestro más sincero y vivo reconocimiento.

BEATISSIME PATER:

Joannes Lyonnard sacerdos a Societate Jesu ad pedes Tuæ Sanctitatis provolutus librum ei offert quem sub titulo *Apostolat de la Souffrance* composuit, cum siquidem Christus Dominus patiendo non secus ac orando et prædicando mundum salvaverit, suos discipulos ad *adimplenda ea quæ passioni suæ desunt* vocavit non pro salute duntaxat propria sed etiam *pro corpore ejus quod est Ecclesia*. Hoc nemo melius novit quam Tua Sanctitas quam videmus tanto cum animi robore crucem Christi ferentem et *tota die ad populum*, qui Ei mala pro bonis reddit, *manus suas extendentem*. Sperat igitur dicti libri auctor fore ut Tua Sanctitas, quemadmodum *Apostolatui Orationis* benedixit, ita et huic alteri Apostolatui benedicere dignetur; neque dubitat quin ex hac benedictione hoc suum opusculum mag-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

nam nanciscatur fæcunditatem ad Dei gloriam animarumque Salutem.

. . . . . .

Dominus vos benedicat et dirigat.

PIUS, PP. IX.

TRADUCCIÓN.

«Santísimo Padre:

Juan Lyonnard, sacerdote de la Compañía de Jesús, prosternado á los pies de Vuestra Santidad, ofrece á V. S. el libro que ha compuesto, bajo el título del *Apostolado del sufrimiento*. En efecto, habiendo salvado al mundo Cristo nuestro Señor, no menos por sus dolores que por sus oraciones y predicaciones, ha llamado á sus discípulos *á cumplir lo que falta á su pasión*, no sólo para su propia salud, sino también *para la de su cuerpo que es la Iglesia* (1). Ninguno sabe mejor esto que Vuestra Santidad, á quien vemos llevar con tan gran fuerza de ánimo la cruz de Jesucristo, y *extender todos los días sus manos hacia el pueblo*, que le devuelve mal por bien. El autor del susodicho libro abriga la esperanza de que, así como vuestra Santidad bendijo *El Apostolado de la Oración*, se dignará bendecir este otro *Apostolado*, no dudando que su obra reportará de esta bendición gran fecundidad para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

. . . . . .

Que el Señor os bendiga y os dirija.

Pío IX, Papa».

(1) Coloss., I, 24.

ÓTRO ESTIMULO Y BENDICION DE PIO IX.

Nuestro amado Padre Pío IX se había dignado en 1867 conceder el primer estímulo y la primera bendición al *Apostolado del Sufrimiento* y á la sociedad de *las víctimas voluntarias*. Cerca de cuatrocientas sesenta personas de buena voluntad prestaron su nombre para formar la primera lista de miembros de dicha sociedad; y á su cabeza figuraba el del venerable y llorado Obispo de Menda, Monseñor Juan Antonio María Foulquier, á quien Pío IX honraba con su particular afecto, hasta el punto de llamarle su amigo, dándole los calificativos de *piissimus* y *doctissimus*, esto es, de Obispo piadosísimo y muy instruído. Este digno Prelado fué quien, accediendo á nuestra súplica, presentó á Pío IX, hallándose en Roma, el homenaje de esta primera lista de las *víctimas voluntarias para las necesidades de la Iglesia y de las naciones, sobre todo de las naciones católicas de Europa*. La ofrenda fué acogida con paternal benevolencia, y el cuadernito que contenía estos nombres volvió del Vaticano con la firma de Pío IX y las siguientes palabras escritas en latín de su propia mano:

Die 16 Novembris 1867.

Qui vult venire post me, dicit Dominus, *abneget semetipsum, tollat crucem suam et sequatur me. Ille vos benedicat qui regnavit a ligno.*

Pius, PP. IX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Día 16 de Noviembre de 1867.

«El que quiera venir conmigo, dice el Señor, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame. El que ha reinado por el leño de la cruz os bendiga.

Pío IX, Papa.»

Estímulos venidos de tan alto no necesitan comentarios. Aquellos de nuestros lectores que se hallen animados de su amor ardiente por nuestro Señor Jesucristo, y de un gran celo por la salvación de las almas, apreciarán particularmente el valor de su oportunidad.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL SUFRIMIENTO, CONDICIÓN INEVITABLE DEL HOMBRE SOBRE LA TIERRA.

Un hombre santo ha escrito estas palabras en un libro que no se sabrá meditar demasiado (*): «Conducid vuestros pasos á donde queráis; disponed todas las cosas como sepáis hacerlo; volved en cualquier sentido y de cualquiera manera que os plazca; no llegaréis jamás á evitar el sufrimiento. Compañero inseparable de vuestra vida mortal; os sigue por todas partes con una pertinacia infatigable. No ensayéis escaparle por medio de una fuga impetuosa y necia; en ninguna parte sabréis refugiaros sin llevar la cruz, porque ella es parte de vuestra existencia. La lleváis en vuestros miembros, asiento de todos los dolores; la lleváis en vuestra alma, morada abierta á todas las tribulaciones; y es para vosotros un huésped de todas las horas, de todos los instantes. La cruz es un otro *yo* del hombre. Si éste cuadro os parece exagerado, echad una mirada sobre vosotros y al rededor de vosotros; recoged vuestras memorias; prestad oídos á vuestros propios gemidos; preguntad á vuestra

(*) Imitación de Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Día 16 de Noviembre de 1867.

«El que quiera venir conmigo, dice el Señor, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame. El que ha reinado por el leño de la cruz os bendiga.

Pío IX, Papa.»

Estímulos venidos de tan alto no necesitan comentarios. Aquellos de nuestros lectores que se hallen animados de su amor ardiente por nuestro Señor Jesucristo, y de un gran celo por la salvación de las almas, apreciarán particularmente el valor de su oportunidad.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL SUFRIMIENTO, CONDICIÓN INEVITABLE DEL HOMBRE SOBRE LA TIERRA.

Un hombre santo ha escrito estas palabras en un libro que no se sabrá meditar demasiado (*): «Conducid vuestros pasos á donde queráis; disponed todas las cosas como sepáis hacerlo; volved en cualquier sentido y de cualquiera manera que os plazca; no llegaréis jamás á evitar el sufrimiento. Compañero inseparable de vuestra vida mortal; os sigue por todas partes con una pertinacia infatigable. No ensayéis escaparle por medio de una fuga impetuosa y necia; en ninguna parte sabréis refugiaros sin llevar la cruz, porque ella es parte de vuestra existencia. La lleváis en vuestros miembros, asiento de todos los dolores; la lleváis en vuestra alma, morada abierta á todas las tribulaciones; y es para vosotros un huésped de todas las horas, de todos los instantes. La cruz es un otro *yo* del hombre. Si éste cuadro os parece exagerado, echad una mirada sobre vosotros y al rededor de vosotros; recoged vuestras memorias; prestad oídos á vuestros propios gemidos; preguntad á vuestra

(*) Imitación de Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

historia y á la de los otros, porque bajo el concepto del dolor, vuestra historia es, sobre poco más ó menos, la de todos.»

Supongo que eres un sencillo cristiano que vive en el mundo. ¿No es verdad que son pocas las páginas del diario de tu vida donde no figuren, bajo una ú otra forma, alguna de esas expresiones que, á través de mil diversos matices, significan todas una misma cosa: *sufrir*? ¿Quieres que con una rápida ojeada recorramos unidos algunas de esas páginas, demasiado pronto olvidadas? Sin detenernos en las lágrimas que derramaste en tu infancia, sobre tu cuna, pasemos, si te place, á los días de la juventud y de la edad madura. Cuanto á la vejez, edad de la decadencia y de las enfermedades, de antemano sabemos que no hay en ella más que trabajo y dolor: el mismo Espíritu Santo lo dice y la experiencia lo confirma: *Labor et dolor*. Toma, pues, y lee ese libro que encierra saludables lecciones: *Tolle, lege.*

He aquí la página que corresponde á los años de tu primera educación. Alternativa de alegrías y de tristezas, de juegos ruidosos y de severas privaciones.—Adquiero los primeros elementos de la ciencia al precio de sacrificios penosos, cada día renovados. La muerte prematura de mi pobre madre me deja huérfano á medias, y tengo que derramar muchas lágrimas sobre su tumba.—¡Pobre niño! Tan joven y ya empezó á sufrir! La página que sigue será, debemos esperarlo así, menos lúgubre.—¡Hermoso día el de mi primera Comunión! La alegría del cielo desciende con Dios en mi alma. ¡Ay! ¿Por qué se ha de mezclar con esta alegría la amargura? Siento el dolor de no ver cerca de mí á mi pobre madre en la Sagrada Mesa; y mi padre, indiferente para con su religión, rehusa acompañarme.—¡Ahí tienes, hijo mío, cómo ese día tan hermoso para ti, no ha podido pasar sin nubes!

¿Dónde hallar, por tanto, en la vida un día más puro y sereno? Henos aquí llegados á las tempestades de tu juventud.—Tengo la desdicha de

haberme unido á amigos perniciosos, que me arrastran á sus aventuras.—Desde este momento mi vida se parece á la del pródigo, cuyas tristes fases reproduzco, unas después de otras. La misma efervescencia, la misma avidez del placer, el mismo olvido de mis deberes, los mismos sueños encantadores, las mismas decepciones, las mismas angustias y, sobre todo, los mismos remordimientos.

En ciertas horas de soledad y de silencio, una indecible agonía me oprime el corazón, ante la memoria de mi piadosa madre y de sus cristianas recomendaciones. Esta memoria, unida á la gracia de Dios, me hace volver sobre mis pasos. Entonces deposito á los pies del confesor la grosera carga de mis pecados; y con la santa absolución, la paz vuelve á entrar en mi alma. Pero no la conservo más que haciéndome violencias, y me entrego de nuevo airadamente á una lucha de todos les días. Así se pasa mi juventud entre las tempestados, los combates, las caídas, y algunas victorias caramente compradas.

—Bien veo, hijo mío, que has sufrido; pero ¡cuántos otros han sido todavía más probados que tú! Tú siempre has tenido pan, vestidos, albergue..... ¡A cuántos pobres huérfanos les ha faltado todo! Tú has gozado siempre una salud completa. ¡Cuántos compañeros de tu infancia, plantas jóvenes tronchadas antes de la edad, han languidecido bajo el peso de precoces enfermedades! Después de tus caídas te has levantado por la infinita misericordia de Dios y por las oraciones de tu buena madre que está en el cielo. ¡Cuántos otros han ido más lejos que tú en el camino de la iniquidad, y, rodando de abismo en abismo, arrastran quizás todavía la pesada cadena del pecado y de los remordimientos! Bendice, pues, al Señor: y ya que has comenzado, continúa rápidamente contando tu historia.

—Una vez establecido en el mundo, los cuidados de mi familia y de mis negocios absorben todos mis instantes. Los vientos de la fortuna me favorecen: pero pronto se me vuelven contrarios.

Entre mis numerosos amigos, y hasta entre mis parientes, veo surgir ingratos y enemigos. Poco á poco se mejoran mis negocios y se levantan. Los que se alejaban de mí se me acercan: veo crecer á mis hijos ante mis ojos, y me lleno de gozo al pensar que un día serán báculo y apoyo de mi vejez. Semejante al viajero fatigado, me detengo para respirar contento, después de una marcha larga y penosa. Este descanso no dura mucho: una segunda visita de la muerte viene á envenenar tan legítimas alegrías. En pocos años me lleva la muerte á mi anciano padre, á mi esposa y á uno de mis hijos. Para colmo de desdichas, entre los dos que me quedan, hay uno que me tiene afligido por su conducta licenciosa y por sus malos procederes para con el autor de sus días. En tan rigorosa extremidad no puedo menos de empezar á comprender que el verdadero descanso está sólo en Dios y en el cumplimiento de su santa voluntad.

—Así, sólo aceptando la cruz con resignación, es como has podido llegar á gustar alguna alegría en este mundo, donde se encuentran tan pocas!—¡Sí! Después de tantos reveses, Dios me ha concedido esta gracia. ¡Sea bendito para siempre!—¡Tal ha sido tu vida!—¡Una vida borrascosa, cuyas tempestades atribuyo á mis numerosos pecados, porque si hubiera sido más fiel, habría sido más feliz.—Es verdad; al menos hubieras evitado la punzante espina de los remordimientos. Sin embargo, no creas que te hubiera separado del dolor una barrera infranqueable; habrías sufrido con más valor, con más resignación y, sobre todo, con más fruto y con más merecimientos; pero no habrías dejado de sufrir. La sola necesidad de violentarse para ser virtuoso, es ya un sacrificio. Las profesiones más santas, los más retirados claustros no son un abrigo contra la cruz: y las almas generosas se refugian en ellos para encontrarla mejor. Sucediendo, en efecto, que la encuentran con todos sus encantos, pero á la vez con todos sus rigores, en la práctica de la regla, en el cumplimiento de los votos, especialmente el de obediencia, que

quebranta veinte veces al día la propia voluntad. De suerte que no hay condición humana á la que no puedan aplicarse con razón estas palabras de San Agustín: «La vida presente es una peregrinación fatigosa; es fugitiva, incierta, laboriosa; expone á todas las mancillas y entraña todos los males; no debe llamarse vida, sino muerte.»—Y, en efecto, el hombre muere á cada instante. Porque ¿qué es su vida sino una vida que alteran los humores, que el dolor extingue, que los calores desecan, que envenena un soplo, que los placeres disuelven, que la tristeza consume y la inquietud abrevia? La riqueza nos conduce á la jactancia, la pobreza nos humilla, la juventud nos enorgullece, la vejez nos encorva, la enfermedad nos quebranta y la tristeza nos acaba. A todos estos males sigue la implacable muerte.

Ocasión es esta, para completar el cuadro de las tribulaciones humanas, de hablar de las pruebas por las cuales place al Señor que pasen sus más fieles servidores; pero reservamos asunto tan interesante para uno de los siguientes capítulos. Por de pronto resumimos y concluimos diciendo: que si has sufrido mucho no has hecho más que compartir el destino común. Otros han podido encontrar en su camino menos espinas y menos pruebas que tú; otros habrán encontrado más; todos han hallado su parte en el cáliz de la tribulación. De bueno ó mal grado, cada uno de nosotros debe acercar á sus labios y beber á grandes tragos el jugo amargo y saludable de la cruz. Ser hijo de Adán y sufrir en la tierra son dos cosas inseparables. Apresurémonos á decir, para nuestro común consuelo, que si el sufrimiento se sobrelleva cristianamente, se convierte para nosotros y para los demás en fuente fecunda de los mayores bienes.

CAPÍTULO II.

EL SUFRIMIENTO, MEDIO EFICACÍSIMO PARA QUE EL HOMBRE LLEGUE Á SU ÚLTIMO FIN, ES DECIR, Á LA SALVACIÓN DE SU ALMA.

Leyendo el capítulo precedente, querido lector, no habrás, sin duda, visto en nuestra intención el deseo de elegir por tipo del sufrimiento un simple cristiano establecido en el mundo, pretendiendo con ello dirigirnos á una sola categoría de lectores. Si así fuera te habrías engañado, atribuyéndonos la falta de haberte inducido á error. Al personificar el dolor en un hombre cualquiera, hemos querido personificarle en ti mismo, por más que no te parezcas al pródigo, de cuya condición, por la misericordia de Dios, no has participado. Pero serías un ángel de la tierra, un ángel revestido de cuerpo mortal, como dice San Luis Gonzaga, si en tu calidad de hijo de Adán no fueras deudor del sufrimiento y súbdito del dolor. Si; seas quien fueres, pertenezcas á cualquiera condición, habites en un palacio ó en la celda de un claustro, toma para ti, con las modificaciones personales convenientes, todo lo que acabamos de decir; porque el sufrimiento es la inevitable herencia de todos los hombres, y se mezcla á su existencia como el aire á su respiración. Pero medita una consideración nueva, propia para fortalecerte en las penas inseparables de la vida: este sufrimiento tan amargo para tus labios, tan aflictivo para tu corazón, tan humillante para tu espíritu, es uno de los medios más eficaces para hacerte llegar, con la ayuda de Dios, á tu fin postrero; quiérese decir, á tu salvación eterna.

Entendemos por sufrimiento todo lo que puede mortificar al hombre durante el curso de su vida

mortal. Así, las enfermedades, los reveses de la fortuna, la pérdida de los bienes, la de los parientes, el abandono de los amigos, las tristezas domésticas, las calamidades públicas, las plagas, las persecuciones, las dificultades de la virtud, la práctica de la mortificación cristiana, las desolaciones, las tristezas, la agonía, la muerte; en una palabra, todas las aflicciones que arrancan tantos suspiros al pecho del hombre, y tantas lágrimas á sus ojos esto es lo que llamamos *sufrir*.

Esta multitud de adversidades y dolores que se ceban contra los hijos de Adán, nos hace decir que en el orden actual de la Providencia es, el sufrimiente en Jesucristo y por Jesucristo, el medio más eficaz para que se levante el hombre caído, y entre en la vía de la salvación eterna. Para comprender esta verdad consoladora, basta decir que el sufrimiento es por excelencia el *gran medio de expiación*. Y por la *expiación* recobra el hombre la gracia de su Dios.

Después de la caída de Adán, nuestro primer padre, se reveló en el seno de la humanidad una necesidad nueva y misteriosa, la de la expiación. A partir de aquel momento funesto, que marca tristemente el origen de nuestras desdichas, la humanidad entera se consideró como un gran culpable, sintiéndose instintivamente atraída por la necesidad de recurrir al sacrificio para apaciguar á la Divinidad. De aquí que todos los pueblos, hasta los bárbaros, tuvieran la costumbre de inmolar víctimas, elevando el sacrificio al primer rango entre los ritos religiosos. Es indudable que en la aplicación de esta necesidad, innata en el corazón del hombre caído, se perpetraron monstruosos errores: así se ha visto que pueblos feroces, dando á este principio una interpretación sanguinaria, inmolaban víctimas humanas, pretendiendo apaciguar á la Divinidad con este sacrificio cruel. Pero por irritantes que fuesen aquellos actos de barbarie, atestiguan de una manera evidente la fe de los pueblos en la virtud expiatoria de la sangre derramada. Sin duda ellos daban testimonio del oráculo

de San Pablo que pronto debía decir á las naciones, mostrándolas al Hombre-Dios, crucificado en el Calvario: «No hay remisión para vosotras sin efusión de sangre». *Sine sanguinis effusione, non fit remissio.* (Hebr. IX.)

Pero, para penetrar hasta el fondo de las cosas, veamos cuál ha podido ser la razón de este instinto de los pueblos y de las palabras del gran Apóstol, es decir, cuál es el fundamento de esta convicción universal que atribuye á la sangre derramada una virtud todopoderosa de expiación. Hela aquí: la sangre es el principio material de la vida en el hombre; verter su sangre es dar su vida; dar su vida es el sacrificio más grande de que el hombre es capaz. Nuestro Señor lo ha dicho: «Ninguno puede testimoniar á sus amigos más grande amor, que el que da su vida por ellos.» *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* (Joan. XV.)

Ahora bien, la ofensa á la Majestad Divina, por la cual se hizo el hombre culpable, era tan grande que para expiarla dignamente tuvo que recurrir al mayor de todos los sacrificios, al sacrificio de su propia sangre; y, por consiguiente, de su vida. Sino que después de su caída la sangre del hombre no tenía valor. Corrompido en su origen, como el raudal que surge de una fuente envenenada, el sacrificio que el hombre hubiera hecho á Dios de su vida no podía serle grato. Para que Dios aceptara la ofrenda era menester que por una operación previa, de la cual sólo Él tenía el secreto, se purificara la sangre del hombre de su antigua mancha, recobrando su primitiva limpieza. Esta operación maravillosa, que debía asombrar al cielo y á la tierra, la realizó en favor nuestro el Verbo de Dios, Hijo único del Padre, dignándose unirse hipostáticamente á nuestra naturaleza y tomando nuestra carne y nuestra sangre en el seno de la Purísima Virgen María; pero una carne sin tacha y sin pecado; una sangre purísima, más límpida que el rocío de la mañana, más roja y brillante que el rayo del sol.

Tal es la sangre de que Dios quiere el sacrificio, como precio de nuestra redención. A condición de aquella sangre, vertida en holocausto expiatorio, Dios perdona al hombre; y el hombre, gracias á la virtud infinita de esa sangre derramada, puede, á su vez, presentarse ante Dios y ofrecerle la suya, con la seguridad de que será favorablemente acogida. Desde entonces la sangre del hombre pecador, purificada por la del Hombre-Dios, puede ofrecerse al Señor en sacrificio expiatorio; y Dios, que ama á su Hijo con amor infinito, viendo su divina sangre mezclada á la del hombre, perdona á este último en virtud de los méritos de la sangre de su Hijo, derramada en la cruz.

Y ahora hagamos particular aplicación de esta consoladora doctrina á nuestro objeto. Puesto que la sangre de Jesucristo, derramada en el Calvario, es el sólo sacrificio expiatorio agradable al Señor, infiérese que las expiaciones personales del hombre caído, no podrán agradarle, sino cuando van unidas á la del Hijo de Dios y se elevan, por virtud de esta unión, á una dignidad divina, á un precio divino.

La sangre derramada por Jesucristo representa, sin duda, una expiación para todos los hombres; pero Él quiere que cada uno junte sus propias expiaciones á la suya, á fin de que por este medio se apropien su virtud. Así, si quieres participar del mérito y de la divina eficacia de la gran expiación del Calvario, une tus expiaciones á la de Jesús; es decir, mezcla tu sangre á la sangre expiatoria de Jesús, porque no hay expiación propia ni extraña sin efusión de sangre.

—¿Qué significa esto?—exclamarás.—¿Es preciso, pues, que, para participar de la virtud de la sangre del Hijo de Dios, el hombre caído derrame la suya?—Seguramente; si el divino Mediador exigiera de nosotros esta condición, no habría más remedio que cumplirla. Él tiene derecho á imponerla; pero ordinariamente se contenta con menor sacrificio. Sin embargo, no tenemos reparo ni temor en afirmar que Él demanda, que Él exige san-

gre de cierta manera.—Pero ahora—replicarás—¿qué sangre pide? ¿Es la que corre por nuestras venas?—Para dar testimonio de su fé todo cristiano debe estar pronto á derramarla; y sería culpable del crimen de apostasía, si, en esta ocasión solemne, rehusase pagar á su Maestro y á su Rey semejante tributo. Pero—lo repetimos—ordinariamente no nos exige ese supremo sacrificio. Escucha á San Bernardo que va á darte la explicación de este enigma: *Est martyrii genus, est quædam effusio sanguinis in quotidiana corporis afflictione.* El ejercicio de la penitencia, del que ningún hombre está dispensado, las cotidianas aflicciones del cuerpo y, podemos añadirlo, las del alma, son una especie de martirio, una cierta efusión de sangre. Tal es el martirio que Dios te pide; tal es la efusión de sangre que de ti reclama.

Haz penitencia, soporta pacientemente los trabajos y las enfermedades del cuerpo, las pruebas y aflicciones del alma, y derramarás tu sangre; así expiarás por ti mismo, y así puedes expiar por los demás. No sólo los sufrimientos exteriores del cuerpo, sino los del alma, producen la *sangre derramada.*—Estás triste: la muerte, la muerte cruel acaba de crear en torno tuyo un profundo vacío: ¡ah! es una herida sangrienta abierta en tu corazón. Todos los días lo decimos, y las formas habituales del lenguaje dan testimonio de esta verdad. Cuando á una pobre madre se le muere un hijo querido, único objeto de su ternura, solemos decir: El *corazón la sangrará* por largo tiempo.

Repitamos, pues, con San Bernardo, dando á su pensamiento toda la extensión de que es susceptible:—Sí: las aflicciones del cuerpo y las del alma son una especie de martirio, una suerte de efusión de sangre: *Est martyrii genus, est quædam effusio sanguinis in quotidiana corporis afflictione.* Unida á la sangre expiatoria de Jesucristo la sangre misteriosa que se escapa por todas las heridas del corazón cristiano participa éste largamente de la virtud de expiación de la víctima del Calvario. He aquí por qué las lágrimas de la penitencia, á las

cuales llama también un santo personaje *sangre del alma*, expían y reparan con tanta eficacia los más grandes extravíos de un alma culpable.

David cometió un gran crimen, y el Señor irritado le exigió reparación solemne. El Profeta Nathán, en su nombre, fué á buscarle y le dijo con santo atrevimiento: «Príncipe, tú eres culpable, *tu es ille vir.* Por lo cual la ira de Dios va á pasar sobre ti.»—David inclinó su real cabeza bajo la sentencia del hombre de Dios. Arrepentido y humillado, abatió hasta el polvo su frente de monarca, coronada por tanta gloria; y mientras que la cólera de Dios pasó sobre él, mientras, según el oráculo del Profeta, la muerte hizo estragos alrededor de él, llevándole cuanto más quería, el santo rey, derramando lágrimas de sus ojos é hiriéndose el pecho, exclamaba en su doloroso arrepentimiento: «Pequé, Señor.» *Peccavi.* — Tú sabes cómo terminó esta dura prueba. El Señor, infinitamente misericordioso, perdonó á David y continuó colmándole con sus más inefables favores.

Ya lo ves: hay en la aflicción, hasta en la que es justo castigo del pecado, con tal de que sea sobrellevada con paciencia, una saludable virtud de expiación, y, por consiguiente, un medio eficacísimo de conducir al hombre á su fin postrero.

Y aquí no podemos menos de admirar unidos, querido lector, cómo se muestra Dios misericordioso para con el hombre, hasta en los justos castigos que le inflige. «Él quiere, dice San Agustín, que seamos abrumados por la aflicción, objeto de los engaños, de las humillaciones y de los desprecios del mundo, para que rehusemos el amor del siglo y apartemos nuestro corazón de las cosas temporales, elevándonos por medio de santos deseos á buscar el soberano reposo que no se halla en esta vida.»

Cuando la Divina Providencia envía al hombre tribulaciones, entonces, sobre todo, se ocupa en su dicha, entonces le instruye por la voz elocuente del sufrimiento y le dice:—*Sursum corda: Levanta el corazón.* Puesto que la tierra no es para ti más

que un campo cubierto de espinas, elévate por encima de ella y contempla la hermosa región que Yo habito, donde todos tus deseos serán satisfechos.

Esta manera de considerar el sufrimiento es la única digna de un cristiano, de un discípulo de Jesús crucificado. «La ley más propia del Evangelio, dice Bossuet, es la que ordena llevar la cruz. La cruz es la verdadera prueba de la fe, el verdadero fundamento de la esperanza, la perfecta depuración de la caridad; en una palabra, el camino del cielo. Jesucristo murió en la cruz, y llevó la cruz toda su vida; con la cruz quiere que se le siga, y éste es el precio que pone á la vida eterna. El primero á quien prometió particularmente el reposo del siglo futuro fué un compañero de su cruz:—«Tú serás—le dijo—hoy conmigo en el paraíso.....» Desde el momento en que Jesucristo fué cosido á la cruz, el velo del templo se desgarró de alto á bajo, y el cielo se abrió para las almas santas. Cuando abandonó la cruz y los horrores de su suplicio, apareciése á sus Apóstoles glorioso y vencedor, para que comprendiesen que por la cruz deben entrar en su gloria, y que no mostraría otro camino á sus hijos. Hay, pues, una gran verdad en estas palabras de San Cipriano: *Los sufrimientos son alas con las que vuelo al cielo.*

Terminamos este capítulo con las siguientes valerosas palabras de San Juan Crisóstomo: «Para consolar á las almas que se quejan de los males que las afligen, y que no tienen, ni bastante razón, ni bastante valor para soportarlos, el Apóstol San Pablo, reanimándolas, las dice: «Un corto y ligero momento de tribulación, produce para nosotros una medida eterna de gloria.» Lo que quiere decir —añade el elocuente intérprete:—«La aflicción es para nosotros aquí abajo una fuente de bienes: por ella se vuelve nuestra alma más sabia y más firme; ella nos provee para lo porvenir de ventajas que no guardan proporción con nuestros trabajos, y que superan con mucho á todas las fatigas de nuestros combates.»

CAPÍTULO III.

EL CRISTIANO, ELEVADO POR JESUCRISTO AL ESTADO DIVINO, Ó DEIFICACIÓN DEL CRISTIANO POR JESUCRISTO.

Como importa al apostólico objeto que nos hemos propuesto hacer resaltar el premio de los sufrimientos, creemos necesario penetrar más allá en la razón de las cosas, y mostrar con pruebas sólidas el carácter divino, y, por consecuencia, la divina fecundidad del sufrimiento del cristiano, en el orden de la salvación de las almas. Por esto es indispensable que, ante todo, establezcamos el carácter del cristiano, en quien el sufrimiento reside. En presencia de las negaciones impías de la incredulidad moderna, resulta más oportuno insistir en la doctrina, tan gloriosa para nosotros, de nuestra incorporación con Jesucristo; es decir, de la *deificación* de nuestra naturaleza por Jesucristo. Doble razón por qué dedicamos á este objeto el presente capítulo.

Es de fe que habiéndose unido hipostáticamente el Verbo de Dios á la naturaleza humana, la elevó á un estado divino: así del cuerpo y del alma que personalmente se unió el Hijo de Dios podemos decir con toda verdad, que son el cuerpo y el alma de un Dios. Podemos decir que las funciones sagradas de este cuerpo y las santas operaciones de este alma, son las acciones y las operaciones de un Dios. En fin, si se trata de los dolores de este cuerpo y de las tribulaciones de este alma, podemos añadir, sin el menor temor de errar, que son los sufrimientos de un Dios.

Ahora bien, la fe nos enseña también que el cristiano por el bautismo contrae con la santa humanidad de Jesucristo, y por ello con su divinidad, una unión misteriosa, muy real y muy íntima, por virtud de la cual se hace participante, en cier-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria "Alfonso Reyes"

que un campo cubierto de espinas, elévate por encima de ella y contempla la hermosa región que Yo habito, donde todos tus deseos serán satisfechos.

Esta manera de considerar el sufrimiento es la única digna de un cristiano, de un discípulo de Jesús crucificado. «La ley más propia del Evangelio, dice Bossuet, es la que ordena llevar la cruz. La cruz es la verdadera prueba de la fe, el verdadero fundamento de la esperanza, la perfecta depuración de la caridad; en una palabra, el camino del cielo. Jesucristo murió en la cruz, y llevó la cruz toda su vida; con la cruz quiere que se le siga, y éste es el precio que pone á la vida eterna. El primero á quien prometió particularmente el reposo del siglo futuro fué un compañero de su cruz:—«Tú serás—le dijo—hoy conmigo en el paraíso.....» Desde el momento en que Jesucristo fué cosido á la cruz, el velo del templo se desgarró de alto á bajo, y el cielo se abrió para las almas santas. Cuando abandonó la cruz y los horrores de su suplicio, apareciése á sus Apóstoles glorioso y vencedor, para que comprendiesen que por la cruz deben entrar en su gloria, y que no mostraría otro camino á sus hijos. Hay, pues, una gran verdad en estas palabras de San Cipriano: *Los sufrimientos son alas con las que vuelo al cielo.*

Terminamos este capítulo con las siguientes valerosas palabras de San Juan Crisóstomo: «Para consolar á las almas que se quejan de los males que las afligen, y que no tienen, ni bastante razón, ni bastante valor para soportarlos, el Apóstol San Pablo, reanimándolas, las dice: «Un corto y ligero momento de tribulación, produce para nosotros una medida eterna de gloria.» Lo que quiere decir —añade el elocuente intérprete:—«La aflicción es para nosotros aquí abajo una fuente de bienes: por ella se vuelve nuestra alma más sabia y más firme; ella nos provee para lo porvenir de ventajas que no guardan proporción con nuestros trabajos, y que superan con mucho á todas las fatigas de nuestros combates.»

CAPÍTULO III.

EL CRISTIANO, ELEVADO POR JESUCRISTO AL ESTADO DIVINO, Ó DEIFICACIÓN DEL CRISTIANO POR JESUCRISTO.

Como importa al apostólico objeto que nos hemos propuesto hacer resaltar el premio de los sufrimientos, creemos necesario penetrar más allá en la razón de las cosas, y mostrar con pruebas sólidas el carácter divino, y, por consecuencia, la divina fecundidad del sufrimiento del cristiano, en el orden de la salvación de las almas. Por esto es indispensable que, ante todo, establezcamos el carácter del cristiano, en quien el sufrimiento reside. En presencia de las negaciones impías de la incredulidad moderna, resulta más oportuno insistir en la doctrina, tan gloriosa para nosotros, de nuestra incorporación con Jesucristo; es decir, de la *deificación* de nuestra naturaleza por Jesucristo. Doble razón por qué dedicamos á este objeto el presente capítulo.

Es de fe que habiéndose unido hipostáticamente el Verbo de Dios á la naturaleza humana, la elevó á un estado divino: así del cuerpo y del alma que personalmente se unió el Hijo de Dios podemos decir con toda verdad, que son el cuerpo y el alma de un Dios. Podemos decir que las funciones sagradas de este cuerpo y las santas operaciones de este alma, son las acciones y las operaciones de un Dios. En fin, si se trata de los dolores de este cuerpo y de las tribulaciones de este alma, podemos añadir, sin el menor temor de errar, que son los sufrimientos de un Dios.

Ahora bien, la fe nos enseña también que el cristiano por el bautismo contrae con la santa humanidad de Jesucristo, y por ello con su divinidad, una unión misteriosa, muy real y muy íntima, por virtud de la cual se hace participante, en cier-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria "Alfonso Reyes"

ta medida, de las cualidades divinas de esta augusta humanidad. No podríamos discurrir mejor sobre materia tan elevada y difícil, que como lo hace en sus doctos escritos el ilustrísimo y nunca bastante llorado Monseñor Pie, Cardenal Obispo de Poitiers (*), de los cuales trasladamos algunos pasajes que harán resplandecer la verdad con todo su brillo. Sosteniendo contra el materialismo moderno el dogma de la Encarnación del Hijo de Dios y el de su extensión á toda la naturaleza humana, el elocuente Prelado se expresa así:—«Nuestra deificación en Jesucristo y por Jesucristo es una verdad fundamental del cristianismo. De aquí nuestros títulos de nobleza en el presente, prendas de felicidad y de gloria para lo porvenir..... El materialismo envuelve en sus tinieblas las esferas profanas; pero la ciencia sagrada debe aplicarse á hacer la luz sobre al misterio completo de Cristo; es decir, sobre el misterio de la naturaleza humana, deificada hipostáticamente en la persona individual de Jesucristo, y deificada adoptivamente en todos los miembros del cuerpo de Jesucristo, que son sus elegidos: deificación que recae sobre toda la creación angélica y terrestre, de la cual es el hombre centro y línea de unión; deificación obligatoria y mandada de tal manera que, sin este apoyo sobrenatural y ayuda divina, pesaría uno poco en la balanza celestial..... San Agustín, hablando del Verbo hecho carne, ha dicho: *Addidit quod erat naturæ nostræ*. Texto del Santo Doctor al que sin duda el sabio Prelado hace alusión.—¡Ah! He aquí dónde brilla la caridad inmensa de nuestro Padre que está en los cielos. No tiene desde la eternidad ni tendrá en todos los siglos más que un solo y único Hijo por naturaleza. Pero á pesar de que éste Hijo le basta y ha empleado en Él todo su poder de engendrar, ha querido, sin embargo, no por la exigencia de su propia dicha, sino por el deseo de la

(*) Instrucción sinodal de Monseñor el Obispo de Poitiers, sobre los principales errores del tiempo presente.

de los demás extender el círculo de la familia divina y comunicar á otros, en el tiempo, el título que pertenece á su Verbo desde la eternidad.

«¡Oh admirable economía de la gracia.....! El Verbo que era y que será para siempre único Hijo, igual y consustancial con Dios, se manifestó en la carne; y desde este instante hubo un hombre que pudo llamarse y que fué plenamente Hijo de Dios. Sin embargo, este hombre no fué más que una misma persona sola con el Verbo divino, permaneciendo en su inaccesible unidad la cualidad de Hijo de Dios. Sin duda por efecto de la encarnación adquirió la humanidad entera una afinidad preciosa con Dios..... Pero no debía detenerse aquí el misterio de la deificación. El hombre había perdido por el pecado el privilegio de su vocación y de su destino sobrenatural. Despojado de los dones gratuítos, había sido herido hasta en su naturaleza..... Su estado era un estado de decadencia, de despojo, de sufrimiento; ¿qué digo? un estado de pecado y de condenación. Daño irreparable, si el Verbo que había sido el medio de todo, no fuera también el remedio de todo.»

Aquí el sabio Obispo, alegando muchos pasajes de San Pablo, explica cómo, por la efusión de sangre, el Hijo de Dios hecho hombre ha venido á ser este medio y este remedio; y después de haber dicho que la aplicación de esta sangre se hace á cada uno de nosotros por los sacramentos, á los que en su lenguaje enérgico llama *infiltración de la sangre* de Jesucristo en el alma, concluye esta magnífica exposición de la doctrina de nuestra incorporación á Jesucristo, diciendo: «El dia en que nos hacemos cristianos, nuestra iniciación no nos confiere sólo este nombre, ni nos agrega sólo á la casa de Jesucristo, ligándonos á su doctrina: imprime, además, en nuestra alma un sello de semejanza, un carácter indeleble, y nos comunica interiormente el espíritu de adopción de los hijos, por el cual decimos: «Padre». En fin, por la acción del bautismo, por los demás sacramentos, y mejor aún por la Eucaristía, insinúa en lo más íntimo de

nuestro ser la sangre de Aquel en quien somos adoptados. Por esto entramos auténticamente en su raza. *Ipsius enim et genus sumus.* Y porque somos de la raza de Dios, *genus ergo cum simus Dei* (Act., XVII), porque nuestra filiación no es puramente nominal, sino rigorosamente real y verdadera, nos hacemos herederos, con pleno derecho, y á título de extricta justicia, del Padre común, que tenemos con Jesucristo, y, por consecuencia, coherederos del primogénito de nuestra raza: *Si filii et hæredes hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi.* Y así es como, permaneciendo siempre Hijo único del Padre, es también el primogénito de un gran número de hermanos: *Primogenitus in multis fratribus:* con lo cual no abdica su propia dignidad dándoles esta gloriosa calificación: *Propter quam causam non confunditur fratres eos vocare.* (Hebr., II.) De aquí esta locución tan usada, según la cual no formamos con Jesucristo más que un sólo cuerpo, del que Él es la cabeza y nosotros los miembros. (I. Cor., XII.) Cuerpo en que todas las partes unidas y ligadas por coyunturas regulares se prestan un mutuo auxilio por medio de una operación adecuada á la medida de cada miembro, formando esta organización jerárquica que establece la dependencia en la unidad y el orden en la multiplicidad. Nada es tan familiar á la tradición de los primeros siglos como esta doctrina de la incorporación de los hombres á Jesucristo y de los privilegios y obligaciones que de ella resultan para nosotros.»

Hemos citado largamente; pero no es posible leer páginas de tanta elocuencia y sustraerse al deseo y aun á la necesidad de nutrirse con la savia abundante de vida que hay en cada una de sus líneas, como en las ramas de un árbol vigoroso y fecundo: savia abundante de esta vida divina de la cual el docto y piadoso Obispo recibió el don de hablar tan bien.

CAPÍTULO IV.

EL SUFRIMIENTO DEL CRISTIANO ELEVADO POR JESUCRISTO AL ESTADO DIVINO, Ó DEIFICACIÓN DEL SUFRIMIENTO DEL CRISTIANO POR JESUCRISTO.

Tienes demasiada perspicacia, lector querido, para no sacar la consecuencia práctica de tan consoladora doctrina. Procura retenerla y aprovecharla cuando la tribulación venga á visitarte en nombre del Señor.

Puesto que tu humanidad individual ha sido elevada á un estado divino, á una verdadera *deificación* por su unión con la santa humanidad de Jesucristo, síguese de aquí que las acciones y sufrimientos de tu humanidad, si las ejecutas y los soportas con Jesucristo, serán elevados por esta unión á un estado divino, á una verdadera *deificación:* de tal suerte, que así como puede decirse de tu naturaleza, unida á Jesucristo por el bautismo y por los otros sacramentos, sobre todo por la santísima Eucaristía, que es una naturaleza *deificada*; así podrá decirse de tus acciones y sufrimientos, ejecutadas y soportados en unión con Jesucristo, que son acciones y sufrimientos *deificados*, y por consiguiente dotados de una eficacia *deífica*.

Y decimos ejecutadas y soportados en unión con Jesucristo, porque, sin esta condición, tus acciones y sufrimientos permanecerían en la esfera inferior de lo terreno, de lo natural, de lo humano, y no se elevarían á la región superior de lo celeste, de lo sobrenatural, de lo divino. En efecto, la calidad divina, el estado divino, de que hemos hablado en el capítulo precedente, está depositada en ti por el bautismo y por los otros signos sagrados de la gracia, como una costumbre y no como un acto; como una especie de facultad sobrenatural de obrar sobrenaturalmente, divinamente, y no

como una acción divina. Al comunicarnos este don celestial, al investirnos con este poder nuevo sobreañadido á nuestra naturaleza, el repartidor de tan precioso tesoro no pretende quitarnos el don que nos ha hecho de nuestras facultades y aptitudes naturales, sobre todo de nuestra libertad. Por el contrario, después de habernos prevenido de su gracia, quiere que la hagamos nuestra de alguna manera por una libre aceptación, por una libre adhesión, de tal forma, que, con el auxilio de esta misma gracia, podamos obrar *sobrenaturalmente*. Pero no anticipemos ideas sobre las condiciones prácticas de la deificación de nuestros sufrimientos por Jesucristo, que servirán de materia á un capítulo especial. Detengámonos por el momento á hacer resaltar esta deificación con toda claridad.

Al hacerse hombre el Hijo de Dios, santificó todos los estados del hombre, y, mediante ciertas condiciones, le devolvió lo que el pecado de Adán le habia quitado: *su aptitud sobrenatural*. Lo explicaremos mejor. El hombre, por su desobediencia, se constituyó en enemigo de Dios. Toda ofrenda de su mano tenía que ser en adelante una ofrenda sin precio; y en vano en tal estado le hubiera hecho homenaje de sus alegrías ó de sus tristezas, de sus tesoros ó de su pobreza, porque el Señor le habría contestado como contestó un día al pueblo de Israel que se declaró rebelde: «¿Qué honor me viene de la multitud de vuestras víctimas? Yo estoy saciado». *Quo mihi multitudinem victimarum vestrarum? Dixit Dominus: Plenus sum.* (Is., I). Pero la divina aparición del Hijo de Dios en la tierra vino á reparar todas las cosas.

Y al unirse á nuestra naturaleza por la Encarnación, mezcló á nuestra humanidad una savia divina que la reaviva, la eleva, la engrandece, la diviniza. Sustituyó el elemento mortal que la corrompía y roía como un cáncer, con el elemento vivificante de su sangre, que la devolvió la vida, la vida sobrenatural que había perdido. Desde este momento, para siempre memorable, que fué el de la muerte de Jesucristo en la cruz, el hombre, regenerado por

su sangre, pudo en lo sucesivo ofrecerle como un presente agradable el sacrificio de sí mismo, el sacrificio de sus bienes, de sus honores, de sus placeres, sobre todo de su pobreza, sus humillaciones, sus trabajos, sus sufrimientos y su vida.

Sí, volvemos á repetirlo: en lo sucesivo estas ofrendas del hombre, con tal de que sean hechas en unión con Jesucristo, serán recibidas por el Padre como un holocausto de agradable olor y juzgadas dignas de eterna recompensa. Pero entre todos los sacrificios que el hombre, vuelto miembro de Jesucristo, puede ofrecer á su Padre celestial, ninguno le es tan agradable como el de las aflicciones que sufre, á ejemplo y por amor de Jesucristo crucificado.

Y la razón está en que al hacerse hombre el Hijo de Dios se unió con preferencia á una naturaleza pobre, humillada y doliente; por esta elección honrosa de la pobreza, de la humillación y del dolor, comunicó á cada una de estas cualidades en un grado superior la elevación divina y el carácter divino de que venimos hablando.

No mostró esta preferencia á la prosperidad, quiérese decir, á los bienes, dignidades y legítimos placeres de la tierra. Nuestro Señor, sin duda, ha bendecido su buen uso, que los hace dignos de ser ofrecidos á Dios. Pero nótese la diferencia: Él ha santificado la propiedad temporal, rehusándola para sí mismo, y ha santificado y divinizado la aflicción atrayéndola á sí, y, por decirlo de una vez, identificándose con ella. La una y la otra participan de la virtud vivificante y de las bendiciones del Salvador; pero la aflicción se lleva la mejor parte, y con ella, la pobreza, la humillación y el sufrimiento.

¡Oh doctrina infinitamente consoladora! Eres pobre de bienes de la tierra: la indigencia te hace sentir sus rigores. ¡Consuélate! Él Hijo de Dios ha divinizado la pobreza haciéndose pobre. Sopórtala con paciencia en unión con Jesucristo, pobre é indigente, y la pobreza será para ti un tesoro de precio infinito. Por ella te acercarás á Dios, fuente de

todos los bienes, de la cual quizás vivirías alejado en una posición más próspera; porque entregado todo entero al amor de los bienes de la tierra, tal vez mirarías con disgusto los del cielo. No tienes más vestido que el de tu tristeza; no importa; porque el vestido de la indigencia qué te cubre se trasformará un día en rico manto de gloria. *Pallium laudis pro spiritu mœroris.* (Is.)

Vives humillado: el mundo te prodiga á manos llenas el ultraje y el desprecio: consuélate. El Hijo de Dios, humillándose hasta tomar una forma de esclavo, ha divinizado la humillación. Sopórtala con espíritu de fe, en unión con los oprobios del Salvador; es entre todos tus títulos de gloria el que te conducirá más seguramente á la bienaventuranza inmortal. La humillación es una esponja misteriosa que una mano oculta pasa sobre tu vida para borrar sus manchas. Es un tejido de admirable belleza del que no descubres la maravilla, semejante á los obreros de nuestras grandes manufacturas, que ejecutan magníficos dibujos sin tener á la vista el resultado de su obra. Y mientras tanto sus obras atraviesan los siglos y causan la admiración de los que las contemplan. Lo mismo sucede con vosotras, almas afligidas y humilladas. Vosotras componéis un tejido del que vuestros ojos mortales no perciben la celestial belleza. Como esos obreros extraños, no véis más que el reverso de vuestra obra. Pero esperad algunos días, algunos años, y ese trabajo, en apariencia deforme, se os mostrará radiante de esplendor. La ceniza de la humillación oscurece vuestra frente; pero bien pronto se trasformará en una brillante corona de gloria: *Corona pro cinere.* (Is.)

Vives sumido en la tristeza: la prueba ha venido á visitarte; eres presa de las penas interiores, de las angustias del corazón, de las tribulaciones, de las agonías del alma; reveses imprevistos han venido á arrojarte en la más amarga desolación; una enfermedad aflictiva te retiene en el lecho del dolor; la muerte, la muerte implacable, viene á herir lo que, después de Dios, es para ti más caro en

el mundo. En el exceso de tu dolor exclamarás con el rey de que habla la santa Escritura: «¡Oh muerte llena de amarguras, cuán crueles son tus separaciones!» *¡Siccine separat amara mors!* Pero consuélate. El Hijo de Dios, bebiendo el cáliz amargo de la más dolorosa agonía en el Huerto de las Olivas y en la cruz, ha santificado y divinizado todas las tristezas, todas las agonías del cristiano.

Estas pruebas penosas que sufres, estas desolaciones de un corazón herido en sus afectos más caros, son de un grandísimo precio cerca de Dios, si tienes el cuidado de unirlas y mezclarlas al cáliz amargo que el Hijo de Dios llevó á sus labios en el Huerto de las Olivas, en la cruz y durante el curso de su vida mortal. Porque, como dice el piadoso autor de *La Imitación*, toda la vida de Jesucristo ha sido una cruz y un martirio continuos: *Tota vita Christi crux fuit et martyrium.* Una sola de estas pruebas, llevada con paciencia y por el amor de Dios, abre á la pobre alma afligida una fuente inagotable de consuelo: de suerte que, para servirnos por tercera vez de la expresión de Isaías: «Estas lágrimas que caen de vuestros ojos, sobre vuestros labios, amargas como el ajenjo, se cambiarán en aceite de alegría»: *Oleum gaudii pro luctu.* (Is.) Valor, pues, ¡oh vosotros! todos los que sufrís; porque hay en vuestras aflicciones, unidas á las de Jesucristo, una virtud sobrenatural, toda divina. Santificado vuestro sufrimiento por esta unión, se eleva al estado divino y participa del honor insigne de la *deificación.* No habrá cristiano que á este precio no consienta voluntariamente el sufrimiento, diciendo con San Pablo, que comprendía tan bien su excelencia divina: Lejos de mí glorificarme en otra cosa que no sea la cruz de Jesucristo»: *Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.* (Gal., VI.)

CAPÍTULO V.

DIVINA EFICACIA DE LOS SUFRIMIENTOS DE JESUCRISTO, NUESTRA CABEZA.

Después de haber establecido que los sufrimientos del cristiano son elevados al estado divino por Jesucristo, es preciso ir más adelante; y, entrando en algunos detalles, manifestar en qué estos sufrimientos son *deificados*, es decir, cuáles son los efectos que producen para el cristiano que los soporta, y para aquellos por quienes se soportan. Pero, á fin de que doctrina tan santa y tan consoladora descanse á los ojos del lector sobre fundamentos más sólidos, no la separaremos del principio divino, á que debe toda su razón de ser, como la rama debe su vida al tronco.

Es la propia comparación de que el mismo Jesucristo se sirve, y sobre la cual tendremos ocasión de volver. *Ego sum vitis, vos palmites.* (S. Joan., IV, 15): «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos». Hablemos, pues, de la divina eficacia de los sufrimientos de Jesucristo, nuestra cabeza, y así nos será más fácil comprender la divina eficacia de los sufrimientos del cristiano, miembro de Jesucristo.

Los sufrimientos del Salvador Jesús, siendo divinos, puesto que es Dios y hombre, adquieren de este carácter sagrado una eficacia toda divina. En efecto, por ellos dió reparación Jesucristo completamente á los derechos de Dios, desconocidos y violados por el hombre.

Por ellos rescató y libró al hombre de la justa venganza de Dios. Sufriendo y muriendo Jesucristo, se convierte en perfecto reparador del honor de Dios ultrajado; y, gracias á esta reparación, en mediador perfecto de la salvación perfecta del hombre. Santo Tomás, desarrollando con la profundidad de su genio teológico los efectos de la pasión del Redentor, propone diversas cuestiones.

Pregúntase si por la pasión, es decir, por los sufrimientos de Jesucristo, hemos sido librados del pecado, del poder del demonio y de la pena debida al pecado: si nos hemos reconciliado con Dios: si se nos ha abierto la puerta del cielo; en fin, si por ellos ha merecido Jesucristo mismo ser exaltado y glorificado. A cada una de estas graves cuestiones responde con otras tantas afirmaciones solemnes, y dice: «Sí; por la pasión de Jesucristo hemos sido librados de la tiranía de Satanás y de la pena debida á nuestros delitos.» Los libros sagrados dicen del divino Libertador: «El nos ha amado y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre». *Dilexit nos et lavit nos a peccatis nostris in sanguine suo.* (Apoc., I.) Mediante el precio de su pasión, ofrecido á Dios su Padre, Jesucristo, haciéndose víctima por caridad y por obediencia, nos ha libertado como á miembros suyos con este sacrificio voluntario. Y así como el cuerpo humano, aunque compuesto de diversos miembros, no es más que un solo cuerpo, así la Iglesia entera, que es el cuerpo místico de Jesucristo, se considera como una persona, con su cabeza, que es el mismo Jesucristo. Derramando su sangre por nosotros, que somos sus miembros, nuestra divina cabeza ha pagado por nosotros; así nos ha librado del pecado, y, por consiguiente, de la pena del pecado y del poder del demonio. Su carne inmolada ha sido el sagrado instrumento de la divividad para realizar este feliz rescate; por el cual, en efecto, los sufrimientos y las acciones del Salvador obran con una virtud toda divina.

Sí, añade todavía el santo Doctor, por la pasión de Jesucristo nos hemos reconciliado con Dios y se nos ha abierto la puerta del cielo. El efecto propio del sacrificio es apaciguar á Dios. Ahora bien, ¿no es la pasión de Jesucristo el sacrificio más precioso y agradable que ha sido y pudo ser ofrecido al Eterno? ¿Cómo, pues, no había de ser esta pasión la causa de nuestra reconciliación con Dios? A los ojos del Señor es un bien tan grande que Cristo haya sufrido voluntariamente, que á causa de este

bien, que su mirada divina ha reconocido en la naturaleza humana, es decir, en esta naturaleza á la cual se ha unido hipostáticamente su Hijo único, Dios se ha apaciguado por las ofensas del género humano. ¿Y cómo no habría sido así? Aunque numerosas y graves estas ofensas, la caridad de Jesucristo, padeciendo y muriendo, ha sido más grande todavía, más grande aún que la misma iniquidad de los que le llevaron á la muerte. ¿No es asombroso que su pasión haya sido más poderosa para reconciliar con Dios á todo el género humano, que para provocarle á la cólera y á la venganza? ¿No es asombroso, por consiguiente, que esta misma pasión nos haya abierto las puertas del cielo? El pecado las tenía cerradas para el hombre; primero el pecado común á toda la naturaleza humana, que es el de nuestro primer padre Adán, trasmitido á su posteridad, y al que llamamos pecado original; y después el pecado especial que cada hombre comete por sus actos propios y personales. Por su pasión nos ha librado Cristo, no solamente del pecado común de toda la naturaleza humana, en cuanto á la culpa y en cuanto á la pena, pagando por nosotros el precio de nuestra redención, sino que también nos ha librado de nuestros propios pecados actuales y personales, haciéndonos participantes de los méritos de su pasión, por la fe, por la caridad y por los Sacramentos.

Mediante su gracia, que á nadie rehusa, todos pueden gozar del beneficio de esta participación; y así es cómo por la pasión de Jesucristo se nos ha abierto la puerta del reino de los cielos.

Resta la última cuestión, á la cual responde el Doctor angélico: «Sí: por su pasión ha merecido Cristo ser exaltado y glorificado». ¿Por qué? Porque en su pasión se humilló por bajo de su dignidad, por amor de su Padre, en cuatro cosas principales, por cada una de las cuales ha merecido recibir de El una especial glorificación: primero se humilló en su pasión y muerte, que sufrió sin ser deudor, ni de la una ni de la otra, es decir, no estando como nosotros sometidos á pagar á la justicia de

Dios este doble tributo del dolor y de la muerte. Por esta humillación debía á su vez el Padre á su Hijo la gloria de la resurrección. Cristo recibió esta glorificación saliendo del sepulcro el tercer día después de su muerte ignominiosa en la cruz. Segundo, por haber sido humillado por bajo de su dignidad, permitiendo que su cuerpo fuera depositado en el sepulcro y que su alma descendiera á los lugares subterráneos, es decir, á los limbos, mereció ser glorificado con su ascensión á los cielos. San Pablo lo afirma: «Descendió primero á las partes inferiores de la tierra; y este mismo Jesús, que descendió así, es el mismo que se elevó por encima de todos los cielos». (Eph., IV.)

Cuanto á la confusión y al oprobio de que fué públicamente cubierto durante su pasion, y por los cuales se humilló por el amor de Dios, su Padre, ha merecido sentarse á su derecha, manifestando el resplandor de su divinidad. También nos lo asegura San Pablo: «Siendo obediente hasta la muerte, hasta la muerte de cruz, Dios le ha exaltado y le ha dado un nombre superior á todos los nombres, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos» (Philip., II): es decir, para que sea llamado y reconocido Dios por todos, y para que le tributen todos el respeto y el honor que son debidos á Dios. En fin, por haberse humillado, entregándose al humano poder y sometiéndose al juicio del hombre de quien es juez El mismo, como su Creador y soberano Señor, ha merecido ser investido del poder de juzgar á los vivos y á los muertos.

Aquí encaja naturalmente, como resumen elocuente de lo que acaba de decirse, este hermoso texto de San Gregorio, Papa: «Viendo tantos milagros y virtudes tan grandes como resplandecieron en Jesucristo, no había motivo en los que fueron testigos de ellos más que para la admiración, y de ninguna manera para el escándalo». Pero cuando el espíritu de los infieles se escandalizó grandemente, fué al verle morir después de haber obrado tantos milagros.

«Predicamos, dice San Pablo, á Jesucristo crucificado, objeto de escándalo para los judíos y de locura para los gentiles». En efecto, los hombres han mirado como una locura que el Autor de la vida muriera por ellos; y han tomado ocasión de escandalizarse de El, justamente por lo que debía hacerlos más agradecidos. Porque Dios merecía tanto más recibir del hombre dignos homenajes, cuanto por amor del hombre sufrió los tratamientos más indignos de su soberana grandeza.» (Hom. XL in Ev.)

Tales son, según Santo Tomás, resumiendo la doctrina católica sobre este punto, los maravillosos efectos de la pasión del Redentor, de sus sufrimientos y de su muerte. Dulce es pensar, querido lector, que, siendo miembros de Jesucristo, nuestros sufrimientos, unidos á los de nuestra augusta Cabeza, participen en cierta medida de su divina eficacia. Por ellos, en efecto, el cristiano que los soporta, satisface en Jesucristo y por Jesucristo á la gloria de Dios ultrajada. Por ellos obtiene para su propia salud, y si lo pide para la salud de otros, una larga y abundante aplicación de los méritos y de los sufrimientos del Hijo de Dios. En el capítulo siguiente se hará resaltar más esta verdad tan consoladora, y tan propia para darnos valor en nuestras aflicciones.

CAPÍTULO VI.

DIVINA EFICACIA DE LOS SUFRIMIENTOS DEL CRISTIANO, MIEMBRO DE JESUCRISTO.

¡Oh vosotros, cristianos afligidos, almas probadas, sea cualquiera la naturaleza de vuestras aflicciones y de vuestras pruebas, males, enfermedades, indigencia, reveses de fortuna, abandono de los amigos, tristezas de familia, separaciones dolorosas, calumnias, persecuciones, dificultades de la virtud, expiaciones voluntarias, tentaciones, exterilidades, penas interiores del espíritu, del corazón, opresiones del alma, temores, aprensiones, sentimientos, memorias amargas, agonías, proximidad á la muerte, escuchad y consolaos. Miembros de Jesucristo por la gracia del santo bautismo y de los otros Sacramentos, sobre todo el de la santísima Eucaristía, vosotros entráis, en virtud de esta divina incorporación con vuestra divina Cabeza, en la participación de ella misma, es decir, de su vida, de sus virtudes, de sus méritos, de sus sufrimientos, de su naturaleza divina: *Divinæ consortes naturæ*. El Apóstol San Pedro es quien lo afirma. (II, Petr., I.) Cuando vosotros sufrís, es Jesucristo quien sufre en vosotros. Cuidad de mantener unido vuestro sufrimiento al de vuestra divina Cabeza; y su vida divina, esta vida mil veces deseable, con que vive como hombre Dios, se derramará en vosotros, pobres hijos de Adán, como se derrama la savia desde el tronco á la rama, para comunicarla su vida y su fecundidad. Purificado así vuestro sufrimiento, por su unión con el de vuestra divina Cabeza, os hará entrar en participación de la virtud de su pasión para vuestro provecho personal, y, mediante ciertas condiciones, para el provecho de otros. Razonamos así en la suposición de que estaréis en estado de gracia, es decir, unidos á vuestra Cabeza como miembros vivos; unidos al árbol de vida, como rama viviente. Sin esta condición, la savia divina que vivifica el sufrimiento del cristiano, suspenderá su circulación; y toda su acción sobre vosotros se reducirá por el momento á hacer cesar vuestro estado de muerte espiritual, es decir, á poneros en las condiciones requeridas para que la circulación de la vida divina pueda de nuevo efectuarse en vosotros. Al fin de este capítulo diremos cómo el sufrimiento, soportado con paciencia por el pecador que ha perdido la vida divina, es eficaz para obtener que le sea devuelta.

Supongamos, pues, que te hallas en estado de gracia. Te diremos: «Dichoso discípulo de Jesucristo, tus sufrimientos, unidos á los de tu Maestro,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Predicamos, dice San Pablo, á Jesucristo crucificado, objeto de escándalo para los judíos y de locura para los gentiles». En efecto, los hombres han mirado como una locura que el Autor de la vida muriera por ellos; y han tomado ocasión de escandalizarse de El, justamente por lo que debía hacerlos más agradecidos. Porque Dios merecía tanto más recibir del hombre dignos homenajes, cuanto por amor del hombre sufrió los tratamientos más indignos de su soberana grandeza.» (Hom. XL in Ev.)

Tales son, según Santo Tomás, resumiendo la doctrina católica sobre este punto, los maravillosos efectos de la pasión del Redentor, de sus sufrimientos y de su muerte. Dulce es pensar, querido lector, que, siendo miembros de Jesucristo, nuestros sufrimientos, unidos á los de nuestra augusta Cabeza, participen en cierta medida de su divina eficacia. Por ellos, en efecto, el cristiano que los soporta, satisface en Jesucristo y por Jesucristo á la gloria de Dios ultrajada. Por ellos obtiene para su propia salud, y si lo pide para la salud de otros, una larga y abundante aplicación de los méritos y de los sufrimientos del Hijo de Dios. En el capítulo siguiente se hará resaltar más esta verdad tan consoladora, y tan propia para darnos valor en nuestras aflicciones.

CAPÍTULO VI.

DIVINA EFICACIA DE LOS SUFRIMIENTOS DEL CRISTIANO, MIEMBRO DE JESUCRISTO.

¡Oh vosotros, cristianos afligidos, almas probadas, sea cualquiera la naturaleza de vuestras aflicciones y de vuestras pruebas, males, enfermedades, indigencia, reveses de fortuna, abandono de los amigos, tristezas de familia, separaciones dolorosas, calumnias, persecuciones, dificultades de la virtud, expiaciones voluntarias, tentaciones, exterilidades, penas interiores del espíritu, del corazón, opresiones del alma, temores, aprensiones, sentimientos, memorias amargas, agonías, proximidad á la muerte, escuchad y consolaos. Miembros de Jesucristo por la gracia del santo bautismo y de los otros Sacramentos, sobre todo el de la santísima Eucaristía, vosotros entráis, en virtud de esta divina incorporación con vuestra divina Cabeza, en la participación de ella misma, es decir, de su vida, de sus virtudes, de sus méritos, de sus sufrimientos, de su naturaleza divina: *Divinæ consortes naturæ*. El Apóstol San Pedro es quien lo afirma. (II, Petr., I.) Cuando vosotros sufrís, es Jesucristo quien sufre en vosotros. Cuidad de mantener unido vuestro sufrimiento al de vuestra divina Cabeza; y su vida divina, esta vida mil veces deseable, con que vive como hombre Dios, se derramará en vosotros, pobres hijos de Adán, como se derrama la savia desde el tronco á la rama, para comunicarla su vida y su fecundidad. Purificado así vuestro sufrimiento, por su unión con el de vuestra divina Cabeza, os hará entrar en participación de la virtud de su pasión para vuestro provecho personal, y, mediante ciertas condiciones, para el provecho de otros. Razonamos así en la suposición de que estaréis en estado de gracia, es decir, unidos á vuestra Cabeza como miembros vivos; unidos al árbol de vida, como rama viviente. Sin esta condición, la savia divina que vivifica el sufrimiento del cristiano, suspenderá su circulación; y toda su acción sobre vosotros se reducirá por el momento á hacer cesar vuestro estado de muerte espiritual, es decir, á poneros en las condiciones requeridas para que la circulación de la vida divina pueda de nuevo efectuarse en vosotros. Al fin de este capítulo diremos cómo el sufrimiento, soportado con paciencia por el pecador que ha perdido la vida divina, es eficaz para obtener que le sea devuelta.

Supongamos, pues, que te hallas en estado de gracia. Te diremos: «Dichoso discípulo de Jesucristo, tus sufrimientos, unidos á los de tu Maestro,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tienen una eficacia toda divina». Por ellos te librarás de las tristes consecuencias de tus pecados, impidiendo al demonio recobrar sobre ti su imperio. Proveyéndote de un medio eficacísimo de satisfacer por tus pecados, tus sufrimientos, bien soportados, te conceden un medio eficacísimo de pagar á la Justicia divina la deuda que quizás no has pagado aun, es decir, la pena temporal debida á tus pecados. Por ellos obtendrás también la remisión de las culpas veniales cometidas por tu fragilidad ó por tu negligencia. Y no es ésta pequeña ventaja, sobre todo á los ojos del cristiano verdaderamente espiritual, que comprende á la luz de la fe cuán dañoso es el pecado venial, deliberado y por hábito, á los adelantos serios del alma en los caminos sólidos de la perfección. Así es que nuestros sufrimientos, librándonos de los tristes restos del pecado y depurando nuestra alma, acaban en nosotros, según la doctrina de San Pablo, lo que falta á la pasión de Jesucristo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi.* Por esta expresión enérgica, como lo explicaremos pronto con más extensión, el gran Apóstol ha querido darnos á entender que, para sernos aplicados enteramente los sufrimientos de Jesucristo, es menester que sean acabados y completados por los nuestros; y que, habiendo debido sufrir nuestra divina Cabeza, es preciso que sus miembros sufran con ella, si quieren participar de los beneficios de su pasión y de su muerte: *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur.* De otra manera, en ese todo admirable y divino que la inspirada lengua de la Iglesia llama el cuerpo místico de Jesucristo, no habría armonía entre los miembros y la Cabeza. ¿Qué armonía podría haber entre miembros extraños al dolor y una cabeza coronada de espinas?

Jesucristo, por su pasión, te ha reconciliado con Dios, su Padre. Por tus sufrimientos, unidos á los suyos, obtienes una confirmación nueva de esta dichosa reconciliación, es decir, un aumento de la gracia santificante, que es prenda preciosa de esta reconciliación, por virtud de la cual entras en la

amistad del Padre, á causa de la semejanza que tus sufrimientos te dan con su amadísimo Hijo. En efecto, el Padre quiere encontrar en los miembros de su Hijo la semejanza de su vida doliente y crucificada. Por la misma razón el Hijo quiere ofrecer á Dios, su Padre, como continuación de sus propios sufrimientos, los de los miembros á El unidos. ¡Ah, si la Justicia divina explica las penas que padecemos todos en este valle de lágrimas, el amor inmenso de Jesús por su Padre nos da también la verdadera explicación. No pudiendo sufrir más Jesucristo, mientras está en la gloria, porque Cristo resucitado no muere ni sufre, quiere al menos sufrir, por amor de su Padre y por nuestro amor, en la persona de sus miembros, complaciéndose en reproducirse en ellos, como en otros tantos Cristos dolientes y crucificados y perpetuando así hasta el último día del mundo su amorosa y dolorosa pasión. Quiere también hacernos comprender la eminente ventaja que hay para nosotros en sufrir, unidos con nuestra divina Cabeza, por virtud de la cual son divinizados nuestros sufrimientos. Y esta es la razón por la cual nos da tan larga parte de su cáliz y de su cruz. El cristiano bebe este licor amargo, y siente desarrollarse y trabajar en sí la savia del árbol de la vida, que no es otra que la sangre vivificadora de Jesucristo crucificado.

Alma cristiana, miembro de Jesucristo, tú sufres y te quejas, ¿qué digo? Acaso murmuro. Regocíjate y bendice al Señor cuya mano paternal te hiere! Esta prueba que te parece tan dura es una visita de tu Dios, como dice el santo Job, tipo completo del dolor y de la paciencia: «Desde la aurora visitáis al justo y al instante le probáis». *Visitas eum diliculo, et subito probas illum.* (Job., VII, 18.) Esta prueba es un grado nuevo y más elevado de incorporación de todo tu ser con Jesucristo, tu divina Cabeza, y por consiguiente, una participación de su vida divina: es una nueva garantía de la amistad de Dios para ti y de tu reconciliación con El.

Si tienes la desdicha de no hallarte en estado

de gracia, cuando llega esta prueba, sabe que no por eso deja de ser una visita del Señor, que por dicha prueba te invita paternalmente á volver á El. Y esto nos induce á decirte que el sufrimiento, aun para el pecador que está en pecado mortal, es extremadamente ventajoso. Sufriendo no merece, sin duda, con un merecimiento propiamente dicho, que da derecho á la remuneración, á título de extricta justicia y de condignidad (*de condigno*) como dicen los teólogos; pero por este sufrimiento, sobrellevado con humildad y sumisión, adquiere una especie de mérito convencional que dispone á Dios en su favor, atrae sobre sí la mirada de su misericordia, y prepara también la reconciliación definitiva de este pecador con su Dios, por la recuperación de la gracia santificante que ha perdido.

¡Cuántas pobres ovejas errantes han vuelto asi al redil! ¡Cuántos pobres pecadores han vuelto así á la amistad de Dios, reconciliándose con El por la enfermedad, por los reveses de la fortuna, por las aflicciones y por el infortunio! Esto hizo decir á David: «Es un bien para mí que me hayáis humillado». *Bonum mihi quia humiliasti me.* (Ps., CXVIII.) Y tambien al Sabio: «Es más ventajoso para el hombre ir á la casa del duelo, que á la casa del festín». Máxima con la cual nos da á entender que en el estado de dolor en que vive el hombre, es más saludable para él el sufrimiento que el placer. El primero, desligándole del afecto de las cosas terrestres, le acerca á Dios, fuente de todos los bienes; el otro no sirve más que para separarle de Dios, acercándole más y más á las cosas perecederas.

Cuando la adversidad te visite, sea cualquiera el estado de tu alma, acéptala resignado y bendice á Dios diciendo con el santo Job: «El Señor me ha dado los bienes y El me los quita.....» ¡Sea bendito su nombre! *Dominus dedit; Dominus abstulit..... Sit nomen Domini benedictum.* (Job. I.) El Señor te había dado la salud, los bienes de la tierra, las alegrías de la familia, y el Señor te los quita. ¡Bendito sea su nombre! El Señor te había dado

los consuelos de la vida espiritual, llena de vivas luces, de santo valor, de fervor bien sentido: no habías soportado el peso de tu cruz, convertida en carga ligera por el Espíritu Santo, que derramaba sobre ti su dulce unción; pero he aquí que de repente suceden á este dichoso estado la desolación, la oscuridad, la pesadez y una especie de paralisis de tu alma, en lo que toca á la perfección. ¿Qué hacer entonces? Decir siempre: «El Señor me había dado esos bienes, y El me los quita. Hágase la voluntad del Señor y sea su nombre bendito». *Sit nomen Domini benedictum.* Mejor que nosotros sabe Dios lo que nos conviene y nos es más saludable.

Recibe, pues, de su mano con igual reconocimiento el consuelo y la desolación, y acuérdate de que las desdichas, las enfermedades, los reveses de la fortuna y las aflicciones, son una partícula preciosa de la cruz de Jesús, y una gota de su sangre reparadora que, al caer sobre ti de sus heridas entreabiertas, te lleva la salud. Si en el momento en que nuestro amadísimo Salvador espiró en la cruz hubieras tenido la dicha de hallarte á sus pies y hubiera caído sobre tus vestidos una gota de su sangre divina, escapada de sus heridas, ¡con cuánto respeto, con cuánto amor no la habrías recibido! Pues ahora te pregunto: todas las veces que el Señor te visita por la tribulación, ¿no recibes de cierta manera este insigne favor, puesto que tus sufrimientos, cuando tienes el cuidado de unirlos á los de Jesucristo, se unen, por esto mismo, á su divina sangre? Y esto se efectúa de tal manera, que si se oprimieran con la mano los sufrimientos del cristiano, permítasenos hablar así, arrojarían gotas de sangre del Hijo de Dios.

En efecto, Jesucristo, como cabeza, une estrechamente los sufrimientos de sus miembros á los suyos para hacer de todos uno solo, como sus miembros y El no forman más que un solo cuerpo místico, de que es la cabeza. Bajo este elevado punto de vista, el sufrimiento toma otro carácter, otro aspecto distinto de aquel bajo el cual tenemos la costumbre de mirarle. Y tanto aparece más tris-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te, humillante y pesado cuando no acude á fortalecerse con estos puntos de vista y sobrenaturales motivos de la fe, cuanto nutrido con ellos, tiene un no sé qué de suave y de elevado, que regocija al hombre afligiéndole, y le ennoblece humillándole. Es la rosa al lado de la espina; es el fruto de dulzura exquisita, bajo una corteza agria y dura: es el oro más puro, hundido bajo una grosera capa de tierra. ¿No es maravilloso que los sufrimientos, bien soportados, nos hagan agradables á Dios y nos abran las puertas del cielo? ¿No lo es que merezcamos por ellos un día ser glorificados con Jesucristo en la eterna morada de los elegidos? Esta verdad consoladora será el objeto del capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII.

DIVINA RECOMPENSA DE LOS SUFRIMIENTOS DEL CRISTIANO.

Aunque no puede decirse con verdad que nuestros sufrimientos nos humillan por debajo de nuestra dignidad, porque no hay humillación que no sea digna del que ha ofendido á la Majestad infinita de su Dios, es admirable su gran misericordia. Por una disposición de su infinita clemencia, los sufrimientos procuran al cristiano, que los sobrelleva santamente, una glorificación, tanto más grande, cuanto han sido mayores su humillación y aflicción. Y aquí recordamos todavía el ejemplo del santo Job. El peso de las tribulaciones le agobia; en el exceso de su dolor, la vida es para él una carga, y exclama: «¿Por qué ¡oh Dios mío! me habéis hecho salir del seno de mi madre? ¿No terminará pronto el corto número de mis días? Dejadme llorar un poco mi dolor, antes de ir á esa tierra tenebrosa, cubierta de la oscuridad de la muerte; tierra de miseria y de tinieblas, donde habitan la sombra de la muerte y un perpetuo horror». (Job, X.) Esta tierra tenebrosa es la tumba. Si

como Job, sientes que el dolor de la tribulación mina poco á poco tu vida; si la enfermedad te separa de la tumba sólo por algunos meses ó por algunos días, acuérdate de que este mismo Job, después de haber exhalado su dolor, exclamó con voz lastimera: «Tened piedad de mí; tened piedad de mí, al menos los que sois mis amigos». (Job, XIX.) Y elevándose con un esfuerzo sublime, añadió lleno el corazón de esperanza: ¡Ah quién me diera que mis palabras fueran escritas y grabadas en piedra! «Yo sé que mi Redentor vive, y que el último día resucitaré de la tierra». Ahí tienes cómo la esperanza segura de la resurrección le consoló entre sus grandes pruebas.

¡Consuéleos así á vosotras, almas afligidas! Si vuestras aflicciones son numerosas y punzantes; si sentís que los sufrimientos abren una tumba profunda bajo vuestros pies, también tenéis la seguridad de recibir la abundancia, siempre creciente, de los dones divinos. En la misma tierra resucitaréis á una vida nueva, á resoluciones más enérgicas, á una piedad más sólida, á una virtud más fecunda en actos generosos. Tendréis ascensiones gloriosas, ascensiones de virtud en virtud, de gracia en gracia, de las que habla el Salmista, cuando dice del hombre justo y afligido que pone su apoyo en el Señor: «El ha dispuesto ascensiones en su corazón, en este valle de lágrimas». *Ascensiones in corde suo disposuit in valle lacrymarum.* Irá de virtud en virtud, porque el legislador supremo, cuya voluntad ha cumplido fielmente, derramará sobre él, en medio de sus sufrimientos, sus bendiciones. *Etenim benedictionem dabit legislator, ibunt de virtute in virtutem.* Y Dios será visto en Sión. *Videbitur Deus deorum in Sion.* Es decir, la vista de Dios, la vista divina de Jesús se manifestará en ti, alma afligida, como en otra Sión donde el Señor se complace en habitar. Esta visión divina se te concederá con cierta especie de plenitud, cumpliéndose en ti el deseo más caro del Buen Pastor, que no desea nada con más ardor que ver á sus ovejas recibir con más abundancia la vida de que es fuente

inagotable. *Ut vitam habeant, et abundantius habeant.*

Cuanto más combate la tempestad á la encina del bosque, más arraiga en la tierra y se hace vigorosa. Al desencadenarse contra ti la tribulación, te dará más fijeza en el bien. Nada hay, en efecto, que fortifique más á un alma en el servicio de Dios que la tentación vencida, las pruebas valerosamente soportadas por el amor de Dios. Atleta intrépido, el discípulo de Jesucristo sale de esta lucha más ágil y vigoroso. Sí; las tribulaciones, en los designios misericordiosos de la Providencia, tienen por objeto, no sólo hacernos expiar nuestras faltas, no sólo desligarnos de la tierra, sino también arraigarnos más y más en la práctica de las virtudes, sobre todo en la de la humildad, la paciencia, el desprecio de nosotros mismos, el amor de Dios y del prójimo, y, por consiguiente, en hacernos adquirir nuevos méritos, para embellecer nuestra corona y prepararnos para la otra vida, según la expresión de San Pablo, un peso eterno de gloria. *Æternum gloriæ pondus operatur in nobis.*

¿Cómo el cristiano, que ha sufrido tan valerosamente en unión con Jesucristo, su divina Cabeza, no habría de tener una parte abundante en su gloria y en sus alegrías celestiales? ¿Cómo, después de haber participado tan largamente, por su amor, del cáliz de su agonía y de su muerte, no había de haber para él una gloriosa resurrección, una gloriosa recepción en el cielo? En fin, ¿cómo no habría de ser puesto en posesión, para no perderla jamás, de una recompensa deliciosa, inefable y eterna? San Pablo lo ha dicho: «Si sufrimos con Jesucristo, ¿no seremos glorificados con El?» *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur.* (Rom., 6.) Has sufrido con Jesucristo, has soportado pacientemente por su amor los males, las adversidades, la pérdida dolorosa de un padre, de una madre, de un hermano, de una hermana, de un hijo querido, en quien habías puesto tus esperanzas. Has aceptado con sumisión y amor las pruebas de la vida espiritual, las tentaciones, las esterilidades, las desolaciones,

las penas interiores y las agonías del alma. Has realizado la condición que expresa el gran Apóstol: *Si tamen compatimur.* ¿Cómo, si continúas siendo fiel, podrías no ver realizarse en ti la segunda parte del oráculo, y no ser glorificado en el cielo con *Aquel* por quien has sufrido tanto en la tierra? *Si tamen, compatimur ut et conglorificemur.*

El ejemplo del mismo San Pablo es una garantía segura de que no será frustrada tu legítima esperanza; porque hablando de sí mismo y de todo lo que sufrió por Jesucristo, ha dicho: «Yo he combatido el buen combate; he acabado mi carrera; he conservado la fe: no me resta más que recibir la corona de justicia que me está reservada». *Bonum certamen certavi; cursum consummavi; fidem servavi; in reliquo reposita est mihi corona justitiæ.* (II, Tim., IV.)

La cruz, los sufrimientos, son, pues, para el cristiano que los soporta pacientemente en unión con Jesucristo, su divina Cabeza, una prenda segura de salvación. Sobre este punto escucha la hermosa reflexión del P. Nouet, de la Compañía de Jesús, en su libro intitulado: *El hombre de Oración:* «Admirable lazo, dice, el de la gloria, la gracia y la cruz, que el Verbo ha unido, primero en su persona, después en la de su Madre, y, por último, en la persona de todos sus elegidos; de tal suerte, que quitarle uno de estos tres brillantes carácteres de su predestinación, es borrarlos del libro de la vida. La cruz es la medida de la gracia, y la gracia la de la gloria. Si rehusáis la cruz que el Hijo de Dios os presenta, os priváis de su amor y perdeis vuestra corona.»

Esto explica cómo los Santos, asistidos de las luces que vienen de lo alto, tenían en tan grande estimación los sufrimientos de que se mostraban santamente ávidos é insaciables.

A este propósito, he aquí lo que leemos en la vida de Santa María Magdalena de Pazzi, santa heroína de la cruz. Como sufriera mucho en su última enfermedad, una de las religiosas á quien había preparado en su noviciado, compadecida de sus

dolores, la dijo: «Madre maestra, es bien extraordinario que Dios os provea cada día de una nueva materia de sufrimiento.—Querida hermana, respondió la Santa, tal ha sido mi deseo desde mi juventud; y tengo en estimación grandísima esta gracia que tenía la costumbre de pedir, especialmente después de cada una de mis comuniones.—Y añadió: El ejercicio de la paciencia es tan noble que el Verbo de Dios, gozando en el seno del Padre todas las delicias y todos los bienes del paraíso, descendió á la tierra para ataviarse con las vestiduras del sufrimiento y de la paciencia, que no hallaba en el cielo. El Verbo era Dios y no podía engañarse».

Como otra hermana la expresase también su compasión por sus muchos sufrimientos, respondió la Santa: «Yo me conformo con todo lo que agrada á Dios, y le ofrezco cordialmente el sacrificio de todos los consuelos..... con tal de salvarme».

CAPÍTULO VIII.

DIVINA EFICACIA DE LOS SUFRIMIENTOS, SOPORTADOS POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS.—MISIÓN DIVINA DE LOS SUFRIMIENTOS EN JESUCRISTO.

Después de haber manifestado los dichosos efectos de los sufrimientos en nosotros mismos, es preciso decir cómo por los sufrimientos, soportados en unión con Jesucristo, podemos ejercer el *apostolado*, poniendo en manos de Dios un instrumento de salud eterna para los demás. Doctrina que resaltará en las consideraciones siguientes, que tienen por objeto demostrar la *misión divina* de los sufrimientos en favor de la salvación de las almas. Entendemos por esto que los sufrimientos de los cristianos en Jesucristo y por Jesucristo, de cuyo cuerpo

místico son miembros, han recibido el alto destino de completar y acabar, como dice San Pablo, la obra redentora del Hijo de Dios. Para exclarecer esta verdad es necesario demostrar, desde luego, la misión divina de los sufrimientos en Jesucristo mismo, y en el establecimiento de la religión católica.

En efecto, el Hijo de Dios, comunicando á sus sufrimientos una virtud divina, los ha dado al mismo tiempo una *divina misión*, la de salvar al mundo. Por este fin sufrió y murió en la cruz. Encargada de continuar su obra, ó más bien de aplicarla al mundo, la Iglesia católica ha debido asociarse á los sufrimientos del Hijo de Dios y á la divina misión de dichos sufrimientos. Depositaria la Iglesia de los méritos del Redentor, se estableció por la cruz y se propagó y continúa propagándose por ella. Por la cruz tendrá su consumación final, de tal suerte, que el oráculo de San Pablo: *Christum oportuit pati*, «Ha convenido que Cristo sufra,» extiende el calvario sobre todos los siglos, hasta el último día del mundo, como una palabra del orden divino con la cual todas las generaciones humanas deben conformarse, bajo pena de ser excluídas para siempre del beneficio de la redención.

Que Jesucristo ha dado á sus propios sufrimientos una misión divina; que muriendo en la cruz ha inaugurado en su persona el *Apostolado de los sufrimientos*, y que ha establecido su divina religión por la cruz, es el hecho más claro de la historia. Plantado sobre el Gólgotha el sagrado signo de nuestra religión, domina desde esta altura la universalidad de las naciones y de los siglos. Desde cualquiera región, desde cualquiera punto apartado del espacio, en que el hombre vuelva su mirada hacia esta montaña misteriosa, de donde nos vino la salud, ve la cruz que se levanta delante de él como un faro inmenso, alumbrando con sus rayos divinos la oscuridad de los siglos, guiando, á través de las olas agitadas de los tiempos, á las generaciones humanas en su marcha hacia la eternidad. Antes de la venida de Cristo proyectaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ya, por una participación maravillosa, su divina claridad sobre las edades más lejanas y hasta sobre la cuna del mundo. Isaías la había columbrado, con su mirada profética, mucho tiempo antes del día en que fué elevada sobre el Gólgotha; y viendo suspendida de ella á la víctima santa, había exclamado: «He aquí al hombre de dolores: *Virum dolorum*. El ha tomado sobre sí nuestras indolencias y ha llevado el peso de nuestros sufrimientos.» *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit.* (Is., LIII.)

Todo lo que en la antigua ley representó más exactamente la redención del género humano por Jesucristo, ha sido una figura, un símbolo sangriento de la cruz. El justo Abel, muerto por Caín; Isaac, víctima obediente, llevando sobre sus hombros la leña para su sacrificio; José, vendido por sus hermanos; Job, tipo acabado de paciencia y de dolor; Jeremías, el profeta de las lamentaciones y de las lágrimas, llorando sobre la pasión del Hombre-Dios, como si hubiera estado presente en su muerte: en una palabra, la mayor parte de los principales personajes del Antiguo Testamento, particularmente los Profetas encargados de predecir al Libertador futuro, han sido figuras vivas de sus dolores.

Oigamos á San Pablo cómo celebra en términos magníficos la fe y el valor de estos testigos y mártires anticipados del Hombre-Dios: «Los unos fueron desgarrados; los otros, después de haber sido cubiertos de oprobios y de golpes, fueron cargados de hierros y arrojados en las prisiones. Se les lapidaba, se les partía en dos, se les atormentaba, se les mataba por el hierro. Andaban errantes por las campiñas, vestidos con pieles de bestias, faltos de todo, entregados á todo linaje de angustias y aflicciones. Tales fueron estos hombres de que el mundo no era digno, por lo cual vivían errantes en las soledades, en las montañas, en las grutas y cavernas de la tierra.» *Quibus dignus non erat mundus. In solitudinibus errantes, in montibus et speluncis, et in cavernis terræ.* (Hebr., XI, 38.) Ahora bien, ¿por qué sufrieron tanto? Porque eran los precursores de la gran víctima del Calvario y debían expresar en sus personas algunos de los rasgos de su dolorosa pasión. Sufriendo y orando, en el seno de aquellos oscuros y penosos siglos de espera, libraron á la tierra de las maldiciones del cielo. Estos hombres—dice un sabio comentarista—atesoraban dignidad tan grande, que el mundo no era digno de poseerlos. Por sus oraciones, por la santidad de su vida, obtenían de Dios la conservación de las ciudades, de las provincias, del mundo entero, impidiendo que sepultara á los hombres en un nuevo diluvio, á causa de sus pecados.

Has visto, lector querido, la eficacia del *Apostolado de los sufrimientos* antes de la venida del Mesías. ¿Cuál no será, después de su aparición entre nosotros, la virtud de este apostolado? Si la oración, los sufrimientos y los méritos de los santos de la ley antigua ejercían sobre sus contemporáneos tan saludable influencia, ¿cuánta más no ejercerán las oraciones, los sufrimientos y los méritos de los santos de la nueva, después de que Jesucristo derramó su sangre en el Calvario, sobre su siglo y sobre el mundo entero?

El Mesías, por tan largo tiempo deseado, apareció en fin. Desde la cuna al sepulcro llevará impreso en su vida el signo del dolor, como sello de la cruz á que fué cosido, para el rescate del género humano. Dios Padre lo ha decretado así en su infinita sabiduría: Es preciso que el Cristo Redentor sufra y muera.» *Christum oportuit pati.* Tres años de su vida mortal empleó en predicar el Evangelio: pero *antes*, *mientras* y *después* de la predicación sufre, hasta que llega al colmo de su sacrificio, muriendo en la cruz. Jesús, pues, está constituído en mediador entre Dios y los hombres, por sus sufrimientos y por su muerte.

La cruz de Jesús, he aquí el único medio de salvación para los pobres hijos de Adán. Es cosa impuesta por un decreto del Eterno. «Ninguno se salvará sino por la cruz, por la sangre que Jesucristo derramó en ella.» San Pablo lo dice: *Per sanguinem crucis ejus.* (Col., I.)

Hay que partir de este principio incontestable para comprender bien lo que nos resta que decir sobre la misión divina de los sufrimientos en los miembros vivos de Jesucristo.

Pero antes completemos lo que ya se ha dicho con las reflexiones siguientes. Es de tal manera verdad que fué preciso que Cristo sufriera y muriera, que San Juan en el Apocalipsis, hablando de Jesucristo, el Cordero inmaculado, no temió decir que lo fué después del origen del mundo: *Qui occisus est ab origine mundi.* (Apoc., XIII, 8.) En efecto, de antemano, por decreto eterno de Dios, fué reservado, predestinado Cristo al sacrificio, y estaba ya como inmolado á los ojos de Dios, para quien todo está presente. Sino que durante cuatro mil años, lo que fué una inmolación decretada y como virtualmente anticipada, se convirtió para Cristo Redentor en una realidad terrible, desde el primer instante de su vida mortal, sobre todo en su agonía en el Huerto de las Olivas, en su pasión y en su muerte.

Acerca de esta inmolación continua del Hombre-Dios, permítasenos aportar el testimonio de Santa Catalina de Sena. Muy frecuentemente—nos dice el autor de su vida—hablando de los sufrimientos del Salvador, afirmaba la Santa con un acento de certidumbre, que desde el primer instante de su concepción había llevado El la cruz en su alma, á causa de su excesivo deseo de la salvación de los hombres. Amando Dios al hombre con un amor perfecto—decía la Santa—Jesucristo soportaba interiormente los tormentos de un verdadero martirio, hasta que por su pasión y muerte devolvió á Dios el honor que el pecado del hombre le había robado, y al hombre la salud que para siempre había perdido por su pecado. Y nadie se figure—añadía Santa Catalina—que esta cruz fué pequeña y ligera; por el contrario, fué grande y pesada.—Tal es la afirmación de una Santa á quien nuestro Señor se dignó honrar con sus confidencias, y á quien había asociado de una manera tan íntima á su vida crucificada. Por lo demás, es también la opinión común, resumida en estas palabras tan conocidas del autor de la *Imitación de Jesucristo:* «Toda la vida de Cristo—dice—ha sido una cruz y un martirio continuo». *Tota vita Christi crux fuit et martyrium.*

CAPÍTULO IX.

MISIÓN DIVINA DE LOS SUFRIMIENTOS EN MARÍA, MADRE DE JESÚS.

—

Cuando quiere el divino Redentor asociar á alguno á su obra reparadora, le asocia al mismo tiempo al medio reparador que ha elegido para rescatar al mundo, quiérese decir, á la cruz. He aquí por qué la Iglesia católica, que ha recibido de Jesucristo la misión de continuar su obra de reparación á través de los siglos, esto es, de aplicar á los hombres los méritos del Redentor, lleva siempre en la frente el signo sangriento de la cruz, y vive siempre en la persecución y en los sufrimientos. De aquí la denominación de *militante*, dada á la santa Iglesia, nuestra madre, y en una medida más ó menos restringida, á cada uno de sus hijos; de aquí también que las almas, á quienes nuestro Señor se digna asociar particularmente á su misión reparadora, tengan una parte más ó menos grande en sus dolores, que El la reserva, y una parte más extensa de cooperación en su obra. Para no citar más que un solo ejemplo, el más brillante de todos, ¿quién no sabe que la criatura más excelente, llamada por los Padres y los Doctores la segunda *Mediadora* del mundo, ha sido también la segunda *Víctima*? Aquella á quien invocamos bajo el título de Madre de Dios y Reina de los Apóstoles, *Mater Dei, Regina Apostolorum*, ¿no la invocamos también bajo el título de Virgen de los Dolores y de Reina de los Mártires, *Virgo Dolorosissima, Regina Martyrum*?

Hay que partir de este principio incontestable para comprender bien lo que nos resta que decir sobre la misión divina de los sufrimientos en los miembros vivos de Jesucristo.

Pero antes completemos lo que ya se ha dicho con las reflexiones siguientes. Es de tal manera verdad que fué preciso que Cristo sufriera y muriera, que San Juan en el Apocalipsis, hablando de Jesucristo, el Cordero inmaculado, no temió decir que lo fué después del origen del mundo: *Qui occisus est ab origine mundi.* (Apoc., XIII, 8.) En efecto, de antemano, por decreto eterno de Dios, fué reservado, predestinado Cristo al sacrificio, y estaba ya como inmolado á los ojos de Dios, para quien todo está presente. Sino que durante cuatro mil años, lo que fué una inmolación decretada y como virtualmente anticipada, se convirtió para Cristo Redentor en una realidad terrible, desde el primer instante de su vida mortal, sobre todo en su agonía en el Huerto de las Olivas, en su pasión y en su muerte.

Acerca de esta inmolación continua del Hombre-Dios, permítasenos aportar el testimonio de Santa Catalina de Sena. Muy frecuentemente—nos dice el autor de su vida—hablando de los sufrimientos del Salvador, afirmaba la Santa con un acento de certidumbre, que desde el primer instante de su concepción había llevado El la cruz en su alma, á causa de su excesivo deseo de la salvación de los hombres. Amando Dios al hombre con un amor perfecto—decía la Santa—Jesucristo soportaba interiormente los tormentos de un verdadero martirio, hasta que por su pasión y muerte devolvió á Dios el honor que el pecado del hombre le había robado, y al hombre la salud que para siempre había perdido por su pecado. Y nadie se figure—añadía Santa Catalina—que esta cruz fué pequeña y ligera; por el contrario, fué grande y pesada.—Tal es la afirmación de una Santa á quien nuestro Señor se dignó honrar con sus confidencias, y á quien había asociado de una manera tan íntima á su vida crucificada. Por lo demás, es también la opinión común, resumida en estas palabras tan conocidas del autor de la *Imitación de Jesucristo:* «Toda la vida de Cristo—dice—ha sido una cruz y un martirio continuo». *Tota vita Christi crux fuit et martyrium.*

CAPÍTULO IX.

MISIÓN DIVINA DE LOS SUFRIMIENTOS EN MARÍA, MADRE DE JESÚS.

—

Cuando quiere el divino Redentor asociar á alguno á su obra reparadora, le asocia al mismo tiempo al medio reparador que ha elegido para rescatar al mundo, quiérese decir, á la cruz. He aquí por qué la Iglesia católica, que ha recibido de Jesucristo la misión de continuar su obra de reparación á través de los siglos, esto es, de aplicar á los hombres los méritos del Redentor, lleva siempre en la frente el signo sangriento de la cruz, y vive siempre en la persecución y en los sufrimientos. De aquí la denominación de *militante*, dada á la santa Iglesia, nuestra madre, y en una medida más ó menos restringida, á cada uno de sus hijos; de aquí también que las almas, á quienes nuestro Señor se digna asociar particularmente á su misión reparadora, tengan una parte más ó menos grande en sus dolores, que El la reserva, y una parte más extensa de cooperación en su obra. Para no citar más que un solo ejemplo, el más brillante de todos, ¿quién no sabe que la criatura más excelente, llamada por los Padres y los Doctores la segunda *Mediadora* del mundo, ha sido también la segunda *Víctima*? Aquella á quien invocamos bajo el título de Madre de Dios y Reina de los Apóstoles, *Mater Dei, Regina Apostolorum*, ¿no la invocamos también bajo el título de Virgen de los Dolores y de Reina de los Mártires, *Virgo Dolorosissima, Regina Martyrum*?

Leyendo en el Evangelio la profecía del viejo Simeón, ¿no has conocido la relación que establece entre los dolores de Jesús y los de María, esto es, entre Jesús *víctima* y María *víctima*, para la salud de los hombres? «Este Niño, dice, será un día signo de contradicción.» *In signum qui contradicetur*. Y añade inmediatamente después: Y tú, ¡oh María! tú verás traspasada tu alma por una espada de dolor.» *Et tuam ipsius animam pertransibit gladius*. La continuación de la vida de la Santísima Virgen no es más que una aplicación de esta profecía del santo anciano. A partir desde aquel momento, la vida de María es, como la de su Hijo, una cruz y un martirio continuados. La previsión cierta de los tormentos y de la muerte de su Jesús, y, después de que espiró en la cruz, el amargo recuerdo de su dolorosa pasión, fueron para ella como una espada de dos filos, que abrió en su corazón maternal una herida sin cesar renovada.

Pero, sobre todo, donde sintió más la punta acerada de esta espada fué al pie de la cruz, por la razón de que allí, más que en todas partes, fué asociada por su divino Hijo á la obra de nuestra redención. Sí: en el Calvario, enrojecido con la sangre de Jesús, fué donde María nos adoptó por hijos en el dolor para la vida de la gracia, recibiendo en su compasivo corazón, de rechazo, los golpes de los sufrimientos y de la muerte de su divino Hijo. Allí fué donde cumplió solemnemente su misión de *segunda víctima* del género humano. Una mujer y un hombre perdieron al mundo: un hombre y una mujer le salvaron. Este hombre fué Jesús, Hombre y Dios todo junto; esta mujer fué María, Madre de Dios, hecho hombre por nosotros.

Sin duda alguna, como no hay más que un solo Dios, no hay más que un solo mediador entre Dios y los hombres; y este mediador es Jesucristo. *Unus enim Deus, unus et mediator Dei et hominum, homo Christus Jesus*. (I, Tim., II.) No es menos cierto, por tanto, que este divino y único mediador, ha querido asociar de una manera especial á su obra de mediación á la persona de quien había recibido

la vida como hombre. Por esta razón asoció á María íntimamente á su cruz, instrumento de nuestra redención. Decir hasta qué grado ha cooperado María á este gran misterio es el secreto de Dios. Bajo este concepto, como bajo todos los otros, el cielo nos revelará las relaciones inefables de intimidad entre Jesús y María, entre la obra del Hijo y la cooperación de la Madre, que nuestra debilidad habría soportado con pena. *Non potesti portare modo*. Lo que podemos decir con San Epifanio sin temor de engañarnos, es que María ha sido la mediadora del cielo y de la tierra, efectuando naturalmente su unión. *Ipsa enim est cœli et terræ mediatrix quæ unionem naturaliter peregit*. ¿No podemos decir también que ha sido al pie de la cruz como una copa misteriosa en la cual se recogió preciosamente toda la sangre del Redentor, para ser distribuída por ella al mundo? ¿No es esto lo que la Iglesia quiere darnos á entender cuando llama á María Madre de la divina gracia, *Mater divinæ gratiæ*, de esta gracia que nos llega con el jugo del árbol de la vida, es decir, con la sangre del Salvador, que corre en olas sobre el Calvario de sus llagas abiertas? ¿No es esto lo que explica las calificaciones que, conformes con los Santos Doctores, damos á María, llamándola canal y distribuidora de la gracia? De ella es de quien los Apóstoles, y con ellos toda la santa Iglesia, han recibido el precioso tesoro por medio del cual compramos el derecho á la vida eterna. ¿Y no parece razonable que después de haber recibido Jesucristo de María la sangre que le comunicó su vida de hombre, ofrezca á su Madre esta misma sangre convertida en sangre de un Dios? El amor divino tiene misterios profundos y atenciones de una delicadeza infinita. ¿Quién puede comprender las que el Hijo más amante ha debido tener con la más amorosa de las madres?

No olvidemos que, después de Jesús, María es la que más ha contribuído á la reconciliación del género humano, no solamente porque es Madre del Redentor, sino también porque ha sido con él víc-

tima para nuestra salvación; y que á la *pasión* del Hijo ha correspondido perfectamente la *compasión* de la Madre. De aquí este trabajo de vida sobrenatural, al que en toda la duración de los siglos cristianos la Santa Virgen no ha cesado de cooperar en la Iglesia y en las almas. De aquí esta intervención universal y llena de eficacia que la atribuye el sentido católico en todos los acontecimientos que interesan á la santa Iglesia, y en particular á cada uno de sus miembros. ¿En qué siglo cristiano no se ha conocido la intervención de María por las señales brillantes de su protección? ¿Cuál es el cristiano, hijo de la Iglesia, que no es deudor á María de innumerables y señalados beneficios?

Si pides la razón, lector piadoso, de esta intervención continua y eficaz, te responderemos: No solamente María es Madre de Dios y Madre de los hombres, sino que es también la segunda *víctima* del mundo, y, por esta cualidad, desea ardientemente que los sufrimientos de su Hijo y los suyos no sean perdidos para los hijos de Adán, que son su familia adoptiva. En una palabra, en María el sufrimiento ha recibido, de Jesús y por Jesús, una misión divina, la de cooperar á la salvación del género humano. Acordaos ¡oh pecadores! de los gemidos de vuestra Madre y convertíos. *Gemitus matris tuæ ne obliviscaris.* (Eccli., VII, 29.)

Tal es la divina misión del sufrimiento, en el orden de la salvación de las almas. Sobre ella, como sobre un fundamento inquebrantable, ha establecido el Hijo de Dios todo el edificio de nuestra santa religión. Ella nació de su sangre y de su dolor, como la flor nace de su tallo. El fundador de la religión católica es un crucificado, un hombre de dolor. *Virum dolorum.* La cooperadora de su obra es una víctima asociada á su pasión, una Virgen de dolor, *Virgo Dolorosissima.* Después de esto, ¿quién se atreverá á dudar de la virtud divina del Apostolado del sufrimiento?

CAPÍTULO X.

MISIÓN DIVINA DEL SUFRIMIENTO EN LOS APÓSTOLES, EN LOS MÁRTIRES Y EN LOS HOMBRES APOSTÓLICOS DE TODOS LOS TIEMPOS.

Después de María, los Apóstoles son á quienes Jesucristo ha asociado más íntimamente á su obra reparadora, y, por consiguiente, á su cruz. El los eligió para ser los principales cooperadores de su empresa, á condición de que consintieran en trabajar como El por el sufrimiento y por el sacrificio. Un día en que se hallaba sólo con ellos, les dijo: «Es preciso que el Hijo del hombre sufra y que sea reprobado por los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, condenado á muerte y resucitado al tercero día». Y á fin de que comprendieran la semejanza que debían tener con su Maestro crucificado, añadió, dirigiéndose á todos: «Si alguno quiere venir conmigo, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Aquel que quiera salvar su vida, que la pierda; y aquel que pierda su vida por mí, la salvará». (Luc., IX.) Desde luego les predijo las persecuciones, como servidores suyos y ministros: «Acordaos, les dijo, de la palabra que os he dicho: el servidor no es más grande que su Señor. Si ellos me han perseguido, os perseguirán también». *Si me persecuti sunt et vos persequentur.* (Joan., XV.) Nótese que cuando nuestro Señor dirigió estas palabras á sus discípulos, acababa de conferirles su misión apostólica, diciéndoles: «No sois vosotros quien me ha elegido, soy Yo quien os ha elegido á vosotros; y Yo os he establecido para que vayáis y deis frutos y para que vuestro fruto permanezca». *Ut fructus vester maneat.* (Joan., XV.) Por esta relación dió

á comprender el divino Maestro á sus discípulos que las persecuciones y los sufrimientos son inseparables del ministerio apostólico que les confirió, y que dicho ministerio no sería fundado más que cuando sufrieran y llevaran su cruz con El. En el mismo discurso, y confirmando esta misma verdad, añadió el más vivo estímulo diciéndoles: «Vosotros seréis oprimidos en el mundo; pero tened confianza, Yo he vencido al mundo». *In mundo pressuram habebitis; sed confidite, ego vici mundum.*

Tal es el destino de los Apóstoles. Ecos vivos de su Maestro serán también los continuadores de las enseñanzas de su pasión. Ellos predicaron al pueblo á Jesús crucificado; ellos sufrieron y murieron con El y por El. Apóstoles de la palabra y del sufrimiento, á la vez, fecundaron con su sangre la doctrina que habían predicado, en nombre de Jesucristo crucificado. Cuando se les cubría de oprobios se mostraban contentos, porque habían sido juzgados dignos de sufrir la afrenta por Jesucristo. *Ibant gaudentes, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* Cuando llegó la hora, todos estuvieron prestos á dar su vida por Jesucristo y por las almas que rescató con su sangre. San Pedro, el primero de ellos, murió en la cruz, en el mismo suplicio que su Maestro. Infatigables obreros de la viña del Señor, después de haberla regado con sus sudores, la regaron con su sangre. Todos fueron víctimas y mártires. Así fué como la religión católica, después de haber sido fundada por la cruz, realizó su primera propagación en el mundo por la cruz.

Tres siglos consecutivos de persecuciones acogieron entre olas de sangre cristiana esta religión, que los Apóstoles, con la cruz en la mano, llevaron hasta el fin del mundo; y esta obra regeneradora del Calvario se prosigue por el mismo medio que se inauguró, es decir, por la sangre derramada, por la pasión de Cristo, perpetuada en sus miembros; en una palabra, por la cruz. ¡Oh cuánta verdad resplandece en este profundo dicho de Tertuliano! *Sanguis martyrum semen christianorum.* «La sangre

de los mártires es semilla de cristianos». Al que dudara de ello le diríamos: «Id á Roma y penetrad en las catacumbas, donde por espacio de tres siglos fueron sepultados los cuerpos sangrientos y mutilados de los mártires». Poco antes, en ese mismo lugar, donde tanta noble sangre fué vertida, elevábase fiera y orgullosa la capital del mundo pagano, la Roma de los Emperadores: y he aquí que sobre los despojos de aquella Roma pagana, se eleva hoy la capital del mundo cristiano, la Roma de los Pontífices, Vicarios de Jesucristo crucificado, sucesores de Pedro crucificado, sucesores de los Apóstoles. La cruz venció á la espada y la sangre derramada volcó los ídolos.» Desde el monte Calvario, donde se levantó la cruz, entre tantas ignominias, fué triunfalmente trasplantada sobre el Janículo; y de aquí que, como desde un trono resplandeciente, reine Cristo sobre el mundo y sobre los despojos del paganismo vencido. *Christus vincit, regnat, imperat.* ¡Gloria á la cruz! ¡Gloria á los mártires, hijos de la cruz! ¡Respeto á sus venerables cenizas y á sus sepulcros, diez y ocho veces seculares!!!

Escuchemos el conmovedor relato de un piadoso viajero, que describe lo que ha visto en esas catacumbas sagradas, monumento imperecedero del valor cristiano, demostración irrefragable de la maravillosa fecundidad del Apostolado de los sufrimientos para la salvación de las almas. «He admirado, dice, conmovido de devoción, cerca de Roma las catacumbas de San Sebastián, donde permanecieron ocultos más de dos siglos los cuerpos de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo; donde los Pontífices ofrecieron la santa Víctima, predicando la palabra evangélica y confiriendo la santa ordenación. Abiertos estos subterráneos por los cristianos á la distancia de muchas millas, se extienden hasta el mar: en ellos se encuentran por diversos lados plazas y recodos sin fin, semejantes á un laberinto. Son como una ciudad subterránea. A cada lado de la vía he visto los sepulcros de los mártires, abiertos por pisos y con orden, en las paredes de la tierra, ó en la roca, de manera propia para

contener cada uno un solo cuerpo. En este lugar, que se llama el cementerio de San Calixto, fueron sepultados ciento setenta y cuatro mil mártires y vírgenes. Las vírgenes se designan por la figura de una paloma y los mártires por la de una palma, grabadas sobre los sepulcros. Si no hubiera visto esto por mis propios ojos, añade el piadoso peregrino, nunca hubiera creído en una tan grande maravilla, en una tan grande aflicción, en una tan gran constancia, como la de los primeros cristianos, que abrieron penosamente estas cavernas, disponiéndolas, conservándolas y haciendo de ellas su habitación. Porque, en efecto, está fuera de duda que estos subterráneos, no sólo sirvieron de sepultura á los muertos, sino también de refugio y morada á los vivos. Las actas de los mártires dan de esto fe, entre otras la de Santa Cecilia, en que leemos que Valeriano, enviado por ella cerca del Santo Pontífice Urbano, para recibir de su mano el bautismo, le encontró oculto entre los sepulcros de los mártires. Así era como estos santos é ilustres personajes, estos primeros Pontífices de la Iglesia, de que el mundo no era digno, vivían entre los muertos, privados de la luz del día y en las profundidades de la tierra, donde no se encontraban tampoco en seguridad..... Levantad, ¡oh cristianos! exclama concluyendo su relato el fervoroso viajero, levantad hasta el cielo palacios de mármol y habitad en moradas suntuosas, resplandecientes de púrpura y oro; yo prefiero vivir en una humilde morada, en esas criptas oscuras, con los santos mártires; y, esperando allí la venturosa resurrección, permanecer oculto un poco de tiempo, á fin de entrar con ellos en los celestiales tabernáculos y ser puesto en posesión del cielo para siempre».

Sería demasiado largo seguir en detalle, á través de los siglos cristianos, que corrieron después de la infancia del catolicismo, la aplicación del programa divino, que presidió á su fundación. Por todas partes y siempre veríamos realizarse el oráculo: *Christum oportuit pati*. Convino que Cristo sufriera para salvar á los hombres; y es preciso que sus miembros sufran para cooperar á esta obra de salvación. Si fijamos los ojos sobre los hombres apostólicos de todos los tiempos, que recibieron de Dios la misión de llevar á los diversos pueblos del mundo la luz evangélica, y con ella todos los beneficios de nuestra santa religión, ¿qué vemos? Hombres que aparecen á la mirada de los pueblos asombrados con el carácter de víctimas, tanto como con el de apóstoles y ministros de Jesucristo.

Para no citar más que á algunos, recordaremos á San Ignacio de Antioquía, Apóstol ardiente y generoso mártir de Cristo, que selló con su sangre la verdad por él anunciada. Trigo de Jesucristo, une al testimonio de su palabra el de su sangre. Ardiendo en amor por su querido Maestro, muere como lo ha deseado, molido por los dientes de los leones. San Ireneo, apóstol de las Galias, fecunda con su sangre la tierra que había regado con sus sudores. Todavía se venera en Lión, teatro de su celo, el lugar donde ofrecía á Dios la santa víctima, víctima él también para su rebaño. San Atanasio, defensor intrépido de la divinidad de Jesucristo, levanta contra sí de parte de los arrianos tantos odios y persecuciones, que parece, dice el historiador de su vida, que el mundo entero se ha conjurado en su pérdida. San Juan Crisóstomo debía pagar muchas veces con el destierro y con tribulaciones innumerables su valor enérgico y la incomparable elocuencia con que abatió y condenó los vicios de los grandes de Constantinopla, y la concupiscencia de la Emperatriz Eudoxia. Apóstol del sufrimieuto, tanto como de la palabra evangélica, es increíble, dice la historia de su vida, cuántos males sufrió en su destierro y á cuántas almas convirtió á la fe de Jesucristo.

En tiempos más cercanos á los nuestros floreció San Bernardo, gloria pura de Francia, y hombre providencial que ejerció sobre su siglo santa y saludable influencia, sirviéndose Dios de él para realizar en su Iglesia las obras más brillantes. ¿Y no fué también un insigne apóstol del

sufrimiento, tanto como un obrero infatigable de la viña del Señor? El historiador de su vida nos le pinta siempre enfermo y casi moribundo: *Corpus tenue et pene mortuum.* San Francisco de Asís, pobre de Jesucristo, á quien la Iglesia es deudora de una innumerable legión de apóstoles y de santos, ¿no era una imagen viva de Jesucristo crucificado, cuando hasta por una gracia de las más raras, de las más insignes, recibió en sus miembros la impresión de las sagradas llagas del Redentor? San Francisco Javier, hombre apostólico, como no le hubo jamás, cuyo celo y trabajos le han valido el sobrenombre de Pablo de los tiempos modernos ¿Cuánto no sufrió para convertir á Jesucristo los pueblos de la India y del Japón? Y el santo fundador, que fué su padre espiritual en Jesucristo, ¿cuánto no pasó para dar á la Iglesia este infatigable obrero, este santo misionero y tantos otros como existieron después de él? En fin, para recordar aquí el gran nombre de una mujer, que fué y será siempre una de las más puras glorias de la Iglesia, y también de la católica España, ¿quién no sabe lo que la ilustre virgen de Avila, la seráfica Teresa de Jesús, debió sufrir para dotar á la santa Iglesia católica de numerosos monasterios, donde la oración y el sacrificio de tantas almas escogidas, de tantas santas y puras víctimas, de tantos apóstoles del sufrimiento, se exhalan y suben continuamente al cielo, como un holocausto de agradable olor para apaciguar la cólera de Dios, irritado por los crímenes de los hombres?

Propuestos á ser breves, no hablaremos de la innumerable muchedumbre de santos personajes que, en todos los períodos de los siglos cristianos, han aparecido con la sangrienta aureola del *Apostolado del sufrimiento*, es decir, de tantos santos Obispos, sacerdotes, fervientes religiosos y religiosas, de tantos celosos misioneros, como no han cesado jamás hasta nuestros días de fecundar, no solamente con su palabra, sino también con sus dolores, y frecuentemente con su sangre, la porción de tierra que el Padre de familia les dió para cultivarla. Si el tiempo y el espacio nos permitieran preguntar á unos y á otros por el secreto de los grandes frutos de salvación que hicieron producir en las almas, responderían todos: *In dolore paries.* «Hemos alumbrado en el dolor estas almas para Jesucristo». Nuestros trabajos unidos á los suyos, nuestras privaciones y sufrimientos, unidos á sus sufrimientos y á su muerte, han abierto á estas almas el camino de la salvación. Así se va perpetuando y realizando, de edad en edad, con la propagación de la religión católica, el programa sagrado, la palabra de orden divino que ha presidido á su fundación: *Christum oportuit pati.* Convino que Cristo sufriera; y es necesario que los que quieran contribuir eficazmente á propagar su obra sufran con El y como El.

CAPÍTULO XI.

CONFIRMACIÓN DE LA DOCTRINA PRECEDENTE POR LA EXPLICACIÓN DEL TEXTO DE SAN PABLO: «YÓ HE CUMPLIDO LO QUE FALTA Á LOS SUFRIMIENTOS DE JESUCRISTO».

Convino que Jesucristo sufriera..... Y á la condición de sufrir con El, sigue la de que con El seremos crucificados. El gran Apóstol San Pablo, que pronunció este oráculo, nos presenta en su persona y en su vida una de las más brillantes aplicaciones. Apóstol de Jesucristo, es víctima con Jesucristo. El que se glorificaba de no predicar más que á Jesucristo, cifró su gloria también en llevar sobre su cuerpo los estigmas del Señor Jesús, llegando hasta á decir que cumplió en su carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea.* Y añade: «Para su cuerpo (místico) que es la Iglesia». *Pro corpore ejus quod est Ecclesia.* (Col., I.) ¿Puédese con menos palabras, y de una manera

sufrimiento, tanto como un obrero infatigable de la viña del Señor? El historiador de su vida nos le pinta siempre enfermo y casi moribundo: *Corpus tenue et pene mortuum.* San Francisco de Asís, pobre de Jesucristo, á quien la Iglesia es deudora de una innumerable legión de apóstoles y de santos, ¿no era una imagen viva de Jesucristo crucificado, cuando hasta por una gracia de las más raras, de las más insignes, recibió en sus miembros la impresión de las sagradas llagas del Redentor? San Francisco Javier, hombre apostólico, como no le hubo jamás, cuyo celo y trabajos le han valido el sobrenombre de Pablo de los tiempos modernos ¿Cuánto no sufrió para convertir á Jesucristo los pueblos de la India y del Japón? Y el santo fundador, que fué su padre espiritual en Jesucristo, ¿cuánto no pasó para dar á la Iglesia este infatigable obrero, este santo misionero y tantos otros como existieron después de él? En fin, para recordar aquí el gran nombre de una mujer, que fué y será siempre una de las más puras glorias de la Iglesia, y también de la católica España, ¿quién no sabe lo que la ilustre virgen de Avila, la seráfica Teresa de Jesús, debió sufrir para dotar á la santa Iglesia católica de numerosos monasterios, donde la oración y el sacrificio de tantas almas escogidas, de tantas santas y puras víctimas, de tantos apóstoles del sufrimiento, se exhalan y suben continuamente al cielo, como un holocausto de agradable olor para apaciguar la cólera de Dios, irritado por los crímenes de los hombres?

Propuestos á ser breves, no hablaremos de la innumerable muchedumbre de santos personajes que, en todos los períodos de los siglos cristianos, han aparecido con la sangrienta aureola del *Apostolado del sufrimiento*, es decir, de tantos santos Obispos, sacerdotes, fervientes religiosos y religiosas, de tantos celosos misioneros, como no han cesado jamás hasta nuestros días de fecundar, no solamente con su palabra, sino también con sus dolores, y frecuentemente con su sangre, la porción de tierra que el Padre de familia les dió para cultivarla. Si el tiempo y el espacio nos permitieran preguntar á unos y á otros por el secreto de los grandes frutos de salvación que hicieron producir en las almas, responderían todos: *In dolore paries.* «Hemos alumbrado en el dolor estas almas para Jesucristo». Nuestros trabajos unidos á los suyos, nuestras privaciones y sufrimientos, unidos á sus sufrimientos y á su muerte, han abierto á estas almas el camino de la salvación. Así se va perpetuando y realizando, de edad en edad, con la propagación de la religión católica, el programa sagrado, la palabra de orden divino que ha presidido á su fundación: *Christum oportuit pati.* Convino que Cristo sufriera; y es necesario que los que quieran contribuir eficazmente á propagar su obra sufran con El y como El.

CAPÍTULO XI.

CONFIRMACIÓN DE LA DOCTRINA PRECEDENTE POR LA EXPLICACIÓN DEL TEXTO DE SAN PABLO: «YÓ HE CUMPLIDO LO QUE FALTA Á LOS SUFRIMIENTOS DE JESUCRISTO».

Convino que Jesucristo sufriera..... Y á la condición de sufrir con El, sigue la de que con El seremos crucificados. El gran Apóstol San Pablo, que pronunció este oráculo, nos presenta en su persona y en su vida una de las más brillantes aplicaciones. Apóstol de Jesucristo, es víctima con Jesucristo. El que se glorificaba de no predicar más que á Jesucristo, cifró su gloria también en llevar sobre su cuerpo los estigmas del Señor Jesús, llegando hasta á decir que cumplió en su carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea.* Y añade: «Para su cuerpo (místico) que es la Iglesia». *Pro corpore ejus quod est Ecclesia.* (Col., I.) ¿Puédese con menos palabras, y de una manera

más explícita afirmar el *Apostolado del sufrimiento*, ni declararse que por los sufrimientos puede trabajar el cristiano en la salvación de las almas, ejerciendo en su favor en el orden de la salud eterna, un apostolado de los más eficaces?

Para consuelo é instrucción de los cristianos que sufren, ensayemos poner en claro este dicho admirable de San Pablo, comenzando por la primera parte del texto: «Yo he cumplido en mi carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo». *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea.* El sentido de estas palabras es este: Sufriendo en mi carne, he cumplido lo que falta á los sufrimientos que Jesucristo ha padecido en su carne ¡Y qué! —dirás tú—¿ha podido faltar algo á la pasión del Hijo de Dios? Sus sufrimientos y la redención, que ha sido su fruto, ¿pueden parecer insignificantes? Guárdate bien, lector querido, de sacar esta conclusión, porque te saldrías de la verdad.

La pasión del Hijo de Dios ha sido plena y suficiente. Nada ha faltado á su valor, ni á la extensión de su precio, el cual ha sido tan elevado, que el Redentor divino, por su pasión, ha podido, no solamente rescatar al mundo, sino, si hubiera convenido, á millares de mundos. Sin embargo, ha faltado y falta realmente en nosotros algo á esta pasión del Salvador. ¿Qué es esto, pues? La comunicación y participación de sus méritos. Es preciso, en efecto, que Cristo sufra, no sólo en sí mismo, sino en sus miembros, esto es, en sus Apóstoles y en los demás fieles; y que por esta pasión, por estos sufrimientos, la Iglesia, que es su cuerpo, sea propagada y acabada.

El decreto eterno lo dice: Dios determinó que su Hijo sufriera, no solamente en sí mismo, sino también en su cuerpo y en sus miembros, es decir, en la Iglesia y en los fieles, por cuyos sufrimientos Jesucristo sería acabado y consumado, en el sentido de que, entrando cada fiel en participación de los sufrimientos y de la pasión de Jesucristo, entra en participación de Jesucristo mismo, contrayendo con El una perfecta semejanza y una

unión muy íntima, la unión del miembro con su cabeza, y recíprocamente. Y así es como con verdad puede decirse que Cristo se acaba en sus miembros por sus sufrimientos. San Pablo, pues, tuvo razón para decir: «He acabado en mi carne lo que falta á los sufrimientos de Cristo». *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea.*

¡Oh! vosotros, todos los que sufrís, cristianos, hermanos míos. ¡Qué inmenso consuelo para nosotros! Desde la eternidad, y por el mismo decreto con el cual determinó Dios Padre que Jesús su amadísimo Hijo sería entregado al dolor, determinó también que todos sus miembros padecieran, y que, por consiguiente, vosotros padecierais con El. ¡Oh dignidad sobreeminente! ¡Oh valor inapreciable de los sufrimientos, representados en Jesucristo, y en el decreto eterno que le comunica destino tan sublime y tan maravillosa fecundidad para nuestra salvación y la de nuestros hermanos!

¿Quieres conocer el testimonio de San Agustín sobre esta consoladora doctrina? Pues escucha cómo explica el texto de San Pablo, que es ahora objeto de nuestro estudio: «Jesucristo—dice—ha sufrido todo lo que debía sufrir». Muriendo en la cruz dijo: «Todo está consumado». Es decir, nada falta en la medida de mis sufrimientos. Todo lo que se escribió de mí está cumplido. Los sufrimientos de Jesús están, pues, completos. Si—añade el santo doctor—pero solamente en la cabeza. Falta todavía que los miembros padezcan en su cuerpo los sufrimientos de Jesús! Vosotros sois, en efecto, el cuerpo y los miembros de Jesucristo. El Apóstol San Pablo era uno de sus miembros, y he aquí por qué dijo: «Yo he cumplido en mi carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo (1)».

Después de la explicación anterior, fácil es á nuestro objeto hacer aplicación del texto del gran Apóstol. El sabio comentarista que nos ha ayudado á descubrir el verdadero sentido de este oráculo,

---

(1) Aug., *in. Ps.* 86.

nos servirá de guía para explicar el segundo. San Pablo dice, pues, que ha cumplido en su carne lo que falta á los sufrimientos de su Maestro: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea.* Y añade: *Pro corpore ejus, quod est Ecclesia.* Expliquemos estas palabras. En efecto, falta mucho á los sufrimientos del Hijo de Dios para que los infieles se conviertan á la fe y vuelvan á ser partícipes de la pasión del Salvador. Ahora bien, esto es precisamente lo que completan y acaban los Apóstoles, sufriendo todo lo que padecieron en la predicación del Evangelio para propagar la Iglesia de Cristo; y este es el primer sentido del texto de San Pablo. He aquí el segundo: Falta mucho á los sufrimientos de Jesucristo para que sus sufrimientos y sus satisfacciones sean aplicados más plenamente á sus fieles, ya convertidos. Cada fiel se aplica á sí mismo, por las obras satisfactorias que ha cumplido, la satisfacción del Redentor, y satisface por la pena temporal de sus pecados. Pero puede también aplicar por los otros, cuando no los necesita para sí mismo, sus sufrimientos y satisfacciones, unidos y mezclados á los del Salvador. Esto es lo que pide la comunión de los Santos; la comunión de las buenas obras que se hacen en la Iglesia. Y esto es también, y en este sentido cumplió San Pablo por la Iglesia, lo que falta á los sufrimientos del Redentor. Aplicando lo superfluo de sus sufrimientos y satisfacciones á la Iglesia, á fin de que por ellos, la satisfacción de Jesucristo fuese aplicada á los fieles que están en comunión con ella, y de que satisfaciesen por sus pecados, es decir, por la pena temporal que les resta que sufrir después de haber obtenido el perdón de sus faltas.

Nótese, con muchos eminentes teólogos, entre los cuales se halla Berlamino, que estas palabras de San Pablo pueden también extenderse y aplicarse al tesoro de las indulgencias de la Iglesia; porque Dios ha querido que este tesoro se componga, no sólo de los méritos y satisfacciones de nuestro divino Salvador, sino también de los méritos y satisfacciones de los Apóstoles y de todos los Santos. Obrando de esta suerte, Dios ha tenido la intención de honrar á la vez á su Hijo y á sus Santos, haciendo entrar á los últimos en sociedad con su mismo Hijo, para satisfacer por los demás. Un Rey honra á sus generales poniéndolos á la cabeza de sus provincias y dándoles una parte en el Gobierno de su reino. Así Dios, *causa primera* de todas las cosas, honra á sus criaturas, *causas segundas*, dignándose asociarlas á su obra. En segundo lugar, Dios ha querido establecer por este medio una perfecta comunicación de bienes entre los miembros de la Iglesia, es decir, entre los Santos y nosotros, tal y como debe existir entre hermanos de una misma familia. Así, los Santos completan realmente para la Iglesia lo que falta á este tesoro de que venimos hablando, y, por consiguiente, cumplen lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo; porque sin estos sufrimientos de los Santos los del Salvador no aumentarían este tesoro de la manera que Dios quiere que se aumente, esto es, por los sufrimientos y las satisfacciones reunidos de Jesús y de los Santos.

Resumiendo esta explicación tan consoladora para los fieles que sufren, diremos: Que este tesoro á que se hace relación, es completo del lado de los méritos del Salvador Jesús; pero es incompleto del de los méritos de los Santos; y esta es la deficiencia de que habla San Pablo, cuando dice de sí, y por consiguiente de los demás fieles, que él le ha aumentado y colmado por sus sufrimientos.

Tal es, según los comentaristas, el sentido de este texto del gran Apóstol: «He acabado en mi carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo para su cuerpo, que es la Iglesia».

¡Oh vosotros, que tenéis que sufrir algunas aflicciones de espíritu ó de cuerpo, no olvidéis jamás esta explicación consoladora! Sobre todo, retened bien la conclusión, más consoladora todavía, que de ella se deriva, á saber: Que vuestros sufrimientos, unidos á los de Jesucristo, vuestra Cabeza, tienen, no sólo una divina eficacia para vosotros, sino también para los demás, puestos que podéis,

011631

por este medio, obtener su conversión si son pecadores, y después de su conversión la gracia de satisfacer por su pecado, y de que se santifiquen más y más. A este precio, ¿quién no estimará el sufrimiento, y no se resignará voluntariamente á sufrir por los demás con Jesucristo.

San Ambrosio y San Juan Crisóstomo dicen, que como Jesús y la Iglesia forman místicamente un solo cuerpo y una sola vida, así la pasión de Jesús y de la Iglesia, es decir, la de los Apóstoles, la de los mártires y todos los fieles, forman una sola pasión. No es de otra manera el sufrimiento de la cabeza y el del cuerpo, esto es, de los miembros; porque la cabeza y los miembros sufren unidos un solo dolor. Ahora bien; muchas veces lo hemos dicho: Jesucristo es la cabeza y los Apóstoles y los fieles son sus miembros. He aquí por qué dirigiéndose nuestro Señor á San Pablo, perseguidor de la Iglesia de los primeros cristianos no le dice: ¿Por qué persigues á la Iglesia? Sino: ¿Por qué me persigues? Y es que así como Jesucristo comunica á los Apóstoles y á los fieles la gracia y la paciencia, así los comunica sus sufrimientos. Y como cuando sufre un miembro, todos los otros miembros, sobre todo la cabeza, sufren también con él, así cuando los fieles sufren, Jesús sufre y padece con ellos. San Agustín confirma esta doctrina diciendo: «Los sufrimientos de Jesucristo y de los cristianos son comunes y pertenecen á Jesucristo y á la Iglesia».

CAPITULO XII.

CONDICIONES ESPECIALES DE LA DEIFICACIÓN DE NUESTROS SUFRIMIENTOS, ES DECIR, CÓMO DEBE REALIZARSE LA UNIÓN DE NUESTROS SUFRIMIENTOS CON JESUCRISTO, PARA QUE SEAN DIVINOS Y EFICACES PARA NOSOTROS Y PARA LOS DEMÁS.

—

Antes de ir más lejos, lector querido, y á fin de comprender mejor cuánta gratitud debemos á Dios por haber querido elevar nuestros sufrimientos al estado divino, recordemos que la causa primera del sufrimiento es el pecado. San Pablo lo dice: *Stipendia enim peccati mors.* (Rom. VI.) Ahora bien; la muerte debe entenderse aquí, no sólo por la crisis suprema que separa al alma del cuerpo con un desgarramiento cruel, sino también por todos los sufrimientos que de cerca ó de lejos preludian esta última separación. Los desfallecimientos de nuestra naturaleza, el trabajo de disolución que empieza en nosotros, el dolor, ¿qué otra cosa son, pregunta San Gregorio, sino una especie de muerte continua y prolongada? *Quædam prolixitas mortis.* El pecado original que contraemos al nacer de un padre culpable, nuestras infidelidades personales, he aquí la causa principal de las tribulaciones que todos tenemos. Por su naturaleza, hecha abstracción de la redención, el sufrimiento no es, ni puede ser, otra cosa que una pena, un castigo infligido á los culpables. Mira, pues, querido lector, de cuánto somos deudores á la infinita misericordia de Dios, y cuántas acciones de gracias le debemos por haber hallado en los tesoros inextinguibles de su clemencia el medio de convertir en favor insigne lo que, por la fuerza misma de las cosas, debía causar nuestro tormento eterno. San Pablo nos da

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á conocer este tormento cuando nos dice: «He aquí que la benignidad y la humanidad de Dios nuestro Salvador han aparecido entre nosotros. (Tit. III.)

Cuando se levanta el sol después de oscura y larga noche, disipa las tinieblas y cubre á la tierra con sus rayos bienhechores. Así, cuando después de la larga noche de cuatro mil años que precedió á su venida, apareció el astro divino de que habla el Apóstol, inundóse el mundo de su celeste luz y se caldeó con su vivificante calor. Una trasformación maravillosa se operó en la humanidad y en los sufrimientos de la humanidad, hecha cristiana por Jesucristo. De hijos de cólera que éramos por naturaleza, como dice San Pablo, nos hemos convertido en hijos de Dios por adopción; y de puros instrumentos de la justicia divina que eran antes nuestros sufrimientos, han venido á ser instrumentos de misericordia y fuente inagotable de los más grandes bienes. ¡Alabanza y gloria eterna á Jesucristo, á cuya bondad infinita somos deudores de tan grande beneficio! Pero tanto cuanto es precioso este beneficio para nosotros, nos importa saber cómo hemos de tomarle, para que redunde en nuestro provecho, haciendo de él la aplicación debida. Y esto es lo que vamos á tratar de explicar, desarrollando estas palabras de nuestro Señor Jesucristo á sus discípulos: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.*

Toda la economía práctica de la deificación de nuestra naturaleza, y, por consiguiente, de nuestras acciones y de nuestros sufrimientos, se encierran en estas dos frases tan cortas como sustanciales: *Ego sum vitis, vos palmites.* «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos». La vid es Jesucristo y los sarmientos somos cada uno de nosotros, discípulos y miembros de Jesucristo. ¿Queremos que nuestros sufrimientos sean deificados y se vuelvan meritorios para nosotros y saludables para los demás? Pues no hay más que un solo medio, una sola condición que llenar, la de unirnos á Jesús, que es la verdadera vid, como sarmientos vivos. Con esta condición recibiremos la savia divina, la

vida divina, es decir, la comunicación de la sangre divina de Jesucristo, que es como el jugo del árbol de la vida; y con esta sangre tendremos en nosotros la vida divina de Jesucristo. Daremos más explicaciones de este texto, que encierra en tan pocas palabras toda la doctrina práctica de la vida divina y sobrenatural del cristiano. ¿Por qué propuso Jesucristo á sus discípulos, y á cada uno de nosotros en su persona, esta comparación conmovedora? Para enseñarnos que debemos permanecer fieles en su fe y en su amor, sin separarnos nunca de ellos. Así es como daremos fruto para nosotros y para los demás. Jesucristo se comparó á la vid por muchas razones. La primera, porque cuando se sirvió de esta comparación acababa de instituir la Santa Eucaristía, con que dió á beber á los Apóstoles su sangre, bajo la especie de vino, dejándosela á todos los fieles hasta el fin de los siglos, para que todos pudieran beber á su vez, y para que por la virtud de este vino misterioso se les viera inflamarse en su amor y vencer generosamente las tentaciones. La segunda razón consiste en que el Hijo de Dios, muriendo en la cruz, estaba perfectamente representado por la vid y sus uvas; porque así como de la uva pisada se produce un vino exquisito y precioso, así de este divino Cordero prensado en la cruz brotó la sangre que ha rescatado al mundo, por lo cual tiene derecho á llamarse la verdadera vid. *Ego sum vitis vera.* Y lo mismo que la vid produce sarmientos y uvas, así el Salvador Jesús produce con su gracia, como por un jugo divino, verdaderos fieles y verdaderas virtudes.

Si, Jesucristo es la verdadera vid: como es la verdadera luz, *ego sum lux vera;* como es la verdadera vida, *ego sum vita;* como es el verdadero pan del cielo, *panem de cælo verum.* Es aquella vid escogida de que habla el Profeta Isaías, la cual ha extendido por toda la tierra las ramas de la fe, que ha producido estos sarmientos vigorosos, estas uvas exquisitas, quiérese decir, la gloriosa falanje de los mártires, de las vírgenes, de los confesores

y de todos los santos. En efecto, después de haber dicho: Yo soy la vid, añadió: «Y vosotros los sarmientos». Pero advierte bien, lector querido, con qué condición comunica su fecundidad á sus ramas; con la de que han de estar unidas á El. Aquel que viva en mí y en quien yo viva, dará muchos frutos. Lo que quiere decir: Aquel que viva en mí de tal manera que yo viva en él; aquel que viva en mí, no por la fe sola, sino por la fe vivificada por la caridad, de suerte que yo le ame á mi vez, llenándole de mi espíritu, dará muchos frutos de buenas obras y de méritos, por los cuales adquirirá continuos aumentos de gracia y de gloria. Porque, continúa este buen Maestro, sin mí nada podéis hacer, nada que merezca la vida divina y eterna: *Sine me nihil potestis facere.* Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece unido á la vid, tampoco vosotros podéis dar fruto si no vivís en mí: *Sic et vos, nisi in me manseritis.* Como el sarmiento saca de la vid, á que está unido, la vida y el jugo para producir las uvas, así vosotros sacáis de mí la vida de la gracia y del espíritu para producir las buenas obras que merecen la vida eterna.

De donde resulta que no es de sí mismo, ni de sus fuerzas naturales, ni del auxilio exterior de ningún hombre, sino de la gracia interior de Jesucristo, de quien recibe el hombre la fuerza para producir las buenas obras sobrenaturales, y, por consiguiente, la fuerza de merecer aumento de gracia y de gloria; por la razón de que el sarmiento no saca nada de sí mismo, sino de la vid que le da todo su jugo, toda su fecundidad, toda su virtud productiva.

Explicando San Cirilo la íntima unión que existe entre esta vid divina y sus sarmientos, es decir, entre Jesucristo y los cristianos, qué son sus miembros, dice que nosotros somos santos unidos á ese divino Salvador, de dos maneras: *espiritualmente*, por la fe, por la esperanza y la caridad; y *corporalmente*, en el sentido de que la santa humanidad de Jesucristo es esta vid de que somos los

sarmientos, á causa de la identidad de la naturaleza humana, principalmente en la santísima Eucaristía, en la cual nos unimos al Hijo de Dios, hecho hombre, no solamente como el sarmiento á la vid, sino como se unen dos cirios derretidos.

De estas consideraciones es fácil sacar la conclusión de que la condición esencial, indispensable, única, de obrar y de sufrir sobrenaturalmente, divinamente, y, por consecuencia, de una manera eficaz para la propia salud y para la de los demás, es la de estar unidos á Jesucristo, como el sarmiento á la vid, ó, lo que es igual, la de vivir en estado de gracia santificante, por la cual se une el cristiano á su divina Cabeza, no sólo por la fe y la esperanza, sino también por la caridad. Sin esta condición, las acciones y los sufrimientos del cristiano son frutos sin vida de una rama muerta y seca. ¿Cómo quieres que una rama, en que la savia vivificante no circula, pueda producir frutos de vida, sobre todo, de vida divina? Nuestro Señor Jesucristo lo ha dicho y nosotros acabamos de comprenderlo; pero todavía confirma esta enseñanza en el mismo pasaje evangélico cuando dice: Si alguno no vive en mí (sobreentiéndase por la caridad unida á la fe), se le arrojará fuera como una rama inútil y estéril y se secará; se le recogerá y se le arrojará al fuego, donde será quemado. Lo cual significa que así como la rama inútil, cortada de la vid, se arroja fuera del campo donde está plantada, se recoge en gavillas y se arroja al fuego, así el cristiano que no vive en Jesucristo por la fe y la caridad, será arrojado fuera después de su muerte; es decir, será separado de la Iglesia y del pueblo fiel, y, por consiguiente, del número de los miembros de Jesucristo; en cuyo estado se secará y será privado del jugo vivificante de la gracia, recogido por los demonios con los demás réprobos, atado por ellos en haz para ser arrojado al fuego del infierno, donde arderá eternamente.

Tan deplorable es la suerte de ese sarmiento cortado y seco, como es dichosa y digna de envidia la del que permanece unido á la vid. Por eso

está tan íntimamente unida á Jesucristo, que es la verdadera vid; y por eso la Santísima Virgen María recibió tan gran abundancia de vida divina, que pudo y podrá hasta el fin de los siglos distribuirla en su plenitud á todos los hijos de Adán. ¡Sarmiento divino, ó más bien segunda vid salida de la primera, y por la cual todas las ramas vienen á reunirse al tronco divino que es la santa humanidad de su amadísimo Hijo! Tal es la unión íntima de María con Jesús, á la que tantos pecadores deben su conversión, tantos justos su perseverancia y tantos elegidos su dicha eterna. He aquí por qué estando los Apóstoles tan unidos á Jesús, la verdadera vid, fueron llenos del Espíritu Santo, y, por consiguiente, de la vida de Dios, conquistando para Jesucristo tantos reinos, es decir, difundiendo la vida divina y con ella el reino de Dios y de su divino Hijo en tan gran número de almas. Sus sufrimientos, divinizados por esta reunión, tenían tanta eficacia que sus predicaciones arrancaban á los pueblos de las tinieblas del error, haciéndolos ver la claridad de la verdad evangélica. He aquí por qué se regocijaban de sufrir los oprobios por el santo nombre de Jesús, predicando su doctrina: *Ibant gaudentes, quoniam digni habiti, sunt pro nomine Jesu contumelian pati.* Uno de ellos, sobre todo, que sufrió por su santo nombre, no menos que los otros, el Apóstol San Pablo, se complacía en la enumeración de sus sufrimientos por la salvación de las naciones, á las cuales había sido enviado. El es quien dijo á los Gálatas, sus hijos espirituales en Jesucristo. *Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis.* «Hijitos míos, á quienes doy á luz otra vez, hasta que Jesucristo se forma en vosotros». Y el es también quien les reveló el secreto de este alumbramiento misterioso, de esta fecundidad apostólica, diciéndolos: *Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.* «Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de Jesucristo, en quien estoy crucificado para el mundo y el mundo lo está para mí. Yo llevo en mi cuerpo los estigmas del Señor Jesús». *Ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto.* (Gal., VI, 14, 19.)

Unirse á Jesucristo por la caridad, como el sarmiento se une á la vid, con la pureza de intención que da una dirección sobrenatural, he aquí todo el secreto de la elevación de nuestros sufrimientos al estado divino; he aquí la condición indispensable de su divina fecundidad para nuestro bien y para el de los otros; he aquí lo que los hace meritorios para nosotros y eficaces para la salvación y perfección del prójimo. Unámonos, pues, á los sufrimientos de Jesucristo, sobre todo á su humildad, paciencia y caridad ardiente por Dios y por los hombres. Unámonos á las intenciones de los sufrimientos de Jesús, es decir, al designio que se propone de glorificar á Dios, su Padre, y de salvar á los hombres. Esto es lo que hicieron los santos y por este medio fueron verdaderos apóstoles de la gloria de Dios y de la salud de sus hermanos por sus sufrimientos.

El Apostolado del sufrimiento no puede fructuosamente ejercerse sino con esta condición. Aceptémosla con valor, y concluyamos diciendo: que el que se une más íntimamente por el amor y por el dolor á los sufrimientos de Jesucristo, es también más apóstol del sufrimiento.

CAPÍTULO XIII.

CONCLUSIONES PRÁCTICAS DEL CAPÍTULO PRECEDENTE.

Puesto que Jesucristo es la vid y nosotros los sarmientos, puesto que es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros, si queremos participar de su vida divina, de suerte que se derrame en nosotros sobrenaturalmente, hasta en nuestras menores obras y en nuestros menores sufrimientos, es necesario que permanezcamos unidos á Jesucristo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

está tan íntimamente unida á Jesucristo, que es la verdadera vid; y por eso la Santísima Virgen María recibió tan gran abundancia de vida divina, que pudo y podrá hasta el fin de los siglos distribuirla en su plenitud á todos los hijos de Adán. ¡Sarmiento divino, ó más bien segunda vid salida de la primera, y por la cual todas las ramas vienen á reunirse al tronco divino que es la santa humanidad de su amadísimo Hijo! Tal es la unión íntima de María con Jesús, á la que tantos pecadores deben su conversión, tantos justos su perseverancia y tantos elegidos su dicha eterna. He aquí por qué estando los Apóstoles tan unidos á Jesús, la verdadera vid, fueron llenos del Espíritu Santo, y, por consiguiente, de la vida de Dios, conquistando para Jesucristo tantos reinos, es decir, difundiendo la vida divina y con ella el reino de Dios y de su divino Hijo en tan gran número de almas. Sus sufrimientos, divinizados por esta reunión, tenían tanta eficacia que sus predicaciones arrancaban á los pueblos de las tinieblas del error, haciéndolos ver la claridad de la verdad evangélica. He aquí por qué se regocijaban de sufrir los oprobios por el santo nombre de Jesús, predicando su doctrina: *Ibant gaudentes, quoniam digni habiti, sunt pro nomine Jesu contumelian pati.* Uno de ellos, sobre todo, que sufrió por su santo nombre, no menos que los otros, el Apóstol San Pablo, se complacía en la enumeración de sus sufrimientos por la salvación de las naciones, á las cuales había sido enviado. El es quien dijo á los Gálatas, sus hijos espirituales en Jesucristo. *Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis.* «Hijitos míos, á quienes doy á luz otra vez, hasta que Jesucristo se forma en vosotros». Y el es también quien les reveló el secreto de este alumbramiento misterioso, de esta fecundidad apostólica, diciéndolos: *Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.* «Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de Jesucristo, en quien estoy crucificado para el mundo y el mundo lo está para mí. Yo llevo en mi cuerpo los estigmas del Señor Jesús». *Ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto.* (Gal., VI, 14, 19.)

Unirse á Jesucristo por la caridad, como el sarmiento se une á la vid, con la pureza de intención que da una dirección sobrenatural, he aquí todo el secreto de la elevación de nuestros sufrimientos al estado divino; he aquí la condición indispensable de su divina fecundidad para nuestro bien y para el de los otros; he aquí lo que los hace meritorios para nosotros y eficaces para la salvación y perfección del prójimo. Unámonos, pues, á los sufrimientos de Jesucristo, sobre todo á su humildad, paciencia y caridad ardiente por Dios y por los hombres. Unámonos á las intenciones de los sufrimientos de Jesús, es decir, al designio que se propone de glorificar á Dios, su Padre, y de salvar á los hombres. Esto es lo que hicieron los santos y por este medio fueron verdaderos apóstoles de la gloria de Dios y de la salud de sus hermanos por sus sufrimientos.

El Apostolado del sufrimiento no puede fructuosamente ejercerse sino con esta condición. Aceptémosla con valor, y concluyamos diciendo: que el que se une más íntimamente por el amor y por el dolor á los sufrimientos de Jesucristo, es también más apóstol del sufrimiento.

CAPÍTULO XIII.

CONCLUSIONES PRÁCTICAS DEL CAPÍTULO PRECEDENTE.

Puesto que Jesucristo es la vid y nosotros los sarmientos, puesto que es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros, si queremos participar de su vida divina, de suerte que se derrame en nosotros sobrenaturalmente, hasta en nuestras menores obras y en nuestros menores sufrimientos, es necesario que permanezcamos unidos á Jesucristo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por la caridad, y nos asociemos á sus disposiciones y á sus intenciones.

De todos los principios de la vida espiritual este es el más práctico y fecundo, pudiendo decirse que encierra en sí mismo todos los otros. En efecto, él es la obra puesta en acción de nuestra incorporación á Jesucristo y de su desarrollo en nosotros, hasta la plenitud de la edad de Cristo, según la expresión de San Pablo: *In mensuram ætatis plenitudinis Christi.* (Eph., IV.)

La economía completa de nuestra elevación al estado sobrenatural y divino consiste en la formación creciente de Jesucristo en nosotros, hasta esa plenitud de que habla el Apóstol en el mismo pasaje de su Epístola á los de Efeso, en que, desarrollando la admirable doctrina de la unidad de los miembros de Jesucristo, demuestra al mismo tiempo el principio y la perfección de esta unidad, sacando consecuencias prácticas que se adaptan á nuestro objeto. He aquí las palabras del Apóstol: «Yo, que estoy encadenado por Jesucristo, os conjuro á marchar de una manera digna de vuestra vocación, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, sufriéndoos los unos á los otros con caridad, y exforzándoos cuidadosamente en conservar la unidad del espíritu, en el lazo de la paz. Vosotros no formáis más que un solo cuerpo y un solo espíritu entre vosotros, como no hay para vosotros más que una sola esperanza, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios, Padre de todos, que está por encima de todos.....» Ahora bien, á cada uno de vosotros le ha sido dada la gracia, según la medida con que Jesucristo ha tenido á bien dársela: á los unos los ha dado la de ser apóstoles, á los otros la de ser profetas, á los otros la de ser evangelistas, sacerdotes y doctores, conduciendo así á su consumación la formación de los santos, para la obra del ministerio evangélico y para la edificación del cuerpo de Jesucristo hasta que lleguemos todos, en fin, á la unidad de la fe y al conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, á la medida de la plenitud de la edad de Cristo.

Ahora bien, para alcanzar esta medida, «renovaos, nos dice todavía San Pablo, en el espíritu que vivifica vuestra alma»: es decir, renovaos por la virtud vivificante de la gracia, comunicada á vuestra alma, por la cual gracia el Espíritu Santo nos regenera y nos trasforma; «y revestíos del hombre nuevo que ha sido criado, según Dios, en la justicia y en la santidad verdadera y no fingida». Esto es, «revestíos de Jesucristo, nuevo Adán», para que, deponiendo entre vosotros la mentira, sólo digáis la verdad; porque unos somos miembros de los otros..... No dejéis en vosotros lugar alguno al desorden..... y no contristéis al Espíritu Santo. Sed benévolos y misericordiosos, perdonándoos los unos á los otros como Dios os ha perdonado en Jesucristo». (Eph., IV.)

Como ves, lector querido, el gran Apóstol te enseña lo que es necesario saber en la práctica para nuestra incorporación á Jesucristo, es decir, para la unión de nuestra vida, acciones y sufrimientos, á su vida, á sus acciones y sufrimientos. La imitación de las virtudes de nuestra divina Cabeza, particularmente de la humildad y de la caridad, he aquí el medio más eficaz para que esta unión dé sus frutos y nuestros sufrimientos sean provechosos á nosotros y á nuestros hermanos.

De todo lo que acaba de decirse tocamos esta conclusión práctica, á saber: que de las tres maneras de sufrir que se conocen entre los cristianos, solo hay una digna del verdadero discípulo de Jesucristo, una sola que es meritoria para el cielo, una sola que puede contribuir á la salvación de las almas y poseer una verdadera virtud apostólica. Estas tres maneras de sufrir son: la primera infernal, la segunda puramente terrestre y la tercera celestial y terrestre á la vez.

Para expresar mejor nuestro pensamiento dividiremos á los cristianos que sufren en tres categorías: la primera es la de los malos cristianos, para quienes el sufrimiento es una ocasión de blasfemar y murmurar de Dios, de quien es la mano que los hiere. Estos cristianos, indignos de su nom-

bre, sufren *diabólicamente*, es decir, como los demonios y condenados en el infierno, los cuales murmuran, se rebelan, odian y blasfeman. Soportados así sus sufrimientos, no sólo no son meritorios, sino que serán para ellos ocasión de males inevitables, si perseveran en sus culpables disposiciones; y no solamente no serán útiles á sus hermanos sino que, á causa del lazo de solidaridad que existe entre los miembros del cuerpo místico de Jesucristo, son frecuentemente dañosos, porque hacen que el brazo de Dios sea más pesado para los inocentes, que en este caso sufren por sus hermanos culpables.

Así, esta primera categoría de cristianos padece sin méritos y sin consuelo. ¿Qué digo? Sus penas y sus tribulaciones aumentan de intensidad á medida que crecen sus murmuraciones, hasta tal punto, que algunas veces se vé que muchos de ellos se precipitan en el abismo de la desesperación y ponen fin á sus días con el suicidio. ¡Remedio cruel! Porque por este último acto de rebeldía contra Dios, de temporales que eran sus sufrimientos, se hacen irremediables y eternos. ¿Hay nada más triste ni más aflictivo que el sufrimiento, soportado con parecidas disposiciones y con semejante resultado? Sufrir en este mundo, con los sufrimientos mal sobrellevados, y sufrir eternamente en el otro, ¿no es cosa horrible? De todos los males, ¿no es este evidentemente el peor? ¿Y no debe el cristiano hacer todo lo posible por evitarlo? El sufrimiento ha sido impuesto al hombre, como todos los demás deberes. Rebelarse contra él, es rebelarse contra Dios que le envía, y, por consiguiente, merecer su venganza. De aquí estas palabras de San Agustín: *Una eademque vis irruens bonos probat, purificat; malos vastat, damnat, exterminat.* Lo que quiere decir: «La misma mano que se hace doblemente pesada para el justo, le prueba y le purifica; mientras que el malvado que se rebela contra ella se daña y se pierde».

La segunda categoría se compone de cristianos que sufren *indiferentemente, estóicamente*, es decir, sin ningún motivo sobrenatural, más que porque

no pueden evitar el sufrimiento, que, sobrellevado de esta manera, es completamente estéril de frutos de salvación. Sin relación alguna con el orden sobrenatural, en atención á que nada se eleva por encima de lo humano y de lo terrestre, ¿cómo podría obtener el sufrimiento un resultado sobrenatural y dar frutos sobrenaturales, esto es, contribuir eficazmente á la salud eterna del que le padece? Estos linajes de sufrimientos son penosísimos para el que los soporta, no estando consolado por los motivos que robustecen la esperanza del cristiano. Y cualquiera que sea la fuerza de carácter del que los sufre, es difícil, por no decir imposible, que no sean para él una carga muy pesada; y si se agravan considerablemente, una carga insoportable. En todo caso, lo repetimos, estos sufrimientos se padecen en pura pérdida; y esta pérdida es seguramente deplorable. Cuando un hombre se entrega durante largo tiempo á un trabajo muy penoso, y llega su fin y no saca absolutamente ningún provecho, ¿no tiene motivo para deplorar la pérdida de este trabajo? Pues de la misma manera las aflicciones, los trabajos, las penas de todas clases que llenan tres cuartas partes de nuestra vida, por no decir nuestra vida entera, cuando no dan más resultados que el de haber sido sufridos porque era imposible impedirlo, ó bien para dar satisfacción á una necia vanidad del estoicismo, ¿no ofrecen materia para humillarse y para hacer gemir profundamente? Esta manera de sufrir envilece al hombre, porque no le muestra en el dolor más que un tirano del que, de bueno ó mal grado, tiene que sufrir el yugo. Y si por fuerza de ánimo ó de carácter llega á disminuir su peso, este yugo representa una esclavitud sin gloria, quiérese decir, sin gloria verdadera.

¿Querrías tú, lector amado, ser así, y que tus sufrimientos fuesen heridos de una exterilidad tan triste y tan humillante? ¡Oh, no; tú no puedes quererlo! Tu fe y tu dignidad de cristiano lo repugnan; y con la gracia de Dios te hallas dispuesto á sufrir como la tercera categoría de la cual vamos á hablarte.

Esta categoría es la de los cristianos dignos de este nombre, que ven en los sufrimientos lo que todo cristiano debe ver, un medio de expiar sus pecados y de hacerse semejante á Jesucristo, cabeza y modelo de los predestinados, y, por consiguiente, digno de merecer el cielo.

Bajo el imperio de estos pensamientos saludables, que se derivan del orden sobrenatural, estos fervorosos cristianos sufren *sobrenaturalmente*, *divinamente*, es decir, con paciencia, con resignación, con amor, en unión con Jesucristo crucificado, su cabeza, conformándose tanto como pueden con sus disposiciones, con sus intenciones y con sus fines. Cualesquiera que sean la violencia y la duración de sus males, nunca sorprenderás en sus labios una palabra de reproche; y si te fuera dado penetrar hasta el fondo de su corazón, encontrarías en él los sentimientos de las grandes almas, de los grandes corazones, formados á imagen del sagrado Corazón de Jesús; quiérese decir, la resignación en el sufrimiento y el amor del sufrimiento. En muchos de ellos encontrarías este mismo amor, elevado al grado heroico que hizo exclamar á Santa Teresa en lo más fuerte de sus dolores: «Señor, Jesús, por vuestro amor, ó sufrir ó morir». *Pati aut mori.* Y á Santa Magdalena de Pazzi exclamar á su vez: «Señor, Jesús, por vuestro amor, sufrir y no morir». *Pati, non mori.* ¡Oh almas grandes, suplicad al Dios que inspira estos sublimes entusiasmos del amor á vuestro corazón generoso que abrase los nuestros con los mismos ardores, á fin de que, prefiriendo por el amor de Dios los sufrimientos á los consuelos, podamos exclamar con vosotros: «Sufrir, sí, sufrir todavía»; y con San Francisco Javier: «Todavía más sufrimientos, Señor, todavía más sufrimientos». *Amplius, Domine, amplius!*

Pero si no nos es dado sufrir de esta manera, que es entre todas, seguramente, la más sublime y la más divina, suframos al menos con una verdadera resignación cristiana, á ejemplo del Cordero de Dios que, mientras le clavaron en la cruz, no abrió su boca para quejarse. Sufrir de esta manera

es sufrir *cristianamente*, en unión con Jesucristo, cabeza de todos los cristianos; y si un pensamiento de celo viene á fecundar este sufrimiento así padecido, entonces se sufre *apostólicamente* y se llega á ser con toda verdad *apóstol del sufrimiento*. Entonces se convierte á los pecadores, se obtiene la perseverancia de los justos; en una palabra, se salva á las almas. Y si, con el auxilio de una gracia poderosa, se llega á amar el sufrimiento como una Teresa, como una Magdalena de Pazzi, como un Francisco Javier, entonces se realiza con larguísimas proporciones, cuya extensión sólo es conocida de Dios, este *Apostolado del sufrimiento*, al que te convidamos, lector querido, con toda la fuerza de persuasión de que somos capáces.

No faltarán en este desdichado siglo almas generosas, que consientan en ofrecerse á Dios como *víctimas del dolor y del amor*, con la víctima por excelencia; no faltará esperanza de salvación para la generación presente; no faltará esperanza de un triunfo próximo y brillante para nuestra santa madre Iglesia: *Fiat, fiat.* La sangre de los mártires es semilla de cristianos. Ahora bien, las almas voluntariamente sacrificadas por Dios y por sus hermanos, ¿no son mártires ocultos? Así lo fué San Luis Gonzaga, según lo dice la misma Santa Magdalena de Pazzi, la cual, habiendo visto en éxtasis la gloria de Luis en el cielo, exclamó: «Sí; Luis, hijo de Ignacio, fué un mártir, un mártir de caridad».

¡Oh Jesús! poned en el corazón de algunos jóvenes cristianos fervorosos el pensamiento y el deseo de ofrecerse á vos, como víctimas del dolor y del amor, por esta desdichada generación. Vos sólo sabéis lo que vale á vuestros ojos, y cuánto os agrada, el sacrificio de las primicias de la vida, en una edad en que tantos otros no piensan más que en ofenderos, abandonándose á toda la fuga de sus pasiones. Uno de los sacrificios de la antigua ley más agradable al Señor era el de las primicias. Vos lo sabéis, Cordero divino de Dios, y he aquí por qué desde vuestra entrada en la vida os ofrecisteis á vuestro Padre celestial, como una víctima precoz,

colocándoos desde el primer instante de nuestra existencia en estado de servir de holocausto para su gloria y para nuestra salvación. Sed para siempre bendito, y ojalá puedan muchos jóvenes y nobles corazones, inspirándose en vuestro ejemplo, ofrecerse con vos á vuestro Padre celestial, como sacrificio de agradable olor para la salvación de sus hermanos, en estos desdichados tiempos, en que tan gran número de ellos, pervertidos por la impiedad y la corrupción del siglo, se pierden para siempre.

CAPÍTULO XIV.

LA UNIÓN DE NUESTROS SUFRIMIENTOS CON LOS DE JESUCRISTO SE OBRA POR EL ESPÍRITU SANTO.

Vale mucho saber que nuestros sufrimientos no pueden ser *deíficos* sino en virtud de nuestra unión con Jesucristo; y vale mucho más todavía desear esta unión y cumplirla. Pero ¿de dónde se ha de sacar esta ciencia sobrenatural del sufrimiento? ¿De dónde se ha de sacar este deseo eficaz de sufrir en conformidad con Jesucristo? No es ciertamente el genio del hombre el que ha de proporcionarle esta luz, ni su voluntad este deseo. Todo lo que tiende al orden sobrenatural supera infinitamente las energías de la humana naturaleza. Por poderosas que se os figuren, siempre habrá entre la una y el otro la distancia de un abismo inmenso, la distancia de lo infinito. Si el hombre llega á poseer esta ciencia, si se eleva á estas afecciones, á estos actos sobrenaturales, bien puede decirse, en conclusión, que un nuevo sol se ha levantado sobre su cabeza, el cual enviándole sus celestiales rayos para exclarecer su espíritu, ha comunicado á su voluntad y á su corazón sus energías divinas y su divina vitalidad. Pero ¿cuál es, preguntarás, ese misterioso sol de las almas, que las inunda de claridad y las vivifica, dándoles la divina ciencia del

sufrimiento y la fuerza requerida para soportarle sobrenaturalmente? Este sol es el *Espíritu Santo*. Sin él la inteligencia humana, en el orden sobrenatural, permanece sepultada en noche profunda; y la voluntad, reducida á la impotencia, yace inerte y sin vida. Esto es lo que hace decir á Bossuet las palabras siguientes, que pueden leerse en uno de sus discursos para el día de Pentecostés, donde trata con su elocuencia acostumbrada, de la debilidad de nuestra naturaleza y de la necesidad que tiene de la gracia del Espíritu Santo para fortalecerse contra sus propias enfermedades: «Aspiremos á la perfección cristiana; sigamos un poco á Jesucristo en el estrecho camino, y nuestra experiencia nos hará reconocer bien pronto nuestra enfermedad. Entonces será cuando, fatigados por las pertinacias opuestas de la codicia, confesaremos que las fuerzas nos faltan si la gracia divina no nos sostiene. Porque, en fin, no es una obra humana la de dominar á este enemigo deméstico que nos persigue tan vivamente y que no nos da ningún descanso. Siendo así desgarrados en nosotros mismos, nos consumamos por nuestros propios esfuerzos. Y no pensemos que podemos relevarnos del sufrimiento por nuestro natural vigor, pues este se disminuye, sucediendo lo que al pobre enfermo moribundo, que no sabe lo que hacerse. Imagina que levantándose podrá aliviarse un poco, y acaba por perder su escasa fuerza, en un trabajo que no puede soportar; y después de haberse atormentado mucho, arrastrando sus miembros doblemente pesados por una inercia extrema, vuelve á caer como una piedra, sin pulso y sin movimiento, más débil y más impotente que nunca. Lo mismo sucede con nuestras voluntades, si no son auxiliadas por la gracia».

Los auxilios del Espíritu Santo son indispensables para hacernos triunfar de las propensiones de nuestra naturaleza. ¡Cuánto más necesarios serán para hacernos aceptar el sufrimiento con resignación y amor, en conformidad con el divino Crucificado, es decir, para elevarnos por encima de

colocándoos desde el primer instante de nuestra existencia en estado de servir de holocausto para su gloria y para nuestra salvación. Sed para siempre bendito, y ojalá puedan muchos jóvenes y nobles corazones, inspirándose en vuestro ejemplo, ofrecerse con vos á vuestro Padre celestial, como sacrificio de agradable olor para la salvación de sus hermanos, en estos desdichados tiempos, en que tan gran número de ellos, pervertidos por la impiedad y la corrupción del siglo, se pierden para siempre.

CAPÍTULO XIV.

LA UNIÓN DE NUESTROS SUFRIMIENTOS CON LOS DE JESUCRISTO SE OBRA POR EL ESPÍRITU SANTO.

Vale mucho saber que nuestros sufrimientos no pueden ser *deíficos* sino en virtud de nuestra unión con Jesucristo; y vale mucho más todavía desear esta unión y cumplirla. Pero ¿de dónde se ha de sacar esta ciencia sobrenatural del sufrimiento? ¿De dónde se ha de sacar este deseo eficaz de sufrir en conformidad con Jesucristo? No es ciertamente el genio del hombre el que ha de proporcionarle esta luz, ni su voluntad este deseo. Todo lo que tiende al orden sobrenatural supera infinitamente las energías de la humana naturaleza. Por poderosas que se os figuren, siempre habrá entre la una y el otro la distancia de un abismo inmenso, la distancia de lo infinito. Si el hombre llega á poseer esta ciencia, si se eleva á estas afecciones, á estos actos sobrenaturales, bien puede decirse, en conclusión, que un nuevo sol se ha levantado sobre su cabeza, el cual enviándole sus celestiales rayos para exclarecer su espíritu, ha comunicado á su voluntad y á su corazón sus energías divinas y su divina vitalidad. Pero ¿cuál es, preguntarás, ese misterioso sol de las almas, que las inunda de claridad y las vivifica, dándoles la divina ciencia del

sufrimiento y la fuerza requerida para soportarle sobrenaturalmente? Este sol es el *Espíritu Santo*. Sin él la inteligencia humana, en el orden sobrenatural, permanece sepultada en noche profunda; y la voluntad, reducida á la impotencia, yace inerte y sin vida. Esto es lo que hace decir á Bossuet las palabras siguientes, que pueden leerse en uno de sus discursos para el día de Pentecostés, donde trata con su elocuencia acostumbrada, de la debilidad de nuestra naturaleza y de la necesidad que tiene de la gracia del Espíritu Santo para fortalecerse contra sus propias enfermedades: «Aspiremos á la perfección cristiana; sigamos un poco á Jesucristo en el estrecho camino, y nuestra experiencia nos hará reconocer bien pronto nuestra enfermedad. Entonces será cuando, fatigados por las pertinacias opuestas de la codicia, confesaremos que las fuerzas nos faltan si la gracia divina no nos sostiene. Porque, en fin, no es una obra humana la de dominar á este enemigo deméstico que nos persigue tan vivamente y que no nos da ningún descanso. Siendo así desgarrados en nosotros mismos, nos consumamos por nuestros propios esfuerzos. Y no pensemos que podemos relevarnos del sufrimiento por nuestro natural vigor, pues este se disminuye, sucediendo lo que al pobre enfermo moribundo, que no sabe lo que hacerse. Imagina que levantándose podrá aliviarse un poco, y acaba por perder su escasa fuerza, en un trabajo que no puede soportar; y después de haberse atormentado mucho, arrastrando sus miembros doblemente pesados por una inercia extrema, vuelve á caer como una piedra, sin pulso y sin movimiento, más débil y más impotente que nunca. Lo mismo sucede con nuestras voluntades, si no son auxiliadas por la gracia».

Los auxilios del Espíritu Santo son indispensables para hacernos triunfar de las propensiones de nuestra naturaleza. ¡Cuánto más necesarios serán para hacernos aceptar el sufrimiento con resignación y amor, en conformidad con el divino Crucificado, es decir, para elevarnos por encima de

nuestra naturaleza á toda la altura que separa la tierra del cielo!

En las páginas precedentes de este libro hemos hecho pasar sucesivamente ante tus ojos, lector querido, las grandes víctimas de la humanidad. Después de haber mostrado ante tus ojos la sangre del Hombre-Dios, corriendo de sus heridas, como de otros tantos ríos sagrados, salidos de la cima del Gólgota; después de haberte mostrado erguida al pie de la cruz de su Hijo, á la heroica Madre de Jesús, segunda víctima del género humano, te hemos dicho: contempla á los apóstoles y á los mártires; contempla á través de los siglos cristianos esa no interrumpida serie de víctimas voluntarias, larga cadena de oro teñida con la púrpura de su sangre, de la cual el primer anillo se ata á la cruz del Calvario: ellos también han sufrido: ellos también han dado su sangre y su vida; y, sufriendo y muriendo con su divina Cabeza, continuaron la obra de la salvación del mundo. Esto es lo que hemos dicho, lector querido, y tú no lo habrás olvidado. Pero lo que no hemos dicho todavía de una manera bastante explícita, es que esos apóstoles, esos mártires, esas víctimas voluntarias, son deudores al Espíritu Santo de haberse elevado tan noblemente por encima de sí mismos, siendo dignos continuadores del sangriento sacrificio de la Cruz.

Lazo eterno del Padre y del Hijo, y poseyendo en sí mismo una fuerza de unión infinita, es el Espíritu Santo también el lazo que une los miembros á la Cabeza, es decir, la Iglesia y cada uno de los fieles á Jesucristo, para hacerlos participantes de su vida divina. Por una operación maravillosa de la cual sólo él posee el secreto, «se desliza eficazmente en las almas», como lo expresa Bossuet, y pone en circulación, si así puede decirse, la sangre de Jesucristo para aplicar su virtud. El las ilumina con su luz, las anima con su aliento, las inflama con sus ardores y las vivifica con la inefable comunicación de su divina vitalidad. Oid sobre esta presencia del Espíritu Santo en la Iglesia, y sobre la misteriosa influencia que ejerce en las almas y en los corazones, marcados con el sello del bautismo, las elocuentes palabras del ilustre Obispo de Tulla, Monseñor Berthaud. El inmortal Pío IX acababa de proclamar dogma de fe el de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, Madre de Dios. El sabio Prelado dió á luz en esta ocasión una carta pastoral para la publicación del documento apostólico que definió este dogma sagrado, expresándose así: «El Espíritu Santo está en la Iglesia, y es su alma infinita, fuerte y suave al mismo tiempo. Su presencia habitual se revela, sin duda, por una acción continua. La Iglesia vive siempre; y siente dentro de ella, sin interrupción, este soplo inspirador. Pero en determinados momentos se siente agitada por un movimiento especial. Según lo exigen sus deberes y necesidades, el espíritu la trasforma. En los días del martirio, la imprime valerosas energías: en las épocas en que tiene lugar la promulgación de los dogmas, anima á la muchedumbre de los fieles á creer con amor. Un grande y dulce movimiento se marca entonces en esta vasta Iglesia, cuyos miembros son excitados y atraídos hacia la fe. La palabra del dogma cae en espacios espirituales, donde todo la espera: no es una violencia, es un rocío para los tallos impacientes. La virtud de la fe, la costumbre religiosa, no hacen esto, sino con un auxilio especial del Espíritu Santo».

En la misma alocución explica el elocuente Prelado cómo el alma fiel atrae hacia sí una comunicación, más ó menos abundante del Espíritu divino, según que su cooperación es más ó menos generosa, expresándose como sigue: «Cada alma recibe efusiones (de la vida con que el Espíritu Santo anima el cuerpo de la Iglesia)» según coopera más ó menos generosamente. Algunas veces hay más cantidad de gracia en el alma de un pobre fiel, que en la de las potestades de la Iglesia. Esto, que forma la belleza íntima del alma, depende de ella, y en este sentido es como Dios, que da siempre los primeros elementos indispensables, se ha sujetado á recompensar invariablemente la fi-

delidad con dones nuevos. En este orden, la gracia no puede medirse, según las leyes dictadas por la necesidad del conjunto, sino que es repartida conforme al valor de los actos individuales.

He aquí por qué puede consolarse y enorgullecerse todo miembro del cuerpo de Jesucristo. Delante de sí no halla duras barreras: nada comprime su vuelo, que es libre, en el campo del progreso espiritual: si quiere ser perfecto, lo será; la inagotable gracia está á su alcance: los pequeños pueden hacerse muy grandes, y tienen la parte que quieren en la vida divina». He aquí, seguramente, una doctrina bien consoladora. Recógela, piadoso lector, para estimularte á recurrir á este divino Espíritu, sobre todo, en tus penas y tribulaciones. Acaban de decírtelo: su gracia te es necesaria para sufrir de una manera meritoria para el cielo; y esta gracia, puesta á tu disposición con una liberalidad toda divina, producirá en ti frutos de una vida eterna, según la medida de tu libre cooperación.

Tú sabes lo que eran los Apóstoles antes de haber recibido el Espíritu Santo: eran hombres ignorantes, groseros, tímidos; pero tan pronto como le recibieron, volviéronse hombres nuevos, llenos de luz, de elevación y de valor. Algún tiempo antes de su pasión, en una conversación íntima que tuvo con ellos nuestro Señor, les dijo: «Ahora yo vuelvo hacia el que me ha enviado..... Y he aquí que la tristeza llena vuestros corazones porque os digo estas palabras. Pero os lo digo de verdad; es conveniente para vosotros que yo me vaya. Sin esta condición el Espíritu Paracleto no vendrá á vosotros. Y si yo me voy os lo enviaré».

Esto fué tanto como decirlos claramente: Os falta alguna cosa esencial para ser mis verdaderos discípulos. Vosotros no comprendéis todavía el misterio de mis abatimientos y de mis dolores: vosotros no soñáis más que con un reino temporal para mí y para vosotros: en vuestro valor hay más ardor que fuerza; y es que todavía os domina el espíritu terrestre. Habéis oído mis palabras; pero no

habéis recibido todavía mi espíritu. El vendrá á vosotros y os enseñará todas las cosas, y os hará comprender todo lo que os he dicho: *Palaclitus autem Spiritus Sanctus quem mittet Pater in nomine meo, ille vos docebit omnia et suggeret vobis omnia quæcumque dixero vobis.* (Joan., XIV, 26.)

El santo día de Pentecostés justificó solemnemente estas palabras del divino Maestro, con la admirable trasformación que la venida del Espíritu Santo obró sobre los Apóstoles y los discípulos, reunidos en el Cenáculo con la augustísima María, Madre de Dios.

Explicando San Agustín esta sublime doctrina llama al Espíritu Santo el alma de la Iglesia y nos dice: «Ved lo que hace el alma en el cuerpo: ella da á todos los miembros la vida y el movimiento; ella ve por los ojos..... habla con la lengua..... obra con las manos..... imprime á cada órgano la acción que le es propia». Lo mismo hace el Espíritu Santo en la Iglesia de Dios y en los Santos que son sus miembros vivos. En los unos obra los milagros; en los otros enseña la doctrina de la verdad: en éstos conserva la pureza virginal; en aquellos la modestia y el pudor. Los miembros de este cuerpo místico tienen cada uno sus operaciones; péro viven unidos por los lazos de la caridad: tal es la obra del Espíritu Santo. Este divino Espíritu es en el cuerpo de Jesucristo, que es la Iglesia, lo que es el alma en el cuerpo á quien anima: y lo que hace ésta en todos los miembros de un mismo cuerpo, lo hace el Espíritu Santo en toda la Iglesia (1)».

¿Quieres tú ser un apóstol del sufrimiento? Pues es preciso que el Espíritu Santo sea como el alma de tu sufrimiento; es decir, es preciso que El le vivifique con su soplo divino, que El le una á los sufrimientos de Jesucristo, que es su cabeza, y que por esta unión se convierta en sufrimiento *deífico*, en el de un miembro vivo de Jesucristo, Hijo de

(1) S. Aug., Serm. II, in Fer. II, Pent.

Dios y Salvador del mundo. Sin esto, tu sufrimiento será como el de un miembro amputado, al que no llega la vida del cuerpo, del que ha sido separado. Escucha todavía á San Agustín: «Córtese un miembro del cuerpo humano, por ejemplo, una mano, un dedo, un pie. ¿Sigue el alma á este miembro cortado? Mientras que él estaba unido al cuerpo vivía; pero, una vez cortado, perdió la vida. Así el hombre es católico mientras vive en el cuerpo de la Iglesia. Cortado de este cuerpo es hereje. El Espíritu Santo no sigue á este miembro amputado. Si, pues, queréis vivir con el Espíritu Santo, guardad la caridad, amad la verdad, desead la unidad, á fin de llegar á la eternidad (1)».

El Santo Doctor se propone en este pasaje mostrar á los fieles que si quieren la presencia del Espíritu Santo, es necesario que permanezcan unidos al cuerpo místico de Jesucristo, como miembros vivos de su vida, puesto que el divino Espíritu es el alma de estos cuerpos y el alma deja de animar á los miembros separados del cuerpo, á los cuales estaba unida. Pero el Santo Doctor enseña también en términos formales que el Espíritu Santo es en la Iglesia, no sólo como un principio de unión y de vida para todos sus miembros, sino también como un principio de movimiento y de acción..... ¡Gran consuelo es para nosotros saber que el Espíritu Santo, no sólo habita en nosotros como en sus templos, sino que tiene con nosotros tal unión y hace en nosotros operaciones, de tal manera íntimas, que San Agustín, como lo acabamos de decir, no teme compararlos con la acción del alma en el cuerpo, á que está unido. Tales son las conclusiones que podemos justamente deducir de estos diversos pasajes. Por lo cual tenemos igualmente derecho á terminar diciendo: que si nuestros sufrimientos no son vivificados y santificados por la gracia del Espíritu Santo, son sufrimientos muertos, y, por consecuencia, inútiles: pero si este divino Espíritu los

(1) S. Aug., Serm. II, in Fer. II, Pent.

anima con el soplo vivificante de su caridad, se hacen partícipes de su virtud divina y se elevan al orden sobrenatural, volviéndose meritorios y deíficos.

Tengamos, pues, los auxilios de este divino Espíritu, que no solamente dará la deificación á nuestros sufrimientos, sino concederá alivios y consuelos para soportarlos santamente y con alegría. ¿No es Él Paracleto, el consolador por excelencia? Escucha la enumeración conmovedora que hace San Juan Crisóstomo de las inefables operaciones del Espíritu Santo en nuestras almas, y, por consiguiente, de sus innumerables beneficios. «El Espíritu Santo—dice este Santo y elocuente Doctor—es la perfección espiritual de nuestra alma, el sol de los ojos de nuestro espíritu, el lazo de nuestra unión con Jesucristo, el dichoso extremecimiento de las almas, la alegría de los corazones..... Es el consuelo de los que lloran..... el reposo del espíritu..... Por El los profetas son ilustrados, los reyes ungidos con la unción sagrada, los sacerdotes ordenados, la Iglesia santificada, los altares elevados, el santo crisma consagrado, purificadas las aguas, expulsados los demonios y curadas las enfermedades».

Tengamos los auxilios del Espíritu Santo. El nos dará valor y fuerza en medio de los combates y las tribulaciones. «El es, dice San Bernardo, quien da vigor á la vida; y esto, que es imposible por la naturaleza, se hace posible y fácil por la gracia».

Tengamos los auxilios del Espíritu Santo. El nos trasformará como trasformó á los Apóstoles de quien el Santo Crisóstomo dijo: «Por la virtud del Espíritu Santo llegaron á ser pescadores de bombres, torres y columnas inquebrantables..... jefes y doctores..... pilotos y pastores, atletas, vigorosos combatientes, vencedores que llevaban coronas en su cabeza».

Tengamos los auxilios del Espíritu Santo, y haremos la dulce experiencia de la verdad, expresada en estas palabras de San Pedro Damiano: *Qui Spi-*

ritu divinitatis afflatur, conculcatis terrestribus, cœlestibus inhiat et æternis. «Al que el Espíritu de la divinidad anima con su soplo, arroja á sus pies las cosas de la tierra y no suspira más que por las del cielo y de la eternidad».

Pero tengamos cuidado y no olvidemos nunca esta caritativa recomendación del gran San Basilio: «Lo mismo que en un espejo sucio y empañado no pueden verse las imágenes de los objetos, así el hombre no puede recibir la luz del Espíritu Santo, si no arroja de sí el pecado y las afecciones de la carne».

En fin, recordemos que cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, la augusta Madre de Dios, la Santísima Virgen se hallaba enmedio de ellos, siendo de alguna manera su intermediaria para que recibieran este divino Espíritu. ¿Queremos que descienda sobre nosotros con la plenitud de sus dones? ¿Queremos, sobre todo, que conceda abundantemente á nuestros sufrimientos, á nuestras penas, á nuestros trabajos, á nuestras tribulaciones la virtud deífica que los hará meritorios para nosotros y saludables para los demás? En una palabra: ¿Queremos ser verdaderos apóstoles del sufrimiento? Pues dirijámonos á María, nuestra dulce Madre, y supliquémosla por amor de su Hijo amantísimo que nos obtenga la amistad, el favor, las gracias y todos los dones del Espíritu Santo, su divino Esposo. Unámonos á las santas disposiciones de su corazón virginal y conjurémosla para que diga con nosotros esta oración conmovedora que San Agustín dirigía al Espíritu Santo: «Inspiradme para pensar siempre en acciones santas; obligadme á cumplirlas; exhortadme á amaros; fortificadme para que os conserve; guardadme para que no tenga la desgracia de perderos: *Sanctum semper opus in me spira ut cogitem; compelle ut faciam; suade ut te diligam; confirma me ut te teneam; custodi me ne te perdam* (1)».

(1) Soliloq.

CAPÍTULO XV.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO EN LAS FAMILIAS Y ENTRE LOS SIMPLES FIELES.

Réstanos decir dónde debe ejercerse este apostolado del sufrimiento, cuya excelencia y misteriosa fecundidad acaban de revelarnos las consideraciones precedentes. ¿Cuál es el campo, el teatro sobre el cual los apóstoles del sufrimiento han de realizar su misión? El campo del celo católico es el mundo entero; y el verdadero apóstol del sufrimiento no excluye de sus intenciones caritativas á ninguna de las almas que Jesucristo ha rescatado con su sangre. Sin embargo, aunque El padece por todos los hombres en general, dirige más especialmente la acción misteriosa de sus sufrimientos sobre los que el Espíritu Santo le designa.

Entra, en efecto, en los designios de Dios, y la armonia general de sus obras lo exige, que cada obrero trabaje en la viña del Señor la porción que se le asigna, á fin de que, concentrando principalmente sus fuerzas sobre este punto particular, trabaje con mayor eficacia. Y esto es lo que el Espíritu Santo tiene la costumbre de inspirar á las almas que se dejan conducir por su gracia. Al soplo vivificante de este divino Espíritu, el alma cristiana, el corazón cristiano, reciben como una doble impulsión, como un doble movimiento. El uno es universal y la lleva á derramar su afecto y su celo sobre todos los miembros de Jesucristo, sobre todos los hijos de la Iglesia; y si esta alma se ha engrandecido al contacto del sagrado Corazón de Jesús, también sobre la humanidad entera, para conducirla al servicio y al amor de su Criador.

Pero al lado de este movimiento universal que hace que el alma fiel se derrame sobre el mundo, como para que sean más fecundos su oración, sus

ritu divinitatis afflatur, conculcatis terrestribus, cœlestibus inhiat et æternis. «Al que el Espíritu de la divinidad anima con su soplo, arroja á sus pies las cosas de la tierra y no suspira más que por las del cielo y de la eternidad».

Pero tengamos cuidado y no olvidemos nunca esta caritativa recomendación del gran San Basilio: «Lo mismo que en un espejo sucio y empañado no pueden verse las imágenes de los objetos, así el hombre no puede recibir la luz del Espíritu Santo, si no arroja de sí el pecado y las afecciones de la carne».

En fin, recordemos que cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, la augusta Madre de Dios, la Santísima Virgen se hallaba enmedio de ellos, siendo de alguna manera su intermediaria para que recibieran este divino Espíritu. ¿Queremos que descienda sobre nosotros con la plenitud de sus dones? ¿Queremos, sobre todo, que conceda abundantemente á nuestros sufrimientos, á nuestras penas, á nuestros trabajos, á nuestras tribulaciones la virtud deífica que los hará meritorios para nosotros y saludables para los demás? En una palabra: ¿Queremos ser verdaderos apóstoles del sufrimiento? Pues dirijámonos á María, nuestra dulce Madre, y supliquémosla por amor de su Hijo amantísimo que nos obtenga la amistad, el favor, las gracias y todos los dones del Espíritu Santo, su divino Esposo. Unámonos á las santas disposiciones de su corazón virginal y conjurémosla para que diga con nosotros esta oración conmovedora que San Agustín dirigía al Espíritu Santo: «Inspiradme para pensar siempre en acciones santas; obligadme á cumplirlas; exhortadme á amaros; fortificadme para que os conserve; guardadme para que no tenga la desgracia de perderos: *Sanctum semper opus in me spira ut cogitem; compelle ut faciam; suade ut te diligam; confirma me ut te teneam; custodi me ne te perdam* (1)».

(1) Soliloq.

CAPÍTULO XV.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO EN LAS FAMILIAS Y ENTRE LOS SIMPLES FIELES.

Réstanos decir dónde debe ejercerse este apostolado del sufrimiento, cuya excelencia y misteriosa fecundidad acaban de revelarnos las consideraciones precedentes. ¿Cuál es el campo, el teatro sobre el cual los apóstoles del sufrimiento han de realizar su misión? El campo del celo católico es el mundo entero; y el verdadero apóstol del sufrimiento no excluye de sus intenciones caritativas á ninguna de las almas que Jesucristo ha rescatado con su sangre. Sin embargo, aunque El padece por todos los hombres en general, dirige más especialmente la acción misteriosa de sus sufrimientos sobre los que el Espíritu Santo le designa.

Entra, en efecto, en los designios de Dios, y la armonia general de sus obras lo exige, que cada obrero trabaje en la viña del Señor la porción que se le asigna, á fin de que, concentrando principalmente sus fuerzas sobre este punto particular, trabaje con mayor eficacia. Y esto es lo que el Espíritu Santo tiene la costumbre de inspirar á las almas que se dejan conducir por su gracia. Al soplo vivificante de este divino Espíritu, el alma cristiana, el corazón cristiano, reciben como una doble impulsión, como un doble movimiento. El uno es universal y la lleva á derramar su afecto y su celo sobre todos los miembros de Jesucristo, sobre todos los hijos de la Iglesia; y si esta alma se ha engrandecido al contacto del sagrado Corazón de Jesús, también sobre la humanidad entera, para conducirla al servicio y al amor de su Criador.

Pero al lado de este movimiento universal que hace que el alma fiel se derrame sobre el mundo, como para que sean más fecundos su oración, sus

sufrimientos y los santos ardores de su amor, hay un movimiento más especial, más circunscrito, más restringido, que indica ordinariamente al alma el designio particular de Dios sobre ella, y la parte de su viña que la da á cultivar. Este movimiento interior es el atractivo de la gracia, la dirección especial del Espíritu Santo, que lleva al alma al terreno donde debe gastar sus fuerzas, dirigiéndolas en el trabajo y la cultura de este campo misterioso. ¡Oh! cuánto importa que los directores de almas comprendan esta verdad práctica del orden espiritual para no exponernos á contrariar en su obra, una y múltiple á la vez, al grande obrero de la salvación y de la perfección de las almas, al Espíritu Santo, que sopla donde quiere y como quiere. Por no haber comprendido esta economía de la gracia en las almas, muchos directores han embarazado la obra de Dios, deteniendo en su marcha hacia la perfección á tantos corazones generosos recién llegados á ella; y, por consiguiente, poniendo obstáculos á la salud de muchos pecadores, para los cuales estas almas que llegan á la santidad, habrían obtenido la gracia de su conversión.

Relacionando esta doctrina con nuestro objeto, no tememos afirmar que Dios destina á cada uno de los cristianos que sufren en unión con su divino Hijo, un campo particular, donde el sufrimiento debe dar especialmente frutos de salud para ellos y para los demás. Entremos en algunas explicaciones y mostremos á cada uno de los apóstoles del sufrimiento en el puesto de honor en que la divina Providencia le ha colocado.

Empecemos por la familia cristiana que representa la santa Iglesia, es decir, la gran familia católica, de la cual aquella es un fragmento. Desgraciadamente, no sucede siempre que cada uno de los miembros que la componen sea un miembro vivo. Con frecuencia ocurre, sobre todo en este siglo corrompido y corruptor, que Dios encuentra enemigos hasta en el seno de estas familias, donde no debería encontrar más que amigos y fieles servidores; pero frecuentemente también, en virtud

de un contraste por el que debemos bendecir á la dulce Providencia, al lado de estas almas manchadas por el aliento pestilencial del pecado, aparece la suave y serena figura del sufrimiento, personificado en un ángel de pureza y de candor, que sufre y ora por los miembros de su familia, que no quieren ni orar ni sufrir. ¡Oh! ¿Quién expresaría la excelencia, la eficacia de la misión verdaderamente divina que llenan en el seno de sus familias estos ángeles de paz, estas víctimas inocentes, cuyas oraciones y sufrimientos desvían de las cabezas de sus parientes, como otros tantos pararrayos, las chispas de la divina Justicia, en el momento en que van á vibrar sobre ellas?

Desde el instante en que la inocente María vino á la tierra, ha cumplido esta misión de misericordia, en favor de toda la familia humana, de la cual, por sus ardientes oraciones, por sus incomparables virtudes, y por su admirable paciencia, es la abogada y la víctima de agradable olor.

Mónica, madre de Agustín, gimió al ver al hijo de su ternura olvidarse de sus piadosas lecciones, é irse, nuevo pródigo, á gastar en culpables placeres los años más bellos de su juventud. Pero Mónica es madre y cristiana: sabe lo que valen cerca del que cuenta hasta los menores suspiros que se exhalan por su amor, las oraciones y las lágrimas de una madre que pide al Señor que la conceda la conversión de su hijo; y ruega, llora, sufre, para obtener esta gracia en favor de su Agustín, y es oída, ya se sabe con qué liberalidad, ó mejor aún, con qué munificencia, por parte de Dios. Porque no solamente se la concede la conversión de su hijo, sino que también se le elige como á vaso escogido, donde se depositan, con los más suaves perfumes de la virtud, los tesoros de una ciencia toda divina. Santo Obispo, Doctor eminente, genio católico incomparable, Agustín difunde con sus virtudes, con su doctrina, con sus inmortales escritos tanta claridad en la Iglesia, que esta santa esposa de Jesucristo resplandece con una gloria nueva, y se reviste como con un manto de honor.

¡Oh poder de la oración y de los sufrimientos padecidos en unión con Jesucristo, por la conversión de los pecadores, sobre todo, de los que están unidos á nosotros por los lazos de la sangre!

Madres cristianas, esposas cristianas, que leéis este libro, acordaos siempre de Mónica, madre de Agustín. A ejemplo de este modelo completo de madres y esposas cristianas, sed apóstoles en el seno de vuestras familias, no sólo por vuestras oraciones, buenos consejos y buenos ejemplos, sino también por vuestros sufrimientos, por vuestras penas, por vuestras tristezas, soportadas con resignación, con amor, por la conversión de vuestro esposo que no practica su religión, que es quizás un impío, un escandaloso, por la conversión, ó la perseverancia de vuestros hijos, á quienes el soplo corrompido del siglo ha echado á perder, ó que corren el peligro de sufrir su mortal influencia.

Sí; sed apóstoles por el sufrimiento, ante todo por aquellos á quienes Dios os ha unido con los lazos de la sangre, de una manera más estrecha; y extended después en una justa proporción la influencia de este apostolado á todos los miembros de vuestra parentela. Sea este el campo de predilección donde le ejerzáis con preferencia; y cumplido este primer deber, no olvidéis que el corazón del cristiano debe ser grande como el mundo y debe abrazar á todos los hijos de la Iglesia, nuestros hermanos, miembros de Jesucristo como nosotros; á todos los hijos de la humanidad, nuestros semejantes, criaturas de Dios, como nosotros. He aquí por qué, después de decir á nuestro Señor con ese fervor del corazón que va derecho á su Corazón divino: «¡Oh Jesús mío! dignaos aceptar los sufrimientos, la tristeza, las privaciones que padezco por la conversión de mi marido, de mis hijos, de mi hermano, de mi hermana, de mis parientes, ó por su perseverancia en el bien;» se le debe decir: «¡Oh Jesús! aceptadlo también por las necesidades de la santa Iglesia, mi madre; del soberano Pontífice, mi padre; de todos los cristianos, mis hermanos; sobre todo, los de esta parroquia, por la perseverancia de los justos, la conversión de los pecadores, la salud de los moribundos, principalmente los que morirán hoy; por las almas del purgatorio; por la extirpación de las asociaciones anticatólicas que os quieren tan mal; por la humillación de vuestros enemigos; y, en fin, por la conversión de los infieles».

Así soportado y ofrecido tu sufrimiento, en unión con nuestro Señor Jesucristo, entrará en las condiciones requeridas para ser un sufrimiento perfectamente apostólico. Padeciendo de esta suerte, y para estos fines, secundarás la doble impulsión, de que te hemos hablado, que el Espíritu Santo tiene la costumbre de imprimir en las almas dóciles, á saber: una impulsión de celo universal que inclina al alma á orar y á sufrir por todo el cuerpo de la Iglesia, por las necesidades espirituales de todos sus miembros, y lo mismo por la humanidad entera; y una impulsión de celo más circunscrita, que la lleva á orar y á sufrir de una manera más especial, por tal persona ó por cual clase de personas, por tal necesidad de la Iglesia en particular, por tal fin ó por cual otro.

¡Oh miembros de las familias cristianas, padres, madres, hijos, hermanos y hermanas, cumplid los unos para con los otros este doble apostolado de la oración y del sufrimiento; y cuando la adversidad visite vuestra morada, despiértese vuestra fe, y dad gracias al Señor. Esta adversidad, este mal, este revés de la fortuna, esta desgracia, esta dolorosa separación, son la cruz de Jesucristo, que ha sido plantada en vuestra casa. Ese miembro de vuestra familia que se halla enfermo ó afligido, es un miembro de Jesucristo afligido y enfermo, si sabe unir su enfermedad y sus males á los sufrimientos del Salvador: es de alguna manera Jesucristo mismo, cosido á la cruz en la persona de su miembro doliente. Si por un milagro de Dios todopoderoso se trasformara de golpe vuestra casa en calvario, y os fuera dado contemplar á vuestro divino Redentor en la cruz, clavados sus pies y sus manos, coronada de espinas la cabeza y

el cuerpo todo ensangrentado, ¡con qué respeto, con qué compasión, con qué amor miraríais á vuestro Salvador, sufriendo y muriendo por nosotros! Pues bien; sabed que este conmovedor espectáculo se presenta de cierta manera á vuestros ojos todas las veces que hay en vuestra familia un miembro de Jesús, que sufre cristianamente. Entonces vuestra casa es un segundo Calvario. El lecho del dolor del pobre enfermo, sobre todo, del pobre agonizante, es una cruz á la cual está clavado: y representa á Jesús, sufriendo, agonizando y muriendo. Vosotros miráis como una bendición tener un crucifijo en vuestra casa, en vuestro cuarto ó en vuestro oratorio. ¡Ah! creedlo; un cristiano enfermo, probado, que soporta sus sufrimientos con paciencia y amor, es un crucifijo vivo. Su sóla presencia en vuestra casa atrae sobre los que la habitan las bendiciones celestes, ó aleja las maldiciones que caerían sobre ella quizás á causa de los pecados de muchos de sus miembros.

La venerable Ana Taïgi, cuyo proceso de beatificación instruye la Iglesia en estos momentos, ha presentado en los últimos tiempos un ejemplo admirable de este Apostolado del sufrimiento en el seno de la familia. Esposa y madre cristiana, cumplió todos sus deberes con una perfección digna de ser propuesta por modelo; pero lo que hubo quizás más admirable en esta mujer fuerte fué su paciencia invencible en medio de los sufrimientos; y el grande amor con que los sobrellevó para las necesidades de la Iglesia y de las almas, en particular para las necesidades espirituales y temporales de los suyos, sobre todo, de su marido y de sus hijos. Nuestros lectores agradecerán que consignemos aquí un resumen sucinto de esta santa y noble vida, tomado de *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*.

«Entonces, por un verdadero prodigio de misericordia, arrancó Dios á Ana María Taïgi del torbellino de la vanidad y de la disipación, que había arrastrado su juventud, y la hizo conocer que en lo sucesivo no debía vivir para sí misma, sino para

sacrificarse toda entera por la salvación de las almas y por el triunfo de la Iglesia. Desde entonces, en efecto, se identificó con el cuerpo místico de Jesucristo y sintió los dolores ajenos más vivamente que los propios, ofreciéndose en holocausto para obtener el alejamiento de los azotes que veía caer sobre la sociedad cristiana. En vista de esta misión, toda apostólica, le fué acordado el milagroso don de que hemos hablado más arriba. (El redactor alude aquí al don extraordinario con que fué favorecida Ana María, que la presentaba los acontecimientos futuros en un sol milagrosamente colocado debajo de sus ojos.) Este misterioso sol, imagen de la luz divina, la manifestaba todos los acontecimientos dichosos ó desgraciados que interesaban á la Iglesia, y más de una vez consiguió, á fuerza de sufrimientos, alejar ó atenuar los golpes de la divina Justicia. Dios mismo la exhortaba á sacrificarse por la salud de su pueblo, y El se encargaba de cumplir este sacrificio. Durante su vida entera la retuvo sobre la cruz. He aquí un ligero esbozo de este martirio de cuarenta años, trazado por el confesor de Ana María.

»La piadosa mujer sufría continuamente males extraordinarios de cabeza, que aumentaban de intensidad el viernes, sobre todo, durante las horas de la pasión del Salvador..... Sus ojos estaban como atravesados de espinas y no podían soportar la luz del día. Sus oídos sufrían un reumatismo agudo que era casi continuo..... Por otra parte, las privaciones voluntarias que se imponía en el uso de los alimentos, producían en su boca una amargura insoportable. Su olfato percibía de una manera sensible la horrible infección de los pecados del mundo, y esto era un tormento intolerable. Sus pies y sus manos sufrían dolores violentos y agudos, y todo su cuerpo estaba atormentado. La pobre mujer fué atacada, en los últimos años de su vida de una multitud de enfermedades, tales como la gota, asma, hernias y dolores en las rodillas. El sacerdote que vivía con ella me aseguró que durante sus pesadas agonías, iba á ver de tiempo en

tiempo cómo se encontraba: la respuesta era: *Sufrimientos de muerte*. Y él añadía: Hagamos la voluntad de Dios y digamos: *Fiat voluntas tua*». Estas palabras la reanimaban, y con aire alegre y sereno, con toda la energía de que era capaz le respondía: *Sicut in cælo et in terra*.

»Crucificada sobre su lecho de dolor, era el consuelo de los demás; la paz y la alegría de los que la veían; el aliento y el valor de los afligidos. Interesábase afectuosamente por todos con una benevolencia inexplicable, olvidando sus propios sufrimientos: siempre tranquila, alegre y valerosa; siempre resignada en todo con la voluntad de su divino Esposo».

A estos dolores del cuerpo se unían frecuentemente los del alma, más intolerables todavía: las horribles tentaciones del demonio, las persecuciones injustas de los hombres, verdaderas agonías, durante las cuales parecía que Dios la abandonaba. Ana María soportaba estos sufrimientos con alegría, y los aumentaba con gran número de sufrimientos voluntarios, para obtener el triunfo de la Iglesia y la conversión de sus enemigos. Sobre todo, oponía los esfuerzos de su celo y el fervor de sus oraciones, á la infernal actividad de las sociedades secretas, cuyas tenebrosas conjuras la revelaba Dios. Escuchemos á su confesor.

«Desde la vuelta de Pío VII, vió en este misterioso sol los planes homicidas de las sociedades secretas contra Roma, y particularmente contra el alto clero. Se dirigió muchas veces á San Pablo para elevar su corazón ante Dios. Entonces fué cuando su ardiente caridad la llevó á interceder con fervorosas y continuas oraciones y á ofrecerse á su divina Justicia, como víctima voluntaria. Sus oraciones fueron tan perseverantes y fervorosas que Dios la prometió expresamente que los planes de los impíos no tendrían éxito nunca en Roma; que si les dejaba el campo libre para obrar, los detendría siempre en el momento en que se creyeran seguros de triunfo; pero que, de su parte, debía ella disponerse á satisfacer á su justicia, en compensa-

ción de gracias tan señaladas. Así, todas las veces que las maquinaciones de las logias masónicas fueron descubiertas, la sierva de Dios se sintió herida de enfermedades mortales, de persecuciones, de miserias, de calumnias y de terribles penas de espíritu. La piadosa mujer no desmayó jamás, y cuando veía reaparecer en el misterioso sol los planes descubiertos, urdidos de nuevo..... recordaba al Señor su promesa, para pagar en seguida el precio de estas gracias con nuevos sufrimientos. Este fenómeno duró toda su vida. ¡De cuánto no es deudora la Iglesia á las oraciones y á las penitencias de esta piadosa mujer! ¡De cuánto no la es deudora la ciudad de Roma en particular!

»Ana María predijo igualmente la eleccion de Pío IX, y las pruebas con que este admirable Pontífice fué distinguido. Pero también anunció de la manera más afirmativa que estas tribulaciones serían seguidas de un gran triunfo.

»Hablaba frecuentemente al sacerdote, su confesor, de la persecución que la Iglesia había de sufrir y de la desdichada época en que se vería cómo se desenmascaraba una turba de gentes, á quienes se creía estimables. Algunas veces preguntaba á Dios quiénes serían los que resistieran á esta terrible prueba, y Dios la contestó: «Aquellos á quienes yo concederé la humildad». Por esto, Ana María estableció en su familia la costumbre de recitar después del rosario de por la tarde tres *Pater noster*, *Ave* y *Gloria Patri*, á la Santísima Trinidad, para obtener de su misericordia y bondad infinitas mitigar los castigos que su justicia reservaba á estos tiempos desdichados. Estos castigos se le habían manifestado muchas veces en el misterioso sol y á Dios plugo revelarla, lo mismo que á su Iglesia, que, después de atravesar por muchas y dolorosas pruebas, conseguiría un triunfo tan brillante, que los hombres se asombrarían; pues las *naciones enteras* retornarían á la unidad de la Iglesia romana, y la tierra cambiaría de faz. Tal fué Ana María, verdadera víctima de elección, digna de figurar en el número de las especiales, de

que nos reservamos hablar en uno de los capítulos siguientes (1).

Hemos leído de otra piadosa mujer de Burgos, en España, que había tenido durante largo tiempo que sufrir mucho de parte de su marido, hombre brutal y sin religión, que la daba tratamientos de una crueldad desconocida, soportados por ella con una paciencia heroica. Después de cuarenta años de matrimonio, este hombre malvado, castigado como se merecía, fué atacado de una enfermedad cruel. Su piadosa mujer redobló sus cuidados y se dedicó toda á él. Habiendo reconocido que el mal era de muerte, le decidió á recibir los últimos Sacramentos. Cuando perdió la palabra, ella no cesó de estar á su lado, consolándole, exhortándole, fortaleciéndole y prestándole hasta que exhaló su último suspiro los servicios de la caridad más tierna. Esta santa mujer no tuvo por qué arrepentirse de su larga paciencia y de sus cuidados, prodigados al hombre ingrato que tan poco los merecía. En efecto, después de su muerte, Santa Teresa supo por revelación que se había salvado, anunciando á esta santa viuda que por su heroica paciencia había ganado para el cielo el alma de su marido. Fácil es comprender cuál fué su alegría por esta dichosa nueva, y las vivas acciones de gracias que elevó al Señor. Tal es la maravillosa eficacia y la divina misión del sufrimiento en el seno de la familia.

---

(1) Véase la Vida de esta venerable sierva de Dios, por el R. P. Bouffier, de la Compañía de Jesús (un volumen en 12.°: París, Ambrosio Bray.)—Véase *El Mensagero del Sagrado Corazón de Jesús*, Noviembre de 1865. Esta religiosa é interesante Revista tiene por objeto dar á conocer y propagar más y más la devoción del *Sagrado Corazón* y *El Apostolado de la Oración*. Sale á luz todos los meses por entregas de 128 páginas próximamente (en 12.°). El precio de suscrición es 5 pesetas para Francia. Se hace la suscrición en Tolosa (Alto-Garona) dirigiéndose al Director de *El Mensagero del Sagrado Corazón de Jesús*. Invitamos á nuestros lectores á suscribirse á esta Revista, si ya no lo han hecho, y á propagarla cuanto les sea posible.

CAPÍTULO XVI.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO ENTRE LOS ENFERMOS Y LOS AGONIZANTES.

En diversos pasajes de este libro hemos hecho entrever las ventajas de las enfermedades, soportadas con paciencia y la eficaz virtud apostólica que en ellas se encierra. Mas para consuelo de los pobres enfermos y agonizantes, á quienes nuestro Señor asocia á su sacrificio, teniéndolos como clavados en su propia cruz, vamos á hablar en este capítulo, más extensamente, del saludable apostolado que pueden ejercer, soportando las enfermedades y aceptando la muerte con resignación, en unión con Jesucristo, por la salvación de las almas.

Escribimos expresamente este capítulo para vosotros, queridos enfermos, que languidecéis quizás después de muchos años en ese estado de debilidad, de paralisis y de impotencia, más penoso que una enfermedad aguda. Agoviados por la fatiga ó por la vejez, ó acaso jóvenes todavía; abrumados por el peso de precoces enfermedades, gemís al veros reducidos á esa inacción forzada, que contraría los entusiasmos de vuestro celo, si estáis deseosos de la salvación de las almas; que no os permite ocuparos en los ejercicios de la vida común si sois religiosos; entregaros á las funciones de vuestro santo ministerio si sois sacerdotes; ocuparos activamente, como los demás, en los negocios y trabajos de vuestra casa, si sois padres ó madres de familia ó de otra condición. Consolaos: esas enfermedades, esa salud endeble, esa impotencia que os contrista, se convertirán, si os sabéis servir de ellas, en instrumento poderoso de santificación para vosotros y de salud para los demás.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que nos reservamos hablar en uno de los capítulos siguientes (1).

Hemos leído de otra piadosa mujer de Burgos, en España, que había tenido durante largo tiempo que sufrir mucho de parte de su marido, hombre brutal y sin religión, que la daba tratamientos de una crueldad desconocida, soportados por ella con una paciencia heroica. Después de cuarenta años de matrimonio, este hombre malvado, castigado como se merecía, fué atacado de una enfermedad cruel. Su piadosa mujer redobló sus cuidados y se dedicó toda á él. Habiendo reconocido que el mal era de muerte, le decidió á recibir los últimos Sacramentos. Cuando perdió la palabra, ella no cesó de estar á su lado, consolándole, exhortándole, fortaleciéndole y prestándole hasta que exhaló su último suspiro los servicios de la caridad más tierna. Esta santa mujer no tuvo por qué arrepentirse de su larga paciencia y de sus cuidados, prodigados al hombre ingrato que tan poco los merecía. En efecto, después de su muerte, Santa Teresa supo por revelación que se había salvado, anunciando á esta santa viuda que por su heroica paciencia había ganado para el cielo el alma de su marido. Fácil es comprender cuál fué su alegría por esta dichosa nueva, y las vivas acciones de gracias que elevó al Señor. Tal es la maravillosa eficacia y la divina misión del sufrimiento en el seno de la familia.

---

(1) Véase la Vida de esta venerable sierva de Dios, por el R. P. Bouffier, de la Compañía de Jesús (un volumen en 12.°: París, Ambrosio Bray.)—Véase *El Mensagero del Sagrado Corazón de Jesús*, Noviembre de 1865. Esta religiosa é interesante Revista tiene por objeto dar á conocer y propagar más y más la devoción del *Sagrado Corazón* y *El Apostolado de la Oración*. Sale á luz todos los meses por entregas de 128 páginas próximamente (en 12.°). El precio de suscrición es 5 pesetas para Francia. Se hace la suscrición en Tolosa (Alto-Garona) dirigiéndose al Director de *El Mensagero del Sagrado Corazón de Jesús*. Invitamos á nuestros lectores á suscribirse á esta Revista, si ya no lo han hecho, y á propagarla cuanto les sea posible.

CAPÍTULO XVI.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO ENTRE LOS ENFERMOS Y LOS AGONIZANTES.

En diversos pasajes de este libro hemos hecho entrever las ventajas de las enfermedades, soportadas con paciencia y la eficaz virtud apostólica que en ellas se encierra. Mas para consuelo de los pobres enfermos y agonizantes, á quienes nuestro Señor asocia á su sacrificio, teniéndolos como clavados en su propia cruz, vamos á hablar en este capítulo, más extensamente, del saludable apostolado que pueden ejercer, soportando las enfermedades y aceptando la muerte con resignación, en unión con Jesucristo, por la salvación de las almas.

Escribimos expresamente este capítulo para vosotros, queridos enfermos, que languidecéis quizás después de muchos años en ese estado de debilidad, de paralisis y de impotencia, más penoso que una enfermedad aguda. Agoviados por la fatiga ó por la vejez, ó acaso jóvenes todavía; abrumados por el peso de precoces enfermedades, gemís al veros reducidos á esa inacción forzada, que contraría los entusiasmos de vuestro celo, si estáis deseosos de la salvación de las almas; que no os permite ocuparos en los ejercicios de la vida común si sois religiosos; entregaros á las funciones de vuestro santo ministerio si sois sacerdotes; ocuparos activamente, como los demás, en los negocios y trabajos de vuestra casa, si sois padres ó madres de familia ó de otra condición. Consolaos: esas enfermedades, esa salud endeble, esa impotencia que os contrista, se convertirán, si os sabéis servir de ellas, en instrumento poderoso de santificación para vosotros y de salud para los demás.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Escribimos, pues, para vosotros este capítulo, queridos enfermos, á quienes nuestro Señor en su misericordia se digna honrar con un rasgo tan perfecto de semejanza con su vida doliente. Postrados desde largo tiempo en el lecho del dolor, vuestro cuerpo está abatido; la fiebre os devora y sentís en vuestros miembros dolores vivos y agudos. Vuestra alma está triste; os sentís afligidos viendo la aflicción de los parientes y amigos que os rodean, ó pensando que vuestros negocios se interrumpen ó comprometen. Quizás tenéis que sufrir el abandono en que los vuestros os dejan; la falta de cuidados y de paciencia de los que os sirven; la pobreza y la miseria á que os veis reducidos. Consolaos pensando en que el Señor está cerca de vosotros; en que El se inclina como un padre sobre la almohada en que penosamente reposa vuestra fatigada cabeza. Abrid vuestro corazón á las dulces palabras de compasión y de amor que su corazón os dirige para fortaleceros, y acordaos de que por esa enfermedad, por esos dolores, por esa aflicción, por ese abandono, quiere Dios hacer de vosotros *unos santos;* y si se los ofrecéis por la salvación de las almas *unos apóstoles del sufrimiento.*

En fin, también escribimos para vosotros este capítulo, queridos agonizantes á quienes nuestro Señor, en su misericordia infinita, concede tan gran parte del cáliz de su agonía. ¡Oh! Por doloroso, por angustioso que sea el estado en que os encontráis, consideraos dichosos de tener con Jesucristo agonizante un rasgo de semejanza. ¡Si supiérais de qué sentimientos de compasión y ternura se halla penetrado para vosotros el Corazón de este amable Salvador! No temo afirmarlo: no hay ningún momento de la vida en que el buen Jesús demuestre más grande y afectuosa solicitud para sus miembros y para sus hijos que aquel en que los ve en la agonía.

La memoria de los grandes dolores que El padeció, cuando estuvo agonizante, le inspira una especie de predilección y compasión particulares por aquellos de sus miembros que se hallan reducidos á tal extremidad. Arrojaos, pues, ¡oh queridos agonizantes! con una entera confianza en los brazos y en el Corazón infinitamente misericordioso de Jesús, vuestro divino Salvador, que para evitaros sufrir la más dolorosa agonía en el Huerto de las Olivas y en la cruz, derramó por vosotros hasta la última gota de su sangre.

¡Oh queridos enfermos, queridos agonizantes, hermanos amadísimos en Jesucristo! Para comprender la gloria que podéis ofrecer á Dios, los méritos que podéis adquirir, las gracias de salvación y de conversión que podéis obtener para el prójimo, basta recordaros que por sus sufrimientos y por su muerte salvó Jesús al mundo; y que cuando sufrís pacientemente con El y le ofrecéis vuestros dolores por la salvación de las almas, Jesucristo sufre con vosotros y continúa salvando al mundo por vosotros. ¿No será bastante este pensamiento para inundar vuestro corazón del más dulce consuelo, en medio de vuestros grandes sufrimientos? Llamad dulcemente á vuestra memoria esta verdad fundamental de la doctrina cristiana, á saber: que Jesucristo es nuestra Cabeza, y que por el bautismo hemos llegado á ser sus miembros. Cuando un cristiano se pone enfermo, cuando se halla agonizante, es un miembro de Jesucristo, enfermo y agonizante. Es Jesucristo, que continúa en estos miembros dolientes de su cuerpo místico, las enfermedades, los dolores, las agonías y los sufrimientos todos de su vida mortal, principalmente de su dolorosa pasión.

Por virtud de esto podéis decir: «Mis sufrimientos son los de Jesucristo; y, reciprocamente, los sufrimientos de Jesucristo son los míos». ¡Qué motivo de consuelo! ¡Y cuán fácil es, por poco cuidado que se ponga en soportarlos y ofrecerlos con esta intención, contribuir con los dolores á la salvación de las almas, y, por consiguiente, ejercer el Apostolado del sufrimiento. Oid á San Pablo que nos enseña á todos esta valerosa doctrina cuando llama á nuestros males y á nuestros sufrimientos *los sufrimientos y los males de Jesucristo* di-

ciéndonos: «Como en nosotros abunden los sufrimientos de Jesucristo, así seremos abundantemente consolados». *Sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra.* (II. Cor., I, 5.)

He aquí algunas razones en apoyo de esta enseñanza del Apóstol, que os harán comprender la intimidad y unión que existe entre Jesucristo y vosotros, hermanos amadísimos, que sufrís quizás después de largo tiempo esas enfermedades y dolores agudos, á los cuales vienen á unirse, quizás también las aflicciones del alma, la tristeza, el tedio, la desolación y el temor..... La primera razón, ya lo hemos dicho, es que Jesucristo es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros; y como la cabeza y los miembros reunidos forman un solo cuerpo, de aquí se sigue que los sufrimientos de los miembros son los de la cabeza. Así, por ejemplo, si sucede que por descuido se nos hiere en un pie, nuestra boca y, por consiguiente, nuestra cabeza, exclama pronto: Me han herido, me han hecho mal; y sin embargo, es el pie el que ha sido herido y no la cabeza. Esto explica por qué nuestro Señor, dirigiéndose á Saulo en el camino de Damasco no le dijera: ¿Por qué persigues á mis discípulos? sino que le dijo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Con lo cual le dió á entender que sus discípulos y El no son más que un mismo cuerpo, y que las persecuciones, dirigidas contra ellos, se dirigen contra El mismo. La segunda razón, igualmente propia para hacernos comprender esta conmovedora verdad, es que cuando sufrimos por amor de Jesucristo, hacemos suyos nuestros sufrimientos por la ofrenda de padecerlos por su amor. San Ambrosio enuncia esta juiciosa reflexión: «Nuestros sufrimientos son, además, suyos, porque El nos los envía y llegan á nosotros por un designio especial de su divina é infinitamente misericordiosa Providencia». Sin hablar de otras, hay una razón última, y es que padecemos cristianamente estos males, estas enfermedades, estas angustias de la agonía, con el auxilio y por la gracia

del Espíritu Santo que El nos comunica. El es, pues, quien mezcla á nuestros sufrimientos este elemento sobrenatural que los da tan gran precio y sin el cual serían inútiles y de ningún valor. Seguramente que unimos á El nuestra cooperación personal; pero ni de esta cooperación seríamos capaces, sin los auxilios de la gracia. Así, dirigiéndose San Agustín á Dios le dice: «Señor, cuando Vos coronáis nuestros méritos, coronáis vuestros propios dones». *Coronando merita nostra, coronas dona tua.* En fin, Jesucristo mira nuestros sufrimientos como suyos, porque son los restos de los suyos propios, ó como dice San Pablo, *los complementos y las conclusiones de su cruz. Adimpleo ea quæ desunt, passionum Christi.*

¡Valor, pues, amadísimos hermanos míos, enfermos y agonizantes! ¡Valor y confianza! Vosotros sufrís, es verdad; pero no sufrís solos. Jesús, el amable Jesús, vuestro dulce Salvador, vuestra adorable Cabeza, sufre con vosotros y en vosotros, que sois sus miembros y sus hijos queridos; y por esta íntima unión que se digna realizar con vosotros, comunica á vuestros sufrimientos una virtud toda divina. Decidle, pues, de todo corazón, al menos interiormente: ¡Oh Jesús, Salvador mío! yo me someto humildísimamente á vuestra santa voluntad, y acepto con resignación y amor, de vuestra mano paternal, esta enfermedad, estos dolores agudos, esta penosa agonía, que os place enviarme. Permitidme que os dirija la súplica que dirigisteis vos á vuestro Padre celestial, cuando, durante vuestra agonía en el Huerto de las Olivas, digisteis: «Padre, si vos lo queréis, alejad de mí este cáliz; sin embargo, hágase vuestra voluntad y no la mía». *Pater, si vis, transfer calicem istum a me; verumtamem non mea voluntas, sed tua fiat.* (Luc. XXII, 42).

Sí, Jesús mío, hágase vuestra voluntad y no la mía. Si vos queréis que permanezca enfermo, bendito seáis. Si queréis que mi mal se prolongue y se agrave, que mis dolores sean todavía más vivos, sea bendito vuestro nombre. Si queréis el sacrificio de mi vida yo os le ofrezco de todo cora-

zón, en unión del que hicisteis de vuestra vida por mi amor. Si queréis que me cure, que continúe sufriendo, ó que muera, sea bendito vuestro nombre. *Sit nomen Domini benedictum.* Os ofrezco todos mis dolores y os hago el sacrificio de mi vida por vuestra gloria, para la expiación de mis pecados, para la salvación de las almas, sobre todo, de los miembros de mi familia; y para la conversión de los pecadores, particularmente de los de este pueblo ó localidad, donde sufro por vuestro amor. ¡Oh Jesús mío, misericordia! Vos sois mi Dios, mi Salvador, y vos seréis mi Juez. Yo os adoro, yo os amo. Tengo un vivo pesar de haberos ofendido, á vos que sois tan bueno, tan grande, tan poderoso, tan digno de ser fielmente servido y amado. ¡Oh María! dulce é inmaculada Madre de Dios, tened piedad de mí; mostradme que sois también mi Madre: *Monstra te esse Matrem.* Yo os conjuro, por el Corazón agonizante de Jesús, vuestro amadísimo Hijo, y por vuestro compasivo Corazón, que roguéis por mí, ahora y en la hora de mi muerte: *Nunc et in hora mortis nostræ. Amen.* San José, rogad por mí. San Miguel Arcángel, defendedme. Angel mío, de mi guarda, velad por mí. Santo ángel que fortificastes á Jesús en el Huerto de las Olivas, fortificadme y socorredme. Santos patronos míos, protegedme. Así sea.

Volviendo á lo que hemos consignado, concluímos diciendo: ¡Oh vosotros todos, amadísimos hermanos, enfermos y agonizantes: sea vuestra ocupación principal manteneros dulcemente unidos á Jesucristo, vuestra divina cabeza, á sus intenciones y á sus disposiciones.

Mas esta unión de los miembros con su Cabeza, tiene que ser estrecha; por lo cual pondréis cuidado en vuestra enfermedad, en vuestros dolores, en las angustias de vuestra agonía de permanecer estrechamente unidos á Jesús enfermo, doliente, agonizante y moribundo: sobre todo, tendréis cuidado de manteneros estrechamente unidos á las santas disposiciones de humildad, sumisión, dulzura, paciencia, celo y amor, con las cuales Jesús

soportó sus dolores, para haceros semejantes á El; y procurad gloria y consuelo á su amable Corazón, atrayendo sobre vosotros y sobre vuestras familias las bendiciones celestiales, para contribuir eficazmente á la salvación de las almas y ser verdaderos *apóstoles del sufrimiento.*

¡Oh, si supierais cuánto puede en el corazón de Dios un cristiano enfermo, sobre todo, agonizante, que sufre como verdadero discípulo de Jesucristo crucificado, que acepta la enfermedad con resignación y hace generosamente á Dios el sacrificio de su vida por su amor y por la salvación de las almas! No hay nada que éste gran Dios, infinito en bondad como en poder, no esté dispuesto á conceder á las oraciones, ¿qué digo? al menor suspiro, al menor gemido de este miembro doliente de su divino Hijo Jesús. No tenéis más que acordaros de lo que ha hecho en todo tiempo en favor de sus fieles servidores, enfermos como vosotros, agonizantes como vosotros.

¿Qué no ha hecho Dios para la prosperidad de su gloria y para la salvación de los hombres, por medio de Santa Catalina de Sena, joven de condición humildísima que no vivió más que treinta años? ¿Qué admirable poder no han tenido para mover los corazones y causar impresión en los espíritus las palabras de un San Bernardo, de un San Francisco de Asís, de una Santa Lutgarda, de una Santa Brígida, de una Santa Gertrudis, miembros vivos todos de Jesucristo, asociados á su cruz por todo linaje de tribulaciones y de sufrimientos? —Yo soy la potestad divina, dijo un día el Espíritu Santo á la bienaventurada Angela de Foliño, que te da esta gracia y te confiere esta virtud que todos los que te vean recibirán de tu comunicación para provecho de su salud; y no solamente la recibirán éstos, sino los que piensen en ti ó se acuerden de ti; y lo mismo los que oigan sólo proferir tu nombre.—¡Oh! exclama el piadoso autor de quien hemos tomado este pasaje (1). ¡Oh!

(1) Este autor es el P. T. B. Saint-Jure, de la Compa-

¡Que pueda un hombre unido á Jesucristo contribuir á la salud del género humano lo mismo desde su casa que hallándose solo en medio del desierto! —Los que se unen á Dios, dice el mismo autor, citando á Luis de Blois, y le dan pleno poder de obrar en ellos todo lo que le place, le son muy agradables y queridos, y *ellos aportan á la Iglesia y á la salud de los hombres más provecho en una hora que otros en muchos años.*

«He aquí por qué, concluye diciendo el mismo autor, debemos poner todos nuestros cuidados en unirnos íntimamente con Jesucristo, y en procurar perfeccionar continuamente por todos los medios, ésta unión sagrada, pidiéndole incesantemente esta gracia, sin inquietarnos mucho por lo demás, que vendrá seguramente si es preciso, permaneciendo unidos á nuestro Señor. No tengamos miedo de nada, ni nos aflijamos por nada, sea lo que sea, puesto que seremos pronto ricos, virtuosos y perfectos, por medio de esta unión. *Es demasiado fácil para Dios*, dice la santa Escritura, *levantar á un pobre del polvo y colmarle de riquezas* (Eccl., II). Y San Pedro, príncipe de los Apóstoles, nos dice: *Dios, que es el autor y distribuidor de la gracia, y que nos ha llamado para darnos un día, por los méritos de Jesucristo, su Hijo, participación en su gloria eterna, después de algunos momentos de sufrimientos nos perfeccionará, nos fortificará y nos acabará en toda clase de virtudes sólidas. Sean suyos el honor y la autoridad en los siglos de los siglos. Amén.* (I, Pet., V.)

EJEMPLO CONMOVEDOR.

Terminaremos este capítulo con el relato de los largos dólores y de la paciencia heroica de una

ñía de Jesús. Recomendamos á nuestros lectores sus obras llenas de doctrina y de piedad: *El Conocimiento y el amor de nuestro Señor Jesucristo. El Hombre de oración. El Hombre religioso. El Libro de los Elegidos, ó Jesucristo en la cruz. El Hombre espiritual*, de donde hemos extraído el precitado pasaje.

pobre enferma, digna de ser propuesta por modelo á todos los enfermos y á todos los agonizantes, sean cualesquiera los géneros de su enfermedad, de sus dolores y de su agonía. Porque, ¿qué sufrimiento hay que esta heroica enferma no padeciera? Nos referimos á Santa Lidwina, que vivió en Holanda en el siglo XV. Nuestros lectores nos permitirán guardar ordinariamente en este relato el lenguaje sencillo del autor de quien le tomamos (1).

«Puesto que hay tantas miserias en la vida humana, siendo necesaria toda la paciencia, para soportarlas, la vida de Santa Lidwina, virgen, viene bien para demostrar esta verdad; porque ella fué un vivo retrato de una larga muerte, en los dolores que sufrió; y un real y singular ejemplo de paciencia y sumisión á la voluntad de nuestro Señor para padecer y sufrir..... Dios la echó esa carga para depurarla y ejercitarla en las penas y en los trabajos, proponiéndola su Iglesia como un perfecto modelo de paciencia y perseverancia en su amor.

»A la edad de quince años miraba en un día muy frío á sus compañeras, que corrían sobre el hielo (según la costumbre del país), cuando una de ellas se cayó sobre la Santa, haciéndola también caer, tan pesadamente, que se rompió una costilla, causándola terribles dolores. Tantos males, unos después de otros, la abrumaron, que parecía increíble que un cuerpo humano pudiera sufrir tanto si la mano de Nuestro Señor, que se los enviaba, no la hubiera conservado y hecho vivir entre tan mortales sufrimientos..... Pero ella encontró remedios y los aplicó. A duras penas se ayudaba de sus miembros, pues tenía que andar como en cuatro pies, sobre sus rodillas y sobre sus manos.

»No podía dormir; y para colmo de sus males se le formó un abceso en las entrañas, sintiendo un fuego que la quemaba hasta los huesos. El brazo y la espalda derecha los tenía dislocados de

(1) *Las Vidas de los Santos*, por Rivadeneira, Vida de la bienaventurada Lidwina, virgen, 14 de Abril.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su cuerpo: su cabeza estaba traspasada de dolores penetrantes, como si llevara un clavo en la frente: sus dientes, su garganta y casi todos sus miembros, sufrían dolores diversos y particulares; y echaba tanta sangre por boca, nariz, oídos y ojos, que á todos asombraba. Tenía el pulmón deshecho y el hígado corrompido: resentíase de dolores del mal de piedra, y del descenso de las tripas, todo lo cual sufría con una paciencia extraordinaria. Tenía calentura que la trabajaba incesantemente: en fin, que no había en su cuerpo nervio ni vena que no estuvieran agitados y atormentados por su propio dolor.

En este estado de vida, ó mejor dicho, en esta muerte que arrastraba pesadamente, la Santa joven pasó treinta y ocho años, pobre, sola, abandonada y sin tener á quién volver los ojos más que á Nuestro Señor, que la afligía, y que era sólo quien podía consolarla..... Dios la envió un venerable sacerdote, el cual la declaró que no recibiría más consuelo en esta vida que el de la continua meditación de los amargos dolores que el Hijo de Dios padeció en la cruz por nuestros pecados. A este efecto, la exhortó á pensar frecuentemente también en los tormentos que sufrieron los mártires por amor de Jesucristo..... La llevó el sacramento de la Eucaristía y la dijo al administrársele: «Hasta el presente os he exhortado á meditar incesantemente con vuestra memoria la pasión de Jesucristo: ahora es El quien viene en persona á colmaros de consuelos».

»Al oir estas palabras, la bienaventurada lloró tiernamente..... y su afligido corazón permaneció tan resuelto y tan contento, que no pidió después á Dios sino que aumentase sus dolores.

»En los tiempos en que hubo contagio en aquel país, suplicaba á Nuestro Señor que apartase su cólera de aquellos pueblos, que eran sus hijos, aunque pecadores, y que la castigase en su lugar.

»La caridad de Lidwina no era menor que su paciencia..... Habiéndola dejado su madre algunos muebles de casa, los vendió y dió el dinero á los

pobres. Otro tanto hacía con las limosnas que recibía de las personas devotas, pues las distribuía á los pobres vergonzantes aunque tenía más necesidad que ellos.

»Margarita, Condesa de Holanda, la fué á ver y se asombró de hallar entre tal pobreza y entre tal abandono del mundo, tantos tesoros y dones del cielo.

»Era cosa digna de admiración ver á esta mujer, herida por todos lados con las espinas del dolor, olvidarse y abandonarse á sí misma, siendo tan cuidadosa y tan vigilante para las necesidades de los demás. Nuestro Señor la testimoniaba frecuentemente con milagros que le era agradable su caridad.

»Lidwina era demasiado humilde y aumentaba sus faltas, sometiéndolas al juicio de todos, porque deseaba ser despreciada. Tenía una compañera de mal humor, que la maltrataba de palabra, hasta el extremo de escupirla en el rostro, lo cual no conmovía á la santa joven. Y como se la preguntara por qué lo sufría todo, respondió: *Es para corregirla con la paciencia y porque tales gentes proveen de materia á la virtud de aquellos que la necesitan. Es también por temor de que no se entregue á más grandes furores.*

»No hay que asombrarse de que Lidwina cogiera rosas en medio de las espinas, ni sintiera contento en las penas y los dolores, puesto que estaba favorecida por Dios. Tenía una continua familiaridad, y sostenía dulcísima conversación con el Angel de su guarda, que se la aparecía frecuentemente y la regocijaba con su presencia, disipando las tinieblas de su corazón afligido.

»Decía que los más grandes tormentos eran para ella ligeros, y que no los sentía más, en cuanto veía á su Angel. ¿Qué será esto, añade con razón el piadoso historiador? ¿Qué será esto, en comparación de ver á Dios cara á cara?

»Además del Angel de su guarda, otros Angeles se la aparecían en forma humana, y ella los hablaba y los llamaba por sus nombres, sabiendo quiénes eran.

»Nuestro Señor mismo la visitó en persona, imprimiéndola sus sagradas llagas, para que la que sufría en su cuerpo tan graves dolores, sintiera en el interior de su alma los sufrimientos que su querido Esposo había padecido en su santísima Pasión, representando ella misma á lo vivo la pasión de Nuestro Señor, por las señales exteriores.

»Habiendo sentido demasiado la muerte de uno de sus hermanos, perdió con este dolor, un poco excesivo, algunos consuelos divinos. Un hombre santo tuvo de ello revelación y se lo advirtió, por lo cual soportó la muerte de su hermano con más paciencia. Esto nos enseña que Nuestro Señor quiere que sus servidores sean depurados de las afecciones imperfectas y excesivas, aunque sean naturales, como el dolor por la muerte de un padre ó de una madre.

»Nuestro Señor la dió también el don de profecía y la descubrió lo que ocultaban en el corazón los que iban á verla, como si leyera en él. Muchas personas la iban á buscar para pedirla remedio á sus males; y entre otros un Canónigo regular, que la suplicó rogase á Dios le quitara lo que le disgustase más en él y que impidiese su salvación. Este Canónigo tenía una hermosa voz, que le hacía sentir, cuando cantaba, cierta vanagloria; así que Lidwina elevó por él su oración, se quedó ronco y no cantó más. No sabiendo de dónde le había venido aquella ronquera acudió á los médicos para curársela; pero cuando aquel á quien se dirigió supo lo que había pasado entre Lidwina y él, le dijo: *Si esto es así, ni Hipócrates ni Galeno* (es decir los médicos) *adelantarán nada en esta curación.*

»Tuvo revelación de la hora de su muerte, y para prepararse pidió perdón á los que estaban con ella, de cuanto les hubiera podido haber ofendido. En la vigilia de Pascua se le aparecieron en su cuarto Nuestro Señor y su Santísima Madre, con el coro de los Apóstoles. (¿No era ella misma un apóstol del sufrimiento?) Nuestro Señor la consoló y la hizo una unción misteriosa, tal que al día siguiente se percibía en torno de ella un olor celestial. El martes, después de la Pascua, pidió que se la dejase sola con su resobrino; y puesta en oración rindió su alma á Dios. Se la encontró rodeada de un cinto ó cilicio de crines, con el cual se expulsaban después los demonios de los cuerpos en que habitaban. En diversas partes hubo algunas revelaciones de su gloria y de la solemne recepción de su alma en la corte celestial de los bienaventurados. Nuestro Señor hizo muchos milagros por ella, después de su muerte, que ocurrió el 14 de Abril de 1433, á la edad de 53 años. Su Vida ha sido escrita por Tomás A. Kempis, autor del libro tan precioso y tan conocido *La Imitación de Jesucristo.*»

Para terminar el relato de esta bella y noble vida diremos algunas palabras de la piedad filial de Santa Lidwina hacia la Santísima Virgen, para que á su ejemplo, queridos enfermos y agonizantes, pongáis en Dios vuestra principal confianza, y en esa buena Madre á quien la Iglesia llama tan justamente: «Salud de los enfermos.» *Salus infirmorum.* «Consuelo de los afligidos.» *Consolatrix afflictorum.* «Auxilio de los cristianos.» *Auxilium christianorum.*

La madre de Lidwina la inspiró desde su infancia una tierna devoción á María, y la Santa joven no faltaba á saludar con respeto sus imágenes, á las que visitaba frecuentemente, llevando los cortos presentes de que podía disponer. Cuando su madre la enviaba á los campos, donde se hallaban su padre y hermanos, no dejaba nunca de entrar en la iglesia de la ciudad y de recitar la salutación angélica, ante el altar de la Santísima Virgen..... Un día que la bienaventurada llegó del campo más tarde que de ordinario, su madre, que había tenido necesidad de ella, la dirigió algunos reproches y la dijo: «¿Dónde has estado corriendo, hija mía?» —«Perdonadme esta falta, madre mía, la respondió la amable niña, he ido á saludar á mi hermosa Señora, que me devolvió mi saludo con una sonrisa; me hizo tanto bien que no la pude dejar.»—Al-

gunos años después, en la tarde de una fiesta, la bienaventurada cayó en éxtasis, y fué conducida por un Angel á aquel mismo altar de la Santísima Virgen, á donde sus pies no podían llevarla á causa de sus enfermedades tan dolorosas. Allí hizo su oración, y en seguida fué trasportada al purgatorio, donde algunas pobres almas esperaban los auxilios de su caridad para abreviar sus sufrimientos. En fin, un ángel la introdujo en la asamblea de los santos. Vió todos los coros y oyó sus sagrados cánticos. Algunos mártires la estimularon á soportar valerosamente los sufrimientos que Dios la enviaba. «Nuestro ejemplo, la decían, os animará mucho en este generoso combate. Ved nuestra situación presente. ¿Qué nos resta ahora de todos los males que padecimos otras veces por amor de Jesucristo? Después de haber pasado por todas las pruebas del agua y del fuego, hemos sido recibidos en este lugar de frescura y de paz perpetua, donde nuestros dolores han cedido á los consuelos infinitos.»

Querido y piadoso lector, cuando tu caridad te lleve cerca de los enfermos y de los agonizantes, no dejes de animarlos con los motivos y con los ejemplos que acabamos de proponer. Si pueden oir leer sin fatigarse demasiado, dígnate darles lectura, de tiempo en tiempo, de algunos de los pasajes de este capítulo, que hemos compuesto para ellos, en el que pedimos humildemente al Corazón agonizante de Jesús, y al Corazón compasivo de María, que unan á su bendición una gracia de consuelo y de salud para cada uno de estos amadísimos hermanos que sufren, y para ti, querido lector, toda vez que les prestas este servicio de caridad. Sobre todo inspíralos los sentimientos expresados en la oración: *Oh Jesús, Salvador mío, yo me someto.....* (1)

Invítalos á hacer de tiempo en tiempo actos de fe, de esperanza, de caridad, de sumisión, de confianza, de ofrecimiento de sus dolores y de su vida por la salvación de las almas. Invítalos á decir

(1) Véase esta oración en este mismo capítulo.

contigo de todo corazón: *Dios mío, yo os adoro y creo en vos, porque sois la verdad misma. Espero en Dios, porque sois fiel á vuestras promesas. Os amo, porque sois infinitamente bueno, y amo á mi prójimo como á mí mismo, por vuestro amor. Tengo un gran pesar de haberos ofendido, Dios mío: perdonadme por los méritos de mi Salvador Jesús, vuestro divino Hijo. Dios mío, soy un pobre pecador. Sedme propicio, tened piedad de mí. Dios mío, hágase vuestra santa voluntad. Dios mío, pongo toda mi confianza en vuestra infinita misericordia. Dios mío, os ofrezco el sacrificio de mis sufrimientos y de mi vida por la salvación de las almas, y por la conversión de los pecadores. Señor, pongo mi espíritu en vuestras manos. Jesús, María y José, yo os amo, tened piedad de mí, ahora y en la hora de mi muerte. Corazón agonizante de Jesús, yo os amo, tened piedad de mí. Corazón compasivo de María, yo os amo, rogad por mí. San Miguel Arcángel, defendedme. Santo Angel de mi guarda, Santos Patronos míos, rogad por mí. Así sea.*

CAPÍTULO XVII.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO EN LOS SACERDOTES Y EN LAS PARROQUIAS.

Aunque la principal función del Sacerdote es la de *sacrificador*, la santa víctima que tiene todos los días entre sus manos consagradas, le dice que debe ser *víctima* con ella para la salvación del pueblo; y aunque el Sacerdote no esté sometido, bajo el mismo título que el religioso, como lo diremos pronto, á una mortificación tan rigurosa, no es menos cierto que su vida debe ser una vida de sacrificio, y, por tanto, una continuación del sacrificio del Salvador Jesús. Sólo porque es miembro de Jesucristo debe marchar el simple fiel en pos de El por la senda del Calvario; y con mayor razón debe hacerlo el Sacerdote, puesto que, en su calidad de tal, tiene que parecerse á Jesucristo, Sacer-

gunos años después, en la tarde de una fiesta, la bienaventurada cayó en éxtasis, y fué conducida por un Angel á aquel mismo altar de la Santísima Virgen, á donde sus pies no podían llevarla á causa de sus enfermedades tan dolorosas. Allí hizo su oración, y en seguida fué trasportada al purgatorio, donde algunas pobres almas esperaban los auxilios de su caridad para abreviar sus sufrimientos. En fin, un ángel la introdujo en la asamblea de los santos. Vió todos los coros y oyó sus sagrados cánticos. Algunos mártires la estimularon á soportar valerosamente los sufrimientos que Dios la enviaba. «Nuestro ejemplo, la decían, os animará mucho en este generoso combate. Ved nuestra situación presente. ¿Qué nos resta ahora de todos los males que padecimos otras veces por amor de Jesucristo? Después de haber pasado por todas las pruebas del agua y del fuego, hemos sido recibidos en este lugar de frescura y de paz perpetua, donde nuestros dolores han cedido á los consuelos infinitos.»

Querido y piadoso lector, cuando tu caridad te lleve cerca de los enfermos y de los agonizantes, no dejes de animarlos con los motivos y con los ejemplos que acabamos de proponer. Si pueden oir leer sin fatigarse demasiado, dígnate darles lectura, de tiempo en tiempo, de algunos de los pasajes de este capítulo, que hemos compuesto para ellos, en el que pedimos humildemente al Corazón agonizante de Jesús, y al Corazón compasivo de María, que unan á su bendición una gracia de consuelo y de salud para cada uno de estos amadísimos hermanos que sufren, y para ti, querido lector, toda vez que les prestas este servicio de caridad. Sobre todo inspíralos los sentimientos expresados en la oración: *Oh Jesús, Salvador mío, yo me someto.....* (1)

Invítalos á hacer de tiempo en tiempo actos de fe, de esperanza, de caridad, de sumisión, de confianza, de ofrecimiento de sus dolores y de su vida por la salvación de las almas. Invítalos á decir

(1) Véase esta oración en este mismo capítulo.

contigo de todo corazón: *Dios mío, yo os adoro y creo en vos, porque sois la verdad misma. Espero en Dios, porque sois fiel á vuestras promesas. Os amo, porque sois infinitamente bueno, y amo á mi prójimo como á mí mismo, por vuestro amor. Tengo un gran pesar de haberos ofendido, Dios mío: perdonadme por los méritos de mi Salvador Jesús, vuestro divino Hijo. Dios mío, soy un pobre pecador. Sedme propicio, tened piedad de mí. Dios mío, hágase vuestra santa voluntad. Dios mío, pongo toda mi confianza en vuestra infinita misericordia. Dios mío, os ofrezco el sacrificio de mis sufrimientos y de mi vida por la salvación de las almas, y por la conversión de los pecadores. Señor, pongo mi espíritu en vuestras manos. Jesús, María y José, yo os amo, tened piedad de mí, ahora y en la hora de mi muerte. Corazón agonizante de Jesús, yo os amo, tened piedad de mí. Corazón compasivo de María, yo os amo, rogad por mí. San Miguel Arcángel, defendedme. Santo Angel de mi guarda, Santos Patronos míos, rogad por mí. Así sea.*

CAPÍTULO XVII.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO EN LOS SACERDOTES Y EN LAS PARROQUIAS.

Aunque la principal función del Sacerdote es la de *sacrificador*, la santa víctima que tiene todos los días entre sus manos consagradas, le dice que debe ser *víctima* con ella para la salvación del pueblo; y aunque el Sacerdote no esté sometido, bajo el mismo título que el religioso, como lo diremos pronto, á una mortificación tan rigurosa, no es menos cierto que su vida debe ser una vida de sacrificio, y, por tanto, una continuación del sacrificio del Salvador Jesús. Sólo porque es miembro de Jesucristo debe marchar el simple fiel en pos de El por la senda del Calvario; y con mayor razón debe hacerlo el Sacerdote, puesto que, en su calidad de tal, tiene que parecerse á Jesucristo, Sacer-

dote y víctima á la vez, y mostrar á los fieles confiados á sus cuidados, el ejemplo de todas las virtudes, en particular de la abnegación cristiana, tan recomendada por Nuestro Señor.

Aquí encaja bien, naturalmente, el oráculo muchas veces citado: *Christum oportuit pati.* «Convino que Cristo sufriera para salvar á los hombres.» Y Cristo sufrió, y gracias á sus sufrimientos, todo hijo de Adán puede en lo sucesivo aspirar á su salvación eterna. Ahora bien: ya hemos igualmente demostrado, hablando de la misión divina del sufrimiento en los hombres apostólicos de todos los tiempos, que no hay uno solo que no haya unido al apostolado de la *palabra*, y á las diversas funciones del ministerio apostólico, el *Apostolado del sufrimiento;* es decir, que no haya fecundado con sus sudores, sus mortificaciones y sus sufrimientos, siendo probado de mil maneras, la semilla de la palabra Evangélica que derrama en los corazones. Sólo á este precio, es decir, al precio de innumerables fatigas y de continuas privaciones de estos hombres enviados por Dios para extender el cultivo de su viña, son llamados á establecer nuestra santa religión en las diversas regiones del mundo. ¡Ah! si el labrador que siembra el grano de trigo en la tierra no puede esperar verle germinar, sino después de haber vertido el sudor de su frente en cada uno de los surcos que abre penosamente con el arado, ¿con cuánta más razón no será preciso que el ministro de Aquel que, siendo Dios, ha querido rociar con su sangre la tierra árida de nuestros corazones, para hacerla producir frutos de vida eterna, rocíe á su vez con sus sudores cada uno de los surcos que abre en las almas, para que la semilla de la palabra evangélica, que arroja en ellos, produzca frutos de salvación y de vida eterna?

Y aquí dejamos hablar á San Pablo, acabado modelo del santo Obispo, del santo Sacerdote, del verdadero ministro de Jesucristo. En él veremos al *Sacerdote* y á la *víctima* marchar unidos con un paso igual: en él veremos unidos con admirable

alianza el celo ardiente del *apóstol de la palabra evangélica* y la heroica abnegación del *apóstol del sufrimiento.* ¿Quién ha predicado y evangelizado á los pueblos más que San Pablo? El fué por excelencia, el *apóstol de las naciones.* ¿Quién sufrió más que San Pablo los trabajos, las tribulaciones y las persecuciones de todas las especies? ¿Quién, entre los hombres apostólicos de todos los tiempos, ha sido más que San Pablo víctima con Jesucristo crucificado, objeto único de sus predicaciones, y al mismo tiempo de su imitación? *Jesum Christum et hunc crucifixum.* Pero oigamos cómo nos dice el mismo todo lo que sufrió para fecundar su apostolado y para ser ministro de Jesús crucificado: *Ministri Christi sunt*, dice hablando de otros apóstoles..... *Plus ego; in laboribus plurimum, in carceribus abundantius; in plagis supra modum, in mortibus frequenter. A Judæis quinquies quadragenas una minus accepi. Ter virgis cæsus sum, semel lapidatus sum, ter naufragium feci, nocte et die in profundo maris fui. In itineribus sæpe, periculis fluminum, periculis latronum, periculis ex genere, periculis ex gentibus, periculis in civitate, periculis in solitudine, periculis in mari, periculis in falsis fratribus. In labore et ærumna, in vigiliis multis, in fame et siti, in jejuniis multis, in frigore et nuditate. Præter illa quæ extrinsecus sunt, instantia mea quotidiana, sollicitudo omnium ecclesiarum.* (II, Cor., XI, 23.)

No traducimos este texto, porque hablamos á Sacerdotes que le comprenderán. Significa en resumen, que San Pablo, *Apóstol de Jesucristo,* fué al mismo tiempo, *víctima con Jesucristo*, es decir, que fué no menos apóstol del sufrimiento que de la palabra evangélica, habiendo sido su vida apostólica como la de su Maestro, una cruz y un martirio continuo. *Tota vita Christi crux fuit et martyrium.* ¡Qué gran lección, que admirable ejemplo, qué sublime modelo para todos nosotros, miembros de Jesucristo!

Seamos dignos imitadores de San Pablo, como él lo fué de Jesucristo. Elmismo nos hace esta re-

comendación, en su primera Epístola á los de Corinto: *Imitatores mei estote; sicut et ego Christi.* (I, Cor., VI, 16.) Sí, ¡oh gran Apóstol! nosotros seremos tus imitadores. Ayúdanos á seguir hasta la muerte tus generosas huellas. Teniendo, como vos, todos los días el insigne honor de subir al altar para ofrecer la santa Víctima, nos prepararemos para este honor de todos los días, con un sacrificio cotidiano, viviendo habitualmente una vida verdaderamente sacerdotal, es decir, humilde, laboriosa y mortificada. Llamados, como vos, á predicar á las naciones á Jesucristo crucificado, llevaremos su cruz en nuestros corazones; y en nuestros miembros no menos que en nuestros labios, y en nuestros discursos, uniendo así, como vos, para la edificación del pueblo cristiano, el ejemplo á la palabra. ¡Oh! sí: es justo que así sea. Dios lo quiere, la santidad de nuestro carácter lo pide, el éxito de nuestro ministerio lo exige; y los pueblos lo esperan, sobre todo en estos tiempos de calamidades, en que tantas almas se pierden y en que el oficio de Sacerdote es casi tanto un oficio de *víctima*, como de *doctor* y *sacrificador: Inter vestibulum et altare plorabunt Sacerdotes.* ¿Y cuándo tuvo ocasión el Sacerdote, ministro de Jesucristo, de gemir más que en nuestros días en el vestíbulo del altar?

¡Oh Jesús! Sacerdote y víctima por excelencia, vos os habéis dignado asociarnos á vuestro sacerdocio: dignaos asociarnos á vuestro sacrificio. A pesar de nuestra indignidad vos nos habéis hecho *Sacerdotes:* hacednos también *víctimas*. Inmoladnos con vos que os inmoláis todos los días por nosotros en nuestras manos; y pueda nuestro holocausto, unido al vuestro, obtener gracia para esta infortunada generación. Nosotros os lo ofrecemos todos unidos á este fin, para vuestra gloria, para el triunfo de la santa Iglesia, nuestra Madre, para la salvación eterna de las almas, particularmente de aquellas que habéis confiado á vuestros cuidados.

San Clemente Papa, explicando este texto de la santa Escritura: *Et iniquitates eorum ipse portabit.* (Is., LIII): «El llevará sus iniquidades,» se

dirige á los pastores de almas, y les dice: «Vosotros sois mediadores entre Dios y los fieles confiados á vuestra guarda. Imitad, pues, á Cristo, Nuestro Señor, mediador por excelencia; y, puesto que inocente y sin tacha, llevó en la cruz los pecados de todos nosotros, que éramos dignos de este suplicio, así debéis vosotros mirar como vuestros los pecados del pueblo.» Ahora bien; se ha dicho también de nuestro Salvador, en Isaías: *Hic peccata nostra portat, et pro nobis dolet.* La conclusión es fácil de sacar. Pastores de almas, llevad sobre vosotros los pecados de vuestro pueblo y sufrid por su expiación. Cuando el granizo cae sobre un campo, no cae sobre otro. Un santo pastor que se ofrece víctima por sus ovejas, atrae sobre sí los sufrimientos, la cruz, acaso la muerte; pero aparta de su rebaño los azotes de la divina venganza, y, sobre todo, la muerte eterna.

El inmortal Arzobispo de París, Monseñor Affra, dando, á ejemplo del buen pastor, su vida por su rebaño, se ofreció y murió como víctima en las barricadas, y bien pronto entró en su cauce el torrente del motín. ¡Oh! bienaventurado el Sacerdote que gusta con su corazón este pensamiento del sacrificio que celebra todos los días en la santa Misa, y tiene cuidado, como lo recomienda el autor de la *Imitación*, de ofrecerse en holocausto con la santa víctima por las almas confiadas á sus cuidados. *Beatus qui se Domino in holocaustum offert quoties celebrat aut communicat.* (Imit., I, IV, c. X.) Pero más dichoso todavía el Sacerdote que, haciendo así la ofrenda cotidiana, la pone en práctica todos los días, y la realiza, por una vida humilde y mortificada. En él se cumplirá la promesa del Espíritu Santo, expresada por el Profeta Isaías: «Si da su vida por los pecados de los hombres, verá una larga posteridad.» *Si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longum.* Este oráculo, que se aplica directamente á Jesucristo, víctima por toda la humanidad, se aplica también al Sacerdote víctima por su rebaño.

El Sacerdote tiene mil ocasiones de realizar

esta vida de sacrificios. Sin hablar de los males, las enfermedades y otras miserias humanas, que le son comunes con todos los hijos de Adán, y en las cuales le depara Dios ocasión de ejercitar su paciencia, ¿no encuentra en su ministerio de todos los días, si quiere cumplirlo fielmente, una amplia materia de abnegación? Para no citar más que uno de esos ministerios, la visita de los enfermos y la asistencia de los moribundos á todas horas del día y de la noche, ¿no es para él materia de un sacrificio frecuentemente reiterado, si le cumple como le conviene, y muy saludable para ese pobre enfermo, para ese pobre agonizante, que deberá quizás la gracia de su conversión *in extremis*, y, por consiguiente, su salud eterna á la visita de ese buen Sacerdote cuyo celo generoso se complace Dios así en recompensar? ¡Quién sabe lo que podría sobrevenir á esa pobre alma si, cediendo á la negligencia, y huyendo la pena de una visita asidua, el Sacerdote hubiera retardado el cumplimiento de este grave deber de su ministerio, ó, después de haberlo cumplido una vez, hubiera abandonado á sí mismo al enfermo diciendo: «Ya le he administrado!» Palabras funestas, en muchos casos, en que la enfermedad se prolonga, y en que el demonio se aprovecha de la ausencia del Sacerdote para administrar, á su vez, al moribundo á su manera.

Y la predicación, ¿no es también para el Sacerdote una amplia materia de sacrificio, que puede utilizar eficacísimamente para la salvación de las almas? El trabajo serio de preparación de un sermón, de una catequesis, ¿no es un sacrificio muy útil para las almas, á quienes ese sermón, esa instrucción y esa catequesis serán dirigidos? Estos esfuerzos generosos que hacéis, pastores celosos, Sacerdotes fervientes, para preparar á esos hijos de Dios, que son también los vuestros, el pan de la palabra evangélica, ¿no son otras tantas gotas de sudor, en cambio de las cuales os dará Jesucristo otras tantas gotas de su sangre para fecundar vuestra palabra y hacerla producir frutos centuplicados?

Ningún buen Sacerdote lo ignora: la predicación es tanto más propia para producir frutos en las almas, cuanto ha costado más trabajo y ha sido compuesta con intención más pura, y con deseo más ardiente de procurar la gloria de Dios y la salvación del prójimo. Si á esta cruz de la preparación inmediata, el Sacerdote, ministro de la palabra evangélica, agrega la preparación lejana, es decir, toda una vida de humildad y de abnegación, después de los primeros estudios de su seminario, hasta el momento presente ¡oh! entonces su palabra es poderosa y penetrante como una espada de dos filos. Cuando un hombre apostólico reune en sí el poder de la palabra y el de la cruz, no hay quien le resista. Entonces se reviste completamente del poder de Jesucristo. Tal fué Francisco Javier, aquel gran conquistador apostólico, que escribió, movido por el celo ardiente que devoraba su corazón de apóstol: «Señor, dadme almas, sí, dadme almas.» *Da mihi animas.* Pero al mismo tiempo que pedía almas, pedía también la cruz: *Amplius Domine, amplius.* He aquí el verdadero apóstol, el verdadero ministro de Jesucristo.

El predicador que lleva al pueblo la palabra del Redentor, y no lleva sobre sus hombros la cruz, no es un verdadero predicador del Evangelio. Puede su palabra ser aplaudida, puede su elocuencia obtener éxitos brillantes: la multitud puede correr y apiñarse en torno de su cátedra, pero á esto se limitará su acción. Ningún fruto de conversión, ningún fruto de gracia y de salud producirá en las almas. El predicador no se unirá al árbol de la vida, es decir, á la cruz, al Crucificado. ¿Qué frutos queréis que produzca para la vida eterna? Y, sin embargo, sólo para dar ese fruto le ha confiado el Señor la misión de apóstol, diciéndole al enviarle: *Posui vos ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat.*

¡Desdichado el predicador que, dando á este oráculo del Maestro una interpretación torcida, se predique á sí mismo, en lugar de predicar, como San Pablo, á Jesucristo crucificado: *Jesum et hunc*

crucifixum. El fruto que produzca en las almas será un poco de admiración para su talento; pero de ninguna manera el amor de Jesucristo, ni el de su doctrina sagrada. Lo preguntamos con horror: ¿Con qué cara se presentará en el día del juicio ante el tribunal del Juez de los vivos y de los muertos, este sembrador de hermosas palabras, á quien Jesucristo crucificado le dirá: «Qué has predicado en tus discursos? ¿Qué modelo has imitado? ¿Qué frutos has producido en las almas? Debías predicar á Jesucristo y te has predicado á ti mismo. Debías imitar en tu vida á Jesucristo crucificado, y has huído mi cruz para buscar en todo no más que tus comodidades y satisfacciones. Yo te envié para llevar frutos permanentes, y mira entre mis elegidos: ¿Reconoces uno solo que sea fruto de tu palabra? Los que tú has producido han sido desecados, como tú. Tú no eres más que una rama estréil, digna de ser arrojada al fuego». ¡Oh desgraciado, mil veces desgraciado el Sacerdote, el predicador de la palabra evangélica, el doctor ó el pastor de almas, si oyen resonar en sus oídos estas terribles palabras del Hijo de Dios!

Valdría más para ellos no haber recibido nunca la unción sacerdotal y permanecer en el rango de los simples cristianos. Si hubieran claudicado, al menos su caída habría sido menos estrepitosa, y no se podría decir de ellos: *Quomodo cecidisti de cœlo, Lucifer, qui mane oriebaris?*

Sí, sí, venerables hermanos (puesto que es ahora á vosotros á quienes se dirige nuestra palabra), seamos *Sacerdotes;* pero al mismo tiempo seamos *víctimas* con Jesucristo. Y cuando subamos al altar, figurémonos que subimos al Calvario; unamos nuestros sacrificios al del Cordero sin mancilla, y digámosle como dijo El á su propio Padre: «Heme aquí, Padre mío, inmoladme.» *Ecce venio*. En presencia de los males innumerables que afligen á la Iglesia, todo buen Sacerdote comprenderá la oportunidad de esta voluntaria inmolación; y, á ejemplo de San Pablo que se ofreció por los Filipenses, se considerará dichoso de ofrecerse en sacrificio con Jesucristo para la salvación de las almas, sobre todo, de las que fueron confiadas á su guarda: *Sed et si immolor supra sacrificium et obsequium fidei vestræ, gaudeo et congratulor omnibus vobis.* (Philip., XI, 17.) Tales eran los sentimientos del gran apóstol; tales son y serán siempre los sentimientos del verdadero sacerdote de Jesucristo.

CAPÍTULO XVIII.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO EN LAS CORPORACIONES Y COMUNIDADES RELIGIOSAS

Aquí es donde se deben encontrar, sobre todo, los verdaderos apóstoles del sufrimiento; aquí es donde este apostolado, por todas partes tan fecundo, cuando es convenientemente ejercido, debe adquirir su más grande fecundidad. En efecto, los religiosos y religiosas, por el hecho mismo de su profesión, especialmente en el seno de las órdenes austeras, se hallan en las más perfectas condiciones para realizar este apostolado. Los votos que pronuncian los colocan en estado de perpetuo holocausto, que es muy agradable á Dios y atrae sus bendiciones sobre la tierra. Por los de pobreza, castidad y obediencia, el religioso es como un *crucificado*. Obligándole á una vida de perpetuos sacrificios, estos tres votos son como los tres clavos que le fijan irrevocablemente á la cruz, y le unen estrechamente á la gran Víctima del Calvario. De estos tres votos sustanciales de religión, como de otras tantas heridas voluntarias, brotan tres arroyos de sangre, por donde corre toda la vida sensual y terrestre del hombre viejo, para dejar lugar á la vida del hombre nuevo, á una vida toda sobrenatural, toda divina en Jesucristo. Y si á estos tres votos une el religioso otro especial, según el fin particular de su instituto, será como un cuarto clavo, agregado á los tres primeros; y la herida que resulte será ordinariamente la más dolorosa y la más

sensible; porque será la herida del corazón. Este es el punto principal, por el que se pone inmediatamente el religioso en contacto con el sacrificio.

Así, todo religioso que ha pronunciado los tres votos de su religión, tiene más razón, si ha pronunciado un cuarto voto y si pertenece á un instituto austero, para ser colocado, por el hecho mismo de su vocación, en la categoría de los cristianos que Nuestro Señor elige especialmente para asociarlos á su título de *víctima* y á *su sangriento sacrificio*. El ofrecimiento que el religioso hace de sí mismo á Dios, por los votos de la religión, es de tan gran precio y de tan gran mérito, que San Jerónimo, San Cipriano y San Bernardo llaman á este sacrificio un *segundo bautismo:* y los teólogos afirman que se obtiene por él una entera remisión de todos los pecados. No debe causar asombro que los Santos comparen el estado de la vida religiosa al martirio. Tales son, entre otros, los sentimientos de San Bernardo que no teme decir: «En verdad, este martirio tiene algo menos de horrible que aquel en que los cuerpos son desgarrados y atormentados; pero es más penoso y molesto por su duración».

Durante los tres primeros siglos de la Iglesia, la misión especial de perpetuar el sacrificio del Calvario, fué confiada por el Hombre-Dios á los mártires, que en tan gran número derramaron su sangre por su santa causa y por obtener que los méritos de su sangre fuesen aplicados á la humanidad. Sus votos fueron oídos; y después de que estas nobles legiones de víctimas voluntarias hubieron derramado toda su sangre, fué cuando la Iglesia de Jesucristo salió de las catacumbas y se elevó victoriosa sobre el trono de los emperadores romanos, sus perseguidores, para continuar hasta el fin de los siglos su reinado pacífico y universal en las almas. Mas cuando los mártires hubieron cumplido esta misión sublime, Jesucristo encargó á otros miembros de su cuerpo místico continuarla; porque así como hasta el fin de los tiempos debe haber en nuestros altares un sacrificio *no*

sangriento que perpetúe, según la promesa del Hombre-Dios, su presencia entre nosotros, así debe haber hasta la consumación de los siglos cristianos, miembros vivos de Jesucristo, encargados especialmente de continuar su *sacrificio sangriento*. Razón por la cual, desde que cesó la persecución, el Hijo de Dios sustituyó á los mártires de las catacumbas con los mártires de la vida religiosa, sobre todo, con los mártires de los claustros, que son como otras tantas catacumbas sagradas. Desde esta época, viéronse, en efecto, surgir y organizarse las grandes instituciones monásticas; inaugurándose desde luego en proporciones imperceptibles, que debían acrecentarse después maravillosamente, el magnífico edificio, ó si se quiere mejor, el gran árbol de las órdenes religiosas, tan admirable, á la vez, por su variedad y su unidad.

Débil retoño al principio del árbol de la vida, es decir, de Cristo crucificado y de sus heridas sangrientas, este tallo debía, en efecto, llegar á ser un gran árbol, extendiendo sus ramas por todas partes y perpetuando, si se permite decirlo así, la función del sagrado leño, á que fué cosida la santa Víctima del Calvario, sirviendo á su vez de cruz á las innumerables víctimas voluntarias que debían ser crucificadas con Jesucristo en el curso de los siglos. En esta época memorable, cuando la sangre de los mártires humeaba todavía en los anfiteatros, aparecían por primera vez estos mártires de un género nuevo que, bajo otra forma, debían perpetuar el sacrificio de los primeros, y, por consiguiente, el sacrificio del Hijo de Dios, de quien los mártires de las catacumbas habían sido los continuadores.

Después de San Pablo y San Antonio, columnas de la vida eremética, después de esas santas legiones de anacoretas que poblaron los desiertos de Egipto y de la Tebaida, hasta las grandes fundaciones religiosas de la Edad Media y los más recientes institutos de los tiempos modernos, cuéntese, si se puede, el número de religiosos y religiosas que, durante la larga serie de los siglos cristianos, han seguido á Jesucristo crucificado,

reproduciendo en sus personas, por medio de una vida laboriosa y mortificada, los rasgos sangrientos del Hombre-Dios, sacrificándose con El por la salvación de sus hermanos; y entonces se comprenderá que, por un designio de lo alto, cuya ejecución se une á la economía general de la redención, el Hijo de Dios es quien quiso especialmente confiar á los miembros de las corporaciones religiosas su título y su función de *víctima*, como quiso especialmente comunicar á los Sacerdotes su título de *sacrificador*.

Así es como Jesucristo, viña misteriosa, ha puesto en sí mismo, como en un tronco divino, la savia vivificante para alimentar á todas las ramas que están á él unidas; y así es como cada una de ellas se aplica á volver á trazar algunos de esos rasgos divinos ó algunas de esas divinas funciones. Como Jesús es la perfecta imagen del Padre, es necesario que los miembros de Jesús sean la perfecta imagen del Hijo, y que la vida divina del tronco se distribuya en las ramas, de tal suerte, que todo conserve su plenitud de vida y de funciones divinas.

Jesús se reproduce todo entero en sus miembros, distribuyendo á todos una participación más ó menos abundante de su vida divina, y aun á cierto número de ellos una participación más ó menos especial de sus diversas funciones.

Importa, en efecto, distinguir bien en Jesucristo estas dos cosas: todos los cristianos, por lo mismo que son miembros del Salvador Jesús, participan, más ó menos, de su vida divina; pero no igualmente de sus divinas funciones.

Las dos grandes funciones del Hombre-Dios, con las cuales se relacionan todas las demás, son las de *sacrificador* y *víctima*. Sólo los Sacerdotes tienen participación especial de su título y de sus funciones de sacrificador por la salvación del mundo: pero los religiosos, por el mismo fin, la tienen de su título y de su función de víctima. Cada fiel, sin duda, formando parte de la nación elegida, que el Apóstol San Pedro llama sacerdocio real, *regale sacerdotium*, participa de cierta manera del sacerdocio de Jesucristo, pero no es á título especial como el Sacerdote católico, el cual no solamente está unido por este lazo general al Gran Sacerdote de la ley nueva, sino también por un título y por un lazo particular, que es el del *carácter sacerdotal*, con las prerrogativas que á él se refieren, porque participa de la inmolación de Jesucristo ó de su función de víctima. Cada fiel es admitido, ó puede ser admitido, á participar de ella en una cierta medida, por la salud de sus hermanos; pero no todos son admitidos al beneficio de esta participación, bajo un título particular como los religiosos y religiosas, que han recibido de Nuestro Señor la misión especial, y, por decirlo así, oficial, de perpetuar en la tierra su título y su función de víctima, para la salvación de las almas. Para este fin los separa Nuestro Señor de la masa común, se los une y los hace suyos, por esta consagración especial, es decir, por el triple lazo de los votos de religión, que hacen del religioso un hombre exclusivamente *consagrado* á Jesús crucificado, y á los intereses de su gloria.

No queremos decir con esto que Nuestro Señor no haya escogido también en el mundo almas fervorosas para asociarlas con especialidad á su título y á su función de víctima, para la salvación del mundo. De estas víctimas ocultas, que el Hijo de Dios se digna asociar á su sacrificio para el bien de su Iglesia y las naciones, ha habido siempre y quizás haya ahora más que nunca. Pero por real que sea la misión de estas almas santas, asociadas á la santa Víctima del Calvario para la salud de los pueblos, esta misión permanece revestida de un carácter privado, y á menos de que se encuentre en almas especialmente privilegiadas, está de ordinario más restringida en la esfera de su influencia.

Al contrario, los religiosos y religiosas, por el hecho mismo de su profesión, es decir, de su consagración á una vida de sacrificio, son oficial y públicamente investidos del título y de la misión de víctimas, destinados á perpetuar en su persona

el sacrificio del Hombre-Dios. Sus votos, sus reglas, sus observancias, proveen á cada uno de ellos de mil medios eficacísimos de cumplir perfectamente esta gran misión, según la medida de la gracia, que á este fin se le distribuye largamente cada día.

Hasta su vestido les predica el sacrificio, recordándoles sin cesar que no son del mundo, sino que se pertenecen por entero á Jesucristo. Así es como los fundadores han comprendido su instituto. En la fórmula abreviada de las constituciones de su orden, uno de ellos declara formalmente que todos sus religiosos deben ser hombres crucificados en el mundo y para quienes el mundo está crucificado: *Homines mundo crucifixos, et quibus mundus sit crucifixus.*

Causa asombro que el religioso, con todos estos medios que corresponden fielmente á la gracia de su vocación, sea, en circunstancias iguales, ordinariamente más apto para secundar los designios misericordiosos del Señor, en este camino del sacrificio, donde todos los religiosos deben llevar su cruz detrás de El.

Añadiremos, para completar este capítulo, que cada instituto religioso, según el fin especial que se propone, y según la mayor ó menor austeridad de la regla, participa en una medida más ó menos larga de la unión expiatoria del Hombre-Dios, bajo su título y función de víctima, por la salvación del mundo. Existen, en efecto, corporaciones religiosas, cuyo fin especial es el ejercicio del ministerio evangélico cerca de los pueblos, tales como la educación de la juventud, el cuidado de los enfermos..... Otras se entregan de una manera más especial á la práctica asidua de la oración, de las austeridades y de la más severa penitencia. Cada uno de ellas encuentra en el ejercicio de estas penosas funciones, en el cumplimiento fiel de los votos, de las reglas y observancias, materia de sacrificios más ó menos numerosos, y, por consiguiente, una participación más ó menos grande en el sacrificio de Jesucristo y en su cualidad de víctima. En fin, si

se encuentra algún instituto que hace profesión particular y voto especial de inmolarse y de sufrir por la salvación de las almas, si los religiosos de este instituto son fieles á su vocación, llevan hasta un alto grado delante de Dios el título de víctima, y cumplen, en larga medida, su parte de sacrificio, en unión con Jesucristo, por la salud de los pueblos.

Concluímos diciendo que la vocación de los religiosos y religiosas, sea cualquiera el orden á que pertenezcan, es una vocación excelente, toda divina, puesto que los asocia tan íntimamente á Jesucristo, en el ejercicio mismo de su sangriento sacrificio; es decir, de su inmolación en el calvario por la salud del género humano. Concluímos diciendo, en fin, que cuanto más insigne sea su vocación, deben aportar más fidelidad y corresponder á ella con una vida muy pura, muy mortificada, profundamente humilde, y con grande amor á la cruz. Cuanto son más preciosos los dones que Dios concede á un alma, más rigurosa será la cuenta que deberá rendir ella al Soberano Juez. Que la excelencia de los favores, de que nos ha colmado en la vida religiosa la infinita liberalidad de nuestro Padre celestial, no nos haga jamás olvidar esta grave máxima de San Gregorio, ni sobre todo, el oráculo de nuestro Señor mismo, del cual esta máxima no es más que la aplicación: «Se pedirá más á aquel á quien se haya dado más»: *Cui plus datum est plus repetetur ab eo.*

CAPÍTULO XIX.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO EN LAS CORPORACIONES Y COMUNIDADES RELIGIOSAS PURAMENTE CONTEMPLATIVAS.

Si el Apostolado del sufrimiento debe honrarse en las casas religiosas, en general, con mayor razón debe serlo en aquellas donde se hace profesión especial, y en alguna manera exclusiva, de orar y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el sacrificio del Hombre-Dios. Sus votos, sus reglas, sus observancias, proveen á cada uno de ellos de mil medios eficacísimos de cumplir perfectamente esta gran misión, según la medida de la gracia, que á este fin se le distribuye largamente cada día.

Hasta su vestido les predica el sacrificio, recordándoles sin cesar que no son del mundo, sino que se pertenecen por entero á Jesucristo. Así es como los fundadores han comprendido su instituto. En la fórmula abreviada de las constituciones de su orden, uno de ellos declara formalmente que todos sus religiosos deben ser hombres crucificados en el mundo y para quienes el mundo está crucificado: *Homines mundo crucifixos, et quibus mundus sit crucifixus.*

Causa asombro que el religioso, con todos estos medios que corresponden fielmente á la gracia de su vocación, sea, en circunstancias iguales, ordinariamente más apto para secundar los designios misericordiosos del Señor, en este camino del sacrificio, donde todos los religiosos deben llevar su cruz detrás de El.

Añadiremos, para completar este capítulo, que cada instituto religioso, según el fin especial que se propone, y según la mayor ó menor austeridad de la regla, participa en una medida más ó menos larga de la unión expiatoria del Hombre-Dios, bajo su título y función de víctima, por la salvación del mundo. Existen, en efecto, corporaciones religiosas, cuyo fin especial es el ejercicio del ministerio evangélico cerca de los pueblos, tales como la educación de la juventud, el cuidado de los enfermos..... Otras se entregan de una manera más especial á la práctica asidua de la oración, de las austeridades y de la más severa penitencia. Cada uno de ellas encuentra en el ejercicio de estas penosas funciones, en el cumplimiento fiel de los votos, de las reglas y observancias, materia de sacrificios más ó menos numerosos, y, por consiguiente, una participación más ó menos grande en el sacrificio de Jesucristo y en su cualidad de víctima. En fin, si

se encuentra algún instituto que hace profesión particular y voto especial de inmolarse y de sufrir por la salvación de las almas, si los religiosos de este instituto son fieles á su vocación, llevan hasta un alto grado delante de Dios el título de víctima, y cumplen, en larga medida, su parte de sacrificio, en unión con Jesucristo, por la salud de los pueblos.

Concluímos diciendo que la vocación de los religiosos y religiosas, sea cualquiera el orden á que pertenezcan, es una vocación excelente, toda divina, puesto que los asocia tan íntimamente á Jesucristo, en el ejercicio mismo de su sangriento sacrificio; es decir, de su inmolación en el calvario por la salud del género humano. Concluímos diciendo, en fin, que cuanto más insigne sea su vocación, deben aportar más fidelidad y corresponder á ella con una vida muy pura, muy mortificada, profundamente humilde, y con grande amor á la cruz. Cuanto son más preciosos los dones que Dios concede á un alma, más rigurosa será la cuenta que deberá rendir ella al Soberano Juez. Que la excelencia de los favores, de que nos ha colmado en la vida religiosa la infinita liberalidad de nuestro Padre celestial, no nos haga jamás olvidar esta grave máxima de San Gregorio, ni sobre todo, el oráculo de nuestro Señor mismo, del cual esta máxima no es más que la aplicación: «Se pedirá más á aquel á quien se haya dado más»: *Cui plus datum est plus repetetur ab eo.*

CAPÍTULO XIX.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO EN LAS CORPORACIONES Y COMUNIDADES RELIGIOSAS PURAMENTE CONTEMPLATIVAS.

Si el Apostolado del sufrimiento debe honrarse en las casas religiosas, en general, con mayor razón debe serlo en aquellas donde se hace profesión especial, y en alguna manera exclusiva, de orar y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sufrir por la gloria de Dios y la salvación de las almas; quiérese decir, en las corporaciones religiosas dedicadas á los ejercicios de la vida contemplativa, tales como los Trapenses, los Carmelitas, las Clarisas, las religiosas del Corazón Agonizante de Jesús, etc. Pero tomemos las cosas desde un poco más alto, á fin de hacer comprender los inmensos servicios que estas corporaciones están llamadas á prestar á la Iglesia y á las almas con sus oraciones y sacrificios, unidos á las oraciones y á los sufrimientos de Jesucristo.

El espíritu moderno, que es eminentemente anticatólico, antisobrenatural, y antidivino, persigue con su desprecio y con su odio á todas las órdenes religiosas; pero más que á ninguna, á las que se dedican especialmente á los ejercicios de la vida contemplativa. A todo precio quiere desembarazarse de ellas, como de una superfetación inútil. ¡Ay! También entre ciertos católicos se encuentra quien, impregnándose de estas funestas prevenciones, se permite decir: «¿Para qué las órdenes religiosas? ¿Para qué, sobre todo, los claustros donde se encierran para llevar una vida inútil, en un siglo donde todos los brazos deben estar libres para la acción, donde hay tantos enfermos que visitar, tantos pobres que consolar, tantos malos cristianos que convertir, y tantos infieles que evangelizar? ¡Ay! sin duda dices verdad; hay mucho que hacer en torno de nosotros, en favor de las almas y de los cuerpos; y es una razón de más para que no se descuide ningún medio, á fin de venir en ayuda de las innumerables necesidades de este siglo, donde las almas se pervierten y se pierden cada día, con una facilidad horrible. Ahora bien: ¿quién dudará, sin renunciar al principio más elemental de la fe, que uno de los más poderosos medios para llegar á Dios y para conducir á El á los demás, es la *oración y el sacrificio*? Nuestro divino Redentor no separó jamás estas dos grandes cosas.

No solamente estuvo siempre en ejercicio de predicación, sino en ejercicio de oración y de sacrificio, por la salud del género humano. Siempre

orando, realizó en su persona el precepto emanado de sus labios divinos: «Es preciso orar siempre, y no cesar nunca». *Oportet semper orare, et non deficere.* Siempre víctima, cumplió en su persona la figura del sacrificio perpetuo, en uso entre los Hebreos, que era el símbolo del perpetuo holocausto que él mismo debía ofrecer á su Padre por nuestra redención.

La vida mortal de Jesucristo sobre la tierra fué, como ya hemos dicho, conforme con el piadoso autor de la *Imitación*, *una cruz y un martirio continuos*. Esta es también la opinión de San Agustín, cuando dice: «Jesucristo no esperó á los últimos instantes de su vida para empezar la obra de nuestra reparación: la comenzó desde su cuna». Y la razón que da el santo Doctor es un testimonio más en favor del Apostolado del sufrimiento. «No convenía, añade, que el Salvador del mundo permaneciera un solo momento sin llenar sus funciones». Por su parte, San Pablo nos enseña que para merecer este título y atraer sobre los hombres culpables la gracia del perdón, el Hijo de Dios debió sufrir. Por esta razón dice también el mismo Apóstol que cuando vino al mundo Jesucristo hizo á su Padre el sacrificio entero de sí mismo diciéndole: «Padre mío, puesto que la sangre de los cabritos y de los toros, vertida por los pecados de los hombres, no es capaz de satisfacer á vuestra justicia, heme aquí, inmoladme.» *Ecce venio.*

Así, de los treinta y tres años de su vida mortal, Jesucristo consagró *tres á predicar* su evangelio, y *treinta y tres*, es decir, *toda su vida á orar y á sufrir* para salvarnos. ¿Se atreverá nadie á decir que habría hecho mejor empleando esos treinta y tres años en los ejercicios de la vida activa, visto que entonces, todavía más que hoy, había pobres que consolar, esclavos que libertar, y paganos sin número, que convertir? Sabio, con una sabiduría que no es como la de los pretendidos sabios del siglo, juzgó más apropósito obrar de otra manera, y el mundo se salvó.

Después de su muerte, el divino Redentor, fiel

á su primer plan, no empleará otro método para hacer la aplicación de los méritos de su sangre á los hombres, que el que siguió para rescatarlos. Y es preciso que la Iglesia, encargada de perpetuar su Apostolado divino, y de recoger sus frutos, los produzca en proporciones análogas al triple elemento que él empleó en la obra de nuestra regeneración, á saber: *la oración, la enseñanza y la sangre derramada.*

Por esto la Iglesia, fiel al ejemplo de su divino autor y entregándose con infatigable perseverancia á enseñar á los pueblos con la predicación del Evangelio, concede á la oración y al sacrificio por la salvación de las almas, la más larga parte. Y en tanto que El esté en ella, cumplirá el precepto de la oración continua y del sacrificio perpetuo, por el ofrecimiento cotidiano del santo sacrificio de la Misa, que es á la vez un holocausto y una oración, presentados todos los días por millares de sacerdotes sin interrupción alguna. En efecto, á todas horas del día y de la noche hay altares levantados sobre mil puntos del globo, delante de los cuales los sacerdotes oran; y sobre estos altares, la santa víctima que ruega y que se inmola, es decir, que se eleva en la cruz y muere místicamente, derrama entre las manos de estos sacerdotes su sangre sobre el pueblo, la sangre que grita más alto que la de Abel. Y nótese que así como Jesucristo, jefe divino de la Iglesia, quiere que sus miembros, es decir, los cristianos, perpetúen con él su vida de oración, uniéndose á sus súplicas eucarísticas, así quiere que estos mismos cristianos continúen su vida de sufrimiento, y, por consiguiente, su sacrificio, uniendo El su sacrificio á los suyos, y vivificándolos en su sacrificio eucarístico. Así es como todos los días, y en todos los instantes del día, el Hijo de Dios da á su Iglesia la señal de la oración continua y del sacrificio perpetuo, asociándose á la oración y al sacrificio de sus ministros y de sus hijos.

De aquí que cuando el sacerdote católico sube al altar para ofrecer á Dios Padre la sangre y la oración del Cordero, antes de ofrecer la santa víctima debe orar, y después de haberla ofrecido, ora todavía; y el simple fiel que asiste al santo sacrificio debe, por su parte, orar con el sacerdote, que ora en Jesucristo y por Jesucristo. De tal suerte, que la santa Misa es á la vez el sacrificio por excelencia y la oración por excelencia de Jesucristo, y en El y por El de su Iglesia, de sus sacerdotes, de sus fieles, y de sus hijos.

No hablamos de otras funciones del culto público ó privado, las cuales son como la ampliación de la oración eucarística, á la cual vienen á unirse como á su centro, y de la cual se destacan todas, permaneciendo unidas, como los rayos del sol.

De esta consideración se infiere: primero, que á los ojos de Jesucristo y de su Iglesia la oración entra y debe entrar, por una larguísima parte, en la regeneración del Cristiano y en la conservación y desarrollo de su vida sobrenatural. Segundo, que las corporaciones religiosas, que hacen de la oración una profesión especial, y en las que se la consagra cada día un tiempo relativamente considerable, son instituciones perfectamente en armonía con el plan de regeneración que Jesucristo mismo ha trazado y realizado. Tercero, que no se ha de esperar menos para el bien de la Iglesia y la salvación de las almas de estas instituciones, en que se hace profesión especial de *orar*, que de aquellas en que se hace profesión especial de *obrar*.

A esta consideración se agrega otra, digna también de fijar vuestra atención, queridos hermanos, y es, que nuestro Señor quiere que sus miembros, no sólo perpetúen su oración á través de los siglos, orando ellos mismos á su vez con El, sino que continúen, y, como dice San Pablo, acaben su pasión, sufriendo realmente con El. Así, no es bastante que los fieles se asocien á los sufrimientos de Jesucristo de la manera que acabamos de decir, esto es, asistiendo al sacrificio no sangriento de la Eucaristía, uniéndose á sus fines, y aplicándose su virtud. Si se sujetan á esta participación, ¿podría decirse que perpetúan en su persona, con sus rea-

les y propios sufrimientos, la pasión del Hombre-Dios? Ya se ha dicho que con sus sufrimientos personales, padecidos en unión con Jesucristo, deben perpetuar y acabar el sacrificio sangriento.

Ahora bien, preguntamos: esta intención del divino Maestro, de perpetuar su vida doliente en sus miembros, ¿no se ve fustrada en el mayor número de casos, sobre todo, cuando se trata de sufrir por la salvación de los demás? Suprimid el número ¡ay! tan grande de los cristianos en pecado mortal, en quienes nuestro Señor no perpetúa su sacrificio, puesto que en tanto que permanecen en ese estado no son sus miembros vivos. Suprimid, en seguida, esa masa de cristianos que, sin estar en pecado mortal, no aceptan el sufrimiento más que por que no pueden evitarlo, es decir, por fuerza, y sin ninguna intención sobrenatural. ¿Qué resta? Dos clases de fieles, miembros vivos de Jesucristo, que perpetúan, al menos para ellos mismos, el sacrificio de su divina Cabeza. La primera, la de los cristianos animados de un verdadero espíritu de fe, que aceptan en el mundo con resignación y paciencia los sufrimientos que Dios les envía; pero sin elevarse ordinariamente á los sentimientos más generosos de las almas santas y fervorosas que sufren, no sólo con sumisión, sino con abnegación, por agradar á Dios y á su amable Hijo Jesús. Ahora bien; es evidente que nuestro Salvador, perpetuando sus sacrificios en esta clase de cristianos, no lo consigue más que de una manera imperfecta, por que esta clase de cristianos no piensan en utilizar sus sufrimientos por los demás, es decir, en soportarlos con una intención apostólica, para obtener gracias de conversión y de salvación.

La segunda clase es la de los cristianos fervorosos, que en el mundo ó en cualquiera parte, arden con el fuego de la divina Caridad, y no se contentan con sufrir, con un sentimiento de resignación por ellos mismos, sino que, elevándose hasta el motivo del amor y del sacrificio más puro, se estiman dichosos como los apóstoles, en sufrir y en ser humillados por el santo nombre de Jesús y

para ganarle almas. Tal fué San Pablo, ardiente discípulo de la cruz, que, bajo la acción del fuego divino que consumía su alma, exclamaba: «Lejos de mí glorificarme en otra cosa que en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo»: *Absit mihi gloriari nisi in Cruce Domini nostri Jesu Christi.* ¡San Pablo, que había consentido voluntariamente, por salvar á sus hermanos, en ser anatematizado por ellos! *Cupiebam anathema esse a fratribus meis.*

Tales fueron los santos de todos los siglos, quienes marchando sobre las huellas del gran Apóstol, suspiraban de todo corazón por la cruz y por las humillaciones del Salvador. Tal es todavía el corto número de almas generosas, que inspirándose en los nobles sentimientos que animaron en todos los tiempos á los verdaderos amigos de Dios, cifran su alegria en sufrir y ser humilladas en Jesucristo y por Jesucristo, juzgándose demasiado dichosos de poder á este precio ganarle otras.

Pero, ¿no piensas tú como nosotros, piadoso lector, que el número de estas almas fervorosas es relativamente bien pequeño? ¿Qué hará el Señor Jesús para llenar esta laguna y perpetuar dignamente, según sus designios, sus sacrificios sangrientos? Helo aquí: El sacará de la masa común de los cristianos dos categorías de fieles, miembros vivos suyos, para convertirlos de una manera particular, en continuadores de sus sacrificios: queremos hablar de los sacerdotes y de los religiosos, los cuales, por la obligación en que están de llevar una vida más santa, más mortificada, más apartada de los placeres del mundo, se hallan en condiciones más favorables para perpetuar, como conviene, la vida de sufrimientos y sacrificios del Salvador. Principalmente á los religiosos se ha confiado esta misión, y entre estos últimos, más especialmente á aquellos cuyo instituto tiene un carácter particular de penitencia y de sacrificio.

No repetiremos aquí ya lo que hemos dicho acerca del Apostolado del sufrimiento entre los sacerdotes, y de los motivos poderosos que tienen

para ejercerle. Nos contentaremos con señalar una diferencia, que bajo el punto de vista que nos ocupa, existe entre ellos y los religiosos, de la que resulta, que es finalmente á estos últimos á quienes, de una manera oficial y directa, ha sido confiada por el Hombre-Dios la misión de perpetuar en su persona su sacrificio sangriento por la salvación de las almas; lo mismo que oficial y directamente ha sido confiada á los sacerdotes la misión de perpetuar su sacrificio no sangriento, en el altar eucarístico.

En efecto, la primera y esencial función del sacerdote es la de *sacrificador*, y, por consiguiente, por este título es llamado más particularmente que el simple fiel á asociarse por una vida más santa y más mortificada á los sufrimientos y al sacrificio sangriento de Jesucristo. Pero no es llamado por tantos títulos como el religioso, y de aquí, que la vida del sacerdote no esté sometida como la del último á las observancias, privaciones, penitencias y austeridades que hacen de la vida de los religiosos un perpetuo sacrificio. El sacerdote no ha hecho como el religioso voto de pobreza; y puede, por consiguiente, gozar legítimamente de lo que posee y procurarse, con tal de permanecer dentro de los límites de su deber y de su dignidad, ciertas satisfacciones que no se permiten á los religiosos. El sacerdote ha prometido obediencia á su Obispo; pero comparada con el voto de obediencia que pronuncia el religioso, en virtud del cual se obliga á una perpetua abnegación de sí mismo en cosas frecuentemente difíciles, esta promesa es muy dulce y de fácil ejecución.

Lo que acabamos de decir basta para que se comprenda que si el sacerdote, por razón de la naturaleza de sus funciones y del sagrado carácter de que está revestido, debe perpetuar en sí mismo de una manera más perfecta que el simple fiel la vida doliente del Salvador, el religioso tiene obligación, por razón de sus votos, de perpetuarla de una manera más perfecta que el sacerdote. A él se le ha conferido oficial y solemnemente el título y

la función de *víctima:* como al sacerdote, en virtud de la santa ordenación, se le ha conferido oficial y solemnemente el título y la función de *sacrificador*.

Sin embargo, entre los religiosos, á los cuales ha sido más especialmente confiada la misión de víctima, es necesario colocar en el primer lugar á los que pertenecen á los institutos más austeros, destinados á la oración y al sacrificio.

En el cuerpo místico de Jesucristo como en el cuerpo humano hay un doble movimiento, una doble expansión de vida, la una exterior y visible, y la otra interior y oculta. Una y otra tienen por objeto poner la sangre del Redentor, y, por consiguiente su vida divina, en circulación en todo el cuerpo místico de la Iglesia: una y otra tienen su principio en el Sagrado Corazón de Jesús, de donde brotan, como brota un río majestuoso de su fuente. Dos órganos ó canales están estrechamente unidos á esta fuente sagrada, donde se contienen las aguas vivas de la gracia. El uno, visible, es el *cuerpo sacerdotal*, á quien Jesús ha confiado el depósito de su doctrina y de los méritos de su sangre con la misión de trasmitirlos á los hombres por la enseñanza evangélica y por la dispensación de los sacramentos. El otro, invisible, son las almas santas que Jesús se une estrechamente por el amor y por el dolor, y de las cuales se sirve como de instrumentos de sus misericordias, sobre todo, en los casos en que, por diversas causas, el ministerio ordinario del sacerdote se hace difícil ó imposible. Porque las funciones de estos apóstoles del amor y del sufrimiento, consisten, sobre todo, en ayudar al ministerio del sacerdote y en suplirle en cierta medida, cuando se halla ausente, es decir, cuando por una razón cualquiera no puede ser ejercido. La Santísima Virgen María está á la cabeza de estos apóstoles del sufrimiento. Y tal es en ella la dignidad de este Apostolado, que ha merecido ser llamada «Reina de los Apóstoles». *Regina Apostolorum*. ¡Ah! Y es que habiéndose formado todo en la Iglesia naciente con sus ejemplos y con sus consejos, María se ofrece en sacrificio por las al-

mas. Cada día inmola para ellas con su ardiente amor sobre el altar de su corazón purísimo una víctima sin mancha, es decir, sus fervorosas oraciones, sus santos trabajos, sus dolores de madre, en una palabra, su sangre y su vida, en unión con su divino Hijo Jesús. ¡Es admirable que por este medio haya concurrido á la salud y á la perfección de tan gran número de almas!

Ahora bien, no tenemos que decirlo: los religiosos y religiosas entregados á los ejercicios de la vida contemplativa en un instituto donde se hace profesión especial de orar y sufrir, realizan en muy alto grado esta misión secreta, confiada á la Madre de Dios, este *apostolado interior* que se une por lazos más íntimos al *apostolado exterior*, ejercido por los sacerdotes. En su clase es donde nuestro Señor se complace en elegir las *víctimas especiales* de que hablaremos pronto, ó quizás cada una de ellas es una víctima escogida.

La ilustre fundadora del Carmelo, la seráfica Teresa, no entendía de otra manera la vida de sacrificio que había abrazado: ella misma decía á sus hijas, viendo los males que desolaban á la Iglesia: «Oh, ¡hijas mías en Jesucristo! Ayudadme á pedir á nuestro Señor que se digne remediar tan gran mal. Para este objeto estamos aquí reunidas: este es el objeto de nuestra vocación: y esto es lo que debemos pedir á Dios sin cesar».—Hacia este objeto y hacia el de la salvación de las almas, quería también que hiciesen converger sus austeridades las jóvenes y las viejas, entregándose, en una palabra, á toda la vida del sacrificio. Y para animarlas en esta senda difícil, marchaba ella misma á su cabeza y se entregaba á todos los sacrificios, repitiendo la frase que había tomado por divisa: «O sufrir ó morir»: *Pati, aut mori.*

CAPÍTULO XX.

CONCLUSIONES PRÁCTICAS DE LOS DOS CAPÍTULOS PRECEDENTES.

Acabamos de establecer sobre razones sólidas lo que llamamos la *misión expiatoria* de los institutos religiosos, sobre todo de aquellos en que se hace especialmente profesión de *orar* y de *sufrir*, por la salvación de las almas. De estas consideraciones, que en nuestros días tienen particular oportunidad, creemos deber sacar las conclusiones siguientes:

Primera conclusión.—Habiendo salvado el Hijo de Dios al mundo por la cruz, y queriéndose servir del mismo medio para aplicar su virtud á los hombres, cuanto más se unan en el siglo los cristianos por sus sufrimientos á los sufrimientos de Jesucristo, para salvar á sus hermanos, tanto más habrá en dicho siglo más fundadas esperanzas de salvación. Y como los religiosos y las religiosas han recibido de Dios, según hemos dicho, la *unión especial* de perpetuar en sus personas los sufrimientos y la pasión de Jesucristo, claro es, que cuantos más religiosos y religiosas haya encargados de esta misión y sean más fieles en su cumplimiento, más esperanzas fundadas de salvación habrá para el siglo en que florezcan. Y como estos mismos religiosos y religiosas participan tanto más perfectamente de la misión expiatoria del Hijo de Dios, cuanto pertenecen á los institutos más auteros, donde se hace profesión especial de orar y de sufrir por la salvación de las almas, en el siglo, en el reinado de religiosos y religiosas á que pertenezcan esos institutos fieles á su vocación, habrá más esperanzas fundadas de salvación, de próximo triunfo, y esperanzas de bienes espirituales para la Iglesia.

mas. Cada día inmola para ellas con su ardiente amor sobre el altar de su corazón purísimo una víctima sin mancha, es decir, sus fervorosas oraciones, sus santos trabajos, sus dolores de madre, en una palabra, su sangre y su vida, en unión con su divino Hijo Jesús. ¡Es admirable que por este medio haya concurrido á la salud y á la perfección de tan gran número de almas!

Ahora bien, no tenemos que decirlo: los religiosos y religiosas entregados á los ejercicios de la vida contemplativa en un instituto donde se hace profesión especial de orar y sufrir, realizan en muy alto grado esta misión secreta, confiada á la Madre de Dios, este *apostolado interior* que se une por lazos más íntimos al *apostolado exterior*, ejercido por los sacerdotes. En su clase es donde nuestro Señor se complace en elegir las *víctimas especiales* de que hablaremos pronto, ó quizás cada una de ellas es una víctima escogida.

La ilustre fundadora del Carmelo, la seráfica Teresa, no entendía de otra manera la vida de sacrificio que había abrazado: ella misma decía á sus hijas, viendo los males que desolaban á la Iglesia: «Oh, ¡hijas mías en Jesucristo! Ayudadme á pedir á nuestro Señor que se digne remediar tan gran mal. Para este objeto estamos aquí reunidas: este es el objeto de nuestra vocación: y esto es lo que debemos pedir á Dios sin cesar».—Hacia este objeto y hacia el de la salvación de las almas, quería también que hiciesen converger sus austeridades las jóvenes y las viejas, entregándose, en una palabra, á toda la vida del sacrificio. Y para animarlas en esta senda difícil, marchaba ella misma á su cabeza y se entregaba á todos los sacrificios, repitiendo la frase que había tomado por divisa: «O sufrir ó morir»: *Pati, aut mori.*

CAPÍTULO XX.

CONCLUSIONES PRÁCTICAS DE LOS DOS CAPÍTULOS PRECEDENTES.

Acabamos de establecer sobre razones sólidas lo que llamamos la *misión expiatoria* de los institutos religiosos, sobre todo de aquellos en que se hace especialmente profesión de *orar* y de *sufrir*, por la salvación de las almas. De estas consideraciones, que en nuestros días tienen particular oportunidad, creemos deber sacar las conclusiones siguientes:

Primera conclusión.—Habiendo salvado el Hijo de Dios al mundo por la cruz, y queriéndose servir del mismo medio para aplicar su virtud á los hombres, cuanto más se unan en el siglo los cristianos por sus sufrimientos á los sufrimientos de Jesucristo, para salvar á sus hermanos, tanto más habrá en dicho siglo más fundadas esperanzas de salvación. Y como los religiosos y las religiosas han recibido de Dios, según hemos dicho, la *unión especial* de perpetuar en sus personas los sufrimientos y la pasión de Jesucristo, claro es, que cuantos más religiosos y religiosas haya encargados de esta misión y sean más fieles en su cumplimiento, más esperanzas fundadas de salvación habrá para el siglo en que florezcan. Y como estos mismos religiosos y religiosas participan tanto más perfectamente de la misión expiatoria del Hijo de Dios, cuanto pertenecen á los institutos más auteros, donde se hace profesión especial de orar y de sufrir por la salvación de las almas, en el siglo, en el reinado de religiosos y religiosas á que pertenezcan esos institutos fieles á su vocación, habrá más esperanzas fundadas de salvación, de próximo triunfo, y esperanzas de bienes espirituales para la Iglesia.

Segunda conclusión.—Cuanto más haya suscitado una nación católica contra ella, por los crímenes de sus hijos, la cólera de Dios, más necesario y urgente será multiplicar en el seno de esta nación los asilos de la *oración y de la penitencia*, es decir, las comunidades religiosas donde se hace profesión particular de *orar* y de *sufrir*. Por la misma razón, cuanto más manchada está una región por las iniquidades de sus habitantes, cuanto en una diócesis hay más impíos, malos cristianos y asociaciones anticatólicas, tanta más razón hay para trabajar por la salubridad de esa región y de esa diócesis, introduciendo en ellas esas plantas saludables, salidas de la sangre de Jesucristo, que derraman en torno de sí tan suave olor de vida y de pureza: tanto más importa establecer lo que uno de nuestros Señores Obispos, llamaba, no hace mucho, con gran justicia, *pararrayos*, destinados á apartar de las cabezas culpables los golpes de la divina cólera, pronta á descargar sobre ellas. En apoyo de esta conclusión, citaremos el juicioso pasaje de un periódico católico sobre la saludable influencia de los conventos é instituciones religiosas en Alemania. «Estas almas (dice hablando de los religiosos y religiosas), son las que con sus *oraciones* y con el ejercicio de las *obras de misericordia*, han salvado los estados, cuyo impío dueño los había puesto á dos dedos de su perdición. Ellas son las que apartan los castigos divinos de las ciudades malditas. Holocaustos voluntarios, rescatan con sus privaciones y austeridades las privaciones de los espíritus que las escarnecen. Ellas han orado, sufrido y practicado las buenas obras por la sociedad olvidada de sus deberes; y los resultados obtenidos hasta aquí, nos hacen entrever todo lo que hay de verdad en estas palabras del Apóstol: *Charitas omnia sperat* «La caridad lo espera todo»; y aun nos permitimos añadir que todo lo ha obtenido en Alemania en nuestros días». El autor alude aquí al gran movimiento en sentido católico que se ha desarrollado en Alemania después de muchos años, bajo la influencia de las corporaciones religiosas. Otro tanto puede decirse del movimiento, no menos señalado hacia nuestra santa religión, que se ha producido en Inglaterra, y que determina cada año tan gran número de conversiones al catolicismo. Y entre las numerosas causas de escándalo que desolan á nuestra querida Francia, ¿de cuánto auxilio, de cuántos beneficios no es deudora á las instituciones religiosas que encierra en su seno en número tan grande? ¡Dichosa si sabe comprender siempre que esas instituciones son y serán para ella una fuente inagotable de salvación y de prosperidad!

Tercera conclusión.—No hay que asombrarse de que los impíos de nuestros días, como los de todos los tiempos, ataquen con pertinaz encarnizamiento á las congregaciones religiosas y se esfuercen por todos los medios en desacreditarlas, en impedir su desarrollo, y, si fuera posible, en exterminarlas para siempre. Lo que causa asombro es ver que ciertos católicos, ciegos ó mal intencionados, se hagan eco de sus declamaciones y de sus odios injustos. Tal manera de proceder denota que son víctimas de un deplorable desfallecimiento del sentido sobrenatural, ó de una gran ignorancia del plan providencial, en la economía general de la redención: y aun lo que sería todavía más sensible, de una malevolencia que no se puede suponer, porque sería mas hostil á Dios que á los hombres, en razón á que opondría un obstáculo serio á la salvación de las almas, por las cuales ha derramado Jesucristo toda su sangre. En efecto, á menos de cerrar voluntariamente los ojos á la evidencia de los hechos, es imposible no ver que las corporaciones religiosas, á pesar de las enfermedades inherentes á la naturaleza humana, han prestado en todos los tiempos y prestan en nuestros días muy grandes servicios á la Iglesia y á las almas. ¿Cómo se concibe que hombres, que no son ciertamente enemigos del Hijo de Dios, se coloquen entre los adversarios de esos auxiliares, consagrados á su obra? Y esto en una época en que esta obra del divino Salvador encuentra tantos enemigos, y las almas res-

catadas á precio de su sangre, tan grandes y numerosos daños de ruina eterna. ¡Ah! ¿No temen esos cristianos imprudentes que la sangre de Jesucristo, cuya aplicación por los instrumentos que se ha dignado elegir impiden, caiga sobre ellos como una anatema en el gran día del juicio, donde cada uno recibirá la recompensa del bien á que haya cooperado, ó el castigo del mal de que haya sido la causa?

Cuarta conclusión.—Los sacerdotes y directores de conciencias, lejos de contrariar la vocación de las personas que les manifiestan su deseo de abrazar la vida religiosa, deben, por el contrario, estimular esa vocación, cuando después de maduro examen, reconozcan que viene de Dios, y, por lo mismo, deben, si pueden, favorecer su ejecución. Obrando de esta manera, deben persuadirse de que prestarán un señalado servicio, no sólo á las almas á quienes el Señor llama á la soledad, sino á la Iglesia entera, á quien esas personas sacrificadas en el claustro, ó fuera de él, servirán de poderoso auxilio con sus oraciones, sus austeridades, sus sufrimientos y su infatigable devoción.

¿Y cuándo fué más oportuno y necesario que en nuestros días, favorecer el santo entusiasmo de las almas que el Espíritu Santo llama á una vida de oración y de sacrificio, por la salud de sus hermanos? ¿Acaso la generación en el seno de la cual vivimos es una generación que no quiere orar ni sufrir? ¿No es urgente, si no se quiere ver que se abisme más y más en sus corrupciones y en sus tinieblas, que las almas puras y fervorosas se interpongan entre ella y Dios, por sus voluntarias expiaciones y por sus oraciones, para apartar los azotes que la amenazan y obtener misericordia y perdón? Sí; la necesidad de la oración y de la expiación se hace sentir en nuestros días más que nunca; y somos nosotros, los directores de las conciencias, los llamados á secundar con todo nuestro poder ese movimiento del Espíritu Santo. Pero tengamos cuidado de no sustituirle, bajo cualquier pretexto, por nuestro impulso personal. Que esto es lo que sucede cuando un director, inspirándose en motivos humanos y algunas veces en los prejuicios de su siglo, da á un alma una dirección que no es la de la gracia, y contraría así el designio de Dios sobre ella, con gran detrimento de dicha alma y de muchas otras, á quienes habría prestado numerosos auxilios, en el lugar donde Dios hubiera querido verla.

Semejantes Sacerdotes merecen mejor el nombre de *desviadores* de las almas que el de directores y guías espirituales. La responsabilidad que asumen, por una conducta tan en desacuerdo con el Espíritu Santo, no es ciertamente de naturaleza bastante para tranquilizarlos, por la cuenta que tienen que rendirle algún día de las almas confiadas á su cuidado. Esta conclusión, guardando las debidas proporciones, debe extenderse á los padres y madres de familia, que contrarían, sin razón, la vocación eclesiástica ó religiosa de sus hijos; y por un afecto desordenado, que no es frecuentemente más que un puro egoismo, levantan entre ellos y la vida religiosa una barrera infranqueable. Acuérdense de que obrando de esta suerte se hacen culpables para con Dios y para con sus hijos de una grave injusticia, de la cual tendrán que dar rigorosa cuenta al Soberano Juez; esto sin hablar de los castigos y tristezas domésticas que semejante conducta, indigna de un cristiano, no dejará de atraer sobre ellos y sobre su familia.

Conclusión quinta.—De consiguiente, los religiosos y las religiosas, deben ser mirados como víctimas, ofrecidas en sacrificio á Dios Padre, en unión con su divino Hijo, que sufrió y murió por la salvación del mundo. Y tanto más se manifestarán conformes con Jesucristo crucificado, cuanto cumplan de una manera más perfecta el fin sublime de su vocación. Para hacer contrapeso al espíritu de independencia y al amor desenfrenado de los goces materiales que van devorando á las sociedades modernas, como un cáncer, se hace más necesario que nunca que los religiosos y religiosas entren plenamente en este espíritu de sacrificio, por la práctica asidua de una profunda humildad,

de una entera obediencia y de una perfecta mortificación. Así, nuestra convicción es tal que creemos que uno de los puntos sobre los cuales los superiores y superioras de las comunidades religiosas tienen que insistir más en nuestros días, es el de promover, por todos los medios, en sus inferiores, el *espíritu de sacrificio, el amor de la cruz* en unión con Jesucristo crucificado, para la salvación de las almas, rescatadas á precio de su sangre, de las cuales tan gran número ¡ay! cae todos los días en el infierno.

Conclusión sexta.—De consiguiente, todos los religiosos y religiosas, dedicados con especialidad á los ministerios de la vida activa, tales como la predicación, la educación de la juventud, la asistencia de los pobres y de los enfermos, deben aplicarse tanto más á esta vida de sacrificios, cuanto están más expuestos á perderla, á causa de las distracciones inseparables del ejercicio de sus funciones. Todo religioso, en efecto, sea cualquiera la naturaleza de su ministerio, está, como hemos dicho antes, por el solo hecho de su profesión religiosa, oficialmente destinado á perpetuar en la tierra el sacrificio de Jesucristo, en calidad de *víctima*, asociado á la verdadera Víctima del Calvario para la salvación del mundo. No de otra manera han comprendido el espíritu de su instituto los fundadores de esas órdenes. Uno de ellos, entre otros, ha incluído en la fórmula de los votos, que pronuncian sus hijos, la palabra *holocausto*, que suplica á Nuestro Señor se digne admitir en olor de suavidad: *Ut hoc holocaustum in odorem suavitatis admittere digneris.* He aquí el pensamiento completo del sacrificio, expresado con tal precisión, que no da lugar á equivocarse.

Conclusión séptima.—De consiguiente, los religiosos y religiosas pertenecientes á los institutos austeros, en que se hace profesión más especial de orar y sufrir por la salvación de las almas, deben estimarse dichosísimos y honradísimos por ser llamados á seguir de más cerca á Jesucristo en la vida real de la cruz, para perpetuar de muy especial

manera su vida de oración y de sacrificio, siendo asociados más que ningún otro á su título y á su divina función de *víctima*, para la salvación del mundo. Sí; regocijaos, y en la prueba inseparable de esta vida de sacrificios, fortaleceos con el pensamiento de que nada contempla el Padre con más complacencia en la tierra desde lo alto del cielo, que las imágenes vivas de su Hijo crucificado. ¿Y no sois vosotros de ese número? ¿No sois vosotros, por excelencia, miembros dolientes de Jesucristo? Vuestra pobreza, vuestra desnudez, vuestras privaciones, vuestros ayunos, vuestras austeridades, vuestras vigilias, vuestras oraciones, de día y de noche, vuestras humillaciones, vuestra obediencia, ¿no hacen de vosotros, si sois fieles á vuestra regla, otros tantos Jesús crucificados? Valor, pues, generosas víctimas: vosotras habéis elegido la mejor parte y no os será quitada. Vuestro lugar está señalado en el cielo, entre los príncipes de la gloria: *Ut collocet eum cum principibus, cum principibus populi sui.* A vosotros, á quienes el mundo maldice como á un campo estéril, ó como á un leño seco que sólo sirve para ser arrojado al fuego, os está permitida la fecundidad: la fecundidad de las almas, mil veces más preciosa que la que perpetúa en la tierra la raza del viejo Adán. Por vuestras fervorosas oraciones, por vuestros sacrificios de todos los días, por vuestra ardiente caridad, por vuestra íntima unión con el casto Esposo de las almas, multiplicáis la familia del nuevo Adán, de Nuestro Señor Jesucristo, regocijáis á su Esposa, la santa Iglesia, y poblái el cielo de elegidos. Amad, pues, esos claustros sagrados, esas soledades benditas, donde, como otra vez, viene el Señor Jesús á buscar un abrigo, contra los ruidos del mundo. Sepultaos con El en ese misterioso desierto: unid vuestra oración á su oración, vuestros ayunos á los suyos, vuestros combates á sus combates: sobre todo, unid estrechamente vuestro corazón á su Corazón divino, que no pide más que ser amado, en cambio del inmenso amor que nos tiene. Sí; amemos con todo nuestro corazón al

amable Corazón de Jesús. Sea El con Dios Padre y con el Espíritu Santo, el único objeto de nuestras adoraciones, de nuestro amor y de nuestras alabanzas, en el tiempo y en la eternidad. Después de Jesús, sea María, su augusta Madre, el primer objeto de nuestra veneración y de nuestros afectos más tiernos, consagrados al cielo desde la tierra. Amén.

CAPÍTULO XXI.

VÍCTIMAS ESPECIALES.

Jesucristo, cabeza divina de su cuerpo místico, que es la Iglesia, se perpetúa y se prolonga de alguna manera en cada uno de sus miembros, bajo alguno de los rasgos característicos de su existencia. En el simple fiel continúa su vida privada, y por decirlo así, *su vida doméstica* de Nazareth. En el Sacerdote continúa su vida pública de predicación, y su función de *sacrificador*. En el religioso continúa su vida y su función de *víctima*. Tronco divino, viña divina, la vida de Jesucristo se va, pues, comunicando como una savia fecunda, formando tres grandes ramas estrechamente unidas, las cuales, ramificándose á su vez, llevan la vida divina de Cristo hasta las últimas y menores hojas de este árbol misterioso. La primera rama es la vida de Cristo, continuada en los fieles, esto es, la vida cristiana: *vita christiana*. La segunda, es la vida de Cristo, Doctor y Sacerdote, continuada en los Sacerdotes; es la vida sacerdotal: *vita sacerdotalis*. La tercera, es la vida de Cristo, víctima obediente y crucificada, continuada en los religiosos; es la vida religiosa: *vita religiosa*. En efecto; el Hijo de Dios vino del cielo á la tierra para darnos la vida divina con abundancia. El mismo lo dijo: *Ut vitam habeant et abundantius habeant*. Y he aquí que, después de su aparición entre nosotros, la vida divina de Cristo

se desborda en el seno de las generaciones cristianas, y produce sin interrupción los frutos más abundantes de virtudes y de vida eterna. ¡Tributemos alabanzas y acciones de gracias á nuestro caritativo y dulcísimo Salvador! Para completar esta enseñanza añadiremos que, á pesar de la triple distribución de que acabamos de hablar, elige Dios, indistintamente, para fines que le son conocidos, *víctimas especiales* en todas las clases de la sociedad cristiana, y las comunica, para la salvación de sus hermanos, una participación más larga de los sufrimientos de su divino Hijo, y, por consiguiente, de su título y de su función de víctima.

Recorriendo los anales de la Iglesia, sería fácil demostrar este aserto, con hechos numerosos que le ponen en evidencia. En efecto; Dios ha elegido en todos tiempos almas fervorosas para convertirlas en víctimas agradables á sus ojos, sobre las cuales ha querido descargar los golpes que su justicia reservaba á una ciudad, á una nación, ó á su misma Iglesia, á causa de las infidelidades de sus hijos. Así es como descargó sobre la inocente víctima del Calvario, su amadísimo Hijo, los rigores que su justa cólera reservaba á la humanidad culpable. Decir el tierno amor, la tierna predilección que Dios profesa á estas almas, á quienes ha dado un rasgo particular de semejanza con su Hijo crucificado, es cosa imposible. Para complacerlas, no hay milagros, ni gracias que no esté dispuesto á conceder á sus oraciones, sobre todo, cuando se las presentan mezcladas con las lágrimas, con la sangre y con las agonías de Jesús, unidas á sus propias lágrimas y agonías. Principalmente en las épocas de crisis religiosa y social, es cuando el Señor tiene la costumbre de suscitar en su misericordia estas víctimas ocultas, cuya acción latente, como la de la gracia, obra en cada uno de nosotros, con ella y por ella, de una manera íntima y vital. Puede compararse la función importante que estas almas cumplen en los miembros del cuerpo místico de Jesucristo, á la de los órganos vitales que están unidos inmediatamente al corazón para trasmitirle

amable Corazón de Jesús. Sea El con Dios Padre y con el Espíritu Santo, el único objeto de nuestras adoraciones, de nuestro amor y de nuestras alabanzas, en el tiempo y en la eternidad. Después de Jesús, sea María, su augusta Madre, el primer objeto de nuestra veneración y de nuestros afectos más tiernos, consagrados al cielo desde la tierra. Amén.

CAPÍTULO XXI.

VÍCTIMAS ESPECIALES.

Jesucristo, cabeza divina de su cuerpo místico, que es la Iglesia, se perpetúa y se prolonga de alguna manera en cada uno de sus miembros, bajo alguno de los rasgos característicos de su existencia. En el simple fiel continúa su vida privada, y por decirlo así, *su vida doméstica* de Nazareth. En el Sacerdote continúa su vida pública de predicación, y su función de *sacrificador*. En el religioso continúa su vida y su función de *víctima*. Tronco divino, viña divina, la vida de Jesucristo se va, pues, comunicando como una savia fecunda, formando tres grandes ramas estrechamente unidas, las cuales, ramificándose á su vez, llevan la vida divina de Cristo hasta las últimas y menores hojas de este árbol misterioso. La primera rama es la vida de Cristo, continuada en los fieles, esto es, la vida cristiana: *vita christiana*. La segunda, es la vida de Cristo, Doctor y Sacerdote, continuada en los Sacerdotes; es la vida sacerdotal: *vita sacerdotalis*. La tercera, es la vida de Cristo, víctima obediente y crucificada, continuada en los religiosos; es la vida religiosa: *vita religiosa*. En efecto; el Hijo de Dios vino del cielo á la tierra para darnos la vida divina con abundancia. El mismo lo dijo: *Ut vitam habeant et abundantius habeant*. Y he aquí que, después de su aparición entre nosotros, la vida divina de Cristo

se desborda en el seno de las generaciones cristianas, y produce sin interrupción los frutos más abundantes de virtudes y de vida eterna. ¡Tributemos alabanzas y acciones de gracias á nuestro caritativo y dulcísimo Salvador! Para completar esta enseñanza añadiremos que, á pesar de la triple distribución de que acabamos de hablar, elige Dios, indistintamente, para fines que le son conocidos, *víctimas especiales* en todas las clases de la sociedad cristiana, y las comunica, para la salvación de sus hermanos, una participación más larga de los sufrimientos de su divino Hijo, y, por consiguiente, de su título y de su función de víctima.

Recorriendo los anales de la Iglesia, sería fácil demostrar este aserto, con hechos numerosos que le ponen en evidencia. En efecto; Dios ha elegido en todos tiempos almas fervorosas para convertirlas en víctimas agradables á sus ojos, sobre las cuales ha querido descargar los golpes que su justicia reservaba á una ciudad, á una nación, ó á su misma Iglesia, á causa de las infidelidades de sus hijos. Así es como descargó sobre la inocente víctima del Calvario, su amadísimo Hijo, los rigores que su justa cólera reservaba á la humanidad culpable. Decir el tierno amor, la tierna predilección que Dios profesa á estas almas, á quienes ha dado un rasgo particular de semejanza con su Hijo crucificado, es cosa imposible. Para complacerlas, no hay milagros, ni gracias que no esté dispuesto á conceder á sus oraciones, sobre todo, cuando se las presentan mezcladas con las lágrimas, con la sangre y con las agonías de Jesús, unidas á sus propias lágrimas y agonías. Principalmente en las épocas de crisis religiosa y social, es cuando el Señor tiene la costumbre de suscitar en su misericordia estas víctimas ocultas, cuya acción latente, como la de la gracia, obra en cada uno de nosotros, con ella y por ella, de una manera íntima y vital. Puede compararse la función importante que estas almas cumplen en los miembros del cuerpo místico de Jesucristo, á la de los órganos vitales que están unidos inmediatamente al corazón para trasmitirle

la sangre, y con ella la vida, de la cual es la fuente, que corre hasta los miembros más apartados. No diremos que estas almas santas son como una especie de *sacramento vivo*, de que Jesucristo se sirve para realizar en sus miembros una obra de vida divina; pero sí que son instrumentos, canales inmediatamente unidos por el dolor y por el amor á la fuente de esta vida divina, es decir, al santísimo corazón de Jesús, para trasmitirla ó para que la obtengan aquellos de sus miembros, á los cuales quiere que llegue. De donde resulta que, cuanto una alma está más unida á la fuente de la vida, que es Jesucristo, más se halla en las condiciones requeridas para sacar de ella las olas de vida divina, para sí misma y para las demás; y cuanto más apta se encuentra para perpetuar en la tierra el sacrificio de Jesucristo, y para ser asociada á su título y á su función de víctima para la salvación de los hombres, más acceso tiene, por consiguiente, cerca de Dios, y más imperio sobre el sagrado corazón de su Hijo, para obtener las más abundantes gracias, en beneficio de los justos, de los pecadores, de la Iglesia, del Soberano Pontífice, de las naciones, de las diócesis, de las parroquias, de la conversión de los infieles, en una palabra, de todas las necesidades de la Iglesia y de la humanidad.

A la cabeza de estas víctimas ocultas, aparece la augusta María, Madre de Dios y Madre nuestra, en quien el dolor y el amor entrelazados como dos tallos, el uno de espinas y el otro de flores, forman una misteriosa alianza, y la hacen aparecer á nuestros ojos con el doble título y la doble aureola de Madre de puro amor, *mater pulchræ dilectionis*, y de Reina de los mártires, *Regina martyrum*. María ha sufrido, por compasión, todos los dolores de Jesús, y ha respondido á su amor con un amor de perfecta correspondencia; de suerte que, la unión de María con Jesús por el amor y por el dolor, ha sido la más perfecta posible, y se ha efectuado con una especie de plenitud. No es, pues, de extrañar, que haya ejercido sobre el corazón de su Hijo una influencia tal, que haya obtenido por ella sacar olas de vida

divina para la humanidad entera; de modo que, todas las gracias á que inclina al corazón purísimo de Jesús el corazón santísimo de María, llegan á nosotros por este corazón virginal, como por un canal extremadamente puro y fecundo. La acción de esta grande y nobilísima víctima, que es la más perfecta, después de la víctima santa del Calvario, es, pues, no sólo una acción eficaz, sino universal, que se extiende á todos los cristianos, á todos los hombres, á todos los tiempos y á todos los lugares. Sí; la humanidad entera es deudora de su salud, después de Jesús, á María, Madre del dolor y del amor: por la cual, no es extraño que esté á la cabeza de la Santa falanje de las *víctimas especiales* de que venimos hablando. De aquí procede, quizá, el atractivo particular que induce á las almas privilegiadas á elegir á la Virgen de los Dolores y á su corazón compasivo, para objeto especial de su devoción. Como los destinos de San José son inseparables de los de María, no podríamos separarle de ella, en la parte que tuvo en los sufrimientos de Jesús, su divino Hijo. San José fué una gran víctima voluntaria, pero una víctima oculta. Asociado por Dios Padre, en calidad de cooperador, á la gran obra de la Redención y de la Regeneración del género humano, ¿cómo no habría sido particularmente asociado al gran medio reparador, es decir, á los sufrimientos, á la cruz y al sacrificio voluntario del Hombre-Dios?

Es de presumir que, después de María y José, ocupa el primer puesto entre esta generosa falanje San Juan Evangelista. El amor de Jesús por este discípulo amadísimo de su corazón, era demasiado tierno, ardiente, é íntimo, para que no le concediese la gracia insigne de una perfecta semejanza con Él. Porque tal es el amor, llevado á cierto grado de intensidad, que tiende con ardor infatigable á hacer pasar á la persona amada, tanto como esto es posible, la vida misma de la persona que ama. Ardiendo Jesús de amor por San Juan, ¿cómo no había de haber grabado en él la imagen de su vida crucificada? ¿Cómo le habría rehusado lo que con-

cede á sus mejores amigos, en prenda de su predilección, esto es, una larga parte en el cáliz de sus agonías y en los sufrimientos de su Pasión? Discípulo amadísimo de Jesucristo, ¿no fué San Juan al mismo tiempo hijo privilegiado de María, y, durante muchos años, depositario de los dolores de su Santísima Madre? ¿Ni cómo, á este nuevo título, no habría él sido mártir del dolor y del amor, él, cuya alma fué tan amante y tan sensible? Sí; lo creemos: Juan Evangelista fué una de estas *víctimas especiales* que á Dios Padre agradó asociar á los sufrimientos, sobre todo, á los sufrimientos interiores de su amadísimo Hijo.

He aquí lo que leemos á este propósito, en la vida de la bienaventurada Angela de Foliño: «Yo había, dice, pedido á la Santísma Virgen María, Madre de Dios, y á San Juan Evangelista, por el vehemente dolor que traspasó sus almas en la Pasión de Jesucristo, que me concediesen la gracia de poder sentir los dolores de la santa Pasión; y me la concedieron de tal manera, que San Juan me procuró una vez una amargura tan grande, que nunca he probado otra más vehemente; y conocí que la espada del dolor que había atravesado el corazón virginal de la Madre de Dios y el de San Juan Bautista, había sido más aguda que la de los mártires; y que habían padecido al pie de la cruz más excesivos sufrimientos que los mártires mismos». Después de este testimonio de un alma tan santa, á quien el Espíritu Santo se dignó favorecer con sus más íntimas comunicaciones, no parecerá extraño que queramos hacer partícipes á nuestros lectores de la persuasión en que están de que San Juan Evangelista ocupa el primer lugar de estos mártires ocultos, en cuyo corazón ha plantado Jesucristo su cruz, á quienes asocia particularmente á su título y á su función de víctima, y de los cuales hace con su predilección los continuadores de su sacrificio para la salvación del mundo, por medio de la participación de los dolores, sobre todo, de los dolores de su alma santa y de su corazón agonizante. Así, no creemos hacer nada mejor que

aconsejar á las almas, á quienes Dios conduce por estos caminos dolorosos, que recurran en sus tribulaciones á la protección de San Juan, discípulo amadísimo del corazón agonizante de Jesús, é Hijo privilegiado del corazón compasivo de María. Existen, en efecto, no sólo entre los miembros de Jesucristo, sino entre sus diversas funciones, ciertas relaciones íntimas, que unen las unas á las otras en un orden jerárquico, lleno de armonía y de humildad. Ocupando San Juan un puesto de honor en esta misteriosa jerarquía, tiene, por esto mismo, con los que se hallan colocados por encima de él, una visible influencia de protección y de caridad.

A su vez, María Magdalena, alma privilegiada, cuyas lágrimas de arrepentimiento y ardiente amor la hicieron tan querida del corazón del divino Maestro, ¿no fué también una de las víctimas escogidas? Después de que el Hijo de Dios derramó el perdón en esta grande alma, y con el perdón los dones más preciosos de la gracia, ¿no fué como un instrumento de misericordia para atraer á una infinidad de pecadores y de pecadoras convertidos? Durante los diez y ocho siglos que nos separan del día en que estuvo desecha en lágrimas al pie de la cruz, con María y el discípulo amadísimo, ¿hay un sólo día, en que su memoria, sus oraciones, su ejemplo, sus lágrimas y su larga penitencia, no hayan ejercido sobre cualquier pródigo una influencia saludable, un apostolado de misericordia y de conversión? ¿No se sirvió de ella el Hijo de Dios para hacer descender sobre la tierra de las Galias el rocío celestial? Y ¿no se debe en gran parte á su poderosa intervención, cerca de Dios, unida á los trabajos de los hombres apostólicos, venidos para acabar de desmontar una tierra tan árida hasta entonces, que se haya convertido en reino cristianísimo esta hija primogénita de la Iglesia, esta Francia, querida de Dios, en todo tiempo tan generosa, hoy tan probada, pero cuyas pruebas se disminuirán el día en que las almas devotas se ofrezcan á Dios como Magdalena, en clase de víctimas para su rescate?

No es posible calcular el maravilloso poder del

amor y del dolor, en un alma íntimamente unida á la fuente misma de la gracia, al Sagrado corazón de Jesús. ¿Quién calculará las santas influencias que esta alma, divinizada por su contacto con el Hombre-Dios, derrama, de todos lados, en torno de sí? Su acción no tiene más límites que los de su amor y su dolor. Según que ama ó que sufre amando, obra más ó menos extensamente, con más ó menos eficacia en esta esfera misteriosa, que es el mundo de las almas, la región de lo sobrenatural, en sus relaciones con la pobre humanidad. No: las ramas del árbol más vigoroso no sacan de su tronco tanta savia vegetal para fecundarse, como vida divina saca una de estas almas para sí y para los demás, del tronco divino al cual está unida, es decir, de Jesucristo, árbol de vida y verdadera viña, que da frutos para la eternidad. *Ego sum vitis, vos palmites.* María Magdalena, lo creemos sin vacilar, fué una de estas ramas fecundas, estrechamente unidas al tronco divino. Arraigada con él en el suelo del Calvario, sacó una savia abundante de vida divina, y la distribuyó á su vez á una multitud innumerable de ramas, que le deberán eternamente, después de Dios, la gracia de no permanecer como fragmentos de leña seca, únicamente buenos para ser arrojados al fuego.

Así, pues, de la misma cruz ó mejor de las llagas mismas de Jesucristo crucificado, brotan tres grandes ramas, unidas á El por el amor y por el dolor. La primera, á la cual se unen las otras dos, es la augusta María, la amadísima y compasiva Madre de Jesús, que por razón de la excelencia y de la intimidad de su unión con su divino Hijo, y de su conformidad con El por el sufrimiento y por el amor, está colocada en la misma fuente de la gracia, y saca la vida divina con tal abundancia, que la recibe como en su plenitud, y á su vez puede derramarla sobre la humanidad, hasta las últimas generaciones. Así es como esta purísima Virgen aparece constituída al pie de la cruz como *Reina de los apóstoles del sufrimiento.* Después de María y por María, las otras dos ramas que brotan del

árbol de la vida, son San Juan y Santa Magdalena. Su amor y su compasión por su Maestro crucificado, les dan un rasgo tan perfecto de semejanza con El, que merecen, después de la augusta María, ocupar el primer lugar entre los *apóstoles del dolor.* En recompensa de su sacrificio recibieron, el uno y la otra, una misión importante. A San Juan se le confió la de fecundar con su caridad y con sus dolores, no menos que con su palabra, la ciudad de Efeso y las comarcas del Oriente. La segunda, convertida en ilustre penitente del Santo Carmelo en Provenza, tuvo por misión fecundar en Jesucristo las regiones de Occidente, con sus lágrimas, sus oraciones, sus expiaciones voluntarias, sobre todo, con los santos y vivificantes ardores de su amor. Marsella, en particular, la debió, á la vez que á su hermano Lázaro y á su hermana Marta, convertirse, de pagana que era, en una de las ciudades más profundamente católicas del mundo. Así, pues, sobre el Calvario, y al pie de la cruz, se inaugura en María, Madre de Dios, y por María en San Juan y en Santa María Magdalena, el *apostolado del sufrimiento.* ¡Qué origen tan glorioso! ¿Quién no se mostrará santamente celoso de tomar parte, en la medida de que sea capaz, en tan sublime apostolado, sobre todo, en estos tiempos desdichados, en que el concurso de los cristianos, dispuestos á sacrificarse por la salvación de sus hermanos, es tan necesario y oportuno?

CAPÍTULO XXII.

EJEMPLOS.

—

En confirmación de lo que se acaba de decir en el capítulo precedente, vamos á citar algunos ejemplos que demostrarán cómo se ha complacido el Hijo de Dios en todos los tiempos, en asociar á su sacrificio víctimas especiales para las necesidades de su Iglesia, y para la conversión de las almas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amor y del dolor, en un alma íntimamente unida á la fuente misma de la gracia, al Sagrado corazón de Jesús. ¿Quién calculará las santas influencias que esta alma, divinizada por su contacto con el Hombre-Dios, derrama, de todos lados, en torno de sí? Su acción no tiene más límites que los de su amor y su dolor. Según que ama ó que sufre amando, obra más ó menos extensamente, con más ó menos eficacia en esta esfera misteriosa, que es el mundo de las almas, la región de lo sobrenatural, en sus relaciones con la pobre humanidad. No: las ramas del árbol más vigoroso no sacan de su tronco tanta savia vegetal para fecundarse, como vida divina saca una de estas almas para sí y para los demás, del tronco divino al cual está unida, es decir, de Jesucristo, árbol de vida y verdadera viña, que da frutos para la eternidad. *Ego sum vitis, vos palmites.* María Magdalena, lo creemos sin vacilar, fué una de estas ramas fecundas, estrechamente unidas al tronco divino. Arraigada con él en el suelo del Calvario, sacó una savia abundante de vida divina, y la distribuyó á su vez á una multitud innumerable de ramas, que le deberán eternamente, después de Dios, la gracia de no permanecer como fragmentos de leña seca, únicamente buenos para ser arrojados al fuego.

Así, pues, de la misma cruz ó mejor de las llagas mismas de Jesucristo crucificado, brotan tres grandes ramas, unidas á El por el amor y por el dolor. La primera, á la cual se unen las otras dos, es la augusta María, la amadísima y compasiva Madre de Jesús, que por razón de la excelencia y de la intimidad de su unión con su divino Hijo, y de su conformidad con El por el sufrimiento y por el amor, está colocada en la misma fuente de la gracia, y saca la vida divina con tal abundancia, que la recibe como en su plenitud, y á su vez puede derramarla sobre la humanidad, hasta las últimas generaciones. Así es como esta purísima Virgen aparece constituída al pie de la cruz como *Reina de los apóstoles del sufrimiento.* Después de María y por María, las otras dos ramas que brotan del

árbol de la vida, son San Juan y Santa Magdalena. Su amor y su compasión por su Maestro crucificado, les dan un rasgo tan perfecto de semejanza con El, que merecen, después de la augusta María, ocupar el primer lugar entre los *apóstoles del dolor.* En recompensa de su sacrificio recibieron, el uno y la otra, una misión importante. A San Juan se le confió la de fecundar con su caridad y con sus dolores, no menos que con su palabra, la ciudad de Efeso y las comarcas del Oriente. La segunda, convertida en ilustre penitente del Santo Carmelo en Provenza, tuvo por misión fecundar en Jesucristo las regiones de Occidente, con sus lágrimas, sus oraciones, sus expiaciones voluntarias, sobre todo, con los santos y vivificantes ardores de su amor. Marsella, en particular, la debió, á la vez que á su hermano Lázaro y á su hermana Marta, convertirse, de pagana que era, en una de las ciudades más profundamente católicas del mundo. Así, pues, sobre el Calvario, y al pie de la cruz, se inaugura en María, Madre de Dios, y por María en San Juan y en Santa María Magdalena, el *apostolado del sufrimiento.* ¡Qué origen tan glorioso! ¿Quién no se mostrará santamente celoso de tomar parte, en la medida de que sea capaz, en tan sublime apostolado, sobre todo, en estos tiempos desdichados, en que el concurso de los cristianos, dispuestos á sacrificarse por la salvación de sus hermanos, es tan necesario y oportuno?

CAPÍTULO XXII.

EJEMPLOS.

—

En confirmación de lo que se acaba de decir en el capítulo precedente, vamos á citar algunos ejemplos que demostrarán cómo se ha complacido el Hijo de Dios en todos los tiempos, en asociar á su sacrificio víctimas especiales para las necesidades de su Iglesia, y para la conversión de las almas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rescatadas al precio de su sangre. Obligados á ser breves, nos limitaremos á presentar algunos ejemplos, elegidos entre los más salientes.

Más arriba hemos citado el nombre de Santa María Magdalena de Pazzi, alma seráfica que ardía toda en amor por Jesucristo, y estaba devorada de celo por la salvación de las almas. He aquí lo que leemos en su vida: «El Señor la hizo conocer cuánto le complacía que, con el permiso de sus superiores, ayunase todos los días á pan y agua, á excepción del domingo...; que marchase siempre con los pies desnudos, hasta en lo más frío del infierno, no llevando sobre sí más que una simple túnica; lo que le permitieron sus superiores, reconociendo la voluntad divina. Quiso Dios, en efecto, que viviese con austeridad tan admirable, para la *expiación de los pecados de los demás*; por que la penitencia de esta Santa fué tanto más ilustre, cuanto que no tenía más objeto que la voluntad de Dios y el amor del prójimo. Hasta en los éxtasis con que fué favorecida, tenía que sufrir en conformidad con Jesucristo».

Los gritos y los suspiros que exhalaba frecuentemente en lo más fuerte de sus éxtasis, eran evidentes pruebas de los dolores estremos que sufría... lo cual realizaba todo su deseo; algunas veces su dolor llegaba á tal exceso, que la hubiera sido imposible soportarle y vivir, si la poderosa mano de Aquel que la hería con tanto amor, no la hubiera sostenido al mismo tiempo, para impedirla caer.

El lunes de la pasión de 1586, pidió al Hijo de Dios con tan gran fervor que la hiciera sentir alguna parte de los dolores de su pasión, que nuestro Señor se lo concedió. Toda la noche del jueves y viernes sintió en su cuerpo dolores extremos, que se recrudecieron mucho sobre las diez de la noche del último día; porque estando arrebatada en éxtasis, padeció tantas penas y martirio en su cuerpo, que corrieron de todos sus miembros grandes gotas de sudor y de sus ojos gran abundancia de lágrimas. Muchas horas permaneció en tal estado, siendo imposible, según las apariencias humanas, padecer tantas penas sin morir.

Pero esto no era todavía bastante: faltaban todavía á esta víctima predilecta sufrimientos más profundos y más acerbos. Queriendo elevar la majestad divina su alma á más grande santidad, la dió á entender que sería privada, durante cinco años, de los consuelos celestiales con que la favorecía. Púsose pálida como la muerte, pero sabiendo que esta era la voluntad de Dios, se resignó á sufrir lo que le agradaba. Dios permitió, pues, al demonio tentar á esta bienaventurada virgen con cinco clases de tentaciones; de infidelidad, de orgullo, de impureza, de oscuridad del entendimiento y de gula... Y ella pasó este largo tiempo de prueba, redoblando su generosidad y su amor hacia Aquel que la tenía así clavada en la cruz. Salió victoriosa, en fin, de estas pruebas, como de todas las de su vida, que fué un largo tejido de ellas. Cuando llegó la hora de la recompensa, fué á recibirla al cielo, donde reina con su divino Esposo en compañía de las almas bienaventuradas que ganó para El, con sus oraciones, con sus sufrimientos y con su amor.

El angélico Luis Gonzaga, ¿no fué también, según la relación de Santa María Magdalena de Pazzi, una de las víctimas elegidas, uno de los apóstoles del sufrimiento, destinado por Dios para continuar por el dolor y el amor la obra redentora de su divino Hijo? Oigamos contar á esta santa lo que plugo á nuestro Señor revelarla en sus éxtasis, sobre la gloria y el martirio oculto de San Luis Gonzaga. «¡Oh! ¡qué gloria posee Luis, hijo de Ignacio! No la habría creído tal, si mi Jesús no me hubiera dado de ella testimonios. Paréceme que pocos bienaventurados gozarán en el cielo de un brillo superior al suyo. Digo que Luis es santo: digo que tenemos santos en nuestra Iglesia (quería hablar de aquellos cuyas reliquias poseía la Iglesia del Monasterio), pero su gloria no iguala á la de Luis. Quisiera, si me fuera posible, recorrer el

mundo y repetir por todas partes que Luis, hijo de Ignacio, es santo. Quisiera poder descubrir su gloria á todos los ojos, para que se supiera cómo se glorifica Dios en él, con su munificencia. Su vida oculta interior, es la que le ha hecho tan glorioso. ¿Quién podrá jamás explicar el valor de los actos interiores y la recompensa que merecen? No hay comparación alguna entre los actos externos y entre los internos; y mientras Luis vivió en el mundo, constantemente se mostró ávido de las inspiraciones que el Verbo insinuó en su corazón, y que, tanto como le fué posible, tuvo gran cuidado de poner en práctica.

Luis fué un mártir desconocido, porque aquel que os ama, ¡oh Dios mío! os reconoce tan grande, tan infinitamente amable, que es para él un cruel martirio ver que no os ama tanto como quisiera, y que vuestras criaturas, en vez de amaros, os ofenden. No solamente fué *mártir*, sino que lo fué de *todo corazón*. ¡Oh cuánto os amó en la tierra! También goza de vos en los cielos por la plenitud del amor. Durante su vida mortal, hería el corazón del Verbo con sus actos de amor unitivo como con otras tantas flechas; y ahora que el Verbo le ha herido á él con las mismas flechas, conoce y gusta el premio de todos sus actos.

«Ella vió además que este santo rogaba con un fervor muy particular por los que le habían auxiliado espiritualmente en la tierra»; lo que le hizo decir: «También quiero yo buscar los medios de ganar almas, para que, si alguna alcanza el paraíso, interceda de esta manera por mí». Cuando los padres de la Compañía de Jesús, que habitaban en Florencia, oyeron hablar de esto, rogaron con grandes instancias á la madre priora que les diera la relación escrita; lo que les fué prontamente concedido, por que estos padres habían siempre prestado al monasterio grandes servicios. Fué el 4 de Abril de 1607 cuando María Magdalena de Pazzi se vió favorecida con esta insigne visión.

Muchos siglos antes, había Dios suscitado en esa misma tierra de Italia, tan fecunda en frutos

de santidad, á la ilustre virgen Catalina de Sena, destinada á ser una imagen viva de su Hijo crucificado. Apóstol de la oración y del sufrimiento, son increíbles los frutos de salvación que obró en las almas, en una época desastrosa en que corrían el más grande peligro de perderse para siempre. Su confesor no podía dar abasto á los innumerables pecadores que las oraciones y los sufrimientos de la Santa habían ganado á Dios y acudían á confesarse, teniendo que agregársele muchos sacerdotes para satisfacer esta necesidad. He aquí algunos rasgos sacados de la vida de esta humilde virgen, que demuestran el ascendiente que tenía en el corazón de Jesús, su divino Esposo.

Una mujer llamada Palmerina, llevada de un instinto diabólico, concibió tan grande odio contra Santa Catalina, que no podía verla ni oirla. La hizo arrojar de su casa, rechazando todos los servicios que la Santa se ofreció á prestarla en las enfermedades que Dios la envió para castigo de sus faltas: disposición perversa en que perseveró hasta la hora de su muerte. Entonces, más que nunca, púsose Catalina en oración para pedir á Dios por esta pobre alma, y estando prosternada delante del Señor le protestó, que no se levantaría hasta que tuviera piedad de ella. Sus súplicas fueron escuchadas; y nuestro Señor tocó y ablandó de tal manera el corazón de aquella mujer, que lloró sus faltas y murió en paz, después de haber recibido los sacramentos con las más santas disposiciones.

Un rico vecino de Sena, llamado Andrés, hombre sin corazón, malvado, enemigo de Dios y de sus Santos, abominable blasfemador, hallábase en el artículo de la muerte y no quería confesarse. Pero no lejos de allí existía un apóstol de la oración y del sufrimiento que ofrecía á Dios por él sus lágrimas y sus oraciones. También por esta vez fué escuchada Catalina, y el obstinado moribundo se volvió manso como un cordero, reconoció sus crímenes, los confesó y murió en paz. No concedió solamente nuestro Señor á su santa esposa gracias de consuelo para los pecadores, sino de devoción y

de perfección para los justos. Así obtuvo para San Raimundo, su confesor, una contrición vehemente de sus pecados; para un religioso, una gran ternura de devoción: y tantos auxilios espirituales para otros, que parece que no pedía nada á nuestro Señor, que no estuviera segura de que se le había de conceder.

Mas he aquí, en el suelo americano, otro apóstol ilustre de la oración y de sufrimiento (por que nuestro Señor los escoge en todas partes), Santa Rosa de Lima, digna émula de Santa Catalina de Sena, de la cual se consideraba como hija espiritual. El pensamiento de la salvación de las almas, sobre todo, de la conversión de los pecadores, la preocupaba noche y día, y habría dado mil vidas por llevar uno solo á Jesucristo. Imponíase por ellos las más rudas mortificaciones, y el autor de su vida, enumerando sus austeridades, se expresa así: «Su abstinencia era extrema... y pareciéndole suaves las disciplinas comunes, se hizo una con dos cadenas de hierro, con la cual se hería todos los días para hacerse sangre, particularmente cuando se imponía esta penitencia por la conversión de los pecadores. Entonces inmolándose á Dios por ellos, como una víctima expiatoria, era santamente cruel consigo misma... El cilicio que llevaba en su cuerpo le caía desde las espaldas hasta las rodillas... El lecho en que reposaba era, más que de reposo, un lecho de dolor y de vigilia. Su almohada era una piedra....A estos sufrimientos, que se procuraba para hacerse semejante á su Esposo crucificado, vinieron á unirse los sufrimientos interiores más amargos». Así de ordinario lo dispone Dios para probar á las almas, á quienes asocia especialmente al sacrificio de su Hijo. Habiendo sido á la vez exteriores é interiores los sufrimientos del Salvador, estas almas destinadas á tener semejanza con El en la cruz, son, á su ejemplo, víctimas del dolor en el alma, y en el cuerpo. Esto es lo que resalta en Rosa de Lima, de la manera más brillante. Durante quince años tuvo que sostener combates, ó mejor dicho, una agonía

más amarga que la muerte. Entregada por permisión especial de Dios á las más horribles vejaciones del demonio, tuvo que padecer durante largo tiempo, una de las penas interiores más acerbas de la vida espiritual, la pena, ó quiza mejor, el tormento de las *tinieblas* del espíritu.

«En esas horrorosas oscuridades—dice todavía el autor de su vida—no podía pensar en Dios, y los demonios llenaban su imaginación de espectros tan espantosos, que aunque esta virgen afrontaba valerosamente los tormentos más insoportables, no podía acostumbrarse á este género de penas».

Solo pensar en ellas era tan terrible, que cuando sentía aproximarse la hora de este suplicio, temblaban todos sus miembros y pedía á nuestro Señor, sometiéndose en todo como El á la voluntad de su Padre, que la dispensara de beber este cáliz amargo. Dichas penas llegaron á tal exceso, que juzgó apropósito hacer examinar su conducta por los más famosos teólogos de la Universidad de Lima, los cuales, después de muchos interrogatorios que la hicieron sufrir, declararon que aquellas penas era una prueba de Dios, que la disponía para una alta perfección por aquel estado de tinieblas y de sufrimientos..... A estas penas se unieron graves y diversas enfermedades, en las que exclamaba con amor y paciencia heróica: *¡Oh! buen Jesús, aumentad mis sufrimientos; pero al mismo tiempo, aumentad en mí vuestro divino amor*. En fin, llegó la hora de su último sacrificio. Su postrera enfermedad fué como una reunión de sufrimientos y un resumen de todo lo que había padecido en el curso de su vida. Juzgaron los médicos que, no siendo naturales en sus principios, era menester confesar que Dios obraba por causas extraordinarias, para comunicar á esta Santa una parte de los dolores que había sufrido por la salvación de los hombres, durante su pasión, y que ella padecía por los mismos fines».

Menos de un siglo más tarde, sobre ese mismo ardiente suelo de la América meridional, florecía también una amable virgen, cuyo admirable can-

dor la dió el sobrenombre de la *Azucena de Quito.* Digna en todo de Rosa de Lima, Mariana de Paredes, nacida en Quito, ciudad del Perú, se aplicó á marchar sobre sus huellas, en pos de su divino esposo crucificado. Su vida no fué más que una serie de cruces soportadas con una paciencia heróica, por Dios y por las almas; porque ella fué también un insigne apóstol de la oración y del sufrimiento. ¡A cuántos pobres pecadores abrió las puertas del cielo, esta humilde virgen, ávida de dolores! Se construyó un cilicio de hojas espinosas, de las que crecían en aquellas comarcas. Llevaba sobre su cabeza una corona de espinas, que ocultaba bajo su velo. Se golpeaba con unas disciplinas, formadas de cadenitas de hierro, de tal manera, que rociaba la tierra con su sangre. Dormía ordinariamente sobre pedazos triangulares de leña, ó sobre la dura tierra; y sus ayunos eran continuos.

«El fin de esta bienaventurada, dice el autor de su vida, fué un holocausto por los pecados de sus hermanos. En el año de 1645 la ciudad de Quito fué devastada y despoblada por una epidemia terrible. Numerosos temblores de tierra aumentaban el horror del pueblo. El cuarto domingo de Cuaresma, explicando al pueblo la Santa Escritura el confesor de la bienaventurada, le excitó á apaciguar la cólera divina con fervorosas oraciones, añadiendo que si hacía falta una víctima, él se ofrecía voluntariamente. La bienaventurada, que se hallaba entre el auditorio, impulsada por un movimiento del Espíritu Santo, se levantó al instante, y con algunas palabras llenas de fuego, ofreció á Dios su vida por la salvación del pueblo desolado. Nuestro Señor agradeció su sacrificio. Los temblores de tierra cesaron en el mismo día; y la epidemia empezó á causar menos extragos, decreciendo á medida que la bienaventurada se acercaba á su fin. Y cuando esta joven víctima, que apenas contaba veintiseis años, exhaló el último suspiro, la epidemia cesó instantáneamente.—¡Dichoso país!—Exclama el historiador concluyendo este conmovedor relato, ¡dichoso país, que poseyó este tesoro de penitencia! Y nosotros exclamamos también á nuestra vez: ¡Dichosa nuestra querida Francia, si en medio de sus desgracias, suscitára Dios en ella alguna de estas almas escogidas, que se ofrecen generosamente como víctimas! ¡Cuántas almas, continúa el historiador, se salvaron por las austeridades de esta bienaventurada! ¡Cuántas se salvarán todavía por sus oraciones! Ella protege á su patria desde lo alto del cielo. Ojalá pueda conservarla su fe, devolverla la paz, y obtener de Dios que no sea jamás presa de los lobos devoradores, que devastan sus bellas y desgraciadas comarcas!»

También nosotros formulamos el mismo deseo, exclamando: ¡Ah! cuántas almas se salvarían en nuestra querida Francia, en estos días de prueba y de desolación, si las víctimas voluntarias, agradables al Corazón agonizante de Jesús, se ofreciesen *á sufrir y á morir* por ella; si marchando sobre las huellas de las almas generosas cuya memoria acabamos de evocar, no pusieran ningún límite á su sacrificio, ninguna reserva en su holocausto. Lo decimos profundamente convencidos: de lo que Francia tiene más necesidad en nuestros días (y lo mismo puede decirse de las demás naciones católicas), es de mártires. Los enemigos de la religión lo han comprendido así, según parece. Presintiendo que el triunfo religioso de Francia saldrá naturalmente de la sangre de los católicos derramada por la fe, se han dado de ojo para evitar á todo precio la *persecución.* Y es que, en efecto, la sangre de los mártires, hoy, como en los tiempos de Diocleciano y de Nerón, es una semilla de cristianos: *Sanguis martyrum semen Christianorum.*

Pero si todavía no se ha levantado la espada sobre nosotros para cortar nuestras cabezas, réstanos un medio con que suplir á este martirio sangriento. Si no se quiere honrarnos con el martirio, por la espada, seamos mártires por el corazón, por el sufrimiento, libremente aceptado. Ofrezcámonos como víctimas por la salvación de Francia y por el triunfo de la Iglesia. Aceptemos para este noble fin, en unión con Jesucristo, con su corazón agonizante y

con el corazón compasivo de María, todas las penas, los males, las pruebas, los sufrimientos que al Señor plazca enviarnos en su misericordia.—Y si le place pedirnos la ofrenda de nuestra vida ¡ah! por su amor y por amor de las almas no le rehusemos este último sacrificio. ¿Quién sabe si la misericordiosa justicia de Dios ha puesto este precio á la salvación de Francia y al próximo triunfo de la Iglesia?

Mas, ¿cómo no habíamos de señalar, antes de concluir este capítulo, entre las víctimas escogidas por nuestro Señor para asociarlas á la continuación de su obra redentora, á la humilde hija de San Francisco de Sales, cuyas heroicas virtudes la han valido recientemente los honores solemnes de la beatificación? Destinada por Dios á servir de instrumento á sus más grandes misericordias, ¿cómo no había de ser Margarita de Alacoque víctima con Jesucristo, su divino Esposo, ella, que en una aparición eternamente memorable, recibió del Hijo de Dios la misión solemne de revelar al mundo los tesoros de las gracias encerradas en su divino Corazón, víctima de amor y de dolor por la salvación del mundo? ¡Ah! los que lean la vida de esta Santa religiosa de la Visitación, toda llena de angustias, tribulaciones y dolores, no se explicarán la larga serie de pruebas que hicieron de ella un martirio casi continuo, sino comprenden lo que con tanta insistencia queremos hacer comprender en todo el curso de esta obra, á saber: que no solamente ha querido el Hijo de Dios realizar la obra de la salvación del género humano por la Cruz, sino hacer individualmente la aplicación de su obra á cada hombre en particular, por la cruz. Para este fin se perpetua como víctima en sus miembros dolientes, sobre todo, en algunas almas privilegiadas, especialmente elegidas por El para cumplir esta gran misión. ¡Vos fuisteis de ese número! ¡Oh bienaventurada Margarita María! ¡Ojalá podamos, con el auxilio de vuestras oraciones, obtener del amabilísimo Corazón de Jesús el mismo favor!

CAPÍTULO XXIII.

ALGUNAS VÍCTIMAS VOLUNTARIAS CONTEMPORÁNEAS.

Dios sólo conoce el nombre y el número de los cristianos devotos, de los cristianos fervorosos, que en los turbados tiempos por que atravesamos, han recibido la noble misión de ofrecerse con Jesucristo en sacrificio de expiación, para obtener de la infinita clemencia de Dios misericordia y perdón en favor de esta generación culpable. De estas almas generosas que se esfuerzan, no sólo con sus oraciones, sino también con sus expiaciones voluntarias, por la ofrenda cotidiana de su vida, en desarmar el brazo de la divina justicia, desde hace mucho tiempo levantado, encuéntranse en todas las clases de la sociedad cristiana, en los palacios de los grandes y en la humilde choza del pobre, en la jerarquía eclesiástica y en la soledad de los claustros. Entre los motivos de nuestras esperanzas, contamos con este y con la gracia de Dios, para el próximo triunfo de la Iglesia y de la Francia católica. Place á Dios que el número de las víctimas voluntarias se acreciente siempre más; y la hora del triunfo se adelante para nosotros. Esperándole, y para estimularnos en esta senda del sacrificio reparador, he aquí dos ejemplos conmovedores, sacados de nuestros anales contemporáneos. Los encontramos en la vida de Pío IX, de gloriosa y venerada memoria (1). Cuenta el primero el marqués Anatalio de Segur, autor de la vida (2) del piadosísimo y muy llorado Monseñor de Segur, su ilustre hermano, quien se había ofrecido á Dios

(1) Véase *Pío IX, su vida, su historia, su siglo*, por Villefranche, un grueso volumen en 8.°, librería de Josserand, Lión.

(2) Esta vida es muy edificante é interesantísima: 2 volúmenes en 8.°

con el corazón compasivo de María, todas las penas, los males, las pruebas, los sufrimientos que al Señor plazca enviarnos en su misericordia.—Y si le place pedirnos la ofrenda de nuestra vida ¡ah! por su amor y por amor de las almas no le rehusemos este último sacrificio. ¿Quién sabe si la misericordiosa justicia de Dios ha puesto este precio á la salvación de Francia y al próximo triunfo de la Iglesia?

Mas, ¿cómo no habíamos de señalar, antes de concluir este capítulo, entre las víctimas escogidas por nuestro Señor para asociarlas á la continuación de su obra redentora, á la humilde hija de San Francisco de Sales, cuyas heroicas virtudes la han valido recientemente los honores solemnes de la beatificación? Destinada por Dios á servir de instrumento á sus más grandes misericordias, ¿cómo no había de ser Margarita de Alacoque víctima con Jesucristo, su divino Esposo, ella, que en una aparición eternamente memorable, recibió del Hijo de Dios la misión solemne de revelar al mundo los tesoros de las gracias encerradas en su divino Corazón, víctima de amor y de dolor por la salvación del mundo? ¡Ah! los que lean la vida de esta Santa religiosa de la Visitación, toda llena de angustias, tribulaciones y dolores, no se explicarán la larga serie de pruebas que hicieron de ella un martirio casi continuo, sino comprenden lo que con tanta insistencia queremos hacer comprender en todo el curso de esta obra, á saber: que no solamente ha querido el Hijo de Dios realizar la obra de la salvación del género humano por la Cruz, sino hacer individualmente la aplicación de su obra á cada hombre en particular, por la cruz. Para este fin se perpetua como víctima en sus miembros dolientes, sobre todo, en algunas almas privilegiadas, especialmente elegidas por El para cumplir esta gran misión. ¡Vos fuisteis de ese número! ¡Oh bienaventurada Margarita María! ¡Ojalá podamos, con el auxilio de vuestras oraciones, obtener del amabilísimo Corazón de Jesús el mismo favor!

CAPÍTULO XXIII.

ALGUNAS VÍCTIMAS VOLUNTARIAS CONTEMPORÁNEAS.

Dios sólo conoce el nombre y el número de los cristianos devotos, de los cristianos fervorosos, que en los turbados tiempos por que atravesamos, han recibido la noble misión de ofrecerse con Jesucristo en sacrificio de expiación, para obtener de la infinita clemencia de Dios misericordia y perdón en favor de esta generación culpable. De estas almas generosas que se esfuerzan, no sólo con sus oraciones, sino también con sus expiaciones voluntarias, por la ofrenda cotidiana de su vida, en desarmar el brazo de la divina justicia, desde hace mucho tiempo levantado, encuéntranse en todas las clases de la sociedad cristiana, en los palacios de los grandes y en la humilde choza del pobre, en la jerarquía eclesiástica y en la soledad de los claustros. Entre los motivos de nuestras esperanzas, contamos con este y con la gracia de Dios, para el próximo triunfo de la Iglesia y de la Francia católica. Place á Dios que el número de las víctimas voluntarias se acreciente siempre más; y la hora del triunfo se adelante para nosotros. Esperándole, y para estimularnos en esta senda del sacrificio reparador, he aquí dos ejemplos conmovedores, sacados de nuestros anales contemporáneos. Los encontramos en la vida de Pío IX, de gloriosa y venerada memoria (1). Cuenta el primero el marqués Anatalio de Segur, autor de la vida (2) del piadosísimo y muy llorado Monseñor de Segur, su ilustre hermano, quien se había ofrecido á Dios

(1) Véase *Pío IX, su vida, su historia, su siglo*, por Villefranche, un grueso volumen en 8.°, librería de Josserand, Lión.

(2) Esta vida es muy edificante é interesantísima: 2 volúmenes en 8.°

como víctima voluntaria para el triunfo de la Iglesia y para la salvación de las almas. He aquí, pues, el relato del marqués de Segur, reproducido textualmente por el autor de la vida de Pío IX: «Monseñor Bastida, dice, me hizo conocer á la señorita Amelia Leautard, santa joven de Marsella, providencia de los pobres, de los prisioneros y de los soldados, que procuró á los pobres soldados enfermos el gran beneficio del establecimiento de las Hermanas de la Caridad en los hospitales militares de Marsella..... Habiendo ido á Roma esta admirable cristiana para orar sobre la tumba de los apóstoles y recibir la bendición del Papa, fué detenida por un atractivo superior y divino; resolviendo permanecer allí hasta el fin de su vida. Allí fué la madre de los Zuavos pontificios, como lo había sido en Marsella de los soldados franceses. Sintiendo en 1866 que se debilitaban sus fuerzas, y no sabiendo ya cómo servir á Dios, tuvo la inspiración de coronar su vida, con un supremo y heróico sacrificio. Pío IX hallábase gravemente enfermo; y su augusta y preciosa salud inspiraba nuevas inquietudes al mundo católico. La señorita Leautard resolvió ofrecerse á Dios como víctima por su Vicario; pero temiendo que esto fuera un acto de presunción, quiso primero obtener la autorización del mismo Papa.

«Cuando expuso á Pío IX su sublime deseo, permaneció el Papa algún tiempo inmóvil y silencioso, mientras que la santa joven, con las manos juntas y la mirada fija en él, esperaba su respuesta. En fin, como si obedeciera á una voz que le hablara en secreto, Pío IX puso su mano sobre la heroica cristiana y la dijo con acento solemne. «Id, hija mía, y haced lo que el espíritu de Dios os ha sugerido». La bendijo con emoción, y ella se fué llena de alegría.

«El día siguiente era domingo; y la señorita Leautard asistía, según su costumbre, á la primera Misa, en San Pedro. Recibió la comunión; y cuando tuvo en su corazón la víctima del amor, ofreció su vida por el Papa á Aquel que había ofrecido la suya por el género humano. Apenas había formulado su voto, cuando poseída de un súbito y terrible dolor, cayó en tierra lanzando un grito. Acudieron en su auxilio, y acompañándola los sacerdotes y religiosas á quienes conocía y que se hallaban en la Iglesia, la llevaron hasta su casa Strada Ripresa dei Barberi.

»Se llamó al médico, y éste declaró que su arte era impotente contra aquel mal extraño. En todo el día, y en los dos siguientes, no cesó de sufrir dolores tan crueles, que no podía hablar ni dar gracias á los que la cuidaban más que por una sonrisa, ó con un movimiento de manos. El miércoles, 19 de Diciembre, se calmó; cesaron los dolores y pidió y recibió los últimos Sacramentos, con una devoción y una alegría angélicas. Acabada su acción de gracias, se despidió de sus amigos y contestó á las oraciones de los agonizantes con una piedad que conmovía á todos los corazones. Cuando llegaron á estas palabras supremas: «Partid, alma cristiana, en el nombre del Padre, que os ha creado, en el nombre del Hijo, que os ha rescatado, y en el nombre del Espíritu Santo, que os ha santificado», bajó la cabeza y espiró. Llegada la nueva de su muerte al Vaticano, Pío IX la recibió sin ninguna sorpresa; pero levantando los ojos al cielo murmuró con voz conmovida: *Cosi tosto accettato.* ¡Aceptado tan pronto!

A este sublime ejemplo de heroismo cristiano, añadiremos otro que no lo es menos, y que leemos igualmente en la vida de Pío IX. La superiora de las Hermanas de las prisiones, escribía desde París, con la fecha de 29 de Enero de 1867.

Una joven profesa llamada la hermana N..... acababa de terminar sus votos temporales y fué admitida á la profesión perpetua. En los primeros días del mes de Diciembre, me dijo: «Madre mía, vos nos habéis dicho que oremos mucho por la Santa Iglesia; y no sabiendo qué más hacer, he pensado ofrecerme como víctima y dar mi vida por la conversión de sus grandes perseguidores.—¡Si el buen Dios os cogiera la palabra....!—Me consideraría muy

contenta, replicó, por que sería una prueba de que le había agradado mi sacrificio: solamente que si esto sucediera antes de mis votos, desearía que no me dejase morir sin hacerlos». Tomé esto por exceso de celo y no le concedí ninguna importancia. La antevíspera de su muerte me dijo: «Madre mía, siento un dolor en la mejilla, que me hace mucho mal». Yo la contrarié diciéndola: «Para una víctima es poco eso.....» La tarde del mismo día volvió á decirme que el dolor de la mejilla había pasado al estómago y que no podía estar más que en la capilla. La mandé á acostarse; y al día siguiente, sábado, la envié un médico que no concedió ninguna importancia á la indisposición..... El domingo no fué, ni bueno, ni demasiado malo. Por la tarde, viendo que los remedios producían efectos contrarios á los que esperábamos, empecé á inquietarme un poco. A las cinco la hice bajar á la enfermería: nada de fiebre, buen pulso. Mandé buscar al médico, y á las ocho me dijo ella: «Madre mía, tocad mi cuerpo: está helado, y sin embargo, me ardo interiormente». Tuve el pensamiento de mirarla la lengua y la encontré helada. El horror se apoderó de mí. Sin esperar la resolución del médico fuí á buscar al padre D..... Aun era tiempo: cinco minutos menos no habría hecho falta. Se confesó, recibió el Santo Viático, la Extremaunción, todas las indulgencias, y renovó muchas veces sus sacrificios. Después se incorporó como un guerrero, sobre su lecho: levantó los ojos al cielo, cayó sobre la almohada, y, á vuelta de tres minutos de dulce agonía, exhaló su último suspiro con la calma y la sonrisa de un ángel. El padre oraba interiormente; y pedía al Señor que el coro de las vírgenes viniera á buscarla: nuestra hermana espiró en el mismo instante en que se dirijió al cielo esta invocación..... Guardamos su cuerpo durante tres días á causa de las fiestas, y en lugar de descomponerse, destacábase en su rostro un reflejo celestial, que anunciaba la dicha de su alma».

Por lo demás, en todas las épocas de los siglos cristianos, sobre todo, en las de la persecución de

la Iglesia, ó en las grandes calamidades públicas, se han visto producirse estos actos de caridad y del más sublime sacrificio. Así, para no citar más que un caso diremos que, mientras que la peste desolaba á Roma, una joven pensionista de la Visitación se ofreció á Dios para que librase de ella al Soberano Pontífice. Dios oyó su voto, y murió víctima, salvándose Alejandro VII.

¡Oh! vosotros que leéis estas líneas, cristianos fervorosos y devotos; el camino está abierto á vuestra generosidad. Más que nunca estamos en la hora de los grandes sacrificios. La ola de las tribulaciones de la Iglesia, nuestra Madre, sube, sube siempre. Detengámosla por medio de nuestras expiaciones voluntarias. Dios no espera quizás, para suspender los golpes de su justicia irritada, más que este sacrificio supremo, más que la ofrenda espontánea de nuestra vida, en unión de la que Jesucristo hizo de la suya en Gethsemani y en el Calvario, para la salvación del género humano. ¡Oh cuán brillante será en el cielo la corona de estos apóstoles y de estos mártires ocultos! ¡Cuán grande y magnífica será su recompensa por la inmensa gloria que tributaron á Dios, y por la multitud innumerable de las almas salvadas por ellos!

CAPÍTULO XXIV.

CUALIDADES DE LOS APÓSTOLES DEL SUFRIMIENTO, SOBRE TODO DE LAS VÍCTIMAS ESPECIALES.

Cualquiera que se ofrece á pagar por otro, debe tener primero con qué pagar por sí. El buen orden exige que antes de pagar las deudas de otro se empiece por pagar las propias. ¿Quieres tu ser un apóstol del sufrimiento, sobre todo, una víctima especialmente sacrificada por el Señor? Pues, ante todo, purifica tu alma de todo pecado, tanto como puedas, y presérvate de toda mancha, por ligera que sea. La primera condición, para ejercer con

fruto el Apostolado del sufrimiento, *es ser puro*. Sin esta condición, tu sacrificio no sería agradable á Dios. Pero tu tendrás el corazón puro y atraerás sobre tu ofrenda, por mínima que sea, la mirada de su complacencia. Un cristiano es, pues, tanto más apto para ser apóstol del sufrimiento, cuanto se presenta delante de Dios con un corazón más puro, con un alma más limpia de toda mancha.

Esta verdad es de tal manera evidente que, enumerando San Pablo las cualidades de la santa víctima que vertió su sangre por nosotros en el Calvario, exclama: «Convenía que tuviésemos un Pontífice santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores..... *Talis enim decebat ut nobis esset Pontifex, sanctus, innocens, impollutus segregatus a peccatoribus*. Ahora bien, si convino que Jesucristo, sacerdote y víctima por la salvación del género humano fuese santo, *sanctus*, ¿cómo, si deseas ser apóstol por el sufrimiento, es decir, trabajar como él por tu sacrificio personal para la salvación de tus hermanos, podrías dispensarte de esta primera y esencial cualidad de toda víctima, *la santidad*? Pero tú poseerás esta santidad, es decir, tu tendrás conformidad con Jesucristo, víctima santa, y serás apto para el apostolado del sufrimiento.

San Pablo nos dice, además, que nuestro Pontífice debió ser «inocente», *innocens*. La víctima del mundo es llamada el «Cordero de Dios»; *Agnus Dei*. Lo que más agrada en un cordero es su dulzura y su candor, y el Hijo de Dios y de María unió en su persona, de una manera inefable, estas dos hermosas cualidades.

Jeremías nos le pinta como un cordero lleno de mansedumbre, á quien se conduce al sacrificio: *Ego quasi agnus mansuetus qui portatur ad victimam*. (Jer., II.) De él dice el Sabio: «Es el candor de la luz eterna; el espejo sin tacha de la Majestad de Dios; la imagen de su bondad». *Candor est enim lucis æternæ, speculum sine macula Dei Majestatis et imago bonitatis illus*. (Sap., VII.)

¿Quieres tú, querido y piadoso lector, ser un apóstol del sufrimiento? Pues aplícate á convertirte

en *cordero de mansedumbre y de candor* delante de Dios y de los hombres. Sé un cordero, bajo la mano de Dios que te inmola; déjate sacrificar como El quiere, por los sufrimientos más agudos, por las pruebas más penosas, por las tribulaciones más repugnantes á la naturaleza; y esto, no solamente por un día, ni por un mes, sino por el tiempo que agrade al Señor. Si llegas á quejarte, que sea como el Cordero de Dios en el Huerto de las Olivas, cuando decía en lo más fuerte de sus agonías: «Padre mío, aparta de mí este cáliz; sin embargo, hágase tu voluntad y no la mía; *Fiat voluntas tua*. Entonces serás un verdadero apóstol del sufrimiento, porque serás un cordero lleno de dulzura, y apaciguarás con tu mansedumbre la cólera de Dios, irritado contra los pecadores, que son lobos voraces.

Pero si á esta dulzura del cordero agregas el candor, ese magnífico vestido blanco, que hace resplandecer al alma ante los ojos de Dios, con brillo tan puro, ¡ah! entonces serás una víctima completa, y tendrás gran poder en el corazón de Dios para inclinarle á la misericordia hacia los pobres pecadores, cuya salvación le pides. Los corderitos negros son, sin duda, amables; pero como les falta la blancura, cualesquiera que sean sus otras cualidades, carecen de aquella que gusta encontrar en un cordero.

¡Oh profundo é impenetrable misterio de la gracia! ¡Oh soberana independencia de los dones de Dios! Algunas veces sucede que, almas que no han sido siempre fieles, que han tenido la desgracia de ofender frecuente y gravemente á la Divina Majestad, se convierten, entre sus manos todopoderosas, en apóstoles del sufrimiento y en víctimas especiales; en una palabra, en instrumentos de salvación más eficaces que otras almas menos culpables que ellas, pero que no secundan la accion ulterior de la gracia con el mismo amor y el mismo sacrificio. No se deben sondear los misterios agradables á Dios. Dios es dueño de sus dones, y el Espíritu Santo sopla donde quiere: *Spiritus ubi vult,*

spirat. Generalmente las almas que han tenido la dicha de conservarse siempre puras é inocentes, son, natural y sobrenaturalmente, más aptas para unirse al sacrificio del Hombre-Dios. Entre estas almas santas y puras se complace el Señor, ordinariamente, en escoger las víctimas de que se sirve para la salvación de un gran número. Sin embargo, nadie está excluído de este gran ministerio, á que la humildad y el amor no son menos necesarios que la pureza. ¡Oh vosotros, que tenéis que gemir por las faltas de un pasado, que quisierais borrar con vuestra sangre; no os desaniméis, ni os creáis excluídos del *apostolado del sufrimiento!* Acordaos del ejemplo de Magdalena, de San Pedro, de San Pablo, de San Agustín, y de tantos otros que, después de una vida, más ó menos culpable, se entregaron enteramente á la gracia, y fueron santos. Ahora bien; cuando se es santo, se salvan las almas y se continúa la obra reparadora de Jesucristo; porque los santos se unen íntimamente á su cruz por el dolor, y á su corazón por el amor. ¿No es la cruz de Jesucristo el instrumento de salud del mundo? ¿Y no es su divino corazón el principio y la fuente inagotable?

Hablando de Jesús, nuestro Pontífice y nuestra víctima, añade San Pablo: «El está sin mancha, y separado de los pecadores». *Impollutus, segregatus a peccatoribus.*

No entramos en el desarrollo de estas cualidades, que no son más que la consecuencia de las precedentes. Por lo demás, ellas resaltarán bastante en lo que se va á decir en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXV.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

Para hacer más práctica la enseñanza contenida en el capítulo anterior, añadiremos en forma de resumen: que las principales disposiciones que deben

encontrarse en los apóstoles del sufrimiento, sobre todo, en las víctimas especiales, son:

1.° *Espíritu de fe*, que las hace creer firmemente en la virtud infinita del sacrificio de Jesucristo y en la perpetuidad de este sacrificio, no sólo de una manera no sangrienta en la Santísima Eucaristía, sino también de una manera doliente y, por consecuencia, sangrienta, en los miembros vivos de su cuerpo místico. ¡Oh vosotros, que aspiráis al glorioso título de apóstoles del sufrimiento! Creed firmemente estas verdades; y creed que el sacrificio de los miembros vivos de Jesucristo, unido al de su divina cabeza, tiene la virtud de contribuir, no sólo á su propia salvación, sino también, en cierta medida, á la de los demás. Creed, que cuanto más estrechamente nos unamos á Jesucristo por el dolor y por el amor, más participaremos de la virtud de su sacrificio; y, por consiguiente, más podremos contribuir á la salvación y á la perfección de las almas. En fin, aunque parezca que vuestros sufrimientos no obtienen ningún resultado sensible en favor de aquellos por quienes los ofrecéis, no os desaniméis. La obra que habéis emprendido es una obra de fe, cuyos resultados no son frecuentemente conocidos más que de Dios solo; pero que no por eso son menos reales y preciosos.

2.° *Espíritu de humildad.*—¿Qué tienes tú que no hayas recibido? Si, pues, has recibido, ¿por qué te glorificas, como si no hubieras recibido? *Quid autem habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis?* (I, Cor., IV.)

«Por la gracia de Dios soy lo que soy». *Gratia autem Dei sum id quod sum.* (I, Cor., XV.)

Así hablaba el Apóstol San Pablo. Si los apóstoles del sufrimiento á su ejemplo no quieren ver sus esfuerzos paralizados, deben fielmente devolver á Dios el homenaje de todo el bien que se encuentra en ellos y que, por su gracia, obra en nosotros. Sí; convéncete bien de que tu apostolado será infructuoso, si no eres humilde. Dios no querrá tu ofrenda si está inficionada de orgullo. Si se digna

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

spirat. Generalmente las almas que han tenido la dicha de conservarse siempre puras é inocentes, son, natural y sobrenaturalmente, más aptas para unirse al sacrificio del Hombre-Dios. Entre estas almas santas y puras se complace el Señor, ordinariamente, en escoger las víctimas de que se sirve para la salvación de un gran número. Sin embargo, nadie está excluído de este gran ministerio, á que la humildad y el amor no son menos necesarios que la pureza. ¡Oh vosotros, que tenéis que gemir por las faltas de un pasado, que quisierais borrar con vuestra sangre; no os desaniméis, ni os creáis excluídos del *apostolado del sufrimiento!* Acordaos del ejemplo de Magdalena, de San Pedro, de San Pablo, de San Agustín, y de tantos otros que, después de una vida, más ó menos culpable, se entregaron enteramente á la gracia, y fueron santos. Ahora bien; cuando se es santo, se salvan las almas y se continúa la obra reparadora de Jesucristo; porque los santos se unen íntimamente á su cruz por el dolor, y á su corazón por el amor. ¿No es la cruz de Jesucristo el instrumento de salud del mundo? ¿Y no es su divino corazón el principio y la fuente inagotable?

Hablando de Jesús, nuestro Pontífice y nuestra víctima, añade San Pablo: «El está sin mancha, y separado de los pecadores». *Impollutus, segregatus a peccatoribus.*

No entramos en el desarrollo de estas cualidades, que no son más que la consecuencia de las precedentes. Por lo demás, ellas resaltarán bastante en lo que se va á decir en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXV.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

Para hacer más práctica la enseñanza contenida en el capítulo anterior, añadiremos en forma de resumen: que las principales disposiciones que deben

encontrarse en los apóstoles del sufrimiento, sobre todo, en las víctimas especiales, son:

1.° *Espíritu de fe*, que las hace creer firmemente en la virtud infinita del sacrificio de Jesucristo y en la perpetuidad de este sacrificio, no sólo de una manera no sangrienta en la Santísima Eucaristía, sino también de una manera doliente y, por consecuencia, sangrienta, en los miembros vivos de su cuerpo místico. ¡Oh vosotros, que aspiráis al glorioso título de apóstoles del sufrimiento! Creed firmemente estas verdades; y creed que el sacrificio de los miembros vivos de Jesucristo, unido al de su divina cabeza, tiene la virtud de contribuir, no sólo á su propia salvación, sino también, en cierta medida, á la de los demás. Creed, que cuanto más estrechamente nos unamos á Jesucristo por el dolor y por el amor, más participaremos de la virtud de su sacrificio; y, por consiguiente, más podremos contribuir á la salvación y á la perfección de las almas. En fin, aunque parezca que vuestros sufrimientos no obtienen ningún resultado sensible en favor de aquellos por quienes los ofrecéis, no os desaniméis. La obra que habéis emprendido es una obra de fe, cuyos resultados no son frecuentemente conocidos más que de Dios solo; pero que no por eso son menos reales y preciosos.

2.° *Espíritu de humildad.*—¿Qué tienes tú que no hayas recibido? Si, pues, has recibido, ¿por qué te glorificas, como si no hubieras recibido? *Quid autem habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis?* (I, Cor., IV.)

«Por la gracia de Dios soy lo que soy». *Gratia autem Dei sum id quod sum.* (I, Cor., XV.)

Así hablaba el Apóstol San Pablo. Si los apóstoles del sufrimiento á su ejemplo no quieren ver sus esfuerzos paralizados, deben fielmente devolver á Dios el homenaje de todo el bien que se encuentra en ellos y que, por su gracia, obra en nosotros. Sí; convéncete bien de que tu apostolado será infructuoso, si no eres humilde. Dios no querrá tu ofrenda si está inficionada de orgullo. Si se digna

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aceptarla, no será más que en parte, después de haber separado lo que la desluce y corrompe, como tú haces con un fruto en parte maleado, en el que separas lo que nada vale y aprovechas lo que es bueno. Pero ten cuidado de que tu orgullo no sea tal que vicie todo el fruto de tus trabajos y de tus sacrificios. Esto será sufrir en pura pérdida; después del pecado nada hay tan triste en el mundo. Si quieres que tus penas y dolores sean fecundos, en frutos de gracia y de salvación, sufre con espíritu de humildad, á ejemplo de la santa Víctima, que, siendo la inocencia misma, inclinó humildemente su cabeza, bajo la mano de la justicia de su Padre celestial. Acuérdate de que de todas las máximas de la vida espiritual, la que más importa retener, cuando se aspira á la perfección, la que tiene más fuerte razón cuando se desea contribuir á la salvación y á la perfección de las almas, es la siguiente: «Dios resiste á los soberbios y da gracia á los humildes». *Deus superbis resistit humilibus autem dat gratiam.* (I, Pet., V.)

Esto explica por qué entre tantas almas que hacen profesión de piedad, hay pocas que entran profundamente en la senda de la unión divina. Y es porque entre esas almas hay pocas que consienten en renunciarse completamente á sí mismas; sucediendo lo mismo que con la barca inmóvil en la ribera, donde un cordel la tiene fuertemente atada. Rómpase este cordel y la barca, es decir, tu alma, cautiva hasta entonces, abandonándose al curso majestuoso del río, irá á perderse en el vasto océano. ¡Dichosa partida! Mientras que no hagas tu último sacrificio, el de tu amor propio, el de tu vanidad, el de tu orgullo, este favor insigne, reservado á los humildes, te será rehusado, y, por consiguiente, no serás jamás un perfecto apóstol del sufrimiento.

3.° *Espíritu de paciencia y de conformidad con la santa voluntad de Dios.*—El sufrimiento nada tiene de amable por sí mismo: todo en él es penoso y molesto; por eso el primer movimiento de la naturaleza es rechazarle, cuando se presenta. ¿Cómo

se explica, pues, que le amen los verdaderos servidores de Dios? Helo aquí: porque le consideran por su *lado divino* y *en su carácter divino;* tal y como lo hemos expuesto en el curso de esta obra. Mirado bajo este aspecto, ¿cómo no ha de ser amable, si por este lado se presenta á nuestras miradas todo teñido con la púrpura de la sangre de Jesucristo? Evidentemente, bajo estos rasgos amables, todos divinos, consideraba San Andrés el sufrimiento, cuando dirigiéndose á la cruz en que iba á ser crucificado exclamó: *¡O bona crux!* «¡Oh buena cruz!» *Buena*, no por el dolor que me prepara, sino porque este dolor, unido al de mi Jesús, me da el medio de textimoniarle mi amor. *Buena*, porque por esta cruz, como por un camino real, voy á subir al cielo y á gozar eternamente de la presencia de mi Dios. *¡O bona crux!* «¡Oh buena cruz!» Sí, mil veces buena para vosotros, apóstoles fervorosos del sufrimiento á quienes abre las puertas del cielo, y á quienes da tan poderoso medio de abrírselas á los pobres pecadores. Así, pues, *paciencia y conformidad con la santa voluntad de Dios*, en todas las pruebas que se digne enviarnos. El nos elige para ser sus víctimas: El debe elegir nuestra cruz é imponérnosla.

4.° *Espíritu de amor.—Ama, et fac quod vis,* decía San Agustín: «Ama y haz lo que quieras». ¿Puédese con menos palabras explicar la potencia y la fecundidad divina en un corazón? Ama, y serás de alguna manera todopoderoso en el corazón de Dios, para inclinarle á tus deseos, á tu oración y á tu sufrimiento. ¿Hay una disposición más perfecta, ni más propia para ganar el corazón de Dios? ¿Qué no puede una esposa tiernamente amada, sobre el corazón de su esposo? ¿Qué no puede un hijo querido sobre el corazón de su padre? Un alma que ama, con amor sólido y tierno á Nuestro Señor Jesucristo, es fuerte y tiernamente amada. Y como el amor consiste en la comunicación que dos corazones se hacen de sus bienes recíprocos, de un lado, esta alma será toda entera de Jesús; de otro, Jesús será todo entero de esta alma. De suerte que

su amor se hace rico de Dios y de los tesoros infinitos de su gracia. ¡Oh almas privilegiadas, á quienes el dolor y el amor han unido tan estrechamente al Corazón Sagrado de Jesús, no faltéis á sacar largamente do este abismo de todos los bienes, gracias abundantes para vosotras, para vuestras familias, para vuestros amigos, para la Iglesia, para los justos, para los pecadores, en una palabra, para todos los hombres. La fuente es inextinguible; y dando á Dios lo que El quiere, permanece siempre como El es; es decir, *infinito é inmutable.*

5.° *Espíritu de celo.—Qui non zelat, non amat,* dice todavía San Agustín: «El que no tiene zelo, no tiene amor». ¿Cómo puede decirse que ama á Dios el que se muestra indiferente á la salvación eterna de las almas, que le han costado tan caras? Cuanto más ame á Dios, más celo mostrará por su gloria y por la salud del prójimo. ¿Y cuándo, pues, amadísimo lector, hallarán los verdaderos amigos de Dios más motivos para entregarse á los santos ardores de este celo, que en estos tiempos calamitosos, en que la santa causa de Dios y de las almas encuentra tantos y tan encarnizados enemigos? Sí; ha llegado, ha sonado la hora de desplegar en favor de esta santa causa todos los recursos que el Espíritu Santo se digna poner á nuestra disposición.

Ahora bien: entre estos recursos espirituales, hay uno que no cede en eficacia á ningún otro, y es el *Apostolado del sufrimiento.* Ejercedle en el seno de vuestras familias. Cualesquiera que sean vuestras penas, vuestras tribulaciones y vuestras enfermedades, aceptadlas con paciencia y ofrecedlas á Dios, en unión con los sufrimientos de Jesucristo; primero por la expiación de vuestros pecados, y después por la salvación de todos los miembros de vuestra familia, entre los cuales quizás hay más de un hijo pródigo. Ejercedle en el seno de vuestra parroquia, almas piadosas y fervientes, por la salud de todos los que la componen. ¡Cuántos habrá entre ellos que tienen necesidad de convertirse! ¡Cuántos otros, manteniéndose en el buen

camino, corren el peligro de salirse de él y de perderse! Ofreced por ellos vuestras penas, vuestros trabajos, vuestras privaciones, vuestra pobreza, vuestras enfermedades; y si Dios os llama á sí, vuestra agonía y vuestra muerte. Y vosotros, Sacerdotes consagrados, ejerced el apostolado del sufrimiento por una vida humilde, laboriosa, paciente, mortificada. Ofreceos frecuentemente como víctimas con Jesucristo, por su rebaño, por todas las almas, sobre todo, por las más abandonadas. Haced esta ofrenda particularmente en el santo altar, y durante los preciosos momentos de la acción de gracias, cuando la santa Víctima está presente corporalmente en vosotros como en un tabernáculo vivo, y comunica, por su sagrada presencia, un precio más grande á vuestro sacrificio.

Se han visto santos Sacerdotes, animados de gran espíritu de fe, pedir y obtener morir inmediatamente después de haber celebrado la santa Misa, para que el sacrificio de su vida, unido al del Cordero sin mancilla, fuese más agradable al Señor. ¡Oh dichosa muerte! Pero no nos contentemos, venerables hermanos, con ejercer el apostolado del sufrimiento para nosotros mismos: ejerzámosle también para las almas confiadas á nuestros cuidados. Enseñemos á tantos fieles que sufren y mueren á nuestra vista y como entre nuestros brazos, á sufrir y morir como *apóstoles del sufrimiento*, es decir, por la salud de las almas, particularmente por la conversión de los pecadores de la parroquia, y por las necesidades actuales de la Iglesia y de Francia.

Pastores consagrados, vosotros tenéis en vuestros enfermos, en vuestros agonizantes, en vuestros moribundos, un recurso inextinguible de salvación, que os es tan fácil explotar para el bien espiritual de vuestras parroquias; si sois limosneros, para el bien espiritual de vuestros establecimientos, hospicios y hospitales que estén á vuestro cuidado; si sois misioneros para las comarcas lejanas, que fecundéis con vuestros sudores. Sí: diga-

mos con un corazón de apóstol á esos queridos enfermos, á quienes visitamos, á esos queridos moribundos, á quienes asistimos: «Amigo mío, acuérdate de que Jesucristo ha sufrido y ha muerto por ti en la cruz». Tú eres uno de sus miembros dolientes, y en este momento estás con El en la cruz. Únete á sus sufrimientos y á su muerte, y di de todo corazón, conmigo: «¡Oh mi Salvador Jesús! yo os ofrezco mi sufrimiento y el sacrificio de mi vida, por la expiación de mis pecados, por la salud de todos los miembros de mi familia, por la conversión de todos los pecadores de esta parroquia, de este hospital..... por las necesidades de la santa Iglesia católica en cuyo seno quiero vivir y morir; por Francia..... ¡Oh Jesús mío, misericordia! Corazón agonizante de Jesús, tened piedad de los moribundos. ¡Oh María! refugio de pecadores, rogad por mí».

Y vosotros, en fin, fervorosos religiosos y religiosas, ejerced el Apostolado del sufrimiento en el seno de vuestras comunidades. Ofreced á Dios frecuentemente vuestros trabajos, vuestras mortificaciones, vuestras privaciones, vuestras vigilias, vuestras pruebas, vuestras enfermedades, vuestra agonía, vuestra muerte, por la salvación de las almas, por el sólido progreso en el camino de la perfección de todos vuestros hermanos y hermanas en religión, por el triunfo de la Santa Iglesia y del Soberano Pontífice, por las necesidades espirituales de Francia y de otras naciones católicas, por la educación católica de la juventud, y por la completa extirpación de las sociedades secretas, que hacen tanto mal á nuestra santa religión y que precipitan tantas almas en el infierno. Exhortad vivamente á las personas, cerca de las cuales ejercéis algún ministerio de celo ó de caridad, para que soporten sus sufrimientos con paciencia y los ofrezcan á Dios con el mismo fin..... Por último, en tanto que seamos todos miembros vivos de Jesucristo, ejerzamos con todo el celo de que seamos capaces este saludable Apostolado del sufrimiento. Creamos firmemente que hay en las penas, en los

trabajos, en las enfermedades, en las tribulaciones de los miembros vivos de Jesucristo, tesoros inapreciable de gracias sepultadas y ocultas. Exploté-moslas con gran espíritu de fe, de humildad, de paciencia, de amor y de celo, por nuestro propio bien espiritual, y por la salud y la perfección de nuestros hermanos en Jesucristo.

CAPÍTULO XXVI.

DIRECCIÓN DE LA INTENCIÓN EN LOS SUFRIMIENTOS.

El Apostolado del sufrimiento es una especie de sacerdocio interior y oculto, cuyos miembros religados entre si y entre Jesucristo, perpetúan sus sacrificios de siglo en siglo, hasta las últimas generaciones. Entre esta especie de sacerdocio y el sacerdocio, propiamente dicho, existen analogías sorprendentes, que harán resaltar bien el objeto de este capítulo. El sacerdote católico, por la santa ordenación, ha sido *consagrado* para ofrecer en el altar la santa víctima del Calvario, y perpetuar hasta la consumación de los siglos de una manera no sangrienta, el sacrificio sangriento de la cruz. El apóstol del sufrimiento, sobre todo si ha recibido en calidad de *víctima especial* la misión de sufrir, está, no solamente consagrado, sino particularmente *diputado*, para ofrecerse él mismo en sacrificio sobre el altar de su propio corazón, en unión con la santa víctima del Calvario, y perpetuar así de una manera sangrienta el sacrificio sangriento de la cruz. En el sacerdote hay dos cosas bien distintas: *el poder radical y el ejercicio de este poder*. El primero le confiere, con el carácter sacerdotal, la facultad inalienable de consagrar el cuerpo y la sangre del Señor. Este poder del carácter existe y existirá siempre en el sacerdote, independiente de su voluntad: *Tu es sacerdos in æternum*. Pero no sucede lo mismo respecto al *ejercicio de este poder*. En

efecto, para que el sacerdote pueda usar de él de una manera *válida*, es decir, para que pueda, eficaz y realmente, cambiar en cuerpo y en sangre del Señor el pan y el vino colocados delante de él, es preciso que tenga, no solamente el *poder*, sino también la *intención*, la *voluntad* de consagrar este pan y este vino. Ahora bien; guardando las proporciones debidas, existe una analogía sorprendente entre el sacerdote que consagra el cuerpo del Señor y le ofrece en sacrificio á Dios Padre, y el apóstol del sufrimiento, miembro vivo de Jesucristo, que se ofrece á sí mismo en sacrificio, en unión con el mismo Jesucristo.

En efecto, en el fiel que sufre para un fin apostólico, es preciso distinguir: *su unión con Jesucristo y el ejercicio de esta unión* para la salvación de las almas. Por la una se santifica él mismo: por el otro trabaja por la santificación y salvación de sus hermanos. Por el uno Jesús os colma de sus gracias; por el otro las inclina por vosotros hacia el prójimo, como por un canal fecundo. Vuestra unión con Jesucristo basta, sin duda, á vuestra perfección y á vuestra dicha. Pero, ¿será bastante para las necesidades espirituales de vuestros hermanos, si no las aprovecháis en su favor? ¿Qué importan todos los tesoros del rico al pobre indigente que le tiende la mano, si el rico guarda todos sus tesoros para sí? Lo mismo sucede con los tesoros de gracias de que el celestial Esposo os ha puesto en posesión, á causa de vuestra unión íntima con El. Así sucede con las olas de bendiciones, de que os inunda. ¿Queréis que los pecadores, es decir, los hombres más indigentes que hay en el mundo participen de estas gracias, de estas bendiciones que recibís? Pues dirigid vuestra *intención* hacia ellos y hacia sus necesidades espirituales.

Vuestra *intención* será como el canal, por el que la gracia de la conversión llegará hasta ellos, después de que la hayais obtenido por vuestros trabajos bien soportados, por vuestros sufrimientos llevados con paciencia y amor. Así, pues, si queréis que vuestras penas, vuestros trabajos, vuestros

sufrimientos sean provechosos á tales ó cuales personas, á tales ó cuales comunidades, á tales ó cuales naciones..... tened cuidado de formular vuestra *intención*, diciendo á Dios, al menos con el corazón. «¡Oh Dios mío, yo os ofrezco estas penas, estos trabajos, estos sufrimientos, por la salvación de los almas, y en particular, por tales personas..... ó bien! «¡Oh mi salvador Jesús! yo uno mis sufrimientos y trabajos á los vuestros. Os los ofrezco humildísimamente para los fines y las intenciones, por las cuales habéis trabajado y sufrido. Os los ofrezco por la Iglesia, por el Soberano Pontífice, por Francia, por los miembros de mi familia, por esta parroquia (ó por toda otra intención). Renovad dos ó tres veces al día con fervor esta *intención* y será bastante. No queremos con esto decir que Dios, en su infinita bondad, y en consideración á la amistad que dispensa á un alma fiel, no conceda sin conocimiento de esta alma y sin esperar á que ella le exprese su intención, muchos favores á los que están á él unidos con lazos particulares. Así obra un padre tierno y generoso con sus amigos y con sus hijos; pero no es tampoco menos cierto que, para proporcionar á sus servidores la ocasión de hallar mayor mérito, para asociarlos al ejercicio de su caridad y de su paternidad espiritual, y para otros fines, dignos de su sabiduría, quiere Dios ordinariamente que ellos intervengan por medio de una cooperación más explícita en la distribución de sus favores. Así es como una reina alcanza del rey, su esposo, por medio de sus ruegos, beneficios particulares para aquellos de sus súbditos que toma bajo su protección especial. Para los unos una pensión secreta; para los otros la remisión ó conmutación de una pena contraída. Oremos, pues, y suframos con una *intención*, de tiempo en tiempo expresada y renovada. Oremos y suframos con confianza, humildad y amor, y obtendremos para la Iglesia, para Francia para nosotros mismos y para los demás, abundancia de gracias y bendiciones.

CAPÍTULO XXVII.

DIVERSAS PENAS Ó PRUEBAS QUE PADECEN LAS VÍCTIMAS ESPECIALES.

Nuestros lectores nos agradecerán que coloquemos aquí el cuadro abreviado de las principales pruebas á que pueden hallarse expuestos los apóstoles del sufrimiento, sobre todo, si plugo al Señor darles una misión especial para la salvación de las almas. Entre las penas que llegan á nosotros, sea cualquiera su naturaleza, no hay ninguna que no podamos utilizar para el bien espiritual del prójimo. Sólo el pecado es el que no puede ofrecerse á Dios, porque en el pecado, sea el que sea, no hay más que mal. Todo lo demás, hasta las penas que provienen del pecado, tales como la tristeza y el remordimiento..... son susceptibles de ofrecerse á Dios y de utilizarse por la salvación de las almas.

Existen, pues, dos clases de penas ó de sufrimientos en este mundo: los sufrimientos físicos y los morales: los primeros, tienen su asiento, ó su causa, en el cuerpo: los segundos, en el alma. Los sufrimientos del cuerpo afectando directamente á la parte menos noble del hombre, son, en iguales circunstancias, menos profundos, menos molestos, menos meritorios. Los sufrimientos del alma, afectando directamente á la parte más noble del hombre, son, por su naturaleza, más profundos, más crucificantes, más meritorios.

I.

Penas ó sufrimientos físicos.

Son de mil clases. El pecado original es la causa radical y universal de ellos; las causas próximas ó inmediatas son exteriores ó interiores. Las primeras son el frío, el calor, las intemperies diversas de las estaciones: las influencias contagiosas ó mal sanas del aire: los accidentes de mil clases que provienen de causas naturales, como la caída imprevista de un objeto que os fractura un miembro, ó de causas voluntarias, tales como las austeridades que os imponéis libremente, con un espíritu de penitencia, ó tales como los golpes que os da un vil malhechor..... Los males, las enfermedades, el hambre, la sed, las privaciones de todo género, á las cuales expone la pobreza, la indigencia, los reveses de la fortuna..... He aquí, sin hablar de tantas otras, algunas de las numerosas causas exteriores que obran sobre el cuerpo humano de una manera molesta, para procurarle penas, fatigas, dolores, sufrimientos que llegan al alma, unida al cuerpo, de rechazo, y la resienten vivamente.

Las causas interiores que determinan los sufrimientos del cuerpo provienen del cuerpo mismo, de su organización, debilidad nativa, temperamento más ó menos sano ó endeble; del exceso de fatiga de trabajo..... Provienen también de los sufrimientos morales del alma, que, á causa del estrecho lazo que la une al cuerpo, le comunica las impresiones de su tristeza, de su mal humor, de sus cóleras, de sus arrebatos, de todas sus pasiones, haciéndole participe de sus penas y de sus sufrimientos.

Almas cristianas, que deseáis ser apóstoles por el sufrimiento, acoged los dolores, las penas, las fatigas, cuando se os presenten, como si nuestro Señor en persona se os apareciera y os los presentara con su propia mano. En efecto, ellos son como otras tantas partículas preciosas de su cruz, con las cuales os hace un presente para textimoniaros mejor su amor, haciéndoos más semejantes á El. Esto os explica por qué los santos amaron tanto los sufrimientos corporales, en particular la *enfermedad*. Se cuenta de San Francisco de Borja que un día oraba á nuestro Señor con un fervor extraordinario. Juzgando uno de sus compañeros, por el fervor de su súplica, que pedía algún gran favor, pidió á su vez,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al Señor, que le concediese la misma gracia. Y he aquí que una enfermedad violenta cayó sobre él, haciéndole sufrir extraños dolores. Como no pensaba que el santo había pedido tal prueba, le conjuró á que orase para obtener que se librara de ella: lo que hizo nuestro santo con gran caridad.

Pocas personas aprovechan la enfermedad para hacerse mejores, dice el autor de la Imitación: *Pauci ex infirmitate meliorantur*. Y, sin embargo, de todos los sufrimientos físicos, ¿no es la enfermedad la que nos da el medio más eficaz para acercarnos á Dios y unirnos estrechamente á su divino Hijo crucificado? ¡Cuántos pobres pecadores han debido á la enfermedad y á las serias reflexiones que de ella arrancan su vuelta á Dios, quizas después de una larga vida de extravíos! ¡Cuántos justos la debieron hacerse más santos, más pacientes, más humildes, más sumisos á la santa voluntad de Dios, más desligados de las cosas de la tierra, para no amar más que á Dios solo, y á las cosas de la eternidad! Así, pues, quien quiera que seais, y á cualquier condición á que pertenezcáis, acoged la enfermedad cuando llegue con gran espíritu de fe, de humildad, de resignación y de amor; y atraeréis las bendiciones del cielo sobre la comunidad ó la familia de que seáis miembros. Y si los que os rodean no comprenden como deben, que un enfermo es, en una casa, ó en una comunidad, un miembro doliente de Jesucristo, y de alguna manera Jesucristo mismo, sufrid con paciencia el olvido, la falta de cuidados, el mal humor, la negligencia, el abandono, en una palabra, esos tratamientos tan poco caritativos indignos de un cristiano, sobre todo, si es un religioso. Ganaréis tanto para el bien de vuestra alma, cuanto perderá el que trate tan mal á un miembro doliente de Jesucristo, teniendo que arrepentirse de su manera de proceder.

¡Oh cuánto tienen que fijar su atención los superiores y superioras de las comunidades, sobre este punto importante; y mirar como una bendición del Señor, cuando entra en su casa un enfermo, máxime si es un enfermo paciente, humilde y resignado!

¡Cuánto cuidado, sobre todo, deben tener en exhortar, por si mismos ó por otros, á que se sufran las enfermedades con espíritu de humildad, de resignación y de amor, á que se ofrezcan como sacrificio, en unión con Jesucristo, por la salvación de las almas por las necesidades actuales de la Iglesia y de Francia, y en particular, por el bien espiritual de cada uno de los miembros de la comunidad, y si es una casa de educación, por la salvación eterna de los discípulos que la componen! Y cuando llega el momento de la muerte ¡ah! entonces es, sobre todo, cuando conviene alentar, exhortar paternalmente á ofrecer generosamente la vida en unión con Jesucristo moribundo, por la salvación de las almas, y por las intenciones que acabamos de indicar.

Así es como todos los santos fundadores de las órdenes quisieron que sus religiosos aprovechasen las enfermedades con espíritu de celo apostólico. Valor, pues, queridos enfermos, clavados quizás desde largo tiempo en el lecho del dolor, ó reducidos á desoladora impotencia. ¡Valor, por que vosotros sois los miembros dolientes de Jesucristo! Creedlo firmemente y prácticamente: vosotros tenéis la misión de continuar en vuestra familia, en vuestra comunidad, en vuestro monasterio, el sacrificio de Jesús paciente. Y vosotros, queridos agonizantes, vosotros tenéis la misión de perpetuar la agonía de Jesús en el huerto de las Olivas, y su muerte en la cruz. ¡Oh qué misión tan sublime! Otros son llamados á predicar, á enseñar, á entregarse en los hospitales á los cuidados de los enfermos, es decir, á perpetuar á Jesús, predicando, enseñando y curando á los enfermos. Vuestra parte, vuestra misión es sufrir y hacer lo que Jesús, vuestra divina cabeza, hizo toda su vida, desde la cuna al sepulcro; porque, ya lo hemos dicho, Jesús no predicó siempre, ni siempre estuvo curando á los enfermos: sino que siempre estuvo orando y sufriendo. Sufrid, pues, ya que él lo quiere, y sufrid en unión con El, con sus disposiciones, con sus intenciones, y para los mismos fines: mezclad

vuestros sufrimientos á los suyos, manteneos estrechamente unidos á El, como los miembros á la cabeza y al corazón, como las ramas á la viña, y vuestro sufrimiento y vuestra muerte, serán apostólicos, y ganarán almas, muchas almas. Seréis apóstoles del sufrimiento en la enfermedad y en la muerte.

Hemos conocido un joven religioso, modelo de abnegación y de todas las virtudes que producen los santos. Su nombre era Carlos Bertrand. Nacido en una reducida villa, cerca de Briouda, después de haber edificado con su ejemplo y con sus virtudes á los alumnos del gran seminario de Puy, se presentó en Aviñón al noviciado de los Jesuítas, donde después de dos años de pruebas, pronunció sus votos de religión. Enviado á Vals, cerca de Puy, para acabar la teología, fué para todos sus hermanos, como en el noviciado, acabado modelo de perfección religiosa, no teniendo que reprocharse de haber omitido nada. Noble contumacia de las almas grandes fué la vuestra, amadísimo hermano; pero no parece que Dios debió estar ofendido de ella cuando os colmaba de sus más dulces caricias, de sus gracias más selectas; y cuando después de haber purificado vuestra alma, por nueve meses de enfermedad que sufristeis con una paciencia angelical, se dignó llamaros á si al cielo, aceptando vuestra vida, como un sacrificio de agradable olor para esta numerosa comunidad de hermanos que recibieron vuestro último suspiro. ¡Quién sabe si la obra admirable, salida de su seno, que en la hora presente cubre al mundo con su benigna influencia, quierese decir, *el apostolado de la oración*, no os debe, en parte, su existencia y su propagación maravillosa! *Apóstol del sufrimiento.* ¿No fecundasteis con el dolor y la muerte este *apostolado suplicante*? ¡Ah! desde lo alto del cielo, acabad vuestra tarea y sed también el ángel protector del *Apostolado del sufrimiento.*

Bendecid esta obra, complemento de la primera, nacida bajo la inspiración del mismo soplo, sobre esta misma porción de tierra, donde la dulce

Virgen de Puy, Nuestra Señora de Francia, se complace en derramar sus maternales bendiciones.

II.

Penas ó sufrimientos morales.

Son también de mil clases, y como las del cuerpo, tienen por causa radical y universal el pecado original. Pero el Señor en su infinita misericordia se ha dignado hacerlas servir como las del cuerpo á nuestro verdadero bien; es decir, á la expiación de nuestras faltas, al progreso de nuestra perfección por la semejanza perfecta que nos da con Jesucristo; en fin, al acrecentamiento de nuestros méritos en el tiempo, y nuestra gloria en la eternidad.

Las penas ó sufrimientos morales, tienen por asiento el alma, y desde ella obran sobre el cuerpo. Las penas ó sufrimientos físicos, tienen por causa el cuerpo, y desde él obran sobre el alma. Ya lo hemos dicho: siendo el alma superior al cuerpo, y más noble que él, los sufrimientos que la atañen directamente, es decir, que tienen su asiento en ella, son más molestos. De aquí que en la vida espiritual se mire á las *penas interiores* como más acerbas que á los sufrimientos exteriores. De aquí también que podamos formarnos, dicho sea de pasada, alguna idea de la interioridad de los dolores del alma santa de Jesús en el Huerto de las Olivas, y lo mismo durante toda su vida. Porque esta alma santísima sufrió siempre, y la cruz estuvo siempre plantada en su Corazón amantísimo.

Las penas del alma, como las del cuerpo, reconocen diversas causas exteriores é interiores. Las primeras vienen de fuera, y son todos los acontecimientos de la vida, que llevan al alma la tristeza ó la perturbación; tales como la pérdida de los

bienes, de los empleos, de los honores; los reveses de la fortuna, el abandono de los amigos, la muerte de los parientes, las calamidades públicas, las revoluciones, las tristezas domésticas, etc., etc. Las causas interiores son las que residen en el alma misma, y determinan en ella mil temores, mil tristezas, mil aprensiones, mil sufrimientos. Mientras se halla en esta vida de pruebas, el alma humana encuentra en sí misma la causa inmediata de mil tribulaciones, que nacen de la enfermedad nativa de su inteligencia, de la de su voluntad y de su corazón. En efecto, hay en los temperamentos de las almas, si es permitido hablar así, como en los temperamentos de los cuerpos, ciertos lados enfermos que determinan los males espirituales. Por esto se hallan almas débiles de espíritu y de voluntad, que se causan á sí mismas su propio tormento, por las dificultades que se crean y por los temores que se procuran. Las faltas pasadas, y, por consiguiente, los remordimientos, las tristezas, las memorias amargas, las afecciones desvanecidas, las esperanzas engañadas, el porvenir incierto, quizás amenazante, son también causas que arrojan al alma en una tristeza más ó menos profunda, y determinan sus sufrimientos morales, variados hasta el infinito. El apóstol del sufrimiento, que quiera hacer servir á la gloria de Dios y á la salvación del prójimo estos dolores del alma, debe acogerlos y soportarlos con las mismas disposiciones de Nuestro Señor en el Huerto de las Olivas, cuando dijo: «Mi alma está triste hasta la muerte». *Tristis est anima mea usque ad mortem.* O cuando exclamó en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» *Deus, Deus meus, ¿ut quid dereliquisti me?* Este es el mejor medio de endulzarlos y de hacerlos eficaces para el propio bien espiritual y para el de los demás.

CAPÍTULO XXVIII.

LAS PENAS INTERIORES.

Aunque hemos hablado en el capítulo precedente de las penas ó sufrimientos del alma, creemos deber entrar, para consuelo de aquellas á quienes Dios prueba de más particular manera, en algunas nuevas reflexiones y tratar más directamente de lo que en la vida espiritual se llaman *penas interiores*. En todos tiempos, pero en nuestros días más que en otros, el Sacerdote, director de las conciencias, encuentra estas almas interiormente probadas, que llevan la cruz siempre plantada en su corazón. Como este estado particular de los sufrimientos puede llegar á ser, cuando se soporta bien, muy meritorio para el alma que le padece, y muy saludable para aquellos por quienes se padece, creemos útil hacerle objeto de un capítulo especial. El estado de un alma probada por las *penas interiores*, tales como las entendemos aquí, difiere del de las almas que no tienen otros sufrimientos morales que padecer que aquellos á los cuales está sujeto todo cristiano, por lo mismo que es hombre, y que padecemos todos, más ó menos, según las condiciones, más ó menos penosas en que nuestra alma puede encontrarse. Este último estado, en efecto, no sale del curso ordinario de las cosas; porque siendo la naturaleza humana tal y como es, y los acontecimientos tales y como son, es imposible que cada hombre, y, por consiguiente, cada cristiano, no tenga que sufrir penas más ó menos vivas, más ó menos prolongadas.

El estado de las almas probadas por las *penas interiores*, tal y como lo entendemos aquí, es un estado sobrenatural, en que Dios interviene de una manera sobrenatural: primeramente, para procurar á esas almas más numerosas y penosas ocasiones de sufrir; y segundo para concederlas gracias más

abundantes, á fin de que, soportando estas penas interiores con valor, puedan merecer para ellas mismas y para las demás, uniéndose más estrechamente al alma santa de Jesús. Mirado así este estado, representa, de parte de Dios, un favor que un alma debe estimar grandemente, por el cual debe al Señor vivas acciones de gracias.

En efecto, todo estado, por penoso que sea, en que Dios coloca á un alma con el deseo de comunicarla un grado más perfecto de amor y de semejanza con su divino Hijo, debe ser mirado como un insigne favor. Ahora bien, no conocemos en la vida espiritual estado más propio para procurar al alma tan gran bien, que el de que venimos hablando; porque, si es verdad, como nadie lo duda, que el sufrimiento bien sobrellevado por amor de Dios, es el camino más corto y más seguro para llegar á la perfección, hay más razón para persuadirse de que los sufrimientos interiores, que tienen su asiento en el alma, son más nobles y más meritorios.

Puédese, en efecto, mirar estas penas interiores, ó *como una recompensa* de parte de Dios, ó como un *castigo*, ó como una *operación particular*, por medio de la cual, desliga Dios más y más al alma de sus lazos groseros y terrestres, para hacerla más sobrenatural y divina. En estos diversos casos, las *penas interiores* son un *favor insigne de parte de Dios*. Y, desde luego, no es dudoso para los casos en que son concedidas como *recompensa*, lo que tiene lugar frecuentemente. En efecto, está escrito: «Para que seas agradable á Dios ha sido necesario que la tentación te pruebe». *Quia aceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.* (Tob, XII.) Tales son las palabras del Angel Rafael á Tobías. También está escrito hablando del justo: «Dios le proporcionó la ocasión de un gran combate para que tuviese la gloria de vencer». *Certamen forte dedit illi ut vinceret.* (Sap., X.)

En apoyo de estos oráculos podríamos citar el testimonio de numerosos ejemplos que demostrarían hasta la evidencia que estas especies de pruebas interiores, son frecuentemente concedidas á las más santas almas, como una recompensa de su fidelidad, como un medio de unirse más íntimamente á Dios y de contraer una semejanza más perfecta con Jesucristo. No tienes más que leer, para convencerte, la vida de los Santos y de las Santas, á quienes Dios ha conducido más especialmente por este doloroso camino. Un gran número de estas almas generosas pidieron á Dios con instancia que las condujera, por su amor, por ésta senda erizada de espinas y de toda clase de tribulaciones. Muchas de ellas obtuvieron de Dios esta gracia, en un grado tal, que hizo gemir á la pobre naturaleza humana. Tales fueron, entre otras, Santa María Magdalena de Pazzi y Santa Catalina de Sena, que, habiéndose ofrecido como víctimas por la Iglesia, padecieron penas interiores increíbles.

Consideradas como *castigo las penas interiores*, son todavía un favor insigne. En efecto, hay castigos que son el indicio y la expresión más tierna del más ardiente amor. Un padre ama á su hijo más que á su servidor. Pues bien: ¿cuántas cosas no deja pasar desapercibidas en el último que reprende severamente en su hijo? Aquí encaja bien la comparación del árbol, á quien el cultivador poda con el mayor cuidado para hacerle dar más frutos; mientras que deja el árbol vecino con todas sus ramas.

Consultad la vida de los Santos una vez más, y veréis que Dios ha castigado frecuentemente con esta clase de penas á las almas que le eran queridísimas, justamente á causa del grande amor que le tributaban. Háse complacido en arrojar á estas almas, muy amadas, en este purgatorio doloroso para acercarlas á sí y unírselas íntimamente, aunque algunas faltas ligeras ó algunas costumbres imperfectas hayan venido á contrariar esta unión. Por ejemplo, los escrúpulos, una de las penas interiores más pesadas, con las cuales muchas almas santas han tenido más ó menos que sufrir, son algunas veces uno de estos castigos que Dios, á cau-

sa del gran amor que las tiene, inflije á sus fieles servidores, para ponerlos en una especie de necesidad de arrojarse en sus brazos. ¿Quién no ve que una manera semejante de proceder, por parte de Dios, es una gran gracia, un favor insigne? *Non fecit taliter omni nationi.* No: Dios no concede á todas las almas estos signos especiales de su predilección.

En fin, cuando las penas interiores se envían á un alma como pura prueba, es decir, como instrumento destinado á *obrar sobrenaturalmente* en ella un despojo más y más perfecto de todos los elementos terrestres, á fin de que pueda unirse más perfectamente á Dios, es evidente que aquellas son todavía un favor de los más preciosos y un signo particular de la predilección del Señor. Son un crisol de una actividad muy poderosa, donde el alma se depura en poco tiempo, como el oro en la hornaza. Porque en este orden de cosas sobrenaturales, como en el orden de la naturaleza, hay operaciones diversas, y pruebas variadas que el alma fiel debe sufrir, para llegar á ese grado de perfección, á que el Obrero divino quiere que llegue su obra, sobre el modelo y la semejanza de su divino Hijo.

Para comprender la necesidad de estas operaciones misteriosas en las almas que Dios llama á la perfección, es preciso recordar que el pecado original arrojó á la naturaleza humana en un profundo grado de abatimiento, de enfermedad y de degradación. La gracia del santo bautismo, al conferir al niño el carácter de cristiano, y, por consiguiente, de hijo de Dios y de miembro de Jesucristo, borra en el hombre esta mancha original. Pero deja subsistir en él un fondo de miseria y corrupción, que será para este niño, llegado á hombre, materia de perfectos combates, y ocasión de ejercer hasta su muerte las virtudes más bellas, sobre todo, la paciencia. Por lo mismo, después de haber recibido la gracia del santo bautismo, conserva el hombre en sí mismo como un resto del pecado original, una razón enferma, una voluntad

débil, inclinada al mal, y depravados sentidos, asiento de la concupiscencia y de pasiones, siempre prontas á rebelarse contra la razón.

Concíbese, por consecuencia, que cuando Dios quiere contraer con un alma una unión más sustancial y más íntima, la haga pasar probablemente por pruebas diversas, por operaciones sucesivas, que tienen por objeto purificarla más y más, y hacerla más apta para la unión divina. De aquí que estas pruebas sean ordinariamente preludios de una comunicación más abundante de sí mismo y de sus gracias, que Dios se propone hacer al alma, elevándola á un grado más alto de contemplación y de unión divina. Porque sólo á condición de haber pasado más ó menos por estas operaciones penosas, puede esperar el alma ser elevada á un estado tan deseable.

Dios es, sin duda, dueño de sus dones, y con un solo acto de su voluntad puede elevar de un golpe á un alma, desde las bajas regiones de la tierra á las más sublimes del tercer cielo. Pero no es así como tiene la costumbre de proceder en las vías ordinarias de su providencia, tan llenas siempre de sabiduría y de armonía. El toma al hombre tal como es, tal como le ha hecho el pecado original, tal como le hacen sus pecados actuales; y trabaja sobre este fondo ingrato, como el labrador sobre una tierra baldía, no omitiendo nada para hacerla fertil, es decir, capaz de recibir la divina semilla y de producir céntuples frutos de vida eterna.

Semejante al labrador que antes de sembrar su campo empieza por quemar ó arrancar las espinas que le cubren, removiendo profundamente la tierra con el arado, el divino Cultivador de las almas, encontrando bajo su mano divina un campo exteril é ingrato, es decir, un alma cristiana llena de pecados y de defectos, un alma de religioso llena de imperfecciones y de miserias, un alma de Sacerdote tibia y desmayada, empieza por obrar enérgicamente sobre ella, poniendo fuego á los abrojos, es decir, á sus pecados y á sus defectos, á

su desordenado amor de las alabanzas, de los vanos honores, á los gustos y comodidades de una vida sensual, toda natural. Pero esto no es bastante: deseando elevar á esta alma, no se contenta con sustraerla á la corruptora influencia del pecado y va más adelante; trabaja para purificarla, enderezarla, ablandarla é infiltrarla, si puede hablarse así, el jugo vivificante de la gracia; en una palabra, para divinizarla en Jesucristo y por Jesucristo. Hay almas en quienes esta unión con Jesucristo se eleva por estas misteriosas depuraciones á un grado tal de perfección, que sienten que Jesucristo vive en ellas y ellas en Jesucristo, pudiendo decir con toda verdad con San Pablo: «Vivo y no soy yo quien vive, es Jesucristo el que vive en mí». *Vivo ego jam non ego; vivit vero in me Christus.*

Para llegar á un grado cualquiera de esta unión más íntima con Dios, es decir, para recibir una comunicación más especial y más abundante de su vida divina, es necesario que el alma pase ordinariamente por este crisol de la tribulación; por este fuego más ó menos activo de los sufrimientos interiores, que la depuran y la hacen apta para recibir, como conviene, la acción divina y sus divinos efectos. De donde resulta que las *penas interiores* son un beneficio y uno de los medios más enérgicos de la vida espiritual, para hacer llegar al alma á la adquisición de las virtudes sólidas y á un grado elevado de unión con Dios; con tal de que esta alma tenga cuidado de sufrir sus penas con paciencia, humildad y amor, en unión con Jesucristo, sobre todo, con las penas y sufrimientos interiores de su alma santísima.

Apresurémonos á añadir que si une á estas disposiciones un motivo apostólico, esto es, si padece estas tribulaciones interiores por la salvación de las almas, encontrará fácil acceso cerca de Dios y obtendrá por este medio, más que por otro alguno, gracias abundantes de salud y de perfección para el prójimo. Dios se complace de ordinario en conceder á estas almas así probadas, gracias de vida interior para otras, sobre las cuales tiene algún designio de perfección. En una palabra, creemos que las personas más propias para ejercer el *Apostolado del sufrimiento* son aquellas á quienes Dios hace marchar por las vías de las *penas interiores*, para hacerlas semejantes á su divino Hijo; con mayor razón si estas penas, por su intensidad y continuidad, se convierten en una especie de agonía, lo que puede tener lugar, y lo que se realiza en efecto, en muchas almas á quienes Dios Padre quiere dar un rasgo especial de semejanza con su Hijo agonizante. De este estado particular vamos á hablar en uno de los capítulos siguientes, á causa de la gran utilidad que puede resultar para la salud y perfección de las almas; pero, á fin de comprenderlo mejor, hablaremos desde luego de las agonías del alma santa de Jesús.

CAPÍTULO XXIX.

AGONÍAS DEL ALMA SANTA DE JESÚS.

Durante los treinta y tres años de su vida mortal, nuestro Señor Jesucristo permaneció siempre en estado de víctima; y su alma santa, principal asiento de este sacrificio, fué siempre un alma doliente, entregada á la desolación y siempre más ó menos agonizante. El gran amor que tenía á su Padre le hacía desear muy ardientemente probársele con los más grandes sacrificios. Y como nadie podía poner límites á este deseo de su Corazón, le dió una satisfacción completa, entregándose todo entero á la *desolación*, saciándose de oprobios, *saturatus opprobriis*, y sumergiéndose todo entero en las aguas sangrientas de este bautismo, con que deseaba tan ardientemente ser bautizado, cuando decía: *Baptismo habeo baptizari: et quomodo coarctor usquedum perficiatur!*

su desordenado amor de las alabanzas, de los vanos honores, á los gustos y comodidades de una vida sensual, toda natural. Pero esto no es bastante: deseando elevar á esta alma, no se contenta con sustraerla á la corruptora influencia del pecado y va más adelante; trabaja para purificarla, enderezarla, ablandarla é infiltrarla, si puede hablarse así, el jugo vivificante de la gracia; en una palabra, para divinizarla en Jesucristo y por Jesucristo. Hay almas en quienes esta unión con Jesucristo se eleva por estas misteriosas depuraciones á un grado tal de perfección, que sienten que Jesucristo vive en ellas y ellas en Jesucristo, pudiendo decir con toda verdad con San Pablo: «Vivo y no soy yo quien vive, es Jesucristo el que vive en mí». *Vivo ego jam non ego; vivit vero in me Christus.*

Para llegar á un grado cualquiera de esta unión más íntima con Dios, es decir, para recibir una comunicación más especial y más abundante de su vida divina, es necesario que el alma pase ordinariamente por este crisol de la tribulación; por este fuego más ó menos activo de los sufrimientos interiores, que la depuran y la hacen apta para recibir, como conviene, la acción divina y sus divinos efectos. De donde resulta que las *penas interiores* son un beneficio y uno de los medios más enérgicos de la vida espiritual, para hacer llegar al alma á la adquisición de las virtudes sólidas y á un grado elevado de unión con Dios; con tal de que esta alma tenga cuidado de sufrir sus penas con paciencia, humildad y amor, en unión con Jesucristo, sobre todo, con las penas y sufrimientos interiores de su alma santísima.

Apresurémonos á añadir que si une á estas disposiciones un motivo apostólico, esto es, si padece estas tribulaciones interiores por la salvación de las almas, encontrará fácil acceso cerca de Dios y obtendrá por este medio, más que por otro alguno, gracias abundantes de salud y de perfección para el prójimo. Dios se complace de ordinario en conceder á estas almas así probadas, gracias de vida interior para otras, sobre las cuales tiene algún designio de perfección. En una palabra, creemos que las personas más propias para ejercer el *Apostolado del sufrimiento* son aquellas á quienes Dios hace marchar por las vías de las *penas interiores*, para hacerlas semejantes á su divino Hijo; con mayor razón si estas penas, por su intensidad y continuidad, se convierten en una especie de agonía, lo que puede tener lugar, y lo que se realiza en efecto, en muchas almas á quienes Dios Padre quiere dar un rasgo especial de semejanza con su Hijo agonizante. De este estado particular vamos á hablar en uno de los capítulos siguientes, á causa de la gran utilidad que puede resultar para la salud y perfección de las almas; pero, á fin de comprenderlo mejor, hablaremos desde luego de las agonías del alma santa de Jesús.

CAPÍTULO XXIX.

AGONÍAS DEL ALMA SANTA DE JESÚS.

Durante los treinta y tres años de su vida mortal, nuestro Señor Jesucristo permaneció siempre en estado de víctima; y su alma santa, principal asiento de este sacrificio, fué siempre un alma doliente, entregada á la desolación y siempre más ó menos agonizante. El gran amor que tenía á su Padre le hacía desear muy ardientemente probársele con los más grandes sacrificios. Y como nadie podía poner límites á este deseo de su Corazón, le dió una satisfacción completa, entregándose todo entero á la *desolación*, saciándose de oprobios, *saturatus opprobriis*, y sumergiéndose todo entero en las aguas sangrientas de este bautismo, con que deseaba tan ardientemente ser bautizado, cuando decía: *Baptismo habeo baptizari: et quomodo coarctor usquedum perficiatur!*

Envueltos como estamos en la atmósfera glacial de este siglo, no podemos comprender, sin alguna pena, estos santos excesos del amor de Dios. Y, sin embargo, fueron así; por lo que no estimamos temerario decir, que no hubo sólo para Jesús la agonía del Huerto de las Olivas, sino lo que no tememos llamar, la *agonía continua* de toda su vida mortal.

No pretendemos con esto decir que el alma santa de Jesús estuvo, durante toda su vida, entregada á una desolación tan grande como la del Huerto de las Olivas: queremos decir solamente que esta desolación fué habitual, ó casi habitual, bastante intensa, bastante profunda para merecer ser considerada como una especie de *agonía* prolongada, de la cual, la del Huerto de las Olivas y la del Calvario, fué, como la crisis suprema, llevada á su más grande *intensidad*.

Sobre este conmovedor objeto leemos páginas muy elocuentes en una obra recientemente publicada, con aprobación episcopal, en la cual una religiosa cuenta sencillamente lo que oyó de la misma boca de Nuestro Señor. La precisión y elevación con que esta humilde hija del pueblo, simple hermana convertida, explica los dogmas más sublimes de nuestra santa religión, no permite poner en duda sus afirmaciones, consignadas en el artículo especial que tomamos de sus escritos.

«Un día de Jueves Santo, refiere esta sierva fiel del Sagrado Corazón de Jesús (1), me puse de rodillas para orar ante Dios; pero no pude hacerlo. El recuerdo de la Pasión de mi Salvador estaba en mi espíritu, y experimenté como una atracción irresistible de seguir á Jesús y de orar con El antes de su Pasión. Le vi separado de sus Apóstoles como huído, el rostro en tierra, y le oí exclamar: «Dios mío, apartad de mí este cáliz; sin embargo, hágase vuestra voluntad y no la mía». Me acerqué á Jesús para enjugar el sudor que corría de su

(1) *Vida y obras de María Lataste*, obra aprobada por Monseñor el Obispo de Aire.

frente con abundancia: «Tú vienes á mí, hija mia, me dijo, cuando todos me abandonan; te lo agradezco».—Señor, le repliqué, ¡cuán grande es vuestro dolor!—Hija mía, no puedes comprenderlo. En este instante experimento todos los dolores de mi Pasión, y los cristianos piadosos que guardan memoria de lo que sufro en esta hora, me honran con su veneración por lo que llaman la agonía del Huerto de las Olivas».

»El Hijo del Hombre, hija mía, tuvo muchas agonías. ¿Sabes tú, en efecto, lo que es una agonía? La agonía es el abatimiento considerable de la vida, y el combate de un sér vivo contra la muerte, que va á herirle. Vas á comprender cómo y cuando ha podido haber en mí muchas agonías.

»La primera tuvo lugar en el momento de mi concepción; la segunda en el seno de mi Madre; la tercera el día de mi nacimiento; la cuarta en el Huerto de las Olivas, y la quinta en la cruz.

»Mi primera agonía tuvo lugar en el momento de mi concepción, antes de la cual no poseía más que la gloria divina. Yo era Hijo de Dios, Verbo eterno. Pero yo había hecho oir mi voz á mi Padre: «He aquí que vengo». Y vine á Dios, mi Padre, no solamente por el retorno de mi persona divina á El, en su seno, sino por el abatimiento de mi divinidad, de mi vida divina, que encerré en la humanidad que tomé en el seno de María. Este es un abatimiento que tu espíritu no comprenderá jamás. Hubo lucha entre mi vida divina y la humana que tomé; era la agonía verdadera de mi vida divina; porque, hija mía, tal abatimiento era una verdadera agonía, si no capaz de robarme mi divinidad, capaz de anonadar mi humanidad, si mi potencia divina no la hubiera dado la fuerza de unirse á mi divinidad.

»Mi segunda agonía tuvo lugar en el seno de mi Madre. Yo estaba rodeado de gloria en el de mi Padre celestial, donde reflejaba eternamente esta gloria; Yo era Dios en Dios, Dios distinto de Dios, y Dios unido á Dios; Dios engendrado eternamente por Dios, y Dios viviendo eternamente en Dios:

pero en el seno de María debía abatirme, velar y casi anonadar mi gloria eterna. Yo poseía en Dios una vida divina y gloriosa; y en María poseí una vida oscura, desconocida y pasible. Mi gloria, como Dios, no puede desaparecer, ni ser anonadada; mi vida divina no puede serme quitada, porque dejaría de ser; pero unir esta vida á la de la humanidad, conservarla con la vida de la humanidad, era abatirla, y anonadarla, tanto como puede serlo; era constituirla en estado de agonía, hasta el día en que mi humanidad residiera, llena de gloria, en el seno de la Divinidad.

»Estas dos agonías no son verdaderas, porque miran, especialmente en primer lugar, á mi divinidad; te las doy á conocer para que detengas alguna vez tu espíritu, y en presencia del abatimiento y humildad de mi divinidad, aprendas á abatirte y á humillarte.

»Mi tercera agonía empezó en el día de mi nacimiento. Mi vida, en efecto, debía ser una expiación, un sufrimiento continuo, que tenía que terminar con mi muerte. Ahora bien, mi vida se pasó siempre en el sufrimiento que cada día me recordaba mi muerte. Nací en la pobreza; ocho días después de mi nacimiento empecé á derramar mi sangre; cuarenta días después me ofrecí como víctima; más tarde tuve que huir pora evitar la cólera de los reyes de la tierra. Trabajé en seguida con María y José en nuestra morada de Nazareth; ayuné cuarenta días en el desierto; durante tres años me fatigué en evangelizar á los pobres, en curar á los enfermos, en instruir á mis Apóstoles; y esto para preparar de una manera más próxima mi muerte en el árbol de la cruz.

He vivido treinta y tres años como una víctima preparada para la muerte, esperando la muerte y deseándola para la salvación de los hombres.

»El estado en que me muestro á ti en esta hora es el de mi cuarta agonía. Mi divinidad me manifestaba todos los tormentos de mi pasión, todos los crímenes que tienen los hombres que expiar, la expiación de esos crímenes, inútil para un número

inmenso, porque ellos no querrán aprovecharla; y este cuadro me hubiera arrancado la vida, si no la retuviera para experimentar la realidad de los suplicios que me estaban destinados por la justicia de mi Padre.

»En fin, hija mía, la quinta y última agonía es la de la cruz. Los hombres habían agotado en mí toda su crueldad; me habían clavado en la cruz, dándome á beber hiel y vinagre: la sangre de mis venas estaba casi toda derramada; las profecías estaban cumplidas y yo exhalé un gran grito y entregué mi espíritu en manos de mi Padre».

No creemos necesario, después de le que acaba de leerse, insistir más sobre los dolores, sobre las *agonías continuas* del alma santa de Jesús, durante los treinta y tres años de su vida mortal. Habiendo siempre sufrido nuestro divino Salvador, no es extraño que llame á ciertas almas á seguirle de tan cerca como las sea posible en esta vía dolorosa de las tribulaciones, de las *agonías continuas*. Cuanto la vida de estas almas privilegiadas se llene más de angustia y amargura, tanto más se llenará de gracias abundantes y de dones preciosos. Dios se sirve de ellas ordinariamente para las misiones santas é importantísimas que se relacionan con la economía general de la redención, con el bien general de la Iglesia, y con la salud y perfección de las almas, en proporciones muy extensas.

En fin, si son fieles á su misión hasta su término, estas almas queridas de Dios y de Jesús, su divino Hijo, ocuparán en el cielo los lugares de honor, y brillarán con una claridad incomparable. Pero lo que las producirá una inmensa felicidad, serán la dulzura divina, la suavidad inefable que reemplazará durante toda la eternidad á la amargura profunda con que fueron nutridas en la tierra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XXX.

AGONÍAS DE ALGUNAS ALMAS QUE JESUCRISTO ASOCIA MÁS ESPECIALMENTE Á SU VIDA AGONIZANTE Y CRUCIFICADA.

Lo que vamos á decir en este capítulo hallará su explicación en cierto número de almas fervorosas, á quienes Nuestro Señor asocia de una manera especial á las agonías interiores que padeció su alma, durante toda su vida mortal, singularmente en el Huerto de las Olivas y en la cruz. Este estado de agonía del alma es, en efecto, un estado excepcional de la vida espiriturl; y debe ser considerado como efecto de una permisión particular de Dios. Puede decirse de la misma manera que estas clases de estados de penas interiores extraordinarias corresponden á los estados extraordinarios de amor divino, de unión divina, que los maestros de la vida espiritual señalan como otros tantos grados elevados de perfección.

En efecto, la perfección consiste en la unión con Dios por la caridad; y esta perfección es tanto más grande, cuanto la unión es más estrecha y más perfecta. Ahora bien: Dios visita al alma ó se une á ella de dos maneras, dice el autor de la *Imitación de Jesucristo*, á saber: por el consuelo y por la desolación. En el primer caso el alma está alegre y se estremece bajo las impresiones de la felicidad sentida; su amor por Dios es entonces un *amor consolado*, y la unión que resulta es, por consiguiente, también una *union consolada*. Pero en el segundo caso, es decir, cuando Dios visita al alma por la desolación, el alma está triste y sufre bajo la impresión de la prueba, pacientemente aceptada, pero profundamente sentida; su amor por Dios es un amor muy real, pero un *amor desolado*, y la unión que resulta es, por consiguiente, también una unión muy real, pero *desolada*. No queremos decir que esta unión, aunque *desolada*, no sea en el fondo una unión dichosa; pero esta dicha no se hace entonces sentir más que por un fondo de paz y de paciencia inalterable, que tiene al alma en equilibrio, á pesar de la desolación que la agita, como el fondo de una nave permanece casi inmóvil, á pesar de la agitación de sus mástiles y de sus cuerdas, bajo la acción de un viento impetuoso que los hace moverse en todos sentidos.

Así es como el alma santa de Nuestro Señor, modelo de almas probadas, gustaba la dicha de la visión intuitiva y de la unión beatífica; y, sin embargo, se entregaba por la parte inferior de sí misma á la mayor desolación, á la más amarga tristeza, á las impresiones de la mortal agonía. Lo mismo que en el ejercicio de lo que llamamos la *unión consolada*, cuanto esta es más íntima y perfecta, el consuelo qae de ella resulta es más claro y perfecto, en el ejercicio de lo que llamamos la *unión desolada* cuanto esta es más íntima y perfecta, más amarga y aflictiva es la desolación que la acompaña. La razón es bien sencilla: en el primer caso Jesucristo une el alma á sus alegrías y en el segundo á sus penas: en el primero se manifiesta á ella como una fuente de todo consuelo; en el segundo se revela como un abismo de desolación, como un varon de dolor, como víctima. En el primer caso, todo sentimiento de tristeza desaparece del alma que se entrega entera á la alegría de sacar la vida divina de las fuentes del Salvador: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris;* en el segundo, aunque el alma sea radicalmente dichosa, puesto que está unida á Dios, como esta unión se efectúa, sobre todo, con los dolores de la santa Víctima del Calvario, entrégase toda entera á la desolación y cae en la tristeza más amarga, como Jesucristo agonizante.

Si nos preguntas, lector querido, cuál de estos dos estados del alma es preferible en la práctica, la respuesta es fácil. De todos los estados en que los miembros de Jesucristo pueden encontrarse en los caminos de la vida espiritual, el más durable es aquel que comunica al alma más entera semejanza

con su divina Cabeza, mientras que está sobre la tierra.

Acabamos de decirlo: la vida de Jesucristo sobre la tierra fué una vida siempre doliente, siempre más ó menos agonizante; y será más semejante al Salvador Jesús el que participe más íntimamente y con amor más perfecto, de sus continuos sufrimientos, de su continua agonía. Aquí, lector querido, nos detendrás y nos dirás: ¿Puédense encontrar almas á quienes Nuestro Señor mantiene en ese continuo estado de agonía? Si tomas esta palabra en su última expresión de sufrimiento y desolación responderemos: No. Nuestro Señor no permite que un alma esté continuamente desolada de esa manera; pero sí que, sin estar habitualmente reducida á esa extremidad desoladora, lo sea por intervalos más ó menos próximos, ó que no viva casi nunca sin alguna cruz interior más ó menos pesada. De estos ejemplos se ven, y cuando un director de conciencias se halla en presencia de esas almas, á quienes nuestro Señor tiene en estado de sacrificio, puede decir, sin temor de equivocarse: «Estoy en presencia de un alma á quien nuestro Señor ama tiernamente, y en la que ha resuelto reproducir la viva imágen de sí mismo, de su vida crucificada. Prestaré, pues, mis cuidados á esta alma, á fin de que responda plenamente á los designios de su Dios; y de que las almas á quienes ha resuelto traer por ella á la salud y á la perfección, no se vean privadas de ese poderoso auxilio. Porque nunca coloca Dios á un alma en esas dichosas condiciones por ella sola; y las palabras de Santa Teresa encuentran en esta alma perfecta aplicación:

«Estoy persuadida de que el que se esfuerza por llegar al colmo de la perfección (y el estado de que hablamos es el camino más corto para llegar á ella), no ira solo al cielo, sino que Dios le dará, como á un valiente capitán, soldados que marcharán bajo su mando».

¡Oh almas privilegiadas, á quienes Dios Padre se complace en dar un rasgo de semejanza tan perfecto con su Hijo agonizante! Estimáos dichosísimas y bendecid al Señor por este favor insigne, más grande que ninguno de los que tiene la costumbre de conceder á sus mejores amigos. No os dejéis dominar por el desfallecimiento, que se presentará quizás á la puerta de vuestro corazón, ni pronunciéis estas palabras: «La cruz me agobia: no quiero llevarla más». Tal lenguaje no vendría de Dios, sino de vuestro enemigo, es decir, del demonio, celoso de veros tan favorecidos, ó bien, de vuestra naturaleza, que cedería á una funesta impresión de debilidad ó de aburrimiento. Recurrid entonces á Aquel que os ha cargado con esta cruz, y decidle: ¡Oh mi dulce Jesús! yo no rehuso vuestra cruz, ni la parte que me dáis en vuestro cáliz amargo. Pero Vos conocéis, Señor, mi debilidad; ayudadme, sostenedme, fortificadme, á fin de que, no solamente no sucumba bajo el peso de mi cruz, sino de que la lleve en vuestro seguimiento con valor y perseverancia hasta la cima del Calvario, para ser crucificado y morir con Vos por la salud de las almas, por las cuales habéis derramado hasta la última gota de vuestra sangre. Así sea.

CAPÍTULO XXXI.

RELACIONES ÍNTIMAS ENTRE EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO Y EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN.

Lo hemos dicho al principio de esta obra y tenemos que repetirlo: entre el Apostolado de la Oración y el del Sufrimiento existe un lazo estrecho, una conexión íntima, tan íntima, que puede preguntarse legítimamente, cómo sería posible separar la una de la otra, queriéndose obtener un resultado profundo y serio para la salvación de las almas y para la regeneración de la sociedad.

Nuestra convicción es la de que el Apostolado de la Oración y el del Sufrimiento deben marchar juntos, como el sufrimiento y la oración marcharon unidos en la vida del Hombre-Dios. ¿Qué son,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con su divina Cabeza, mientras que está sobre la tierra.

Acabamos de decirlo: la vida de Jesucristo sobre la tierra fué una vida siempre doliente, siempre más ó menos agonizante; y será más semejante al Salvador Jesús el que participe más íntimamente y con amor más perfecto, de sus continuos sufrimientos, de su continua agonía. Aquí, lector querido, nos detendrás y nos dirás: ¿Puédense encontrar almas á quienes Nuestro Señor mantiene en ese continuo estado de agonía? Si tomas esta palabra en su última expresión de sufrimiento y desolación responderemos: No. Nuestro Señor no permite que un alma esté continuamente desolada de esa manera; pero sí que, sin estar habitualmente reducida á esa extremidad desoladora, lo sea por intervalos más ó menos próximos, ó que no viva casi nunca sin alguna cruz interior más ó menos pesada. De estos ejemplos se ven, y cuando un director de conciencias se halla en presencia de esas almas, á quienes nuestro Señor tiene en estado de sacrificio, puede decir, sin temor de equivocarse: «Estoy en presencia de un alma á quien nuestro Señor ama tiernamente, y en la que ha resuelto reproducir la viva imágen de sí mismo, de su vida crucificada. Prestaré, pues, mis cuidados á esta alma, á fin de que responda plenamente á los designios de su Dios; y de que las almas á quienes ha resuelto traer por ella á la salud y á la perfección, no se vean privadas de ese poderoso auxilio. Porque nunca coloca Dios á un alma en esas dichosas condiciones por ella sola; y las palabras de Santa Teresa encuentran en esta alma perfecta aplicación:

«Estoy persuadida de que el que se esfuerza por llegar al colmo de la perfección (y el estado de que hablamos es el camino más corto para llegar á ella), no ira solo al cielo, sino que Dios le dará, como á un valiente capitán, soldados que marcharán bajo su mando».

¡Oh almas privilegiadas, á quienes Dios Padre se complace en dar un rasgo de semejanza tan perfecto con su Hijo agonizante! Estimáos dichosísimas y bendecid al Señor por este favor insigne, más grande que ninguno de los que tiene la costumbre de conceder á sus mejores amigos. No os dejéis dominar por el desfallecimiento, que se presentará quizás á la puerta de vuestro corazón, ni pronunciéis estas palabras: «La cruz me agobia: no quiero llevarla más». Tal lenguaje no vendría de Dios, sino de vuestro enemigo, es decir, del demonio, celoso de veros tan favorecidos, ó bien, de vuestra naturaleza, que cedería á una funesta impresión de debilidad ó de aburrimiento. Recurrid entonces á Aquel que os ha cargado con esta cruz, y decidle: ¡Oh mi dulce Jesús! yo no rehuso vuestra cruz, ni la parte que me dáis en vuestro cáliz amargo. Pero Vos conocéis, Señor, mi debilidad; ayudadme, sostenedme, fortificadme, á fin de que, no solamente no sucumba bajo el peso de mi cruz, sino de que la lleve en vuestro seguimiento con valor y perseverancia hasta la cima del Calvario, para ser crucificado y morir con Vos por la salud de las almas, por las cuales habéis derramado hasta la última gota de vuestra sangre. Así sea.

CAPÍTULO XXXI.

RELACIONES ÍNTIMAS ENTRE EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO Y EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN.

Lo hemos dicho al principio de esta obra y tenemos que repetirlo: entre el Apostolado de la Oración y el del Sufrimiento existe un lazo estrecho, una conexión íntima, tan íntima, que puede preguntarse legítimamente, cómo sería posible separar la una de la otra, queriéndose obtener un resultado profundo y serio para la salvación de las almas y para la regeneración de la sociedad.

Nuestra convicción es la de que el Apostolado de la Oración y el del Sufrimiento deben marchar juntos, como el sufrimiento y la oración marcharon unidos en la vida del Hombre-Dios. ¿Qué son,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en efecto, la oración y el sufrimiento del cristiano, miembro de Jesucristo, si no, como lo hemos dicho tan frecuentemente en el curso de esta obra, la continuación y la prolongación de la oración y de los sufrimientos de Jesucristo, su divina cabeza? Ahora bien: Jesús oró y sufrió siempre; y su oración y su sufrimiento se dirigieron siempre al objeto de la misión que vino á cumplir en la tierra, á la salvación del género humano. Es, pues, en Jesucristo, que oró y sufrió por la salud de las almas, en quien todo cristiano, deseoso de cooperar por su parte á esta grande obra con la oración y el dolor, debe buscar sus fuerzas y su modelo. Y cuanto más se acerque á este divino ejemplar, es decir, cuanto más se una, como El, de una manera inseparable á la oración y al sufrimiento, más apóstol será por la una y por el otro, y más almas ganará para Jesucristo.

Esto explica cómo los hombres más apostólicos que han obtenido en la obra de la conversión de los pueblos los resultados más ópimos, han sido hombres eminentemente llenos del espíritu de la oración y del sacrificio. San Pablo, San Bernardo, San Francisco Xavier, y, entre las mujeres, Santa Teresa, para no citar otros, poseyeron en el más alto grado este doble espíritu. Y esto es precisamente lo que comunicó á los trabajos que emprendieron, por Dios y por las almas, una fecundidad tan maravillosa.

Sigamos más adelante y digamos, á fin de hacer comprender mejor la importancia relativa del Apostolado del Sufrimiento, que el Salvador del mundo quiso darle en la obra de nuestra redención el primer lugar y la parte principal de la acción. En efecto; aunque se pueda decir con verdad que Jesucristo con la menor de sus oraciones pudo realizar la salvación del género humano, no es menos cierto, sin embargo, que con su pasión y con su muerte realizó esta grande obra, formal y como oficialmente; de tal manera, que según lo afirman los teólogos, explicando la doctrina de San Pablo, debe atribuirse á la sangre de Jesucristo, derramada en la cruz, como á su causa inmediata, la

redención del género humano. El gran apóstol había dicho: *Sine sanguinis effusione non fit remissio.* (Heb., IX.) «Sin efusión de sangre no hay remisión que esperar»; y de una manera no menos explícita: *In quo habemus redemptionem per sanguinem ejus remissionem peccatorum.*

«Por la sangre de Jesucristo tenemos la redención, la remisión de nuestros pecados». (Col., I.) He aquí por qué el mismo apóstol pronunció de una manera tan imponente y solemne, este oráculo divino: *Christum oportuit pati.* (Act. XVII.) «Convino que Cristo padeciera»; queriendo hacernos comprender que nuestra salvación debió depender de la pasión y muerte del Hijo de Dios; que Dios Padre, justamente irritado contra nosotros, puso este precio á nuestra libertad de la esclavitud del pecado y de la tiranía del demonio: *Christum oportuit pati.* El no dijo: Convino que Cristo, durante su vida mortal, hiciera tal ó cual cosa; sino que *padeciera.* Sin embargo, Jesucristo es Pontífice; y una de las principales funciones del Pontífice consiste en interceder, es decir, en orar por el pueblo. Es Maestro y Doctor, título que El mismo se da en muchos lugares del Santo Evangelio, lo cual declara también San Pablo diciendo, que de El hemos recibido la enseñanza de la verdad, y que es preciso recurrir á su suprema autoridad de Doctor y Maestro para recibir la palabra de la verdad. *Apparuit enim gratia Dei Salvatoris nostris omnibus hominibus erudiens nos.* (Tít. II.) ¿Por qué, pues, este mismo San Pablo se limita á decirnos: *Christum oportuit pati.* «Convino que Cristo padeciera?» ¡Ah! es que reconociendo que la oración y las enseñanzas del Hijo de Dios, entraron en cooperación con sus sufrimientos en la obra de nuestra salvación, quiso Dios Padre, sin embargo, en su justicia y en su amor, que nuestra salvación se ligase, como á su causa inmediata, á la sangre de su Hijo, derramada en el Calvario; esto es, á sus sufrimientos, á su pasión, y á su muerte.

Cristianos fervorosos, que queréis á todo precio ganar almas para Jesucristo, no olvidéis jamás es-

tas palabras de San Pablo, tan llenas de sentido divino: *Christum oportuit pati.* «Convino que Cristo padeciera». Que es como si nos dijera: No convino que Cristo se contentara, para rescatar á los hombres, con orar y enseñar, sino que *sufriera y muriera* por ellos. A este precio, á esta condición había ordenado Dios Padre, por un decreto eterno, la salvación del mundo. *Oportuit.* «Convino. ¿Y cómo no sería preciso que sufrierais, á vuestra vez, si queréis concurrir vosotros mismos á esta gran obra? Convino que Cristo, no solamente orase, sino que sufriera por ganar almas, ¡y querríais vosotros ganarlas sin sufrir! ¡Ah! Cuando oráis por la salvación de vuestros hermanos, Jesucristo une sin duda á vuestra oración la virtud de sus propios sufrimientos, y los da así la fecundidad. Pero no olvidéis que, en la aplicación de los méritos de la redención, como en la redención misma, Dios no tiene dos maneras de proceder. Quiso rescatarnos por la cruz; y por la cruz quiere hacer aplicación á cada alma, para salvarla, de los méritos de sus sufrimientos y de su muerte.

Por esto el apóstol San Pablo, á quien el Señor confió especialmente la misión de explicar á los hombres esta gran doctrina de salud por la cruz, completa su enseñanza diciendo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea...* «Yo he cumplido en mi carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo»... Queriendo decirnos: No basta que mi Salvador sufriera por mí; es preciso, si quiero participar de la virtud redentora de su sangre, que me haga aplicación de ella, sufriendo con El. Nuestro Señor mismo había dicho, antes que su apóstol, esta célebre frase que no deja excusa á los que pretenden subir al cielo sin sufrir: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, tollat crucem suam et sequatur me.* «Si alguno quiere venir conmigo, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame».

De las reflexiones precedentes, sacamos las conclusiones que siguen: primera, que el Apostolado de la Oración no debe separarse ordinariamente,

en la práctica, del Apostolado del Sufrimiento; segunda, que el Apostolado de la Oración, sea cualquiera la extensión de su acción, y por importantes que parezcan sus resultados, no alcanzará más que una parte relativamente muy restringida de su objeto, sobre todo, en lo que concierne á la regeneración profunda de las sociedades modernas, bajo el punto de vista religioso, si no tiene cuidado en mantenerse estrecha y continuamente unido al Apostolado del Sufrimiento; tercera, que sin éste último, el Apostolado de la Oración, por muy perfectamente que se organice, no tendrá nunca más que una garantía, de duración incierta, sin verdadera solidez; que la unión por el *sacrificio*, por la *inmolación*, en una palabra, con el *Apostolado del Sufrimiento*, es para él una condición indispensable de duración y de vida; cuarta, que el Apostolado del Sufrimiento no debe, por consiguiente, mirarse como un elemento accesorio, ó como un puro complemento del Apostolado de la Oración, sino como un elemento vital, que centuplicará su propia vida y su acción. Que, bajo esta relación, como bajo todas las otras, la oración y el sufrimiento del cristiano, miembro de Jesucristo, deben ser como la oración y los sufrimientos de Jesucristo, su divina cabeza. Ahora bien; la oración y todas las obras de Jesucristo, aunque hubiesen sido capaces por sí solas de merecer nuestra salvación, fueron relacionadas y como subordinadas por El á su último sacrificio en la Cruz, es decir, á su pasión y muerte, las cuales, después del decreto divino, debieron ser el acto expiatorio, reparador, redentor del género humano; en una palabra, la redención misma.

Dejamos al celo y á la piedad del Director de la obra eminentemente católica del *Apostolado de la Oración*, y á todos los sacerdotes, religiosos y fieles, que secundan tan bien su celo, el cuidado de examinar delante de Dios el alcance de estas reflexiones; y, si las encuentran fundadas, el de apreciar en qué medida deben de terminar en la práctica la unión del Apostolado del Sufrmiento y del de la Oración.

Brotando del Sagrado Corazón de Jesús, como una flor de su tallo, este apostolado suplicante ha realizado ya en el mundo un bien muy considerable. No dudamos; por el contrario, tenemos la entera convicción, de que ese bien y esos felices resultados serán centuplicados desde el día en que el Apostolado del Sufrimiento, brotando también de las agonías del Sagrado Corazón de Jesús, y uniéndose con el lazo más estrecho al Apostolado de la Oración, le vivificará con su divina influencia, y no formará con él más que un *solo apostolado. Fiat, fiat.* Por sufrimientos, volvemos á decirlo por última vez, que entendemos aquí nuestras penas, nuestros trabajos, nuestras enfermedades, nuestras tribulaciones de todos géneros, nuestras pruebas interiores y exteriores, nuestros reveses, nuestras mortificaciones voluntarias..... sobre todo, *la ofrenda cotidiana de nuestra vida* por las almas, y, si Dios nos lo inspira, *la demanda de sufrir* con este objeto apostólico, como lo hicieron tantos generosos discípulos de Jesucristo, constituyéndose así en estado de víctimas dispuestas á padecerlo todo, hasta la misma muerte, para glorificar á Dios, asegurar el triunfo de la Iglesia, extender el reino de Jesucristo, y salvar almas.

CAPÍTULO XXXII.

EJERCICIOS Y FÓRMULAS DEL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO.

Réstanos exponerte, sin embargo, querido y piadoso lector, algunos medios prácticos de reducir á actos este *Apostolado*, del que acabamos de mostrarte su naturaleza, su excelencia, sus ventajas y sus condiciones. No pensamos, en efecto, que tú seas del número de los que leen y no practican; creeríamos inferirte una injuria. Por otra parte, ¿de qué te serviría haber leído las páginas todas de este libro, si no sacabas de ellas otro provecho que la satisfacción de una vana curiosidad?

Para responder al deseo de tu piedad y de tu celo, vamos á ofrecerte diversos *ejercicios* y diversas *fórmulas*, por medio de las cuales te será fácil, con la ayuda de Dios, reducir á la práctica el *Apostolado del Sufrimiento*.

En los ejercicios, ó si te parece mejor en la obra práctica del *Apostolado del Sufrimiento*, es necesario considerar tres cosas, á saber: la *materia*, la *manera* y el *objeto;* la materia, es decir, los sufrimientos que se ofrecen; la manera, es decir, la forma ó el modo de ofrecerlos, y el objeto, es decir, los diversos fines para los cuales se ofrece.

La *materia* de los ejercicios del *Apostolado del Sufrimiento* son nuestros trabajos, nuestras penas, nuestras mortificaciones voluntarias, nuestras humillaciones, nuestras tristezas, nuestras enfermedades, nuestras privaciones, nuestros dolores y tribulaciones de todo género, que llegan á nosotros por permisión de Dios, bien sea que los hayamos pedido, ó no; son, en fin, el sacrificio de nuestra vida.

La *manera* ó forma de estos ejercicios es el modo que adoptamos para ofrecer á Dios nuestros sufrimientos, es decir, por *simple ofrenda* sin voto, ó por ofrenda acompañada de voto, bien sea en *asociación* ó *individualmente*.

El *objeto* es la *intención general* ó *particular* que nos proponemos, esto es, lo que deseamos obtener por la ofrenda de nuestros sentimientos. Esta intención varía según los deseos de cada uno; mas para que se relacione con el *Apostolado del Sufrimiento*, es preciso que, de una ó de otra manera, tenga por objeto la salud ó la perfección de las almas. Ahora bien: el que sufre puede proponerse el bien espiritual de una ó de muchas almas; el de una familia ó de una comunidad; el de una parroquia, el de una diócesis, el de un reino, el de Francia, por ejemplo, que tiene de él tanta necesidad; en fin, el de la Iglesia entera y el de todas las naciones.

Sin embargo, aunque las intenciones de nuestro celo abracen á la Iglesia y al mundo entero, es útil y ordinariamente necesario para evitar vaguedades,

Brotando del Sagrado Corazón de Jesús, como una flor de su tallo, este apostolado suplicante ha realizado ya en el mundo un bien muy considerable. No dudamos; por el contrario, tenemos la entera convicción, de que ese bien y esos felices resultados serán centuplicados desde el día en que el Apostolado del Sufrimiento, brotando también de las agonías del Sagrado Corazón de Jesús, y uniéndose con el lazo más estrecho al Apostolado de la Oración, le vivificará con su divina influencia, y no formará con él más que un *solo apostolado. Fiat, fiat.* Por sufrimientos, volvemos á decirlo por última vez, que entendemos aquí nuestras penas, nuestros trabajos, nuestras enfermedades, nuestras tribulaciones de todos géneros, nuestras pruebas interiores y exteriores, nuestros reveses, nuestras mortificaciones voluntarias..... sobre todo, *la ofrenda cotidiana de nuestra vida* por las almas, y, si Dios nos lo inspira, *la demanda de sufrir* con este objeto apostólico, como lo hicieron tantos generosos discípulos de Jesucristo, constituyéndose así en estado de víctimas dispuestas á padecerlo todo, hasta la misma muerte, para glorificar á Dios, asegurar el triunfo de la Iglesia, extender el reino de Jesucristo, y salvar almas.

CAPÍTULO XXXII.

EJERCICIOS Y FÓRMULAS DEL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO.

Réstanos exponerte, sin embargo, querido y piadoso lector, algunos medios prácticos de reducir á actos este *Apostolado*, del que acabamos de mostrarte su naturaleza, su excelencia, sus ventajas y sus condiciones. No pensamos, en efecto, que tú seas del número de los que leen y no practican; creeríamos inferirte una injuria. Por otra parte, ¿de qué te serviría haber leído las páginas todas de este libro, si no sacabas de ellas otro provecho que la satisfacción de una vana curiosidad?

Para responder al deseo de tu piedad y de tu celo, vamos á ofrecerte diversos *ejercicios* y diversas *fórmulas*, por medio de las cuales te será fácil, con la ayuda de Dios, reducir á la práctica el *Apostolado del Sufrimiento*.

En los ejercicios, ó si te parece mejor en la obra práctica del *Apostolado del Sufrimiento*, es necesario considerar tres cosas, á saber: la *materia*, la *manera* y el *objeto;* la materia, es decir, los sufrimientos que se ofrecen; la manera, es decir, la forma ó el modo de ofrecerlos, y el objeto, es decir, los diversos fines para los cuales se ofrece.

La *materia* de los ejercicios del *Apostolado del Sufrimiento* son nuestros trabajos, nuestras penas, nuestras mortificaciones voluntarias, nuestras humillaciones, nuestras tristezas, nuestras enfermedades, nuestras privaciones, nuestros dolores y tribulaciones de todo género, que llegan á nosotros por permisión de Dios, bien sea que los hayamos pedido, ó no; son, en fin, el sacrificio de nuestra vida.

La *manera* ó forma de estos ejercicios es el modo que adoptamos para ofrecer á Dios nuestros sufrimientos, es decir, por *simple ofrenda* sin voto, ó por ofrenda acompañada de voto, bien sea en *asociación* ó *individualmente*.

El *objeto* es la *intención general* ó *particular* que nos proponemos, esto es, lo que deseamos obtener por la ofrenda de nuestros sentimientos. Esta intención varía según los deseos de cada uno; mas para que se relacione con el *Apostolado del Sufrimiento*, es preciso que, de una ó de otra manera, tenga por objeto la salud ó la perfección de las almas. Ahora bien: el que sufre puede proponerse el bien espiritual de una ó de muchas almas; el de una familia ó de una comunidad; el de una parroquia, el de una diócesis, el de un reino, el de Francia, por ejemplo, que tiene de él tanta necesidad; en fin, el de la Iglesia entera y el de todas las naciones.

Sin embargo, aunque las intenciones de nuestro celo abracen á la Iglesia y al mundo entero, es útil y ordinariamente necesario para evitar vaguedades,

precisar algún objeto particular, sobre el cual pueda fijarse la intención con preferencia, siempre que agrade al Espíritu Santo. Este objeto puede, no solamente ser la conversión ó santificación de las almas, si no también tales ó cuales necesidades espirituales y particulares de los individuos, de las familias, de las comunidades, de las parroquias, de las diócesis, de las naciones, de la Iglesia, á las cuales importe proveer lo más pronto posible y de una manera eficaz. El cristiano celoso é inteligente descubre sin trabajo en las circunstancias calamitosas de los tiempos presentes un gran número de estas necesidades apremiantes, á las cuales es urgente acudir con los auxilios de la oración, del sufrimiento y de todos los demás medios que sugiere al corazón del cristiano el deseo ardiente de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Una de las intenciones que merece más tu solicitud, lector querido, es *la situación actual de la Iglesia y del Soberano Pontífice*, contra el cual dirige la impiedad, desde hace algunos años, sus ataques más encarnizados. Pide con instancia al Señor la *humillación* de los enemigos de la Iglesia y de la Santa Sede. Pídele, por consiguiente, la *extirpación de las sociedades secretas*, de la fracmasonería (1) y otras *sociedades anticatólicas*, que, bajo diferentes nombres, se proponen todas por fin la ruina del catolicismo y la completa destrucción del reino de Jesucristo en la tierra. De todas las causas de escándalo, en los tiempos actuales, esta es la más terrible; y una multitud de almas, ya de las que viven en el mundo ó de las que se han hundido en el fondo de los infiernos, han sido sus tristes víctimas. Señalamos al celo de los apóstoles del sufrimiento esta grave llaga de los tiempos presentes. Si con sus oraciones y con sus sufrimientos contribuyen á cerrarla ó á impedir su acrecimiento, habrán contribuído, por este solo hecho, á la salvación de un gran número de almas que habrían hallado en estas sociedades su ruina eterna.

(1) El Soberano Pontífice Pío IX ha renovado contra esta asociación impía las condenaciones pronunciadas por sus predecesores. El Soberano Pontífice León XIII, que reina gloriosamente, acaba de condenarla y anatematizarla, á su vez, en su célebre Encíclica *Humanum genus*.

También señalamos al celo de los apóstoles del sufrimiento la *educación católica de las gencraciones jóvenes*, que son la esperanza del porvenir.....; *la santificación de los sacerdotes*, que son los conductores de los pueblos en el camino de la salvación eterna; *la santificación de los religiosos y religiosas*, que tienen una importante misión que llenar para la salvación de esos mismos pueblos. Señalamos también *las necesidades religiosas de Francia*, que puede contribuir eficazmente al triunfo de nuestra Santa Religión, cuando se muestre fiel á su misión de hija primogénita de la Iglesia. En fin, señalamos también los cien mil moribundos que suele haber cada día, con objeto de alcanzar para ellos, por nuestras expiaciones voluntarias, unidas á la de Jesucristo, la gracia decisiva de una buena y santa muerte.

Seguramente hay otras necesidades importantes, á las cuales no es menos urgente acudir; pero á ti te corresponde, lector querido, fijar tu elección y determinar tu intención, según el atractivo que la gracia te comunique. Hecho esto, no hay más que formular y presentar á Dios tu ofrenda, que es preciso unir á la que su divino Hijo le hizo de sus propios sufrimientos y de su vida, para hacerla agradable á sus ojos. Porque El es la *víctima única y por excelencia*, y sólo por El pueden tener valor nuestros sacrificios delante de Dios. Y cuanto más cuidado tengamos en unir é identificar de alguna manera nuestra ofrenda con la de la Santa Víctima, más agradables seremos al Padre, y más seguros estaremos de alcanzar sus bendiciones. Penetrémonos, pues, de un gran espíritu de fe; y, antes de entrar en esta noble carrera del *Apostolado del Sufrimiento*, tomemos á nuestro Señor y Salvador Jesucristo por cabeza y modelo. El es de derecho lo uno y lo otro, y sería en vano que sufriéramos, si nuestros sufrimientos no obtenían su agrado, ni estaban marcados con el sello de su divina seme-

janza. Unámonos, pues, al sacrificio de Jesucristo: unámonos á las disposiciones y á los fines de ese sacrificio, y nuestra ofrenda será perfecta, en todas las condiciones deseadas, para alcanzar plenamente el objeto del *Apostolado del Sufrimiento*, que no es otro que la salud y la perfección de las almas, para la mayor gloria de Dios y de Jesús, su amadísimo Hijo.

Sabemos, pues, para llegar á la práctica, que á ejemplo de este divino Cordero, sacrificado por la salvación del mundo, el cristiano fervoroso que desee ser víctima con Jesús para la salvación de sus hermanos, puede, con cierta intención, hacer á Dios *cada día tres ofrecimientos* de gran precio á sus ojos. Primero, *el ofrecimiento de sus sufrimientos presentes;* segundo, *el ofrecimiento de sus sufrimientos futuros, unido á la demanda de una vida de sacrificios conforme á la de Jesucristo;* tercero, *el ofrecimiento de su vida.*

OFRECIMIENTO COTIDIANO DE LOS SUFRIMIENTOS DEL DÍA PRESENTE.

Cada día nos trae, con una nueva porción de vida, una porción nueva de penas, de trabajos, de solicitudes, de tribulaciones, á las cuales se agregan frecuentemente las enfermedades, los reveses, los accidentes, las pruebas de todos géneros; de donde resultan para nosotros la fatiga, el enojo, la tristeza, el disgusto, el dolor, en una palabra, el *sufrimiento.* Ahora bien; esta parte de los *sufrimientos cotidianos* es la que te invitamos, lector querido, á utilizar para las necesidades *cotidianas* de las almas, haciendo *cada día ofrecimientos* á Dios por su salvación eterna. Nuestro Señor Jesucristo no falta un sólo día de su vida á hacer á su Padre el ofrecimiento de sus *sufrimientos cotidianos* por la salvación del género humano. Imitemos su ejemplo; unamos nuestro ofrecimiento cotidiano

al suyo de todos los días, y ganaremos almas con El y por El. En la vida de Santa María Magdalena de Pazzi leemos, que un día la dirigió nuestro Señor la recomendación siguiente: «Continuarás depositando sobre el altar de mi Corazón, en unión con los fieles, que son los miembros de mi Cuerpo místico, la oblación cotidiana de todos tus actos interiores y de todas tus acciones». De aquí se sigue, que esta oblación de cada día es muy agradable al buen Maestro, y que fué una de las prácticas asiduas de su fiel servidora. Adoptémosla nosotros, y á nuestra vez seremos, por este medio, muy agradables á Nuestro Señor.

OFRECIMIENTO COTIDIANO DE LOS SUFRIMIENTOS FUTUROS.

Ofrecer á Dios los sufrimientos del *día presente* es un sacrificio agradable á Dios; y unir el ofrecimiento anticipado de todos los de los *días futuros*, es decir, de los de toda la vida, es un sacrificio que añade nuevo precio al primero. Este segundo ofrecimiento puede ser mirado de dos maneras: ó como simple ofrecimiento de todo lo que has de sufrir en el curso de tu vida, ó como *ofrecimiento y petición*, á la vez, de esos mismos sufrimientos y de todos los demás que plazca á Dios añadir. En todos los días de su vida mortal no cesó nuestro Señor Jesucristo de hacer esta ofrenda y esta demanda. *Ofreció de antemano* todas las penas y la cruz que debían sobrevenirle, *y pidió con instancia esas penas y toda una vida de dolores y de sacrificios.* No faltes á hacer cada día tu ofrecimiento en el primer sentido, es decir, acepta de antemano con resignación y amor todas las penas y todas las cruces que á Dios plazca enviarte durante el curso de tu vida; y hazlo en homenaje por la salvación de las almas. Este ofrecimiento, renovado así todos los días, será muy meritorio para ti y muy útil para el bien espiritual de tus hermanos en Jesucristo; pero si sien-

tes en ti la gracia y el valor, no te contentes con este primer ofrecimiento. Añade el segundo, es decir, *pide* á Dios, si es de su agrado, que te haga marchar con preferencia, tanto como te sea posible, por el *camino de la cruz*, es decir, por el *camino de las penas y de los sufrimientos*, en seguimiento de Jesús, que llevó su cruz, no solamente en el calvario, sino todos los días de su vida. Este ofrecimiento y esta petición son muy agradables á Dios. Corresponden al ofrecimiento generoso que nuestro Señor hizo de todo á su Padre, suplicándole con gran fervor que le aceptara *por víctima*, haciendo caer sobre El solo los castigos que merecíamos por nuestros pecados. Con este ofrecimiento y con esta petición, no contraes ningún empeño nuevo: es una disposición muy perfecta del corazón que manifiestas á Dios, y una oración fervorosa que le diriges para que se digne concederte parte de la cruz de su amado Hijo, asociándote á su título y á su función de víctima. Ordinariamente, cuando esta oración es sincera y ha sido provocada en el alma por un movimiento del Espíritu Santo y no por el temerario entusiasmo de un fervor indiscreto, Dios la escucha, á causa de su ardiente deseo de salvar las almas y de ver la imagen querida de su Hijo crucificado reproducirse y perpetuarse en sus miembros vivos.

FÓRMULA DEL OFRECIMIENTO DE LOS SUFRIMIENTOS PRESENTES Y FUTUROS.

¡Oh Dios mío! yo os ofrezco mis penas, mis trabajos, mis sufrimientos de hoy y de toda mi vida, por la salvación de las almas y en particular por... (*aquí cada uno expresa sus intenciones particulares*). Corazón agonizante de Jesús, víctima de amor por nosotros, dignaos unirme á vuestras santas disposiciones, sobre todo, en el Huerto de las Olivas y en la Cruz; y ofrecedme con Vos, en sacrificio al

Padre Celestial, como un holocausto de agradable olor. Corazón compasivo de María, sednos propicio; y suplicad al Espíritu Santo que derrame sobre nosotros sus más abundantes bendiciones. Así sea.

FÓRMULA DEL OFRECIMIENTO COTIDIANO DE LOS SUFRIMIENTOS PRESENTES Y FUTUROS, ACOMPAÑADA DE LA PETICIÓN DE SER VÍCTIMA CON JESUCRISTO.

¡Oh Dios mío! yo os ofrezco mis penas, mis trabajos, mis sufrimientos de hoy y de toda mi vida, por la salvación de las almas y, en particular, por... (*aquí cada uno expresa sus intenciones particulares*). Os pido muy humildemente, para los mismos fines, que os dignéis aceptarme como *víctima* con vuestro divino Hijo, y hacerme marchar con Él por el camino de los sufrimientos y de la cruz hasta mi muerte, si es de vuestro agrado. Corazón agonizante de Jesús, víctima de amor por nosotros, dignaos unirme á vuestras santas disposiciones, sobre todo, en el Huerto de las Olivas y en la Cruz; y ofrecedme con Vos al Padre Celestial como un holocausto de agradable olor. Corazón compasivo de María, sednos propicio, y suplicad al Espíritu Santo que derrame sobre nosotros sus más abundantes bendiciones. Así sea.

OFRECIMIENTO COTIDIANO DE LA VIDA.

La vida es lo más precioso que tiene el hombre que ofrecer. Nuestro Señor lo ha dicho: «Ninguno testimonia más grande amor á sus amigos que el que da su vida por ellos». En efecto, El no pudo dar á los suyos prenda más preciosa de amistad, y se dió todo entero por ellos. En cada uno de los instantes de su existencia mortal, nuestro Señor Jesucristo hizo á Dios, su Padre, *el ofrecimiento*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

generoso de su vida, consintiendo y pidiendo con instancia, no solamente sufrir, sino también *morir* por la salvación del género humano. Y esto es lo que le constituyó en estado de perpetua víctima. Así, á su ejemplo, y por el mismo fin, ¿por qué no hemos de ofrecer nosotros á Dios nuestra vida? Este ofrecimiento es de grandísimo precio á sus ojos. Encierra un acto de amor perfecto, y va derecho al Corazón del Padre Celestial como una flecha ardiente: es una especie de cesión de nuestra vida en sus manos, para que disponga de ella á su gusto. Por este acto generoso de abandono consentimos morir jóvenes ó viejos, según sea de su agrado, por su gloria y por la salvación de las almas. En él no se encierra ninguna obligación propiamente dicha, y á menos de que se ligue por medio de voto, no representa ningún empeño particular.

FÓRMULA DEL OFRECIMIENTO COTIDIANO DE LA VIDA.

¡Oh Dios mío! yo os ofrezco mis penas, mis trabajos, mis sufrimientos de hoy y de toda mi vida, por la salvación de las almas y, en particular, por... (*aquí cada uno expresa sus intenciones particulares*). Os ofrezco también, para los mismos fines, *el sacrificio de mi vida*, consintiendo en morir á la edad y de la manera que os agrade, en unión con vuestro divino Hijo moribundo en la Cruz. Corazón agonizante de Jesús, víctima de amor por nosotros, dignaos unirme á vuestras santas disposiciones, sobre todo, en el Huerto de las Olivas y en el Calvario; y ofrecedme con Vos, en sacrificio, al Padre Celestial, como holocausto de agradable olor. Corazón compasivo de María, sednos propicio, y suplicad al Espíritu Santo que derrame sobre nosotros sus más abundantes bendiciones. Así sea.

ORACIÓN.

El momento del día más favorable para hacer á Dios estos *ofrecimientos y peticiones cotidianas*, es aquel que sigue inmediatamente á la *Elevación* durante el santo sacrificio de la misa. Si no tienes la costumbre de asistir á Misa todos los días, cuida de unir tu intención á las que se celebren ó hayan de celebrarse en la iglesia más próxima, á fin de que tus ofrecimientos, unidos al *sacrificio Eucarístico* de la Santa Víctima, suban al trono de Dios como un agradable perfume. Si eres sacerdote, el momento más oportuno que puedes elegir es el que sigue al santísimo sacrificio que acabas de celebrar, es decir, al principio de la *acción de gracias*, momento precioso en que, teniendo todavía la dicha de poseer en tu pecho las *santas especies*, tu ofrecimiento se confundirá de alguna manera con el de Jesucristo en ti presente, y tendrá, por consecuencia, á los ojos del Padre, mayor valor. Esto no impide que inmediatamente después de la *Elevación*, en el momento en que haces la genuflexión, puedas en *espíritu* hacer tu ofrecimiento, á menos que prefieras ofrecerte con la Santa Víctima al mismo tiempo que ella se ofrece en tus manos, durante la doble elevación de su cuerpo y de su sangre adorables. Cuanto á los simples fieles, los invitamos también, por la misma razón, á aprovechar los *primeros momentos* de su *acción de gracias*, para hacer su ofrecimiento; lo que no impide que le hagan también, éstos como los otros, después de la elevación, para conservar la santa costumbre y tener doble mérito.

VOTO DE SACRIFICIO.

Hemos dicho al principio de este capítulo, que hay diversas maneras de ejercer el *Apostolado del Sufrimiento*, y que una de estas maneras es unir al ofrecimiento que hacemos á Dios de nuestros sufrimientos y de nuestra vida, por la salvación de las almas, la sanción de un *empeño* propiamente dicho, es decir, de un voto; y esto es lo que entendemos aquí *por voto de sacrificio*.

EXPLICACIÓN DE ESTE VOTO.

El voto de sacrificio *es una promesa formal hecha á Dios de ofrecerle cada día los sufrimientos y la vida por la salvación de las almas.*

I. No obliga bajo pena de *pecado mortal,* sino solamente bajo pena de *pecado venial*, de tal manera, que si se quebranta no se peca *mortalmente.*

II. El que hace este voto se obliga á *hacer cada día una vez el ofrecimiento de sus sufrimientos y de su vida por la salvación de las almas.* No se obliga á otra cosa. Así, la obligación contraída por este voto no afecta á la manera de padecer los sufrimientos, es decir, á las disposiciones más ó menos perfectas para soportarlos, sino únicamente al *ofrecimiento* que debe hacerse *una vez cada día.* Entendemos aquí por sufrimientos todo lo que produce al hombre, no solamente un dolor propiamente dicho, sea *interior* ó *exterior,* sino también una *fatiga*, una *pena* cualquiera del espíritu ó del cuerpo. Por consiguiente, la *pena*, inherente á nuestros trabajos de todos los días, entra en la larga significación que damos aquí á la palabra *sufrimiento.*

III. Se satisface á la obligación de la susodicha ofrenda cotidiana diciendo á Dios una vez cada

día: *Dios mío, yo os hago mi ofrecimiento.* Por esta palabra debe entenderse el *ofrecimiento de los sufrimientos presentes y futuros* y de la vida para la salvación de las almas. Así, las fórmulas más detalladas que proponemos después, no son de obligación; sin embargo, invitamos á los fieles que hayan hecho el *voto de sacrificio* á servirse de ellas ordinariamente.

IV. Puede hacerse este voto por un tiempo cualquiera, á saber: por una semana, un mes, un año ó por más. No aconsejamos á nadie, á menos de que sienta un atractivo particular de la gracia, hacerle por toda la vida sin haberle ensayado primero por un tiempo limitado. Por lo demás, exhortamos á las personas que sientan el deseo de pronunciar este voto, por cualquier tiempo que sea, á no tomar esta determinación si no después de haber orado, reflexionado y tomado consejo del guía espiritual de su conciencia.

V. En tiempo de enfermedad, sobre todo, de enfermedad mortal, si la ofrenda susodicha presenta al enfermo, y con mayor razón al moribundo, una ejecución difícil, y es objeto de una preocupación penosa para ellos, cesará toda obligación mientras dure su estado. Por lo demás, durante la enfermedad, y sobre todo, en la proximidad de la muerte, se satisface á la obligación de la *ofrenda cotidiana* con un *signo exterior* cualquiera de piedad hecho con esta *intención*; por ejemplo, besando un crucifijo ó una piadosa imagen, levantando los ojos al cielo, pronunciando el santo nombre de Jesús, haciendo la señal de la cruz.

VI. Si has omitido hacer tu *ofrecimiento* la víspera ó los días precedentes, no estás obligado, aunque la omisión hubiera sido voluntaria y culpable, á hacerla dos veces en el día ó días siguientes. La obligación de cada día termina en el mismo día.

VII. Siendo la salvación de las almas el fin general por el que se hace el voto de sacrificio, pueden añadirse uno ó muchos fines particulares que se relacionen con él, tales como *la salvación de Francia, la de tal familia, la santificación de tal*

comunidad religiosa, *la conversión de tal alma*, *la perfección de tal otra*, *la libertad del Soberano Pontífice*, *la extirpación de las sociedades secretas*, *la educación católica de la juventud*, *la salvación eterna de los moribundos*, etc. En este caso, el ofrecimiento que se hace cada día, en virtud del voto, debe abrazar, no solamente el fin general del voto, es decir, la salvación de las almas, sino también los fines particulares que se le añaden y que con él se relacionan.

Aunque el voto de sacrificio no impone más obligaciones que las enunciadas, su espíritu inducirá, así lo esperamos, á las personas que le han pronunciado á mostrarse más humildes, más pacientes, más celosas, más generosas en la aceptación y en el sufrimiento de las diversas cruces y pruebas qus plazca enviarlas á nuestro Señor Jesucristo.

FÓRMULA DEL VOTO DE SACRIFICIO.

Dios todo poderoso y eterno, aunque yo sea muy indigno de comparecer delante de Vos, confiando, sin embargo, en vuestra bondad infinita, me obligo, por voto temporal ó perpetuo de sacrificio, á hacer una vez cada día á Vuestra Divina Majestad el ofrecimiento de mis sufrimientos y de mi vida por la salvación de las almas, y en particular por... (*aquí cada uno añade sus intenciones particulares, por ejemplo, por el triunfo de nuestra santa religión en Francia*, etc.) (1) Corazón agonizante de Jesús, víctima de amor por nosotros, dignaos unirme á vuestras santas disposiciones, sobre todo, en el Huerto de las Olivas y en la Cruz; y ofrecedme con Vos en sacrificio al Padre celestial, como un holocausto de agradable olor. Corazón compasivo

(1) Si se ha de pronunciar en voz alta esta fórmula, ó se ha de expresar en voz baja, para no ser oídos, si no se quiere serlo, son intenciones particulares.—

de María, sedme propicio; y para que cumpla fielmente mis promesas, suplicad al Espíritu Santo que derrame sobre mí sus más abundantes bendiciones.

OTRO VOTO DE SACRIFICIO MÁS PERFECTO.

Hay muchas maneras, más perfectas que la precedente, de empeñarse por el voto de sacrificio. Son más difíciles y más meritorias; y antes de contraer la obligación que imponen es preciso orar de nuevo, reflexionar y consultar con el guía de nuestra conciencia. Consisten en añadir al ofrecimiento de que acabamos de hablar, y bajo la misma sanción, es decir, bajo *pena de pecado venial*, una de las promesas siguientes:

Primera promesa.—*Soportar con paciencia y sin murmurar, los sufrimientos y la muerte por la salvación de las almas*, cuando plazca á Dios enviárnoslos. Así como por el voto precedente nos empeñamos en *ofrecer* cada día á Dios nuestros *sufrimientos* y *nuestra vida* por la salvación de las almas, por este voto, más perfecto, nos empeñamos para el mismo fin, no sólo á *ofrecer* nuestros sufrimientos y nuestra vida, sino también á *soportar con paciencia* y *sin murmurar*, *los susodichos sufrimientos* y *la muerte*. Es evidente que esta manera de hacer el voto de sacrificio es más perfecta que la primera, y que este voto, así entendido, puede llegar á ser en manos de un director hábil un medio eficacísimo para hacer avanzar rápidamente á ciertas almas en los caminos de la perfección, permitiéndolas, por ejemplo, hacer este voto primero por una semana, por un mes, luego por un año, y así sucesivamente; y en ciertos sujetos, de virtud muy probada y constante, por toda la vida.

Segunda promesa.—*Hacer cada día á Dios* no sólo el ofrecimiento cotidiano de los sufrimientos y de la vida, sino también *la petición de sufrir y*

morir por la salvación de las almas, si es de su agrado. Por esta promesa sólo nos obligamos á lo que dice la petición y no á otra cosa. Es una manera muy perfecta de ofrecerse como víctima con Jesucristo, que sufrió siempre y murió por nuestro amor.

Tercera promesa.—*Hacer cada semana, bien un ayuno, bien otra penitencia corporal, bien una limosna, ó bien, en una palabra, cualquier obra expiatoria por la salvación de las almas.* Esta promesa no obliga cuando, por una causa ó por otra, su ejecución se hace demasiado difícil, como por ejemplo, en un viaje, en una enfermedad; y por lo que respecta á la limosna, en caso de pobreza ó de sujección, etc. Si se omiten en la semana las obras que nos imponemos por este voto, se peca *venialmente* si la omisión ha sido voluntaria y sin razón legítima; pero no estamos obligados á hacer esa obra dos veces, ó sea, en la semana después, ni en los siguientes. La obligación de la semana termina con la semana: es decir, el sábado en la noche.

FÓRMULA DEL VOTO DE SACRIFICIO MÁS PERFECTO.

Dios todopoderoso y eterno, aunque soy muy indigno de comparecer delante de Vos, confiando, sin embargo, en vuestra infinita bondad, me empeño por el voto temporal (ó perpetuo) de sacrificio, para *hacer cada día una vez á vuestra divina Majestad el ofrecimiento de mi sufrimiento y de mi vida por la salvación de las almas, y en particular*, por... (aquí cada uno añade sus intenciones particulares). Además, me empeño por el mismo voto y para los mismos fines, *á soportar con paciencia y sin murmurar los sufrimientos y la muerte*, ó bien, *á pedir á Dios cada día que me acepte como víctima y me conduzca por el camino de la cruz y de los sufrimientos, en seguimiento de su divino Hijo*, ó bien *á practicar cada semana un ayuno, ó alguna otra obra de penitencia...* Corazón agonizante de Jesús, víctima de amor por nosotros, dignaos unirme á vuestras santas disposiciones, sobre todo, en el huerto de las Olivas y en la cruz, y ofrecedme con vos en sacrificio al Padre celestial, como un holocausto de agradable olor. Corazón compasivo de María, sedme propicio; y á fin de que cumpla fielmente mis promesas, suplicad al Espíritu Santo que derrame sobre mí sus más abundantes bendiciones. Así sea.

NOTA. Repetimos por última vez, que ninguna de las promesas, ni nada de lo que se expresa en los votos de sacrificio que proponemos, obligan *bajo pena de pecado mortal*. La obligación que se contrae haciendo estos votos, es únicamente *bajo pena de pecado venial*.

SOCIEDAD DE VÍCTIMAS VOLUNTARIAS PARA LAS NECESIDADES ACTUALES DE LA IGLESIA Y LAS NACIONES, SOBRE TODO, DE LAS NACIONES CATÓLICAS DE EUROPA, EN HONOR DEL CORAZÓN AGONIZANTE DE JESÚS Y DEL CORAZÓN COMPASIVO DE MARÍA.

Como lo indica su título, la *Sociedad de víctimas voluntarias...* que proponemos, es *una reunión de personas piadosas, fervientes, consagradas á la gloria de Dios y á la salvación de las almas, que se conciertan y se unen para mancomunar sus trabajos, sus penas, sus sufrimientos y el sacrificio de su vida*, en un pensamiento, y para un objeto apostólico, es decir, para obtener para la Iglesia y para las naciones, sobre todo, las naciones católicas de Europa, grandísima abundancia de auxilios espirituales en los malos tiempos en que vivimos. Pero, á fin de que se comprenda mejor nuestro pensamiento, explicaremos cada una de las palabras del título que precede:

I. *Sociedad*: no decimos *cofradía*, porque nuestra intención no es, en efecto, proponer una *cofradía* ni una *asociación nueva*, sino que, bien sea

morir por la salvación de las almas, si es de su agrado. Por esta promesa sólo nos obligamos á lo que dice la petición y no á otra cosa. Es una manera muy perfecta de ofrecerse como víctima con Jesucristo, que sufrió siempre y murió por nuestro amor.

Tercera promesa.—*Hacer cada semana, bien un ayuno, bien otra penitencia corporal, bien una limosna, ó bien, en una palabra, cualquier obra expiatoria por la salvación de las almas.* Esta promesa no obliga cuando, por una causa ó por otra, su ejecución se hace demasiado difícil, como por ejemplo, en un viaje, en una enfermedad; y por lo que respecta á la limosna, en caso de pobreza ó de sujección, etc. Si se omiten en la semana las obras que nos imponemos por este voto, se peca *venialmente* si la omisión ha sido voluntaria y sin razón legítima; pero no estamos obligados á hacer esa obra dos veces, ó sea, en la semana después, ni en los siguientes. La obligación de la semana termina con la semana: es decir, el sábado en la noche.

FÓRMULA DEL VOTO DE SACRIFICIO MÁS PERFECTO.

Dios todopoderoso y eterno, aunque soy muy indigno de comparecer delante de Vos, confiando, sin embargo, en vuestra infinita bondad, me empeño por el voto temporal (ó perpetuo) de sacrificio, para *hacer cada día una vez á vuestra divina Majestad el ofrecimiento de mi sufrimiento y de mi vida por la salvación de las almas, y en particular*, por... (aquí cada uno añade sus intenciones particulares). Además, me empeño por el mismo voto y para los mismos fines, *á soportar con paciencia y sin murmurar los sufrimientos y la muerte*, ó bien, *á pedir á Dios cada día que me acepte como víctima y me conduzca por el camino de la cruz y de los sufrimientos, en seguimiento de su divino Hijo*, ó bien *á practicar cada semana un ayuno, ó alguna otra obra de penitencia...* Corazón agonizante de Jesús, víctima de amor por nosotros, dignaos unirme á vuestras santas disposiciones, sobre todo, en el huerto de las Olivas y en la cruz, y ofrecedme con vos en sacrificio al Padre celestial, como un holocausto de agradable olor. Corazón compasivo de María, sedme propicio; y á fin de que cumpla fielmente mis promesas, suplicad al Espíritu Santo que derrame sobre mí sus más abundantes bendiciones. Así sea.

NOTA. Repetimos por última vez, que ninguna de las promesas, ni nada de lo que se expresa en los votos de sacrificio que proponemos, obligan *bajo pena de pecado mortal*. La obligación que se contrae haciendo estos votos, es únicamente *bajo pena de pecado venial*.

SOCIEDAD DE VÍCTIMAS VOLUNTARIAS PARA LAS NECESIDADES ACTUALES DE LA IGLESIA Y LAS NACIONES, SOBRE TODO, DE LAS NACIONES CATÓLICAS DE EUROPA, EN HONOR DEL CORAZÓN AGONIZANTE DE JESÚS Y DEL CORAZÓN COMPASIVO DE MARÍA.

Como lo indica su título, la *Sociedad de víctimas voluntarias...* que proponemos, es *una reunión de personas piadosas, fervientes, consagradas á la gloria de Dios y á la salvación de las almas, que se conciertan y se unen para mancomunar sus trabajos, sus penas, sus sufrimientos y el sacrificio de su vida*, en un pensamiento, y para un objeto apostólico, es decir, para obtener para la Iglesia y para las naciones, sobre todo, las naciones católicas de Europa, grandísima abundancia de auxilios espirituales en los malos tiempos en que vivimos. Pero, á fin de que se comprenda mejor nuestro pensamiento, explicaremos cada una de las palabras del título que precede:

I. *Sociedad*: no decimos *cofradía*, porque nuestra intención no es, en efecto, proponer una *cofradía* ni una *asociación nueva*, sino que, bien sea

dentro de las cofradías y asociaciones ya existentes, cualesquiera que sean su nombre y su objeto particular, ó fuera de estas cofradías, se ofrezca á las personas celosas que se afligen por los males actuales de la Iglesia y de las naciones, sobre todo, de las naciones católicas de Europa, y por la pérdida de las almas, un medio poderoso de curar, ó al menos de disminuir esos males. Este medio es el de unirse en número más ó menos considerable, y mancomunar para los fines que acabamos de señalar y para todo lo que se relacione con ellos, penas, trabajos, sufrimientos y sacrificios cotidianos de la vida.

Invitamos á los sacerdotes, directores de cofradías, congregaciones y otras asociaciones piadosas á formar entre los fieles, al menos entre los más fervorosos, algunas de estas *Sociedades de víctimas voluntarias*, bajo el modelo que trazaremos después. No tardarán en recoger el fruto de su celo. Sin hablar del gran bien que reportarán de ellas la Iglesia y las almas, ¿quién no ve que una práctica tan santa está llamada á producir felices resultados donde se establezca y se ponga en ejecución con perseverancia? Desde luego no dejará de servir para reanimar el fervor en aquellas asociaciones, en que comienza á extinguirse, ó en que quizás ha desaparecido completamente. En efecto, por donde quiera que penetra el espíritu de sacrificio, penetran en pos de él todas las virtudes y el fervor. Ahora bien: ¿Qué es la práctica de que se trata, sino la ejecución del espíritu de sacrificio, para un fin excelente, es decir, para la salvación de las almas, la exaltación de la Santa Madre Iglesia, el triunfo del reinado de Jesucristo en todas las naciones católicas, y su extensión en todo el universo?

Exhortamos á las almas piadosas á que formen parte de cualquiera cofradía ó congregación... á unirse en *Sociedad de víctimas voluntarias* para estas grandes necesidades de los tiempos presentes. Si cada fiel consiente en cooperar con su parte de personal sacrificio á este objeto, no es dudoso que

el resultado de estos sacrificios reunidos, sea imponente y de gran peso en la balanza de la divina justicia, para determinar al Señor á desviar en gran parte las calamidades que afligen á la Iglesia y á toda la humanidad. Mejor que nadie comprenderán los sacerdotes, los jóvenes alumnos del santuario, los religiosos y religiosas, el valor de todos estos sacrificios reunidos, y la oportunidad de la *Sociedad*, que tiene por objeto provocar y facilitar su ejecución. Esto es lo que nos alienta á hacer un llamamiento á su celo, y á suplicarles humildemente, por amor de Jesucristo, que tengan á bien establecer y promover en torno de ellos estas *Sociedades de víctimas voluntarias*, y, si es posible, que formen parte de ellas.

II. *De víctimas voluntarias.* Existen muchas asociaciones de oración: la que proponemos es una *Sociedad de sacrificio;* pero la una no excluye á la otra. Por el contrario, como hemos dicho al principio de este libro, la oración y el sacrificio deben marchar unidos, y nuestro Señor Jesucristo no los separó jamás. Durante su vida mortal, hizo en sí mismo una alianza inefable de estas dos santas cosas, puesto que oró y sufrió siempre; y, después de su muerte, continúa orando y renovando cada día y á todas las horas su sacrificio incruento.

Llamamos á esta piadosa reunión *Sociedad de víctimas*, porque su práctica fundamental consiste en el *ofrecimiento cotidiano de la vida.*

Ahora bien: ofrecer á Dios la vida por la salvación de las almas, á fin de que disponga de ella cómo y cuando le plazca, es constituirse en estado de víctima. Pero, además, los miembros de esta Sociedad ofrecen con el mismo fin sus penas, sus trabajos, sus sufrimientos de cada día, y también si nuestro Señor se lo inspira, le piden sufrir con este objeto. Y como este ofrecimiento no tiene nada de forzado, porque es enteramente libre y espontáneo, de aquí viene que añadamos la palabra *voluntarias*, para que las personas que deseen tomar parte en esta Sociedad, sepan que es su alma la devoción más pura. Por este motivo, dirigimos

nuestro llamamiento á los cristianos devotos, sinceramente deseosos de *pagar con su persona*, como suele decirse, cuando se trata de procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas.

III. *Para las necesidades de la Iglesia y de las naciones, sobre todo, de las naciones católicas de Europa. De la Iglesia.* ¿Cuándo fué más urgente que hoy poner á contribución todos los recursos espirituales de los hijos de la santa Iglesia, nuestra Madre, para acudir eficazmente á sus innumerables necesidades? Seguramente, el triunfo está definitivamente prometido á la Iglesia por oráculo infalible del Hijo de Dios, contra el cual ninguna potencia del mundo podrá prevalecer; pero esto no impide que en estos malos tiempos tenga grandemente que sufrir el odio de sus enemigos, las persecuciones hipócritas, la connivencia culpable y la indiferencia de gran número de sus hijos. Esto no impide, sobre todo, que los católicos de nuestros días, es decir, todos los hijos de la Iglesia, no tengan graves peligros de perversión que afrontar, á causa de la corrupción y de la malicia del siglo, ni que, desgraciadamente, muchos de entre los que debieran mostrarse más firmes, no hayan dado el triste espectáculo de la más baja defección. El llamamiento que hacemos hoy á todos los corazones generosos, es decir, á todos los verdaderos hijos de la santa Iglesia, nuestra Madre, es, pues, un llamamiento oportuno. Y no lo es menos si consideramos el deplorable estado en que se hallan, bajo el concepto religioso, la mayor parte de las naciones, sobre todo, las naciones católicas de Europa. Esta es la razón por que hemos añadido para las necesidades, no sólo de la Iglesia, sino también:

DE LAS NACIONES, SOBRE TODO DE LAS NACIONES CATÓLICAS DE EUROPA.

¿Quién no sabe que después de la época, lamentable para siempre, de la reforma protestante, que

marca tan tristemente el origen de tantas desgracias, la Religión católica ha encontrado, sobre todo, en el seno de las naciones europeas, un antagonismo odioso, que se traduce frecuentemente en guerras sangrientas, en persecuciones declaradas, que han traído lo que vemos en nuestros días en las naciones que se dicen todavía cristianas, á saber: la humillación del catolicismo, el desprecio de sus prerogativas, el olvido no menos desdeñoso de sus derechos y de su dignidad, hasta el punto de conceder el mismo trato y el mismo honor á la santa Iglesia de Dios que á las sectas nacidas ayer, que no son otra cosa que la negación audaz de su doctrina, de su autoridad y de todas sus enseñanzas. ¡Ay! al lado de estas sectas sacrílegas, á quienes nuestra santa Madre Iglesia ha herido con sus anatemas, se ve obligada á vivir humillada por esta vecindad, como lo estaría una grande y noble reina, tratada con la misma medida de igualdad que sus súbditos rebeldes.

Para comprender bien este estado de profunda humillación á que el espíritu de ireligión y de independencia ha condenado, en el seno de las naciones europeas, á la santa Iglesia católica, basta recordar el brillo y los honores de que se vió rodeada en los días de sus glorias y de sus prosperidades, es decir, en los siglos de fe que precedieron á la gran apostasía de los tiempos modernos. En aquellas edades dichosas, la Iglesia ocupaba el primer lugar en todas partes; y la oposición que ella ó su Pontífice encontraron en el curso de dichos siglos, fué, si se la compara con la especie de ostracismo que ha encontrado después frecuentemente, prueba relativamente muy ligera. Pues bien; para hacer revivir aquellos siglos de fe, aquellos tiempos dichosos en que nuestra santa Religión ocupaba por todas partes en las naciones europeas el primer lugar, es para lo que venimos, querido lector, armados de una invencible confianza en Aquel que ha hecho á las naciones sanables y que puede curarlas con una palabra, á convidarte á formar en esta santa cruzada y á tomar puesto entre las *vic-*

timas voluntarias para las necesidades de la Iglesia y de las naciones, sobre todo, de aquella en cuyo seno te ha hecho nacer la Divina Providencia. Porque es por esta nación especialmente por la que te invitamos á *sacrificarte*, sin detrimento de las otras, á cuya salvación extenderás también las intenciones de tu celo.

En efecto, *la regeneración entera de Europa, la de las naciones europeas, bajo el punto de vista religioso, es lo que nos proponemos obtener por los sacrificios voluntarios*, multiplicados sobre todos los puntos de esta misma Europa y de fuera de ella, donde este libro pueda penetrar. La empresa es grande, pero no temeraria. ¿Qué hay imposible para Dios? Y si algo es capaz de mover su corazón y de determinarle á desplegar en nuestro favor su omnipotente misericordia, ¿no es el sacrificio reunido de todos sus hijos fieles y devotos? *La conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos* entran en las intenciones y en los fines de la sociedad, y se hallan expresadas é incluídas implícitamente en su título, tal y como le hemos enunciado.

La sociedad de víctimas voluntarias se pone inmediatamente bajo la advocación y protección del *Corazón agonizante de Jesús*, y bajo los auspicios del *Corazón compasivo de María*. En estos dos santos corazones, víctimas de amor por nosotros, hay tesoros inextinguibles de gracias y de bendiciones ocultas. Ha llegado el tiempo de explotar estas dos fuentes inagotables de bendiciones en favor de este siglo de desfallecimientos y agonías, en favor de estas naciones modernas, tan orgullosas de su progreso material, y, por tanto, tan rebajadas y decaídas, cuando se las compara con las pasadas, en que la Religión católica, libre de toda traba, las vivificaba las entrañas con su soplo inmortal. Siendo nuestra intención hacer traducir este libro en diversas lenguas y publicarle en las principales comarcas de Europa y de fuera de ella, al menos en América, rogamos encarecidameute á los católicos, con especialidad á los sacerdotes, á los religiosos y

religiosas de estas diversas regiones, que tomen á su cargo, de todo corazón, la tarea de propagarle y de establecer la sociedad de *víctimas voluntarias* en todas partes donde sea posible. ¿Cuál será, pues, la nación á que esta institución saludable no pueda aportar poderosos auxilios en los malos tiempos porque atravesamos? ¡Qué bienes inmensos no podrá realizar en Francia, en Italia, en España, en Austria, en Alemania, en Iglaterra, en Bélgica... en América... en todas partes! ¿Contra cuántos ejércitos de enemigos desembozados ú ocultos no tiene que combatir nuestra santa Religión en esas diversas comarcas? Sí, sí, católicos de todas las naciones; formemos entre nosotros una *santa liga*, una *santa cruzada de víctimas voluntarias*, en unión con la santa Víctima del Gólgotha. Recordemos que la unión es la fuerza, y que el mundo ha sido salvado por la Cruz. Subamos á la Cruz con Jesucristo, y en El y por El continuaremos salvando al mundo.

Cuanto á la organización de esta sociedad no hay otra mejor que reunirse diez personas de buena voluntad, sinceramente deseosas de la gloria de Dios, del triunfo de Jesucristo y de su Iglesia y de la salvación de las almas y las naciones. Conviene que cada uno de los miembros de esta sociedad practique lo siguiente:

1.° *Honrará por el ofrecimiento cotidiano de sus trabajos, de sus penas, de sus sufrimientos y de su vida, la muerte y los sufrimientos de Jesucristo, sobre todo aquellos que le hayan salido en suerte.*

2.° *Se ofrecerá cada día como víctima por la Iglesia y por las naciones, sobre todo, por la suya y por aquella que le haya tocado en suerte.* Se ofrece uno como *víctima* á Dios, haciéndole *el ofrecimiento cotidiano* de que acabamos de hablar, sobre todo, el de *la vida, aceptando con paciencia los sufrimientos* que se presenten, y *pidiendo á Dios sufrir más por las almas*, si es de su agrado, á ejemplo de su divino Hijo Jesús. Por consiguiente, no es posible admitir en esta sociedad más que á los cristianos devotos, generosos, dispuestos á sufrir, y, si es

necesario, á morir por los intereses de Jesucristo, de la santa Iglesia y de las almas.

Las cédulas que damos á luz, después de este capítulo, no son más que para facilitar á los miembros de cada *sociedad de diez personas* la ejecución de esta práctica de celo apostólico. Una de ellas se encargará de distribuirlas cada dos meses. Cuando muera uno de sus miembros, los otros pedirán por el reposo de su alma y le reemplazarán.

La Sociedad de víctimas voluntarias, tal como acabamos de explicarla, no es una asociación propiamente dicha; por consiguiente, puede ser admitida en todas las cofradías y asociaciones piadosas, cualesquiera que sean, sin ningún detrimento de las prácticas y usos de esas piadosas congregaciones. Al contrario, será para ellas, como ya lo hemos dicho, un medio poderoso de acrecentar el fervor entre sus miembros y reanimarle si está extinguido. El llorado P. Ramiere y su digno sucesor en la dirección general del *Apostolado de la Oración* y en la redacción de *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*, han tenido sucesivamente la cortesía de abrir á nuestra obra las columnas de su piadosa *Revista* y de dar á conocer y recomendar nuestro libro á sus numerosos lectores. Aquí les reiteramos nuestra sincera gratitud. Y á nuestra vez rogamos con grandes instancias á los celadores y celadoras del *Apostolado de la Oración* que tengan á bien extender su celo activo á la propagación del *Apostolado del Sufrimiento*. Ya lo hemos dicho en el capítulo precedente: entre estos dos apostolados existe una relación íntima, la que existió entre la oración de Jesucristo y sus sufrimientos. Así, nuestra convicción es que estos dos apostolados deben marchar juntos, tan estrechamente ligados y unidos, que no formen más que uno, compuesto de dos elementos, el *elemento suplicante* y el *elemento víctima*, *la Oración y el Sufrimiento*, repartidos entre los diversos asociados de esta hermosa obra, ó reunidos en cada uno de ellos. Abrigamos la firme confianza de que la unión de estos dos apostolados comunicará al uno y al otro un carácter de duración, de fecundidad, de extensión y de solidez, que tendrían difícilmente, ó que quizá no tendrían sin esta unión, destinada á centuplicar su vitalidad recíproca, y, por tanto, á llevar á su colmo la eficacia de su acción, en el orden sobrenatural, para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

SOCIEDAD DE VÍCTIMAS VOLUNTARIAS PARA LAS NECESIDADES ACTUALES DE LA IGLESIA Y DE LAS NACIONES, SOBRE TODO, DE LAS NACIONES CATÓLICAS DE EUROPA, EN HONOR DEL CORAZÓN AGONIZANTE DE JESÚS Y DEL CORAZÓN COMPASIVO DE MARÍA (1).

1.ª CÉDULA.

La Iglesia y Francia.

Honrad la agonía y la muerte de Jesucristo; honrad, en particular, los dolores interiores y exteriores que padeció después del momento de su *encarnación* y de su *nacimiento* hasta la edad de *cinco años*, sobre todo, pensando en el número tan grande de niños que nacen de padres infieles, heréticos ó malos cristianos.

Ofreced hoy, en unión con sus sufrimientos, vuestros trabajos, vuestras penas, vuestros dolores y el sacrificio de vuestra vida por el triunfo de la *religión católica en Francia*, y en particular, por los padres y madres de familia y por sus hijos, á fin de que reciban el bautismo y conserven la inocencia bautismal. Pedid á Dios, si es de su agrado, *sufrir* por los mismos fines.

Corazón agonizante de Jesús, tened piedad de nosotros.

(1) Estas hojas se han impreso aparte. Pueden adquirirse en casa del librero editor de *El Apostolado del Sufrimiento*.

Corazón compasivo de María, rogad por nosotros.

San Miguel Arcángel, rogad por nosotros.

Santos Angeles, protectores de Francia, rogad por nosotros.

Santos Apóstoles y Santos Mártires, rogad por nosotros.

Santos y Santas, que habéis sido santificados en Francia, rogad por nosotros.

2.ª CÉDULA.

La Iglesia é Italia.

Honrad la agonía y muerte de Jesucristo; honrad en particular los dolores interiores y exteriores que padeció desde la edad de *cinco á diez años*, sobre todo, pensando en el gran número de niños educados en el olvido de Dios y en el desprecio de nuestra santa religión.

Ofreced hoy, en unión con sus sufrimientos, vuestros trabajos, vuestras penas, vuestros dolores y el sacrificio de vuestra vida por el *triunfo de la religión católica en Italia*, y en particular, para que todos los niños reciban una *educación católica*. *Pedid á Dios*, si es de su agrado, sufrir por los mismos fines.

Corazón agonizante de Jesús, tened piedad de nosotros.

Corazón compasivo de María, rogad por nosotros.

San Miguel Arcángel, rogad por nosotros.

Santos Angeles, protectores de Italia, rogad por nosotros.

San José, rogad por nosotros.

Santos Apóstoles y Santos Mártires, rogad por nosotros.

Santos y Santas, que habéis sido santificados en Italia, rogad por nosotros.

3.ª CÉDULA.

La Iglesia y España.

Honrad la agonía y la muerte de Jesucristo; honrad en particular los dolores interiores y exteriores que padeció desde la edad de *diez á quince años*, sobre todo, pensando en tantos jóvenes cristianos como se pervierten á esta edad.

Ofreced hoy, en unión con sus sufrimientos, vuestros trabajos, vuestras penas, vuestros dolores y el sacrificio de vuestra vida por el *triunfo de la religión católica en España y Portugal*, y en particular, para obtener *la completa extirpación* de las causas de escándalo que pervierten la juventud, sobre todo, los malos libros, los malos periódicos, los malos espectáculos. Pedid á Dios, si es de su agrado, sufrir por los mismos fines.

Corazón agonizante de Jesús, tened piedad de nosotros.

Corazón compasivo de María, rogad por nosotros.

San Miguel Arcángel, rogad por nosotros.

Santos Angeles, protectores de España y Portugal, rogad por nosotros.

San José, rogad por nosotros.

Santos Apóstoles y Santos Mártires, rogad por nosotros.

Santos y Santas, que habéis sido santificados en España y Portugal, rogad por nosotros.

4.ª CÉDULA.

La Iglesia y Austria.

Honrad la agonía y la muerte de Jesucristo; honrad en particular los dolores interiores y exte-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

riores que padeció desde la edad de *quince hasta veinte años*, sobre todo pensando en tantos jóvenes cristianos y cristianas que faltan á su vocación, y se exponen, por esta infidelidad, al daño de perderse.

Ofreced hoy, en unión con sus sufrimientos, vuestros trabajos, vuestras penas, vuestros dolores y el sacrificio de vuestra vida por el *triunfo de la religión católica en Austria y Hungría*, y en particular, por los religiosos y religiosas, por la juventud cristiana, sobre todo por los estudiantes. Pedid á Dios, si es de su agrado, sufrir por los mismos fines.

Corazón agonizante de Jesús, tened piedad de nosotros.

Corazón compasivo de María, rogad por nosotros.

San Miguel Arcángel, rogad por nosotros.

Santos Angeles, protectores de Austria y Hungría, rogad por nosotros.

Santos Apóstoles y Santos Mártires, rogad por nosotros.

Santos y Santas, que habéis sido santificados en Austria y en Hungría, rogad por nosotros.

5.ª CÉDULA.

La Iglesia, Alemania y Rusia.

Honrad la agonía y la muerte de Jesucristo; honrad en particular los dolores interiores y exteriores que padeció desde la edad de *veinte á veinticinco años*, sobre todo, pensando en el mal horrible que las sociedades secretas y las malas compañías hacen á la juventud y á los hombres en nuestros días.

Ofreced hoy, en unión con sus sufrimientos, vuestros trabajos, vuestras penas, vuestros dolores y el sacrificio de vuestra vida por el *triunfo de la religión católica en Alemania y en Rusia*, y en particular, porque los hombres de nuestros días, sobre todo los jóvenes, los obreros, no se alisten en las sociedades secretas, y por la extirpación completa de estas perversas asociaciones. Pedid á Dios, si es de su agrado, sufrir por los mismos fines.

Corazón agonizante de Jesús, tened piedad de nosotros.

Corazón compasivo de María, rogad por nosotros.

San Miguel Arcángel, rogad por nosotros.

Santos Angeles, protectores de Alemania y de Rusia, rogad por nosotros.

San José, rogad por nosotros.

Santos Apóstoles y Santos Mártires, rogad por nosotros.

Santos y Santas, que habéis sido santificados en Alemania y en Rusia, rogad por nosotros.

6.ª CÉDULA.

La Iglesia é Inglaterra.

Honrad la agonía y la muerte de Jesucristo; honrad en particular los dolores interiores y exteriores que padeció desde la edad de *veinticinco á treinta años*, sobre todo, pensando en las personas de esta edad que se abandonan sin freno á las pasiones desordenadas.

Ofreced hoy, en unión con sus sufrimientos, vuestros trabajos, vuestras penas, vuestros dolores y el sacrificio de vuestra vida por el *triunfo de la religión católica en Inglaterra, Irlanda* y *Escocia*, y en particular, por los que gobiernan en estos países. Pedid á Dios, si es de su agrado, sufrir por los mismos fines.

Corazón agonizante de Jesús, tened piedad de nosotros.

Corazón compasivo de María, rogad por nosotros.

San Miguel Arcángel, rogad por nosotros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

San José, rogad por nosotros.

Santos Angeles, protectores de Inglaterra, Irlanda y Escocia, rogad por nosotros.

Santos Apóstoles y Santos Mártires, rogad por nosotros.

Santos y Santas, que habéis sido santificados en Inglaterra, Irlanda y Escocia, rogad por nosotros.

7.ª CÉDULA.

La Iglesia y Polonia.

Honrad la agonía y la muerte de Jesucristo; honrad en particular los dolores interiores y exteriores que padeció desde la edad de *treinta á treinta y tres años*, sobre todo, pensando en tantas persecuciones como había de sufrir su Iglesia hasta el fin del mundo.

Ofreced hoy, en unión de sus sufrimientos, vuestros trabajos, vuestras penas, vuestros dolores y el sacrificio de vuestra vida *por el triunfo de la religión católica en Polonia y en todas las naciones del mundo en que es perseguida*, y en particular, para que la confusión de Babel se apodere de todos los enemigos de la Iglesia, haciéndolos incapaces de perjudicarla. Pedid á Dios, si es de su agrado, sufrir por los mismos fines.

Corazón agonizante de Jesús, tened piedad de nosotros.

Corazón compasivo de María, rogad por nosotros.

San Miguel Arcángel, rogad por nosotros.

San José, rogad por nosotros.

Santos Angeles, protectores de Polonia y de otras naciones, donde la Iglesia católica es perseguida, rogad por nosotros.

Santos Apóstoles y Santos Mártires, rogad por nosotros.

Santos y Santas que habéis sido santificados en Polonia y en las naciones donde la Iglesia es perseguida, rogad por nosotros.

8.ª CÉDULA.

La Iglesia y Bélgica.

Honrad la pasión y la muerte de Jesucristo; honrad en particular los dolores interiores y exteriores que padeció en el Huerto de las Olivas *durante las tres horas de su agonía*, sobre todo, pensando en el número tan grande de agonizantes que mueren cada día en desgracia de Dios.

Ofreced hoy en unión con sus sufrimientos y con su dolorosa agonía, vuestros trabajos, vuestras penas, vuestros dolores y el sacrificio de vuestra vida, por *el triunfo de la religión católica en Bélgica, en Holanda, en Suecia, en Noruega, en Dinamarca*, y en particular, por los *cien mil agonizantes* de cada día, y por la *completa extirpación* de la *secta abominable* que bajo el nombre de *solidarios* se propone el infernal objeto de impedir á los agonizantes que mueran como cristianos (1).

Pedid á Dios, si es de su agrado, sufrir por los mismos fines.

Corazón agonizante de Jesús, tened piedad de nosotros.

Corazón compasivo de María, rogad por nosotros.

San Miguel Arcángel, rogad por nosotros.

San José, rogad por nosotros.

Santos Angeles, protectores de Bélgica y de otras naciones del Norte de Europa, rogad por nosotros.

Santos Apóstoles y Santos Mártires, rogad por nosotros.

(1) Esta secta diabólica ha nacido en Bélgica en los últimos años.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Santos y Santas que habéis sido santificados en Bélgica y otras naciones del Norte de Europa, rogad por nosotros.

9.ª CÉDULA.

La Iglesia y América.

Honrad la agonía y la muerte de Jesucristo; honrad en particular los dolores interiores y exteriores que padeció durante su *flagelación* y su *coronación de espinas*, sobre todo, pensando en el orgullo de tan gran número de hombres que rehusan por espíritu de independencia someterse á su divina autoridad y á la de la Santa Iglesia, su Esposa.

Ofreced hoy, en unión con sus sufrimientos, vuestros trabajos, vuestras penas, vuestros dolores y el sacrificio de vuestra vida, por el *triunfo de la religión católica en América y Occeanía*, y en particular, por los Misioneros de esas comarcas y de todos los países del mundo.

Pedid á Dios, si es de su agrado, sufrir por los mismos fines.

Corazón agonizante de Jesús, tened piedad de nosotros.

Corazón compasivo de María, rogad por nosotros.

San Miguel Arcángel, rogad por nosotros.

San José, rogad por nosotros.

Santos Angeles, protectores de América y Occeanía, rogad por nosotros.

Santos Apóstoles y Santos Mártires, rogad por nosotros.

Santos y Santas que habéis sido santificados en América y Occeanía, rogad por nosotros.

10.ª CÉDULA.

La Iglesia, el Asia y el Africa.

Honrad la agonía y la muerte de Jesucristo; honrad en particular los dolores interiores y exteriores que padeció *llevando su cruz y siendo crucificado*, *permaneciendo suspendido en ella durante tres horas y rindiendo al fin el último suspiro*, á pesar de la ingratitud de tan gran número de hombres que no quieren aprovecharse de los méritos de su sangre, derramada por ellos en la cruz.

Ofreced hoy, en unión con sus sufrimientos, vuestros trabajos, vuestras penas, vuestros dolores y el sacrificio de vuestra vida, *por el triunfo de la religión católica en Asia, Africa y todos los países infieles.*

Ofreced en particular esos mismos trabajos, penas, sufrimientos, y el sacrificio de vuestra vida, por el Soberano Pontífice, por los Obispos, por los Sacerdotes y por todos los hijos de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, especialmente por los miembros de esta Sociedad, por sus familias y por la vuestra.

Pedid á Dios, si es de su agrado, sufrir por los mismos fines.

Corazón agonizante de Jesús, tened piedad de nosotros.

Corazón compasivo de María, rogad por nosotros.

San Miguel Arcángel, rogad por nosotros.

Santos Angeles protectores de Asia, Africa y todas las naciones del mundo, rogad por nosotros.

San José, rogad por nosotros.

Santos Apóstoles, rogad por nosotros.

Santos Mártires y Santas Vírgenes, rogad por nosotros.

Santos y Santas que habéis sido santificados en Asia, Africa y en todas las naciones del mundo, rogad por nosotros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APÉNDICE.

I.

Sobre la devoción al Corazón agonizante de Jesús.

Esta devoción tiene por objeto: 1.° *Honrar el Sagrado Corazón de Jesús, que padeció durante toda su vida, pero, sobre todo, durante su agonía en el Huerto de las Olivas, y en la cruz, grandes sufrimientos interiores por la salvación de las almas.* 2.° *Obtener por los méritos de esta larga agonía una buena muerte, para las cien mil personas que mueren cada día en el mundo entero.* Este número no es exagerado: es un hecho comprobado por la experiencia.

ORACIÓN COTIDIANA

AL CORAZÓN AGONIZANTE DE JESÚS, POR LOS AGONIZANTES DEL DÍA, ES DECIR, POR TODOS LOS QUE DEBEN MORIR EN LAS VEINTICUATRO HORAS DEL DÍA.

Oh clementissime Jesu, amator animarum, obsecro te per agoniam Cordis tui sanctissimi et per dolores Matris tuæ Immaculatæ, lava in sanguine tuo peccatores totius mundi nunc positos in agonia et hodie morituros. Amen. Cor Jesu in agonia factum, miserere morientium.

Oh misericordiosísimo Jesús, á Vos que ardéis con tan ardiente amor por las almas, os conjuro por la agonía de vuestro Santísimo Corazón y por los dolores de vuestra Madre Inmaculada, que purifiquéis con vuestra sangre á todos los pecadores de la tierra que están en la agonía y deben morir hoy. Así sea. Corazón agonizante de Jesús, tened piedad de los moribundos.

Por cada vez que se diga esta oración se ganan cien días de indulgencia; y una plenaria cada mes. (Decreto de 2 de Febrero de 1850.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ofreced *cada día* con esta plegaria al Corazón agonizante de Jesús algunas obras buenas y algunos sacrificios por los agonizantes *del día*. Mañana no será tiempo, porque habrán alcanzado una eternidad feliz ó desgraciada.

La devoción al Corazón agonizante de Jesús, así formulada, apareció por primera vez hacia el año de 1848. Por decreto dado en Gaeta (2 de Febrero de 1850), N. S. P. el Papa Pío IX se dignó estimularla, concediéndola indulgencias. Después de esta época fué erigida en Archicofradía en Jerusalén, en la iglesia del Patriarca latino, por virtud de Letras Apostólicas de Pío IX, del 23 de Agosto de 1867, bajo este título: *Archicofradía del Santísimo Corazón Agonizante de Jesús, y de Nuestra Señora de los Dolores, para alcanzar, á los que se hallan en el artículo de la muerte, la gracia de un tránsito feliz de esta vida á la eterna.*—Numerosas Cofradías se han establecido bajo el mismo título y para el mismo fin en diversos puntos del mundo católico, habiéndose afiliado á esta Archicofradía, con participación en sus privilegios é indulgencias.

Los Sres. Curas y Capellanes que deseen establecer esta saludable Cofradía en sus iglesias ó capillas públicas, no tendrán necesidad de más que de escribirnos, y nos encargaremos de secundar su celo, enviándoles con las reseñas necesarias el *cartel* impreso de los *Estatutos* de la Cofradía, y, después de la erección canónica de esta por el Ordinario, el diploma de afiliación á la Archicofradía de Jerusalén. Gracias á la benevolencia de Su Excelencia el Patriarca Latino de la Ciudad Santa, bajo cuya alta dirección funciona esta Archicofradía, somos depositarios de cierto número de estos diplomas, y los tenemos á disposición de los Sres. Curas y Capellanes que nos los pidan, acompañando á la demanda el acta auténtica de la erección canónica de su Cofradía. He aquí las señas para dirigirse á nosotros: *M. Lyonnard, prêtre, maison des Missionaires, a Vals, prés le Puy* (Haute-Loire). También pueden dirigirse para pedir reseñas de esta *Obra de salvación de los moribundos*, y para procurarse diversos opúsculos, hojas de propaganda, fotografías, medallas, estampas y cuadros que con ella se relacionan, á la *Reverenda Madre Superiora del Monasterio del Corazón Agonizante de Jesús, aux Quatre-maisons*, 3, *a Lyon* (Rhone).

II.

Sobre la súplica perpetua al Corazón compasivo de María, por las necesidades actuales de la Iglesia y de las parroquias.

Esta súplica tiene por objeto: 1.° *Honrar los dolores de la Santísima Virgen María, durante su vida mortal, sobre todo la desolación profunda, ó especie de agonía á que se entregó su Santísimo Corazón durante la agonía de su divino Hijo en el Huerto de las Olivas y en la cruz.* 2.° *Alcanzar de Jesús, por la desolación y por la agonía de su divina Madre, gracias eficacísimas de protección para la Iglesia y de salvación para las parroquias y diócesis donde esta Obra se establece, particularmente para la conversión de los pecadores endurecidos.*

La súplica perpetua no es una *cofradía* ni una *asociación*. Es un homenaje solemne tributado una vez cada año al Corazón compasivo de María por sus fieles servidores, sin distinción de edad, de condición y de sexo; es una plegaria ardiente que estos mismos servidores reunidos, sea en la iglesia parroquial, en la de una comunidad ó en otra iglesia pública, dirigen á la Virgen compasiva para suplicarla que venga en ayuda de la Iglesia, de sus hijos, de ellos mismos, en los calamitosos tiempos en que vivimos.

La súplica perpetua al Corazón compasivo de María es la sucesión *de la adoración perpetua del Santísimo Sacramento*, establecida en la mayor parte de las diócesis de Francia. La una puede tener perfectamente lugar después de la otra, y esto es lo que queremos establecer en todas partes donde podamos, de tal manera, que la víspera del día en que debe tener lugar en cada iglesia pública de una diócesis *la adoración perpetua del Santísimo Sacramento*, sea consagrada á *la súplica perpetua al Corazón compasivo de María*. De este modo no habrá ningún

desarreglo y la víspera de la fiesta servirá de excelente preparación á la del día siguiente: *Per Mariam ad Jesum*. ¿Qué pastor, qué sacerdote que sirva bajo cualquier título en una iglesia pública no se mostrará santamente celoso de procurar á nuestra dulce y compasiva Madre de los cielos un homenaje tan glorioso para ella, tan ventajoso para nosotros, y, bien se puede añadir, tan fácil? En efecto, ¿hay nada más fácil y menos oneroso que consagrar *un día*, *un sólo día* por año en cada *iglesia* á la excelente y conmovedora práctica de la *súplica perpetua* al Corazón compasivo de María?

Ya la hemos inaugurado en muchas iglesias parroquiales y comunidades religiosas, con gran edificación y consuelo de los fieles, que acudieron á compartir los dolores de su buena Madre y á recibir sus maternales bendiciones. Presente tenemos el conmovedor espectáculo que durante el tiempo de cuaresma tuvo lugar en la iglesia catedral de Sarlat, donde el pueblo, respondiendo al llamamiento de su piadoso y celoso pastor, fué á arrodillarse á los pies de la dulce imagen de María, solemnemente expuesta en el coro, rodeada de flores y de luces, y á suplicarla, durante todas las horas benditas de este santo día, sobre todo, por la tarde, en el ejercicio solemne final, que derramara sobre la parroquia y sobre cada uno de ellos sus maternales bendiciones. Las madres conducían á sus hijos pequeñitos para ofrecerlos á su Madre celestial; y su compasiva mano se levantaba á la vez sobre las madres y sobre sus hijos, para bendecirlos á todos.

No; no desesperamos de que esta santa y conmovedora práctica de la *súplica perpetua*... se haga general en la Iglesia... ¡Qué gloria para la dulce Madre de Jesús y Madre nuestra! ¡Qué inefable consuelo para los que contribuyan con su celo á procurar á María este homenaje, sea propagando el librito de la *súplica*... sea determinando con sus piadosas diligencias el establecimiento sólido y durable de la *súplica*... en la iglesia de su parroquia ó fuera de ella! ¡Oh! vosotros, que leéis

estas líneas, os conjuramos, no solamente á propagar por todas partes donde pudierais el *Apostolado del Sufrimiento*, sino también la *súplica perpetua al Corazón compasivo de María*. Hemos abierto un registro donde inscribimos con la fecha del día del año elegido el nombre de las iglesias donde se desea establecer esta *súplica*. Los señores curas, capellanes y coadjutores que deseen tener el día en su calendario de alabanzas y oraciones á la Madre de los dolores, pueden escribirnos, indicándonos el día que quieren elegir. Este día será elegido una vez para siempre, y cada año volverá á llevar á la parroquia ó la comunidad las alegrías y las bendiciones del año precedente.

¡Un día, un solo día por año!

Tal es la limosna espiritual que se os pide, en nombre y por el amor de María desolada, en reparación de los ultrajes hechos á su maternidad por los impíos de nuestros días, y para que venga en ayuda de nuestra Santa Madre la Iglesia y de sus hijos en estos tiempos de calamidades.

Pastores celosos, sacerdotes fervientes, piadosos fieles devotos de María y deseosos de la salvación de las almas, vosotros acogeréis favorablemente, no lo dudamos, este llamamiento que nos hemos tomado la libertad de dirigir á vuestra tierna piedad por la Augusta Madre de Dios. No; vosotros no rechazaréis á nuestra dulce y santa María, que tanto ha sufrido por nosotros; á nuestra Santa Madre la Iglesia, hoy tan afligida; á tan gran número de almas, expuestas más que nunca al daño de perderse eternamente; no rehusaréis consagrar *un día*, *un solo día de cada año*, á celebrar en las iglesias, con la aprobación del Ordinario, *la súplica perpetua al Corazón compasivo de María por las necesidades de la Iglesia*, *de las parroquias*, *de las comunidades... donde se haya establecido*.

Para más amplios informes os remitimos al opúsculo que hemos publicado últimamente con el título

de *La súplica perpetua al Corazón compasivo de María por las necesidades actuales de la Iglesia y de las parroquias...*

Se halla esta obra: librería de *Lecoffre, París, rue Bonaparte;* y en Lión, antigua casa *Perisse*, hermanos, *rue Mercière*, 47, y *rue Centrale*, 34. Los Sres. Eclesiásticos hallarán en este libro, página 87, primera edición, el método *práctico* de establecer *la súplica perpetua*... en cada iglesia.

La súplica perpetua en las familias.

Es grandemente de desear que *la súplica perpetua*... se establezca también en las familias cristianas, para quienes será fuente de bendiciones. Madre de Aquel que vino á obrar la salvación del mundo, en todas partes donde penetra María aporta la alegría y la salud. ¡Dichosas, mil veces dichosas las familias que honran y aman á la dulcísima Madre de Jesús! Padres cristianos, madres é hijas cristianas, á vosotros nos dirigimos en este momento. No omitáis nada para establecer *la súplica perpetua... un día por año* en el seno de vuestras familias. Os exhortamos con todas nuestras fuerzas á ello, seguros como lo estamos del gran bien que os procurará si lo hacéis fielmente. He aquí el método que hay que seguir, de suyo bien fácil: 1.° Determinad, de una vez por todas, el día del año en que os proponéis hacer en vuestra casa este santo ejercicio. 2.° La víspera de este día elevad en un departamento de vuestra casa un altar á María, coronado por un cuadro con la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, ó al menos por un cuadro con una imagen cualquiera de la Santísima Virgen. Adornad este piadoso monumento lo mejor que podáis, con flores y con lo que tengáis más bello. Nunca haréis demasiado para honrar dignamente á la Augusta Madre de Dios. 3.° Hecho esto, reunid desde la víspera á vuestra familia y á vuestros criados para hacer, después de la oración de la tarde, recitada en comunidad, la

apertura de la *súplica*... Es ventajoso empezarla por una breve lectura del libro intitulado *La súplica perpetua*... (1) ó de otro libro piadoso sobre la devoción á la Santísima Virgen. Después de esta lectura, arrodillándose todos, recitaréis devotamente y en alta voz y en nombre de todos algunas de las *súplicas* que se hallan en el librito que acabamos de indicar (2), al menos la primera que es para *los padres, las madres y sus hijos* (3). Durante este primer ejercicio conviene que haya algunas velas encendidas en el monumento. 4.° En la mañana del día siguiente haréis de manera que todos los miembros de vuestras familias y vuestros domésticos vayan en comunidad ó en particular á hacer su oración de la mañana delante de la piadosa imagen de María desolada, y á ofrecerla algunas súplicas. 5.° Durante todo el día, si vuestros recursos lo permiten, mantened al menos una vela ó una lámpara encendidas. 6.° Disponed las cosas de manera que, durante este dichoso día, cada miembro de vuestra familia vaya á ofrecer á María su piadosa súplica. Suplicad vosotros mismos por los que no quieran hacerlo. Mediante vuestra *invitación* á los demás miembros de vuestra parentela y á algunos vecinos, no podrán menos de ir también á *suplicar* á la buena Madre, aunque sólo sea por la tarde, al ejercicio solemne final. Reservad para esta última ceremonia la más bella iluminación. Se empezará por la *satisfacción honorable* (4): enseguida, si el local lo permite, se cantarán algunas estrofas del *Stabat* (5) ó algún piadoso cánt ico á María. Si hay en la casa algún instrumento demúsica, tal como el *harmonium*, por ejemplo, no se hallará mejor ocasión para servirse de él. Después de esto consagraréis vuestro hijos á María, haciéndolos que se pon-

(1) *La súplica perpetua al Corazón compasivo de María*, 32, librería de Lecoffre, París.
(2) *La súplica perpetua*, pág. 98, primera edición.
(3) Id., pag. 121.
(4) Véase *La súplica perpetua*, pág. 105.
(5) Id., pág. 101.

gan de rodillas todos juntos delante de la santa imagen, sirviéndoos de la *súplica de las madres cristianas que ofrecen sus hijos á María* (1). Añadiréis algunas otras súplicas, las letanías de la Santa Virgen, y terminaréis por el *acto de consagración al Corazón compasivo de María* (2). Convendría que fuese el padre ó la madre el que pronunciara en alta voz este acto, á los pies de la Santísima Virgen. Y se podrá concluir con algunos cánticos piadosos. ¡Dichosas, volvemos á decirlo, dichosas las familias que ofrecen á María *cada año* el piadoso homenaje de la súplica!

Hemos *abierto* también *un registro* para inscribir á las familias cristianas que tengan la devoción de adoptar esta santa práctica y que nos envíen su nombre y el día del año que han elegido. ¿Cuál es la familia cristiana que no se apresurará santamente á ofrecer *una flor*, es decir, *un día de súplica* cada año, para ayudarnos á componer, en honor del Corazón compasivo de María, una magnífica corona de *trescientas sesenta y cinco* hermosas flores, es decir, tantos homenajes de súplica como días tiene el año? La invitación que dirigimos á las familias cristianas la hacemos extensiva igualmente á todas las comunidades religiosas y á otros establecimientos piadosos, seminarios, hospicios, hospitales, etc., etc. Rogamos á los Sres. Curas y á los Sres. Eclesiásticos que secunden con todo su poder el establecimiento de estas piadosas súplicas en el seno de las familias de su parroquia, sin detrimento del ejercicio público y solemne de súplica que los hemos ya pedido establezcan en su iglesia para todos los fieles. No tardarán en recoger de esta santa práctica los más dulces consuelos y los frutos más abundantes.

(1) Id., pág. 130.
(2) Id., pág. 111.

III.

Sobre el Instituto de religiosas del Corazón agonizante de Jesús y del Corazón compasivo de María.

Terminamos esta obra con una breve noticia del *Instituto de Religiosas del Corazón agonizante de Jesús y del Corazón compasivo de María*, fundado en Menda en el año de 1859, bajo los auspicios de Monseñor Juan María Foulquier, Obispo de Menda. Trasladado á Lión (1), con la aprobación del Cardenal Arzobispo, Monseñor Mauricio de Bonald, su casa matriz está actualmente colocada bajo la alta protección de su Eminencia el Cardenal Caverot, Arzobispo de Lión, que se digna honrarla con su paternal benevolencia. Los motivos que han determinado el establecimiento de este Instituto religioso son de varias clases. El principal entre todos ha sido el de rendir en estos malos tiempos un *culto especial de devoción y de reparación al Corazón agonizante de Jesús y al Corazón compasivo de María*, y el de contribuir, cuanto sea posible por este medio y por toda una vida de oración, de reparación y de sacrificio, á la salvación eterna de los moribundos, y, en general, á la regeneración y á la salud de todos los hombres. El segundo motivo ha sido facilitar á las personas llamadas á la vida religiosa el medio de satisfacer, con una salud mediana, su vocación al claustro, es decir, á los ejercicios de una vida de oración, de soledad y de penitencias, con un pensamiento y objeto apostólicos, esto es, por la salvación de los moribundos.

Es preciso hacer constar que, vista la debilidad general de los temperamentos, cierto número de personas, realmente llamadas por Dios á la vida contemplativa y mortificada del claustro, no tie-

(1) Lyon, quartier de Monplaisir, rue Quatre-Maisons, 3.

nen, sin embargo, bastantes fuerzas físicas para soportar las austeridades, del Carmelo, de la Trapa y de Santa Clara. ¿Qué hacer en este caso? ¿Entrar en una comunidad menos austera? Es, sin duda, el mejor partido que se puede tomar. Pero ¿dónde hallar estas comunidades en que, al mismo tiempo que se ejercen los ministerios de la vida activa, es decir, la educación de las jóvenes, se ejerce el cuidado de los enfermos, ó toda otra función incompatible con la vida contemplativa propiamente dicha, tal como se practica en las Ordenes claustrales del Carmelo y otras?

Es, pues, un verdadero servicio el que se hace á las jóvenes que tienen esta vocación, pero que carecen de la fuerza física suficiente para soportar las austeridades, procurándolas un medio fácil de realizar su piadosa vocación con una salud mediana. Este medio podrán hallarle, á nuestro juicio, en el *Instituto religioso del Corazón agonizante de Jesús y del Corazón compasivo de María*, el cual, bajo el concepto de las austeridades, vigilias, ayunos y privaciones, representa un término medio entre las Ordenes más austeras y las que no lo son tanto. Por lo demás, y para dar á nuestros lectores un conocimiento más exacto de las reglas de este Instituto, vamos á reproducir sencillamente su fórmula abreviada.

Fórmula abreviada de la Congregación religiosa del Corazón agonizante de Jesús y del Corazón compasivo de María.

1.° Las Religiosas de esta Congregación se proponen por fin honrar con un culto especial de devoción y de reparación, al Corazón agonizante de Jesús y al Corazón compasivo de María; y alcanzar, por los méritos de la larga agonía del Hijo y de la Madre, y por una vida de oración, de trabajo y de sacrificio, la salvación de los moribundos del mundo entero, y, en general, la regeneración y la salvación de todos los hombres. El número cotidiano de los moribundos es de cerca de *cien mil*. ¡Cuántos de éstos no estarán expuestos á caer en el infierno! Ofrecerse al Señor como víctima de súplica y de expiación, para evitarles esta espantosa desdicha, es el mayor servicio de caridad que se les puede prestar. Y esto es lo que hacen todos los días las religiosas del Corazón agonizante de Jesús y del Corazón compasivo de María.

2.° Para estos fines pronuncian, después de dos años de noviciado, sus votos; las hermanas de coro, los perpetuos de Pobreza, Castidad y Obediencia; y las conversas, los mismos votos temporales; es decir, por cinco años, y después de estos cinco años, perpetuos. Sin hacerlo materia de voto, las susodichas religiosas se impondrán el deber de orar frecuentemente por la Iglesia, por el Soberano Pontífice, por los señores Obispos, por todos los miembros del clero secular y regular, por todo el pueblo cristiano... pero, especialmente, por sus bienhechores y bienhechoras, y por los agonizantes que tengan á bien recomendar nominalmente á sus oraciones.

3.° *Guardan una clausura mitigada*, en el sentido de que prohibiéndoselas toda relación exterior se las deja la facultad de pasar de un monasterio á otro, cuando la superiora general lo juzga oportuno; de tener una administración general común, un noviciado común, de donde las novicias salen para sus comunidades respectivas. Además, en los países de misiones extranjeras, y á fin de ser más útiles, pueden tener una especie de semi-clausura, y dedicarse, por este medio, en algún hospicio, inmediatamente contiguo á su convento, al servicio de los ancianos enfermos, ó á toda otra obra de caridad y de celo, compatible con el espíritu y el fin de su Instituto.

4.° *Se dedican especialmente* al santo ejercicio de la oración mental y vocal, consistiendo esta última, sobre todo, en la salmodia cotidiana del oficio divino. Si el número de religiosas lo permite, habrá *súplica continua* por los moribundos del día, orando cada religiosa por turno con esta

intención, durante un tiempo determinado, delante del Santísimo Sacramento.

5.° *Unen la mortificación á la oración*, no con toda la austeridad del Carmelo, por ejemplo, sino con un temperamento que, acomodándose á las constituciones débiles, conviene, sin embargo, á una vida de sacrificios. En cambio dedican larga parte á la mortificación del espíritu, á los ejercicios de humillación, etc.

6.° *Se ocupan con preferencia*, durante las horas dedicadas á obras manuales, en la confección ó reparación de ornamentos religiosos, ropas sagradas, etc., en favor, sobre todo, de las iglesias pobres, según los recursos de la comunidad. El silencio es de regla, fuera del tiempo destinado al recreo.

7.° No admiten en sus órdenes, como religiosas de coro, más que á personas de educación conveniente, y que puedan, salvo ciertos casos excepcionales, aportar un dote de seis á ocho mil pesetas, según las localidades, ó la renta anual de esta suma.

8.° Para visitar y asistir á los moribundos, se asocian en el exterior auxiliares ó coadjutoras, es decir, personas caritativas, solidamente virtuosas, de reconocida piedad, que viven en el mundo y están unidas á la comunidad por lazos más ó menos estrechos. Estas auxiliares no tienen relaciones con la comunidad enclaustrada, sino solamente con la superiora, ó con algunas religiosas graves, encargadas de tratar con ellas. Son un elemento accesorio complementario de la congregación; pero de ninguna manera un elemento indispensable. Sin embargo, su concurso puede ser de gran utilidad para la gloria de Dios y el bien de las almas, por lo cual la congregación no deberá consentir privarse de él, sino por muy graves razones.

9.° El espíritu de la nueva congregación será, con la ayuda de Dios, una dichosa alianza del espíritu de Santa Teresa y del de San Ignacio de Loyola. El ardiente deseo de procurar la gloria de Dios, contribuyendo eficazmente á la salvación de

las almas, sobre todo de los moribundos, se unirá á un gran amor al recogimiento, á la oración y al sacrificio. La devoción á la sagrada persona de nuestro Señor Jesucristo, principalmente á su amable Corazón, entregado á las angustias de la agonía, será, con la ayuda de Dios y con la devoción filial á Nuestra Señora de los Dolores y á San José, uno de los rasgos más característicos de la nueva Congregación religiosa. Para agradar á su divino Maestro, las religiosas se aplicarán, especialmente, á imitar sus virtudes, y en particular su *humildad* y su *dulzura*. Adoptarán por principal divisa estas palabras de nuestro Señor: «Aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón». *Dicite à me quia mitis sum et humilis corde.*

Alabado sea el Corazón agonizante de Jesús. Así sea.

Alabado sea el Corazón compasivo de María. Así sea.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

PÁGS.

Al lector..... V
Estímulo y bendición de Pío IX..... XI
Otro estímulo y bendición de Pío IX..... XV
CAPÍTULO I.—El sufrimiento, condición inevitable del hombre en la tierra..... 1
CAP. II.—El sufrimiento, medio eficacísimo para que el hombre llegue á su último fin, es decir, á la salvación de su alma..... 6
CAP. III.—El cristiano elevado por Jesucristo al estado divino, ó deificación del cristiano por Jesucristo..... 13
CAP. IV.—El sufrimiento del cristiano elevado por Jesucristo al estado divino, ó deificación del sufrimiento del cristiano por Jesucristo..... 17
CAP. V.—Divina eficacia de los sufrimientos de Jesucristo, nuestra Cabeza..... 22
CAP. VI.—Divina eficacia de los sufrimientos del cristiano, miembro de Jesucristo..... 26
CAP. VII.—Divina recompensa de los sufrimientos del cristiano..... 32
CAP. VIII.—Divina eficacia de los sufrimientos soportados por la salvación de las almas.—Misión divina de los sufrimientos en Jesucristo. 36
CAP. IX.—Misión divina de los sufrimientos en María, Madre de Jesús..... 41
CAP. X.—Misión divina del sufrimiento en los apóstoles, en los mártires y en los hombres apostólicos de todos los tiempos..... 45
CAP. XI.—Confirmación de la doctrina precedente por la explicación del texto de San Pablo: «Yo he cumplido lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo..... 51

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PÁGS.

CAP. XII.—Condiciones especiales de la deificación de nuestros sufrimientos, es decir, cómo debe realizarse la unión de nuestros sufrimientos con Jesucristo para que sean divinos y eficaces para nosotros y para los demás 57
CAP. XIII.—Conclusiones prácticas del capítulo precedente 63
CAP. XIV.—La unión de nuestros sufrimientos con los de Jesucristo se obra por el Espíritu Santo 70
CAP. XV.—El Apostolado del Sufrimiento en las familias y entre los simples fieles 79
CAP. XVI.—El Apostolado del Sufrimiento entre los enfermos y los agonizantes 89
CAP. XVII.—El Apostolado del Sufrimiento en los sacerdotes y en las parroquias 103
CAP. XVIII.—El Apostolado del Sufrimiento en las corporaciones y comunidades religiosas. 111
CAP. XIX.—El Apostolado del Sufrimiento en las corporaciones y comunidades religiosas puramente contemplativas 117
CAP. XX.—Conclusiones prácticas de los dos capítulos precedentes 127
CAP. XXI.—Víctimas especiales 134
CAP. XXII.—Ejemplos 141
CAP. XXIII.—Algunas víctimas voluntarias contemporáneas 151
CAP. XXIV.—Cualidades de los apóstoles del sufrimiento, sobre todo de las víctimas especiales 155
CAP. XXV.—Continuación del precedente 158
CAP. XXVI.—Dirección de la intención en los sufrimientos 165
CAP. XXVII.—Diversas penas ó pruebas que padecen las víctimas especiales 168
CAP. XXVIII.—Las penas interiores 175
CAP. XXIX.—Agonías del alma santa de Jesús 181
CAP. XXX.—Agonías de algunas almas que Jesucristo asocia más especialmente á su vida agonizante y crucificada 186

PÁGS.

CAP. XXXI.—Relaciones íntimas entre el Apostolado del Sufrimiento y el Apostolado de la Oración 189
CAP. XXXII.—Ejercicios y fórmulas del Apostolado del Sufrimiento 194
Sociedad de víctimas voluntarias para las necesidades actuales de la Iglesia y de las naciones, sobre todo de las naciones católicas de Europa, en honor del Corazón agonizante de Jesús y del Corazón compasivo de María 209

APÉNDICE.

I.—Sobre la devoción al Corazón agonizante de Jesús 227
II.—Sobre la súplica perpetua al Corazón compasivo de María, para las necesidades actuales de la Iglesia y de las parroquias 230
III.—Sobre el Instituto de Religiosas del Corazón agonizante de Jesús y del Corazón compasivo de María 235

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ERRATAS

Pags.	*Lineas.*	*Dice.*	*Lease.*
17	33	los otros signos sagrados	las otras señales sagradas
17	33	costumbre	hábito
25	11	no puede sufrir más	no pudiendo sufrir ya
38	8	nuestras indolencias	nuestras dolencias
45	20	que la pierda	la perderá
51	12	la palabra de orden divino	la divina consigna
71	22	consumamos	consumimos
74	36	esencial	especial
106	26	en el vestíbulo del altar	entre el vestíbulo y el altar
107	19	Affra	Affre
113	34 y 35	después de	desde
128	2	contra ella	contra si misma
128	42	despues de muchos años	hace algunos años
140	16	viña	vid
154	26	cinco minutos menos	cinco minutos más tarde
172	3	las ramas á la viña	los sarmientos á la vid
174	26	el infinito	lo infinito
198	32	sufrimientos	ofrecimientos
198	35	ofrecimientos	sufrimientos
199	10	buen maestro	divino maestro
207	16 y 19	nos empeñamos en	nos comprometemos á
208	25 y 31	me empeño en	me obligo á

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS